

[a la izquierda]



El Triángulo Fatal

Estados Unidos,
Israel y Palestina

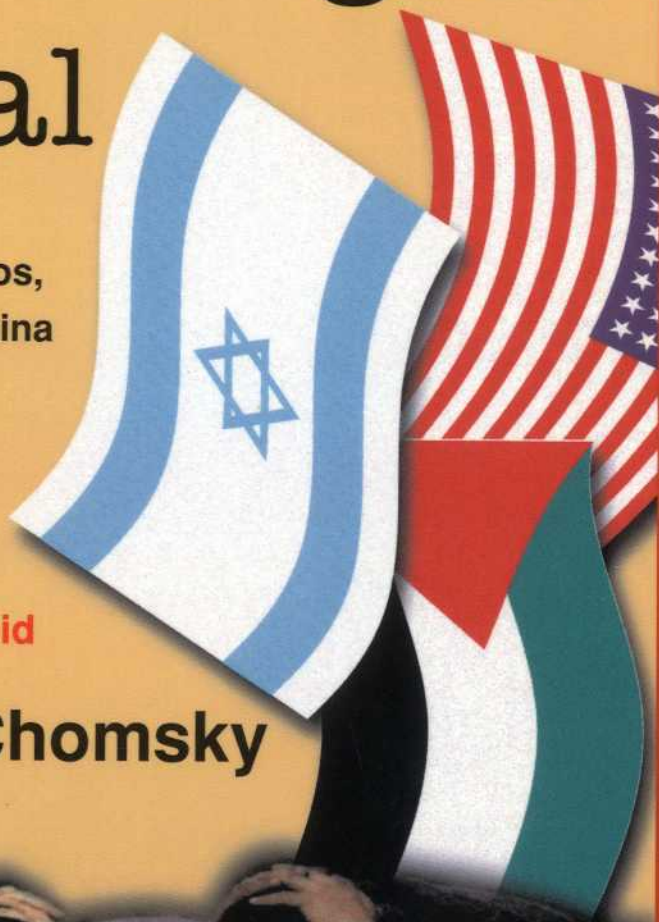
Cuarta edición

prólogo de

Edward W. Said

Noam Chomsky

Edición Abreviada



Editorial **P**opular

La edición original de este libro
fue publicada por South End Press Ltd.
bajo el título *Fateful Triangle*

Primera edición: Septiembre 2002

Segunda edición: Octubre 2002

Tercera edición: Mayo 2003

Cuarta edición: Mayo 2004

© 1999 by Noam Chomsky

© Original Edition, 1983 by Noam Chomsky

© Editorial Popular, S.A.

C/ Doctor Esquerdo, 173. 6º Izqda. 28007 Madrid

Tel: 91 409 35 73 Fax: 91 573 41 73

E-mail: epopular@infornet.es

<http://www.editorialpopular.com>

Diseño de portada: Marcelo Spotti

Composición de portada: José Luis del Río

Imprime: Cargraphics

I.S.B.N.: 84-7884-254-3

D. L.: B-52.857-2005

Printed in Spain - Impreso en España

Quedan rigurosamente prohibidas sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Nota del editor | 7

Israel y Palestina: antecedentes históricos | 8

Paz para Galilea | 9

Secuelas | 10

Nuestra edición | 11

Prólogo de Edward W. Said | 13

Prefacio a la edición actualizada | 17

Capítulo I

Echar leña al fuego | 35

Capítulo II

Los orígenes de la «relación especial» | 43

1. Niveles de apoyo: Diplomático, material e ideológico | 43

2. Factores causales | 48

3. El liberalismo norteamericano y el apoyo ideológico a Israel | 67

Capítulo III

Rechazo y acomodación | 75

1. Un marco para el debate | 75

2. Las posturas de los principales protagonistas | 80

3. La amenaza constante a la paz | 124

Capítulo III

El camino a Armagedón | 131

1. El triángulo fatal | 131
2. La amenaza a los partidos locales | 131
3. La amenaza a Estados Unidos y al mundo entero | 141
4. Perspectivas | 145

Capítulo IV

La intifada | 169

1. «Dejadnos llorar» | 172
2. La realidad de la ocupación | 180
3. Escenas de la Intifada | 185

Capítulo V

La «guerra limitada» en el Líbano | 223

1. Las reglas del juego | 223
2. La lógica del terrorismo | 229
3. Salvaguardando la ocupación | 238
4. El Líbano después de Oslo | 242

Capítulo VI

El «proceso de paz» de Washington | 245

1. Oslo I | 245
2. Oslo II | 255
3. ¿«Otra nación oprimida»? | 282

Capítulo VII

EE.UU.-Israel-Palestina | 293

Nota del editor

La presente edición está basada en la edición norteamericana de 1999 bajo el título de *The fateful triangle*. Corren los años y el triángulo fatal (EE.UU.-Israel-Palestina), lejos de mitigar sus efectos fatídicos, se nos presenta con características todavía más oscuras y preocupantes en nuestros días.

No pretendemos añadir nuestros propios comentarios a un tema que se encuentra aquí abordado desde sus ángulos más prominentes (nunca todos) y desde los momentos cruciales de una historia demasiado larga y demasiado triste.

Hace algunos años publicamos el libro de Adrián McLiman (*Palestina: el volcán*) que ha servido de introducción al tema palestino en forma de manual para conocer las coordenadas fundamentales y los hechos de mayor relevancia. Este otro libro, complemento de aquél, se adentra en cuestiones allí no tocadas o solamente esbozadas, para que al menos no nos quede el recurso a la ignorancia por insuficiencia de información.

Llamamos a esta publicación *edición abreviada*, ya que hemos suprimido tres capítulos de la edición original, para hacer más llevadera la lectura de un texto de por sí exigente. Pretendemos de esta manera llegar a un público más amplio y no reducimos al ámbito de los iniciados.

De todas maneras, para información del lector, damos noticia escueta de los tres capítulos suprimidos. Capítulos largos y densos,

que ocupan —cada uno de ellos— casi la extensión de un libro. Con frecuencia citamos textualmente a Chomsky sin entrecomillarlo.

Israel y Palestina: antecedentes históricos.

Este es el título del primero.

El conflicto actual solamente se puede entender en el contexto de los conflictos de Árabes y Judíos en Palestina, es decir, lo que la población indígena consideró como «la invasión sionista» y lo que los colonos consideraban un «regreso a su tierra». Esta discusión, no hace falta decirlo, está muy lejos de ser comprensiva, ya que las interacciones fueron complejas, con frecuencia trágicas y haría falta un prolongado y detallado estudio para hacer justicia.

Sin embargo, Chomsky acepta el reto de una tarea realmente difícil. Se adentra en el período anterior a la creación del Estado de Israel. La literatura norteamericana sobre el tema tiende a aceptar como natural el punto de partida expresado por Lord Arthur Balfour, autor de la declaración Balfour de 1917. En ella se comprometía a Gran Bretaña a «facilitar» el «establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío» con la condición de que «nada se haga que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que ya existen en Palestina».

El pueblo de la «nación independiente de Palestina» nunca aceptó la legitimidad de este punto de vista y resistió de diferentes maneras. Estamos en el año 1929. Diez años más tarde, con motivo de una rebelión nacionalista por parte de los palestinos. David Ben Gurion, eminentemente realista, decía en las discusiones internas: «no ignoremos la verdad entre nosotros; políticamente nosotros somos los agresores y ellos se defienden... El país es de ellos pues ellos lo habitan».

Años más tarde, la población palestina rechazó la idea, aceptada como natural en Occidente, de que ellos tenían la obligación moral de renunciar a su territorio para compensar los crímenes cometidos por los europeos contra los judíos. Quizás se preguntaban si no era una respuesta más adecuada trasladar la población de Baviera para convertirla en un Estado judío o, dado el discurso moralizador de los EE.UU., trasladar el proyecto a Massachusetts o a Nueva York.

A partir de aquí, se suceden las más variadas intrigas en la creación del Estado de Israel.

Por otra parte, el recuento de guerras de Israel con sus vecinos árabes ocupa gran parte de la cronología que transcurre hasta 1967. Se producen entonces una serie de cambios radicales en Israel: una escalada de fuerza y violencia, un creciente chovinismo, un fanatismo religioso y una grandiosa concepción de la misión global de Israel.

Sin embargo, la política israelita de integrar a los territorios ocupados dentro de Israel originó un problema demográfico de dimensiones insospechadas. La fuerza se va imponiendo, Sharon es ya Ministro de Defensa en los 80.

Chomsky se explaya seguidamente en el estilo del conquistador, en los altos de Golán, en el ataque a la cultura palestina y en las «oportunidades de trabajar en Israel». Cuatro nuevos temas cierran este capítulo:

- el ciclo de la Ocupación, Resistencia, Represión y Degeneración Moral
- los conflictos dentro de Israel
- el movimiento sionista y la OLP
- el problema hoy en día

Paz para Galilea

Así se titula el segundo capítulo que estamos omitiendo.

El título está tomado de una invasión largo tiempo esperada y que Israel inició en junio de 1982 mediante una masiva fuerza expedicionaria. La operación se llamaba «Paz para Galilea», un título orweliano que disfrazaba la más siniestra realidad. La invasión del Líbano formaba parte de los planes del Gran Israel.

Los antecedentes se pueden situar en las operaciones militares israelitas de 1970. En julio de 1981 los aviones israelitas retoman las hostilidades contra objetivos palestinos en el sur del Líbano. Las «razones» de esta invasión son múltiples: los imperativos de la auto-defensa, la culminación de la unidad nacional y la necesidad de un nuevo orden en Líbano.

Washington da luz verde. La guerra es la paz. Impera la doble moral. Beirut es sometido a un bombardeo de precisión. La atención a las víctimas (prisioneros, pacientes, refugiados) es uno de los capítulos más crueles de la historia. En agosto, tras un bombardeo de 11 horas, los triunfadores celebran la gran final. Israel puede degustar el sabor de la victoria.

En los EE.UU. la respuesta crítica a esta situación es mínima. Sin embargo, todavía pervivía un «problema de imagen», especialmente importante para Israel, dada su dependencia de EE.UU. en cuanto al financiamiento de sus actividades colonizadoras en los territorios ocupados.

Por esta razón, la operación se presentó como una tarea de liberación. Los esfuerzos humanitarios eran fuera de lo común. Los libaneses habían recibido a sus liberadores israelitas con afecto y entusiasmo. Hasta, en un momento de entusiasmo, los luchadores palestinos fueron descritos como «bravos soldados». La «Paz para Galilea» había concluido.

Secuelas

Este título encabeza el tercer capítulo suprimido.

A finales de agosto de 1982, el gobierno de Israel podía contemplar sus logros con cierta satisfacción. Por su parte, el gobierno de EE.UU. permanecía firmemente alineado con Israel y comenzó a fluir una ayuda económica y militar en continuo crecimiento. La guerra de Líbano tuvo una fase del conflicto con Siria, aunque este capítulo hubiera podido fácilmente evitarse.

Sin embargo, se estaba produciendo por parte de EE.UU. una cierta erosión del apoyo automático a las acciones israelitas y no caían en el olvido sus atrocidades. Pero el sabor de la victoria se iba a tornar amargo para los israelitas. El plan de paz propuesto por Reagan fue rechazado airadamente por el gobierno de Begin. En un claro desafío, se iniciaron nuevas ocupaciones en Judea y Samaria.

Pero lo más grave estaba por venir. En septiembre de ese mismo año, las fuerzas israelitas cruzan las líneas de cese al fuego y se dirigen hacia los «campos de refugiados» de Sabra y Shatila; comienza de esta manera la invasión de Beirut Oeste, los bombardeos son inmisericordes y se produce una masacre de dimensiones indes-

criptibles. La historia de estos sucesos es larga, llena de matices y plagada de atrocidades.

La política de Begin-Sharon había quedado descubierta a los ojos del mundo. La carrera terrorista de Sharon era cada vez más evidente. Israel sufrió sin duda un deterioro de su imagen a los ojos del mundo. La actitud de EE.UU., aparentemente ofendida, no se comparaba con la realidad.

Un escritor israelita, comentando la masacre, decía: si alguien coloca una serpiente en la cama de un niño y dice: «Ya he avisado a la serpiente que no muerda. No sabía que las serpientes fuesen tan peligrosas». Esto no se puede entender; ese hombre es un criminal de guerra. Este mismo escritor considera a Begin y Sharon criminales de guerra.

Pero el raciocinio nos lleva más lejos. ¿Qué se puede pensar de quienes dieron luz verde a Israel para invadir Beirut Oeste o cuando Israel invadió Líbano por primera vez para «destruir los nidos terroristas»? ¿Sabían que las serpientes son peligrosas?

* * *

Nuestra edición

Solo nos quedan tres últimas indicaciones.

La primera se refiere a la supresión de las múltiples notas que acompañan a cada capítulo en su parte final y lo dotan de un gran apoyo argumental. Lo hemos hecho para aliviar la lectura y en el convencimiento de que las fuentes utilizadas por el autor no son de uso frecuente entre los lectores de habla española. Así lo hacemos, como lo hicimos en el caso de *La cultura del terrorismo*, aunque somos conscientes de la importancia de este aparato crítico.

La segunda pretende subrayar la importancia del prólogo de Edward W. Said. Este es un autor de capital importancia y una de las máximas autoridades en el tema que nos ocupa. Palestino de formación universal, profesor de literatura comparada en la Universidad de Columbia (NY), autor de muchos artículos y libros sobre la cuestión palestina, es un hombre dotado de una cultura muy amplia (son famosos sus escritos sobre música) y de un análisis especialmente penetrante de la actualidad. Algunos de sus artículos se publican periódicamente en algún periódico español.

Por último, el capítulo final, no publicado en la edición original de este libro, está fechado en 2002 e intenta actualizar un problema que, lamentablemente, nunca cubre la última actualidad. Por lo menos lo traemos hasta nuestros días, aun a sabiendas de que nunca un libro, por sus propias características, podrá abarcar el diario acontecimiento, máxime en este caso siempre cambiante por su propio dinamismo.

Los editores

Prólogo

de Edward W. Said

El Triángulo Fatal puede que sea el libro más ambicioso sobre el conflicto entre el Sionismo y el pueblo palestino desde un punto de vista que involucra de manera crucial a Estados Unidos. Se trata de una contundente exposición de corrupción humana, codicia y deshonestidad intelectual. Asimismo es un magnífico libro de gran importancia y obligada lectura para cualquiera que esté interesado en política exterior.

Chomsky reconoce los hechos que se presentan ante él, aunque nadie los había desarrollado antes tan sistemáticamente. Sus fuentes, principalmente de Israel y Estados Unidos, son asombrosamente completas, y él es capaz de distinguir las contradicciones, distinciones e incongruencias entre ellas.

Hay algo profundamente conmovedor en una mente de ideales tan nobles que continuamente se levanta para denunciar el sufrimiento humano y la injusticia. A alguien puede que ahora se le venga a la mente Voltaire, Brenda o Russel; pero más que ninguno de ellos, Chomsky abarca un asombroso abanico de lo que él llama hechos «reales». *El Triángulo Fatal* puede entenderse como una guerra prolongada entre los hechos y una serie de mitos (la democracia israelí, la limpieza de las armas israelíes, la ocupación beneficiosa, la falta de racismo con los árabes en Israel, el terrorismo palestino o la paz para Galilea). Tras repasar la versión «oficial», Chomsky la echa por tierra presentando un gran cantidad de evidencias en contra.

La principal afirmación de Chomsky es que Israel y Estados Unidos (especialmente este último) se oponen a la paz, mientras que los árabes, incluyendo a la OLP, llevan años intentando acomodarse a la realidad de Israel. Chomsky basa dichas afirmaciones comparando la historia del conflicto palestino-israelí (tan profundamente inhumano, cínico y deliberadamente cruel para con el pueblo palestino) con los archivos sistemáticamente alterados que conservan aquellos a quienes Chomsky llama «los partidarios de Israel».

Chomsky es de la opinión de que la clase intelectual liberal (Irving Howe, Arthur Goldberg, Alan Dershowitz, Michael Walzer, Amos Oz, Jane Fonda, Tom Hayden, Shlomo Avineri, Martin Peretz) e incluso segmentos de la izquierda organizada es más culpable, más dada al cinismo, que los conservadores.

No obstante, Chomsky no es especialmente condescendiente con la OLP, y critica sus «tendencias autodestructivas» y su «carácter suicida». Los regímenes árabes, comenta, no son «decentes», y, bien podría haber añadido, tampoco son populares.

En esta nueva edición, Chomsky incluye material de incalculable valor sobre los acuerdos de Oslo y de Wye, un párrafo innecesario sobre la capitulación árabe, gracias a la cual Israel pudo alcanzar todos sus objetivos tácticos y estratégicos; todo ello a expensas de cualquier principio proclamado de nacionalismo y lucha, tanto árabe como palestina. Por primera vez en el siglo XX, un movimiento de liberación anticolonialista no sólo ha renunciado a sus propios y considerables logros, sino que además ha elaborado un acuerdo para cooperar con la fuerza militar ocupante antes de que dicha ocupación hubiera llegado a su fin.

Ser testigos de tal situación no puede en ningún caso ser una actividad monótona o monocromática. Requiere lo que Foucault calificó una vez de «erudición incesante», consultando fuentes alternativas, exhumando documentos enterrados, reviviendo historias olvidadas (o abandonadas). Requiere un sentido dramático e insurgente, aprovechando a fondo cada una de las raras oportunidades que tenemos para expresarnos.

Hay algo profundamente inquietante en un intelectual de la talla de Chomsky que, ni tiene un cargo que mantener, ni un territorio que proteger y consolidar. No hay duda de que a los intelectuales,

las posturas de este tipo no les granjearán amigos en puestos importantes ni les concederán honores. Es una condición solitaria, sí, pero siempre será mejor que una tolerancia gregaria en el camino trillado del acomodo.

Edward W. Said
New York, New York
Enero de 1999

Prefacio a la edición actualizada

Durante algún tiempo me he visto obligado a preparar ponencias con mucha antelación. A veces te piden el título de una charla prevista para varios años más tarde, pero he descubierto un título que siempre funciona: «La crisis actual en Oriente Próximo». No se puede prever exactamente de qué crisis se tratará en un futuro, pero que habrá una, es una predicción bastante segura.

Y ésta seguirá siendo la situación hasta que no se resuelvan los problemas básicos de la región.

Es más, las crisis continuarán siendo serias en lo que el presidente Eisenhower calificó como «la zona del mundo más importante estratégicamente». A principios de la postguerra, Estados Unidos extendió la Doctrina Monroe a Oriente Medio, barriendo de este modo cualquier interferencia británica, asumiendo que se trataba de una dependencia leal y castigando rápidamente cuando de vez en cuando se les iba de las manos (como en 1956). La importancia estratégica de la región se debe principalmente a sus inmensas reservas de petróleo y al poder global que las debiera controlar según los acuerdos; y, de manera crucial, a los enormes beneficios que de ello se derivan y van a parar a manos de los dirigentes angloamericanos, de crucial importancia para sus economías.

Ha sido necesario asegurar que esta enorme riqueza no se quede en la región, sino que fluya hacia occidente. Éste es un problema fundamental que seguirá causando descontento y desórdenes. Otro es el conflicto palestino-israelí, con sus muchas ramificaciones,

estrechamente relacionado con el principal objetivo de EE.UU. de dominar la riqueza y los recursos de la región.

Durante muchos años, se afirmó que el problema central era la subversión y el expansionismo soviéticos, la reflexiva justificación para casi todas las políticas llevadas a cabo desde que los bolcheviques llegaron al poder en Rusia en 1917. Ahora que el pretexto ha desaparecido, la Casa Blanca admite tranquilamente que las «amenazas contra nuestros intereses» en Oriente Medio «no debían achacarse al Kremlin»; el sistema doctrinal todavía tiene que ajustarse completamente a la nueva realidad. «En el futuro, creemos que amenazas no-soviéticas a (nuestros) intereses requerirán una atención incluso mayor», decía el portavoz de la Casa Blanca en su petición anual al Congreso para que aprobara su gigantesco presupuesto militar.

En realidad las «amenazas a nuestros intereses» en Oriente Medio como en cualquier otro lugar, ha sido siempre el nacionalismo autóctono, un hecho subrayado en los documentos internos y a veces incluso públicamente.

En el «peor de los casos» las predicciones sobre la crisis de dentro de unos años serían de una guerra entre EE.UU. e Irán; improbable, pero no imposible.

Israel está presionando mucho para que dicha confrontación tenga lugar, ya que considera que Irán representa la amenaza militar más seria a la que se enfrenta. Hasta ahora, EE.UU. ha estado jugando a un juego un tanto diferente en sus relaciones con Irán; según el cual, una potencial guerra con Irán y la necesidad de que ésta suceda, no es uno de los temas candentes de los medios de comunicación.

Aunque por supuesto EE.UU. está preocupado por el poder de Irán, y ésta es una de las razones por las que EE.UU. apoyó activamente a Irak en las últimas etapas de la guerra entre ambos países, teniendo un efecto decisivo en el resultado de la misma, y el por qué de que Washington continuara cortejando a Saddam Hussein hasta que en agosto de 1990, éste se cruzó en los planes previstos por EE.UU. para la región. La preocupación de EE.UU. por la capacidad iraní también se reflejó en la decisión de apoyar a Saddam Hussein en su ataque contra la población chiíta del sur de Irak de marzo de 1991, inmediatamente después de que cesaran los combates.

La razón concreta era el temor de que Irán, un estado chiíta, pudiera ejercer algún tipo de influencia sobre la población chiíta irakí. Una razón más general era la amenaza a la «estabilidad» que supone una revolución popular exitosa: hablando en cristiano, el miedo que inspiran las tendencias democratizadoras que acabarían con la colección de dictadores en los que EE.UU. confía para controlar a la población de la región.

Es preciso recordar que el apoyo de Washington a su antiguo amigo era más que tácito; incluso el mando militar estadounidense se negó a permitir que los oficiales irakíes tuvieran acceso al equipamiento militar confiscado durante la carnicería de la población chiíta bajo la dura mirada del norteamericano.

Temores parecidos surgieron cuando Saddam decidió aplastar la rebelión de los kurdos en el norte. En Israel, algunos comentaristas, desde el Jefe de Personal hasta analistas políticos y miembros Knesset, pasando por un amplio espectro político, abogaron abiertamente por apoyar las atrocidades de Saddam Hussein, basándose en que un Kurdistan independiente crearía un lazo territorial Siria-Kurd-Irán que amenazaría seriamente a Israel.

Cuando, en un futuro lejano, los archivos de EE.UU. se desclasifiquen, probablemente descubramos que la Casa Blanca albergó pensamientos parecidos, que incluso retrasaron gestos simbólicos para detener la aniquilación de la resistencia kurda hasta que Washington se vio forzado a actuar por la opinión pública; esta opinión llegó a sensibilizarse gracias a la cobertura que los medios prestaron al sufrimiento de los kurdos, de raza reconociblemente aria, a los que retrataban de manera bastante distinta que a los chiítas del sur, quienes sufrían un destino mucho más cruel pero que sólo eran sucios moros.

De pasada, puede que nos demos cuenta de que el tipo de interés que EE.UU.-UK muestran por el pueblo kurdo está determinado no sólo por la fecha del apoyo y el cínico tratamiento a los kurdos de Irak, sino también por la reacción a las enormes atrocidades cometidas por Turquía contra su población kurda durante la guerra del Golfo. Los medios de comunicación apenas dedicaron espacio a estos hechos, ya que debían apoyar al Presidente, quien había descrito a su colega turco como un «defensor de la paz» al lado de aquellos que «defienden los valores de la civilización en todo el mundo» contra Saddam Hussein.

Pero Europa era menos disciplinada, así que, por ejemplo podíamos leer en el *Financial Times* de Londres que «los aliados occidentales de Turquía se sentían extrañamente incómodos al explicar al público por qué aprobaban la dura represión de Ankara de su propia minoría kurda mientras occidente ofrecía apoyo a la población kurda de Irak». «Ahora los diplomáticos dicen que, más que ningún otro asunto, el espectáculo de kurdos luchando contra kurdos (en la primavera de 1992) ha servido para cambiar la visión del público occidental de la causa kurda».

Resumiendo: podemos suspirar con alivio; el cinismo triunfa, y los poderes occidentales pueden seguir aprobando la dura represión contra los kurdos llevada a cabo por el «defensor de la paz», mientras derramamos lágrimas de cocodrilo al ver cómo el (actual) enemigo trata a dicha minoría.

Las razones de Israel para intentar propiciar una confrontación entre EE.UU., Irán y el «fundamentalismo islámico» son normalmente fáciles de entender. El ejército israelí reconoce que, aparte de recurrir a las armas nucleares, poco puede hacer para enfrentarse al poder iraní, y le preocupa que tras el (anticipado) fracaso del «proceso de paz» iniciado por EE.UU., se cree un eje Siria-Irán que constituya un peligro real. EE.UU. al contrario, parece buscar un acuerdo a largo plazo con los elementos «moderados» (es decir, favorables a EE.UU.) de Irán y volver a una situación como la que se vivía bajo el mandato del Shah.

La evolución futura de estas tendencias es incierta.

La campaña de propaganda sobre el «fundamentalismo islámico» tiene sus elementos absurdos, incluso dejando a un lado el hecho de que la cultura estadounidense se pueda comparar con el fundamentalismo religioso de Irán. El Estado más extremadamente fundamentalista del mundo es el fiel aliado de EE.UU., Arabia Saudita, o, para ser más precisos, en términos del gobierno colonial británico, la dictadura familiar que sirve de «fachada árabe» tras la que se esconde EE.UU. para controlar en realidad la península arábiga.

En este caso, occidente no tiene problemas con el fundamentalismo islámico. Probablemente uno de los grupos fundamentalistas más fanáticos sea el liderado por Gulbuddin Hekmatyar, terrorista extremista que había sido favorito de la CIA y principal favorecido

por los 3,3 mil millones de dólares de ayudas (oficiales) concedidas por EE.UU. a los rebeldes afganos (más o menos la misma cantidad de la que informa Arabia Saudita); este hombre bombardeó Kabul dejando miles de muertos, expulsó a miles de personas de la ciudad (incluyendo todas las embajadas occidentales), en su intento de abrirse camino hacia el poder; parecido, aunque no exactamente igual, que Pol Pot cuando vació Phnom Penh, ya que el cliente de EE.UU. fue mucho más sangriento en esa operación concreta.

De igual modo, no es ningún secreto en Israel que su invasión del Líbano en 1982 fue llevada a cabo en parte para destruir el nacionalismo secular de la OLP, que se estaba convirtiendo en una verdadera incomodidad por su persistente llamamiento para conseguir un acuerdo diplomático pacífico; esto debilitaría la estrategia de Israel y Estados Unidos para lograr la integración gradual de los territorios ocupados. Resultado de todo ello fue la creación de Hezbollah, un grupo fundamentalista apoyado por Irán que expulsó a Israel de la mayor parte del Líbano.

Por razones parecidas, Israel apoyaba elementos fundamentalistas para que rivalizaran con la dialogante OLP en los territorios ocupados. El resultado fue parecido a lo que ocurrió en el Líbano, ya que los ataques de Hamás contra el ejército israelí se hacían cada vez más difíciles de contener. Estos ejemplos ilustran la consabida brillantez de las operaciones de inteligencia cuando tiene que tratar con poblaciones, y no entre su círculo de gánsters.

Los motivos se remontan a los principios del sionismo: cuando las facciones moderadas palestinas constituían la amenaza más peligrosa para el objetivo de evitar cualquier acuerdo político hasta que se estableciera la realidad a la que éste tendría que ajustarse.

En resumen: el fundamentalismo islámico sólo es un enemigo cuando está «fuera de control»; en ese caso, desciende a la categoría de «nacionalismo radical» o «ultra nacionalismo», generalizando. La independencia, ya sea religiosa o secular, de derechas o de izquierdas, militar o civil, es un enemigo: como los sacerdotes que predicán la «opción preferente por el pobre» en América Central, por mencionar un caso reciente.

La alianza EE.UU.-Israel, históricamente excepcional, se basa en la idea de que Israel es una «ventaja estratégica», ya que completa los objetivos estadounidenses para la región bajo una alianza táci-

ta con la fachada árabe en el Golfo y con otros protectores regionales de las dictaduras familiares, que realizan servicios en otros lugares.

Aquellos que ven a Israel en el futuro como una eficaz Esparta, en permanente guerra con sus enemigos y sobreviviendo según el capricho de Estados Unidos, desean naturalmente que dicha relación continúe, incluyendo, al parecer, gran parte de la comunidad judía norteamericana organizada; un hecho que los políticos israelíes consideran un ultraje. Esta doctrina nos la explica el general (retirado) Shlomo Gazit, ex-jefe de inteligencia militar israelí y oficial superior de la administración militar de los territorios ocupados. Después de la caída de la URSS, escribió:

La principal tarea de Israel no ha cambiado en absoluto, y sigue siendo de crucial importancia. Su situación en el centro del Oriente Medio árabe y musulmán predestina a Israel como el devoto guardián de la estabilidad en todos los países que lo rodean. Su [papel] es el de proteger los regímenes existentes: evitar o detener los procesos de radicalización e impedir la expansión del fanatismo religioso fundamentalista.

A lo que podríamos añadir: hacer el trabajo sucio que Estados Unidos no es capaz de llevar a cabo por sí mismo a causa de la oposición popular u otras razones. Esta idea tiene su nefasta lógica. Lo verdaderamente notable es que su defensa se debería calificar de «apoyo a Israel».

Con alguna precisión, el análisis de Gazit parece plausible. Debemos entender por «estabilidad» el mantenimiento de las formas específicas de dominación, control, y fácil acceso a los recursos y los beneficios. Así, la frase «fanatismo religioso fundamentalista» tal y como aparece, es una palabra clave para una forma en concreto de «nacionalismo radical» que amenaza la «estabilidad».

A pesar de las cambiantes alianzas en una región extremadamente voluble, el papel de Israel como ventaja estratégica de Estados Unidos parece estable en un futuro predecible. Su avanzada economía, como la de su patrocinador, descansa en gran medida en la creatividad y los fondos del enorme sector estatal. Los dos países están unidos en proyectos conjuntos de investigación y desarrollo, la mayoría militares y derivados, e Israel facilita las instalaciones para el almacenamiento y las bases del gigantesco sistema de fuer-

zas de intervención de EE.UU. destinadas a las regiones productoras de petróleo.

Aunque efectivamente Israel es una extensión de los intereses militares y económicos de EE.UU., no está completamente bajo su control, ya que los estados clientes habitualmente siguen su propio camino, para disgusto de los patronos. Las contradicciones son abundantes, o al menos las tendencias son contrarias, como también ocurre en la política estadounidense. Las fuerzas aéreas israelíes están maniobrando visiblemente por el este de Turquía, con dirección a Irán, con avanzados cazas 15-E norteamericanos que pueden atacar Irán y regresar sin repostar. Y al mismo tiempo podemos leer en los titulares de prensa de Israel: «Israel e Irán mantienen relaciones comerciales directas desde 1994». Al contrario de Estados Unidos, Israel oficialmente no incluye en su lista de estados enemigos a Irán, con lo que no existen barreras comerciales oficiales, y aunque el comercio sea pequeño, está aumentando.

El desarrollo y despliegue de armas de destrucción masiva por parte de Israel continúa desarrollándose bajo los auspicios de EE.UU., tal y como viene haciéndolo desde los años de Kennedy. Uzi Mahanaimi, analista militar bien informado, afirma que «fuentes militares revelaron ayer que los aviones de asalto israelíes están equipados para transportar armas químicas y biológicas fabricadas bajo estricta confidencialidad en un instituto situado cerca de Tel Aviv». Los pilotos de los cazas F-16 estadounidenses están entrenados para «colocar un arma química o biológica activa pocos minutos después de recibir la orden de ataque».

Las armas han sido desarrolladas en un instituto de investigación biológica en Nes Siona, cerca de Tel Aviv, que «atrajo una atención indeseada» cuando las autoridades holandesas descubrieron que ése era el destino de un avión de las líneas aéreas El Al que se estrelló en Ámsterdam, causando gran número de víctimas, y que transportaba componentes de gas nervioso. Según un biólogo que ocupó un puesto de responsabilidad en la inteligencia israelí: «Es difícil encontrar una sola forma de arma biológica o química conocida o desconocida... que no se fabrique en el instituto». En el *Informe Exterior* británico se afirma que Nes Siona no trabaja en dispositivos de defensa o de protección, sino sólo en armas biológicas para el ataque. El informe continúa diciendo que estos dispositivos ya

han sido utilizados, en el fracasado intento de asesinar a Khaled Mishal llevado a cabo por agentes del Mossad en Jordania.

Una vez más, Israel sigue las huellas de su jefe. Después de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. se hizo con los espantosos programas de guerra biológica de los fascistas japoneses, incluyendo al personal, y los protegió de las persecuciones por crímenes de guerra (ridiculizando los juicios por crímenes de guerra rusos al estilo comunista celebrados contra estos criminales de primera clase). Estados Unidos negó que se hubiera apropiado de dichos programas hasta que la realidad salió a la luz en el *Bulletin of Concerned Asian Scholars* en 1980 (*Boletín de Escolares Asiáticos Implicados*). Los logros de los Mengeles japoneses se convirtieron en el núcleo del potencial para la guerra biológica de EE.UU., razón que, junto con las bombas nucleares, explica que en 1950 Estados Unidos afirmara que era «erróneo» dividir las armas «entre tipos morales e inmorales», y que el concepto de «armas de destrucción masiva» no «parece tener ninguna importancia».

Los jefes de personal conjuntos incluyeron las armas biológicas en sus planes de guerra en 1949. Poco después, los planes incluían una opción de primer uso, junto con armas nucleares, una posición que se formalizó en el Consejo de Seguridad Nacional en 1956 y permaneció en vigor hasta el tratado de 1972 que prohibía la guerra biológica. Los archivos de China y EE.UU. que recientemente se han hecho públicos, sugieren preguntas acerca del uso actual de estas armas en Corea del Norte y China, lo que anteriormente se suponía (yo también) que era propaganda comunista; parece ser que China ha jugado bajo tierra para no dar información al enemigo.

El marco internacional en el que se desarrollan estos hechos es muy peligroso e incierto. Estados Unidos ha estado aislado durante años en sus políticas sobre Israel y el pueblo palestino, y sólo a partir de la victoria de la guerra del Golfo ha sido capaz de crear el programa que se había propuesto, y al que se oponía un consenso internacional muy amplio. Actualmente Estados Unidos está bastante aislado en sus políticas con respecto a Irán, al que la mayoría del mundo quiere volver a integrar en el sistema internacional.

En el caso de Irak, Estados Unidos y Gran Bretaña han perdido mucho del limitado apoyo que tenían en el pasado, y deben conti-

nuar las acciones militares violando cada vez más descaradamente la opinión regional y la del Consejo de Seguridad de la ONU. El secretario de defensa William Cohen «no obtuvo apoyo público» cuando visitó «Arabia Saudita y otros cinco países amigos del Golfo Pérsico» para explicar la política de EE.UU. de operaciones de castigo contra Irak en marzo de 1999. Un oficial superior saudita declaró: «nos oponemos a cualquier nación que se ocupe de problemas que no le incumben y utilice los bombardeos como un instrumento diplomático». Arabia Saudita se ha negado sistemáticamente a permitir que los aviones de combate de EE.UU. tuvieran base en su territorio para unirse después en operaciones contra Irak.

La esperanza de EE.UU. es que los gobiernos de la región sean suficientemente despóticos como para suprimir la creciente oposición popular a la salvaje devastación de la sociedad civil de un país árabe vecino, oposición que también está creciendo en otros lugares.

La preocupación de EE.UU. y Gran Bretaña por este desarrollo seguramente se volvió grave cuando allanaban el terreno para bombardear Irak a finales de 1997. La Secretaria de Estado Madeleine Albright fue enviada a Arabia Saudí, donde la trataron con evidente frialdad. Por el contrario, Rafsanjani, ex presidente de Irán, «todavía una figura crucial en Teherán», mantuvo una audiencia con el enfermo rey Fahd en Arabia Saudita y cuando su estancia de 10 días terminó, el 2 de marzo, el ministro de asuntos exteriores, el príncipe Saud, lo describió como «un paso más en la dirección adecuada hacia una mejora de las relaciones».

Asimismo reiteró que «el mayor elemento desestabilizador en Oriente Medio y la causa del resto de los problemas de la región» es la política de Israel hacia el pueblo palestino y el apoyo de EE.UU. en su cometido. Esta política puede activar fuerzas populares muy temidas por Arabia Saudí, así como socavar su legitimidad como «guardián» de los lugares sagrados del Islam, incluyendo la cúpula de la piedra en Jerusalén Este, ahora anexionada de hecho por los programas de Estados Unidos e Israel para «una Jerusalén más grande». Poco antes, los estados árabes habían boicoteado la cumbre económica de Qatar auspiciada por EE.UU. para hacer progresar el proyecto «Nuevo Oriente Medio» de Clinton y el primer

ministro israelí Shimon Peres. En lugar de participar en dicha cumbre, acudieron a una conferencia islámica en Teherán a la que incluso se unió Irak en diciembre de 1997.

La alianza entre Turquía e Israel, cada vez más importante, no es vista con buenos ojos por el resto de países de la zona; incluso hay signos que indican que puede que se estén considerando las iniciativas iraníes de desarrollar un sistema regional más independiente del control estadounidense, incluyendo a los productores de petróleo del Golfo, Egipto y Siria. Esta no es una perspectiva que los planificadores estadounidenses puedan tolerar fácilmente, sobre todo con la razonable posibilidad de que en un futuro no muy lejano el actual exceso de oferta de petróleo decrecerá y el porcentaje de la producción global de petróleo de Oriente Medio aumentará sustancialmente. Teniendo en cuenta este posible desarrollo de los acontecimientos, debemos valorar los planes de EE.UU. con respecto al conflicto palestino-israelí.

La economía y estructura internas de Israel están empezando a parecerse a las de su patrocinador y pagador; desigualdad creciente y hundimiento de los sistemas de apoyo social acompañados generalmente por un sentido de solidaridad social. Un problema interno grave es el coste (económico, social y cultural) de mantener a una gran población cada vez más ultra-religiosa («Haredi»), que apoya fervientemente los programas educativos y de seguridad social, pero contribuye poco a la economía. En un estudio de 1997, economistas de la Universidad Hebrea y de la Universidad de Boston, descubrieron que el porcentaje de población activa masculina estaba muy por debajo de los niveles de Europa occidental y Estados Unidos, debido a «una no participación ultra-ortodoxa... permanente y que aumenta a velocidades astronómicas».

Si esta tendencia persiste, logrará que «el sistema de seguridad social de Israel se declare insolvente y los municipios acabarán en bancarrota a causa de una gran cantidad de población ultra-ortodoxa». El rechazo a trabajar, entre los ortodoxos, es un fenómeno específicamente israelí; no ha ocurrido en ningún otro lugar, ni históricamente, tal y como sucede en la actual Israel. Con una población religiosa que se multiplica por dos cada 17 años, «la bancarrota económica es inminente» concluyen los economistas, aunque el rabino ultra-ortodoxo que dirige el comité financiero Knesset pre-

siente que todo está bajo control porque «este país está viviendo de milagros».

Los conflictos entre la población secular y religiosa se intensifican, exacerbados por las correlaciones de clase y etnia. El crecimiento de la población se acelera entre los palestinos y los judíos ultra-religiosos, y desciende entre los sectores privilegiados y los seculares, como en Europa. Muchos israelíes encuentran la «guerra civil» que se avecina incluso más preocupante que los peligrosos conflictos internacionales que según parece persistirán.

Como en Estados Unidos, el sistema político israelí converge en un estrecho espectro centro-derecha con poca diferenciación, y los partidos tradicionales (el partido laborista y el Likud) prácticamente se están derrumbando. Sus líderes actuales, Benjamin Netanyahu y Ehud Barak, tienen dos «mapas idénticos», observa el comentarista político Yosef Harif: «desde un punto de vista político, hoy por hoy, no hay diferencia entre Netanyahu y Barak». No es que las cosas fueran muy distintas antes, excepto las diferencias de estilo de las diferentes secciones locales de los bloques políticos.

El plan de Netanyahu «Allon Plus», es una extensión del plan «Allon» del partido laborista, que concede a Israel el control sobre las regiones más atractivas y los recursos de los territorios ocupados. La «alternativa» de Barak es lo que él llama «el Plan Allon ampliado», que viene a ser prácticamente lo mismo. Barak considera que «no debemos desarraigar los asentamientos» o «abandonar el asentamiento judío de Hebron», y «nos está prohibido reconocer un estado palestino». El periodista comenta, parafraseando un pasaje bíblico: «al escuchar las ideas de Barak se oye la voz de Netanyahu».

Considerando sus archivos, el comentarista Avi Shavit, portavoz de la izquierda, se pregunta «por qué odiamos tanto a Benjamin Netanyahu», especialmente debido a que «es responsable de menor derramamiento de sangre y menos violaciones de los derechos humanos que los dos garantes de la paz que ocuparon el puesto de primer ministro antes que él», Isaac Rabin y Shimon Peres, «considerado un Mesías» en las vanas fantasías de la izquierda, comenta Shavit.

Con respecto al pueblo palestino, Estados Unidos e Israel continuaban poniendo en práctica el programa de extremo rechazo que

mantienen desde principios de los 70, aislados internacionalmente hasta que la guerra del Golfo dio a EE.UU. carta blanca para crear su versión del «proceso de paz»; mantener un control unilateral, negar los derechos de los palestinos, y empezar a aplicar una variante de las políticas del *homeland* de Sudáfrica, aunque prescindiendo de muchas de las prerrogativas que Sudáfrica concedió al pueblo bantú. Todo este proceso se revisa en este libro y en los capítulos que actualizan la historia desde 1983 hasta el presente.

Actualmente (marzo de 1999), el estadio más reciente en el que se encuentra el «proceso de paz» es el memorándum Wye suscrito en la Casa Blanca el 23 de octubre de 1998, y aprobado por el gabinete israelí el 11 de noviembre. No obstante, el gabinete declaró que «el gobierno continuará con su política para fortalecer y desarrollar las comunidades en Judea, Samaria y el distrito de Gaza, basándose en un plan multianual» que incluye «carreteras seguras» para la población judía por todos los territorios y la preservación de los «intereses nacionales» de Israel: «las zonas de seguridad, las zonas que rodean Jerusalén, las zonas de los asentamientos judíos, las inversiones en infraestructura, acceso a los recursos acuíferos, bases militares y de seguridad, las arterias de comunicación desde norte a sur y este a oeste, y los lugares históricos del pueblo judío».

Inmediatamente después del acuerdo, los colonizadores establecieron más de 12 nuevos asentamientos por toda Cisjordania respondiendo a la llamada del ministro de exteriores israelí, Ariel Sharon, de «acaparar» la mayor cantidad de tierra de Cisjordania posible. Para enero de 1999, la «recogida de tierra» se aceleraba, incluyendo asentamientos aislados que serían los primeros candidatos en caso de una posible evacuación a cualquier asentamiento que no fuera un mero simulacro. Las prácticas habituales que se están llevando a cabo son, entre otras, arrasar las casas palestinas para buscar «restos arqueológicos judíos» y establecer «reservas naturales», que después se convertirán en zonas para viviendas hebreas.

Particularmente significativo es el nuevo desarrollo post-Wye en el bloque Givat Ze'ev al noroeste de Jerusalén, de acuerdo con los programas Bush-Clinton-Rabin-Peres consistentes en aislar lo que quede para los palestinos del territorio sur y de la región que rodea Jerusalén (dejando a la propia Israel el centro de su existencia cultural, social y económica).

La Asamblea General de Naciones Unidas aprobó una resolución que pedía a Israel que respetara la Cuarta Convención de Ginebra, que prohíbe los asentamientos en los territorios ocupados. La resolución fue aprobada por 115 frente a 2, los dos de siempre.

El acuerdo Wye modifica la situación territorial de forma trivial, forma difícil de determinar, ya que éste es el primer acuerdo de reorganización que carece de un mapa que indique las áreas que se transferirán a la administración palestina. Presumiblemente se trata de un paso hacia algo así como la división al 50 por ciento de los territorios, el objetivo de Rabin en las negociaciones de Oslo, por lo menos si Israel es lo suficientemente sensato como para abandonar tierras inútiles donde la población echaría raíces, en lugares dispersos y aislados.

El aspecto más significativo e innovador del memorándum es su apenas disimulada llamada a un terrorismo de Estado para alcanzar los objetivos del programa EE.UU.-Israel; este hecho no da cabida a acuerdos internacionales. El memorándum subraya que las fuerzas de seguridad palestinas, que ostentan un asombroso récord de tortura y terror, deben actuar para asegurar la seguridad de los israelíes, bajo la supervisión de la CIA, en los arrestos, celebraciones de juicios amañados, confiscación de armas, y «criminalización» de cualquier incitación contra los acuerdos. Deben actuar bajo el principio de «tolerancia cero con el terror» (contra los israelíes), un concepto ampliamente interpretado, como comprenderá cualquiera que esté familiarizado con los archivos de la CIA.

El memorándum sí que contiene una frase que afirma que «sin derogación de lo anterior, la policía palestina... aplicará el presente memorándum con la debida observación de las normas internacionalmente aceptadas de derechos humanos y de acuerdo con la ley».

No existe reciprocidad: la seguridad de los palestinos no es un tema a tratar, e incluso el comentario vergonzoso y carente de sentido que acabo de citar no es aplicable a Israel, a pesar de su brutal récord de terror, tortura y violación de los derechos legales y humanos elementales, demasiado bien documentados como para recordarlos todos ahora. Entre ellos podemos incluir los cientos de asesinatos de palestinos desde los acuerdos de Oslo, la mayoría de los cuales son «ilícitos» según Amnistía Internacional (AI), que supe-

ran a los asesinatos de israelíes por un margen considerable (aunque menos que antes, cuando la diferencia era abismal).

AI informa además que «sigue existiendo una práctica impunidad por asesinatos ilegales de palestinos», por no hablar de las demoliciones de casas, la expulsión de Jerusalén y otros lugares, encarcelamientos sin juicios, tortura sistemática a los prisioneros, etc. Hechos todos bien documentados por las principales organizaciones de defensa de los derechos humanos, entre las que se cuentan organizaciones israelíes, aunque sin mencionar a los artífices de la última etapa del programa de expulsión. No menos sorprendente es el elogio que hizo la administración Clinton-Gore de las violentas e ilegales medidas empleadas por las fuerzas de seguridad palestinas para reprimir la oposición a los acuerdos y reforzar la seguridad del pueblo israelí.

Amnistía Internacional publicó un estudio de la situación de los derechos humanos a partir de Oslo cuando se firmó el memorándum. AI estima que 1.600 palestinos son arrestados al año de manera rutinaria; la mitad de ellos son «torturados sistemáticamente». Asimismo AI puntualiza, tal como otras organizaciones importantes pro defensa de los derechos humanos han hecho con regularidad, que Israel es la única que ha «legalizado efectivamente el uso de la tortura» (con la aprobación del Tribunal Supremo), determinando que en la búsqueda de las necesidades de seguridad que percibe Israel «todas las normas internacionales de conducta podrían violarse».

AI informa de prácticas parecidas llevadas a cabo por la Autoridad Palestina, incluyendo la ejecución de dos palestinos por «incitación contra el proceso de paz». Los Tribunales de Seguridad Estatales que dirigen estos abusos han obtenido la aprobación del Departamento de Estado de EE.UU. debido a la demostración de Arafat de «compromiso con los intereses de seguridad de Israel», con el apoyo del vicepresidente Al Gore.

El éxito de Clinton al juntar a las dos partes para que aceptaran el memorándum Wye fue aclamado con la emoción habitual. Se probó a sí mismo que era el «hombre indispensable», según el titular del *New York Times*, en el que se le alaba por la «crucial misión de salvamento». Clinton «mantiene vigilada la honestidad moral» al insistir en los términos del memorándum Wye. Él «pidió poner-

se al servicio de las realidades inmutables»; «inmutables» porque el gobierno de EE.UU. lo exige. Coronó su logro moral con «un animado y optimista discurso norteamericano», mientras «encadenaba el consabido idealismo estadounidense, que algunos israelíes y palestinos consideran ingenuidad diplomática; es la promesa de un abultado ingreso en el bolsillo norteamericano». Sin embargo, el idealismo y la honestidad moral exhiben una gran brillantez en los procedimientos.

Los casos particulares ilustran la realidad de la política estadounidense. Cuando sucede alguna atrocidad, se somete a los palestinos a un estricto toque de queda, independientemente de quién sea el responsable. Una llamativa ilustración es la masacre de 29 árabes que rezaban en una mezquita por el colonialista religioso derechista norteamericano Baruch Goldstein en febrero de 1994, a la que siguió un duro toque de queda al que se sometió al pueblo palestino y el asesinato de muchos más palestinos. Los visitantes que acuden al suburbio de Kiryat Arba pueden entrar en el santuario creado para él, donde pueden rendir culto al «mártir» que murió «con las manos limpias y puro de corazón», según el epitafio de su tumba.

En uno de los innumerables toques de queda, en septiembre de 1998, un niño de un día de edad murió en Hebrón, y otro de tres meses murió en brazos de su madre, ambos camino del hospital, cuando soldados israelíes les prohibieron cruzar las barreras de seguridad colocadas para asegurar que los colonos judíos pudieran guardar sin molestias siete días ritualmente prescritos de duelo. Los soldados cometieron un «error de juicio», según afirmó el portavoz militar, y el asunto quedó zanjado.

Días más tarde, Osama Barham, que ostenta el récord de encarcelamientos sin cargos por las autoridades militares israelíes, cumplió cinco años de detención administrativa, que los militares ampliaron sin contar con ninguna decisión judicial. Se sospecha que Barham, un periodista secular, es miembro de la Jihad Islámica, pero sin pruebas o interés por parte de los supervisores. Barham puede considerarse afortunado en comparación con los que han sido enviados a la cámara de torturas de Israel en Al-Khiam, en el Líbano, administrada por el ejército mercenario que Israel situó en la «zona de seguridad» que ocupa incumpliendo la resolución uná-

nime del Consejo de Seguridad de la ONU de marzo de 1978, en la que se ordena su retirada inmediata e incondicional. La inhibición de EE.UU. pone en tela de juicio dicha decisión.

Las primeras noticias en nueve meses de Al-Khiam las trajo Hassan, liberado tras 12 años de torturas persistentes, confirmando las amplias evidencias que ya existían desde 1982. Puede que Hassan también haya sido afortunado, comparado con los 71 prisioneros libaneses que se encuentran en celdas israelíes como rehenes para futuras negociaciones después de haber sido raptados en el Líbano, con la autorización de tribunales israelíes.

Las operaciones militares de Israel en el Líbano continúan, mientras sus fuerzas de ocupación sufren ataques cada vez más letales de la cada vez más sofisticada resistencia de Hezbollah (llamados «terroristas» en EE.UU., y a veces en Israel). Las operaciones militares israelíes no se restringen a la «zona de seguridad»: en febrero de 1999, tres oficiales israelíes que formaban parte de un comando de élite que operaba al norte de la zona fueron asesinados en una emboscada de Hezbollah. Israel advirtió que atacaría objetivos civiles libaneses como represalia, tal como, de hecho, ha venido haciendo con regularidad desde hace tiempo. Desde el fin de la Invasión por Israel del Líbano, en 1982, unos 25.000 libaneses y palestinos han sido asesinados, según oficiales libaneses y agencias de ayuda internacionales, junto con 900 soldados israelíes.

El logro consistente en imponer su programa de expulsión, aun con el aislamiento internacional en que se encuentra, es suficientemente impresionante. Pero el poder de EE.UU. ganó una victoria ideológica que en cierto modo es incluso más dramática. Por ahora su «proceso de paz» basado en el rechazo ha sido adoptado por todo el mundo como el marco de un asentamiento justo, incluso entre aquellos que sólo hace unos años pedían el reconocimiento de los derechos del pueblo palestino y la retirada israelí de los territorios ocupados (según la resolución 242 de noviembre de 1967 de la ONU, tal y como se interpretó en el mundo entero, incluyendo a EE.UU. hasta 1971).

Hasta ahora, los líderes de Israel y Norteamérica no habían estado dispuestos a llegar tan lejos en el reconocimiento del pueblo palestino como los defensores del Apartheid en Sudáfrica hicieron con los negros hace 35 años. Su solución consistía en «estados

negros», donde se confinaría a la población indeseada, que luego serviría como mano de obra barata cuando ésta fuera requerida. Presumiblemente EE.UU. e Israel tarde o temprano se darán cuenta de que tienen mucho que ganar si aceptan un modelo más progresivo del tipo Sudafricano.

Si así fuera, estarían de acuerdo en calificar a los enclaves palestinos de «Estados» e incluso permitirles un cierto grado de desarrollo industrial (como ocurrió en Sudáfrica), de tal manera que los fabricantes israelíes y estadounidenses, junto con palestinos ricos, puedan explotar a la mano de obra, sometida a base de represión.

Se oyen voces que piden la creación de un Estado palestino, aunque resulta muy instructivo fijarse en ellas detalladamente. En el extremo pro-palestino de los discursos de los medios se sitúa Anthony Lewis, que, comprometido con las denuncias habituales de Netanyahu, lo compara con Isaac Rabin, «un viejo soldado poco sentimental», quien con su «completa honestidad intelectual», estaba deseando firmar los acuerdos de Oslo. Al contrario que Rabin, Netanyahu «se opone a cualquier solución que permitiera a los palestinos la creación de un Estado viable, diminuto, pobre, dominado por Israel, pero suyo al fin y al cabo». Este es «el quid de la cuestión», la distinción crucial entre el santo Rabin y el malvado Netanyahu. Además de la recalcitrante frase de Netanyahu: «Oslo está muriendo».

De hecho, Rabin, y su sucesor, Shimon Peres, rechazaron enérgicamente cualquier idea relacionada con la creación de un Estado palestino durante el tiempo que ocuparon el poder, mientras que el gobierno de Netanyahu ha sido más ambivalente al respecto. Aunque no hay duda de que más tarde o más temprano Rabin acabaría por conceder a los palestinos un Estado que fuera «diminuto, pobre, dominado por Israel, pero suyo al fin y al cabo». No hay razones para dudar que Netanyahu no estuviera de acuerdo sobre este punto, como declaró su ministro de información. De igual modo, todos, excepto los fanáticos más extremistas del mundo árabe e islámico, probablemente estarían deseando conceder a los judíos un Estado que fuera «diminuto, desarmado, dominado por Palestina, pero suyo al fin y al cabo». E incluso puede que consideren que «el quid de la cuestión» es el rechazo de algunos ultra extremistas a adoptar esta última postura.

Resulta obligado un experimento con hipótesis. Uno puede preguntarse qué reacciones tendría una presentación del «quid de la cuestión» en los términos que acabo de citar. La respuesta nos dice mucho de la victoria ideológica del poder de EE.UU.

Hace poco Hillary Clinton expresó su deseo de presentarse como candidata al Senado de Nueva York. En un artículo titulado «El estado palestino de Nueva York», James Dao, del *New York Times* se preguntaba si Hillary había cometido «una monumental metedura de pata política» al defender un Estado palestino. Lo que ella había dicho a un grupo de jóvenes israelíes y árabes un año antes era: «Yo creo que el territorio en el que actualmente vive el pueblo palestino, y cualquier otro territorio que obtengan gracias a las negociaciones de paz» debería «evolucionar hacia un Estado moderno en funcionamiento», un Estado que seguramente sería «diminuto, desarmado, pobre y dominado por Israel».

Inmediatamente después, los asesores de la Casa Blanca se apresuraron a declarar que «no reconocían los comentarios de Hillary Rodham Clinton acerca de la necesidad de un Estado palestino e insistían en que era únicamente su opinión particular» y sufrió considerables ataques. Pero cuando anunció su posible candidatura, también recibió apoyos. Citaron las palabras de un profesor de ciencias políticas: «apoyar la necesidad de creación de un Estado palestino solía ser la posición pacífica, una posición de extrema izquierda». Pero quizás ya no lo sea. Quizás adoptar la posición de los racistas sudafricanos de hace 35 años ya no pueda ser considerada tan fácilmente «la posición pacífica, una posición de extrema izquierda».

La lucha por la libertad y los derechos nunca acaba, y ésta no es una excepción. Todas las partes implicadas en la región se enfrentan a amenazas muy serias y posiblemente mortales. No se puede decir que el poder dominante del exterior haya ayudado a allanar el camino hacia una solución con sentido de sus problemas, o incluso hacia una minimización de los peligros. Aunque esa historia tampoco ha llegado a su fin, y existen muchas opciones para personas interesadas que desean buscar y perseguir una solución mucho más constructiva y honorable.

Echar leña al fuego

Capítulo I

En la guerra dialéctica que se ha entablado desde que Israel invadió el Líbano el 6 de junio de 1982, las críticas a las acciones israelíes han sido frecuentemente tachadas de hipocresía. Aunque las razones expuestas son falsas, la acusación en sí tiene su mérito. Seguramente es hipócrita condenar a Israel por establecer asentamientos en los territorios ocupados mientras pagamos para que se expandan y establezcan.

O condenar a Israel por atacar objetivos civiles con bombas de dispersión y de fósforo «para conseguir el mayor número de bajas por ataque» mientras somos nosotros quienes se las damos gratis o a precio de ganga, sabiendo que serán utilizadas para este propósito.

O criticar el bombardeo «indiscriminado» de zonas civiles altamente pobladas o el resto de sus aventuras militares, cuando no sólo les estamos dando los medios en abundancia para que lo hagan, sino que agradecemos que Israel pruebe el armamento más novedoso en guerras reales, para estar seguros, contra un enemigo desigual, incluyendo objetivos indefensos, que siempre es la manera más segura de llevar a cabo experimentos de este tipo.

En general, es pura hipocresía criticar el ejercicio del poder israelí cuando al mismo tiempo agradecemos las contribuciones de Israel para que se cumpla el objetivo de EE.UU. de eliminar las posibles amenazas, la mayoría autóctonas, a la dominación norteamericana en el Oriente Medio.

Está claro que mientras que Estados Unidos siga ofreciendo los medios, Israel los usará para sus propósitos. Hoy en día esos propósitos están bien claros, y han estado claros durante muchos años para aquellos que hayan querido entenderlos: integrar la mayor parte de los territorios ocupados dentro de Israel de alguna manera, al tiempo que encuentran una forma de reducir la población árabe; dispersar a los refugiados y aplastar cualquier manifestación del nacionalismo o la cultura palestinas, para ganar control sobre el sur del Líbano.

Ya que estos objetivos han sido evidentes durante mucho tiempo y eran compartidos en sus aspectos fundamentales por los dos grupos políticos principales de Israel, hay pocos fundamentos para condenar a Israel por aprovechar su posición de poder en la zona gracias a la fabulosa cantidad de ayudas que EE.UU. envía de una manera que puede adivinar cualquier persona que no tenga la cabeza enterrada en la arena. Es cierto que las quejas y acusaciones son hipócritas cuando al mismo tiempo les enviamos un flujo interminable de ayudas materiales siempre en aumento, junto con apoyo diplomático e ideológico. Este último, se le presta modelando los hechos históricos de manera conveniente.

Incluso si las templadas y ocasionales críticas por parte de Washington o los comentarios editoriales tienen una intención seria, no hay razones para que ningún gobierno israelí les preste atención alguna. La práctica histórica durante muchos años ha acostumbrado a los líderes israelíes a asumir que los «creadores de opinión» de EE.UU. y las élites políticas les apoyarán hagan lo que hagan, e incluso si las informaciones directas son precisas, como normalmente es el caso, perderán gradualmente su importancia a medida que los guardianes de la historia lleven a cabo su misión.

La cuestión básica es sencilla, y se entiende perfectamente desde fuera de Estados Unidos, incluyendo a Israel. Un periodista israelí disidente comenta que «toda esta vana ilusión de poder imperial terminará cuando Estados Unidos cierre el grifo... harto de alguna locura excesiva». En el *Economist* de Londres podíamos leer:

Retrasar el envío de nuevas y relucientes armas es el tradicional tirón de orejas de Norteamérica a Israel. Pero un embargo no resulta efectivo a menos que esté claro que durará... Mucho más efectivo sería que en Israel se creyera que un Presidente americano se atiene a su política, incluyendo si fuera necesario un

embargo de armas duradero y un replanteamiento de la cantidad de las ayudas estadounidenses.

Como hemos visto, la cuestión parece sencilla. Hace algunos años era de hecho tan sencilla como parece. Entonces hubiera sido posible influir a Israel para que se uniera al consenso internacional (en el que participan los principales estados árabes, la población de los territorios ocupados y la corriente principal de la OLP) de apoyo a un acuerdo político entre dos Estados que incluiría fronteras reconocidas, garantías de seguridad, y unas previsiones razonables de un solución pacífica del conflicto. La condición previa, por supuesto, sería que el propio EE.UU. se uniera a dicho consenso y cesara en su apoyo al firme rechazo del partido laborista y la coalición Menachem Begin's Likud. Aunque este retrato de la historia reciente está muy lejos de la versión estándar que circula en EE.UU., sí resulta familiar en el extranjero, y tiene el mérito añadido de la precisión.

No obstante, lo que parecía sencillo hace unos años, se ha vuelto considerablemente complejo hoy. Actualmente no está nada claro el efecto que tendría que la política de EE.UU. se inclinara hacia el consenso internacional, abandonando así su compromiso para lograr la Gran Israel que dominará la región defendiendo los intereses del poder estadounidense (un compromiso expresado en hechos, independientemente de los adjetivos que los acompañen) empleando su inmenso material, sus contribuciones tanto ideológicas como diplomáticas para asegurar que el consenso internacional, bastante razonable, no se haga realidad. El tema no carece de relevancia. Volveré a hablar de los antecedentes, los temas y las perspectivas actuales.

Este libro no intenta ser un examen exhaustivo o un análisis de la red de relaciones entre Estados Unidos, Israel y el pueblo palestino. Sus intenciones son más modestas y consisten en sacar a la luz elementos concretos de la «relación especial» entre Estados Unidos e Israel, así como sus relaciones con los habitantes originarios de esa tierra, que, en mi opinión, han sido insuficientemente apreciadas o tratadas y a menudo seriamente tergiversadas, lo que deriva en que hemos estado aplicando políticas vergonzosas a la vez que extremadamente peligrosas, y en continuo crecimiento.

Estas observaciones son críticas con las políticas israelíes: —su continuo rechazo a cualquier acuerdo político que se acomode a los derechos de la población indígena; —su represión y terrorismo de Estado ejercidos durante tantos años; —sus esfuerzos propagandísticos, que por cierto han tenido un éxito notable (en mi opinión en detrimento de Israel) en Estados Unidos.

Pero esta visión puede inducir a equívocos, en dos aspectos.

En primer lugar, no se trata de un intento a nivel de historia general; se centra en lo que yo creo que es erróneo, y en lo que debería cambiarse, no en lo que creo que ha sido correcto.

En segundo lugar, si nos centramos en las acciones e iniciativas israelíes, puede que se minimice el hecho de que mi preocupación esencial son las políticas que el gobierno de EE.UU. ha desarrollado y nuestra responsabilidad en alentar o en tolerar dichas políticas.

Hasta cierto punto, algunas opiniones y actitudes que podemos ver en EE.UU. están dirigidas por personas que se describen a sí mismas como «partidarios de Israel», un término que también yo adoptaré, aunque con mucho recelo, ya que soy de la opinión de que estaría debidamente denominado de esta otra forma, «los partidarios de la degeneración moral y destrucción definitiva de Israel», y no sólo de Israel.

Dado este clima ideológico y las concretas acciones de EE.UU. que ha contribuido a suscitar, es bastante natural que las políticas israelíes hayan evolucionado de forma predecible. La perpetuación de dichas tendencias dentro de EE.UU. y en las relaciones entre EE.UU. e Israel presagian un futuro sombrío, según mi punto de vista, por razones que espero se vayan aclarando a lo largo de esta exposición. Si esto es cierto, gran parte de la responsabilidad reside en EE.UU., al igual que en nuestro reciente pasado.

Las características esenciales de la contribución de Estados Unidos para crear el Gran Israel se revelaron cruda y brutalmente en septiembre de 1982, en la masacre de palestinos en Beirut, que al final acabó en un escándalo generalizado, al menos temporalmente. Volveré a los hechos y sus antecedentes más tarde; por ahora, basta con que tomemos nota de que la invasión del Líbano por parte de Israel fue apoyada por EE.UU. y por los comentarios aparecidos en los editoriales, aunque surgieron reparos cuando parecía

que estaban llegando demasiado lejos (quizás amenazando los intereses de EE.UU.) o que causaban demasiadas bajas civiles.

Todo ello son reminiscencias del ataque de EE.UU. sobre Vietnam del Sur en 1962, y algunos años después sobre la mayoría de Indochina, por mencionar unos acontecimientos que no tuvieron lugar de acuerdo con el periodismo y la intelectualidad estándar estadounidense, del mismo modo que la versión histórica oficial del Partido no reconoce que Rusia haya invadido Afganistán en 1979.

La ocupación israelí del oeste de Beirut el 15 de septiembre tampoco provocó críticas desde EE.UU., aunque las masacres de Sabra y Shatila que la siguieron suscitaron airadas declaraciones de condena. La condena se dirigía en primer lugar a la Falange Cristiana, acusada de la masacre, y en segundo lugar al gobierno de Israel, por faltar a su responsabilidad de proteger a los habitantes de los campos.

Una avalancha de cartas y artículos de prensa contrastaban la dependencia de Begin de la fuerza y la violencia, su engaño, su rechazo de plano (al principio) a una investigación oficial, y sus esfuerzos para evadir la responsabilidad, con la oposición del partido laborista tanto ahora como cuando ostentó el poder. La «hermosa Israel» de antes estaba desapareciendo, por culpa de Begin y Sharon. El coronel Eli Geva, expulsado del ejército del Estado de Israel tras negarse a dirigir sus tropas contra el oeste de Beirut, fue citado cuando decía:

Siento que la casa está ardiendo. Me refiero a un país que sufre un tipo de deterioro, o un derrumbe, y todos los que creen en este país tienen que contribuir a detener el desmoronamiento.

Algunos estuvieron de acuerdo, muchos antiguos partidarios de Israel (en el sentido especial del término que hemos mencionado antes), que fijaron la fecha del momento del deterioro en la invasión de Beirut Oeste, o del Líbano, o quizás algo antes, aunque seguro que fue después de que Begin llegara al poder.

Dentro de Israel, la masacre de Beirut evocaba mucha angustia y una ola de protestas sin precedentes contra el gobierno, incluyendo una gran cantidad de demostraciones populares, respalda-

das, por primera vez, por el partido laborista desde la oposición. No obstante no hubo evidencia de que Begin y su coalición del Likud en el gobierno perdieran una cantidad significativa de apoyos. Tampoco parece que la masacre afectara a la mayoría de la población, que apoyaba apasionada y enérgicamente la operación militar en el Líbano, aunque en los meses siguientes la oposición creció a medida que los costes aumentaban.

La respuesta de EE.UU. fue interesante. Después de expresar una condena inicial dura, la reacción general, en un espectro bastante amplio, fue que los acontecimientos y sus reacciones subrayaban los excepcionales niveles morales de Israel. Un editorial del *New York Times* comentaba que la angustia de Israel «sólo es propia de una sociedad en la que la sensibilidad moral es un principio de la vida política». Incluso en las publicaciones a menudo consideradas críticas hacia Israel, se pueden oír reacciones parecidas.

La revista *Time*, por ejemplo, comentando las protestas dentro del ejército del Estado de Israel, decía que «desde el principio han sido animados por el mismo odio justificado y los mismos elevados propósitos morales que han guiado a Israel a través de su tumultuosa historia». Cuando el informe de la Comisión israelí de investigación de las masacres apareció varios meses más tarde, el comentario fue de un tono arrebatado: Israel ha buscado y logrado la «salvación»; su logro fue «sublime».

Ningún Estado se ha merecido en la historia tales honores; estos comentarios serían rechazados con desdén si se refirieran a cualquier otro Estado (aparte del propio de cada uno, en discursos patrióticos o en los segmentos más deprimentes de la intelectualidad). Pero refiriéndose a Israel dichas referencias son tan comunes que pasan por delante de nosotros sin que nos percatemos, a través del periodismo norteamericano y la intelectualidad, con raras excepciones. Por el contrario, el pueblo palestino, sus organizaciones y los árabes en general han sido calificados en términos de violencia, terrorismo, irracionalidad, y rechazo a comprometerse a aceptar la existencia de Israel o a aceptar las normas de comportamiento decente.

El contraste es bastante claro en el periodismo y la intelectualidad, y también es familiar en el ámbito de los medios estándar, donde el terrorista árabe se contraponen de forma rutinaria al heroí-

co israelí. Por ejemplo, sería inconcebible para una película de televisión retratar a un personaje judío o israelí a la manera del villano árabe común, a pesar del amplio récord de terrorismo israelí durante muchos años, eficazmente oculto en Estados Unidos.

Puede que el comentario del coronel Geva, citado anteriormente, sea muy preciso, pero la cuestión del tiempo tiene alguna relevancia, así como la postura, tanto actual como histórica, del partido laborista que dominó el movimiento anterior a un estado sionista y dirigió el propio Estado desde su creación hasta 1977. A este tema nos referiremos posteriormente. Los informes muestran con bastante claridad, creo, que es un grave error atribuir el deterioro a la coalición Likud de Begin.

La casa estaba ardiendo mucho antes, y los aliados de Israel han estado echando leña al fuego, un hecho que los verdaderos políticos israelíes lamentan ampliamente. Aquellos que fueron testigos mudos del «derrumbe», o ayudaron a que se produjera, o lo ocultaron con éxito con vulgares disculpas, o culpan a los palestinos cuando los persiguen, o los asesinan en «represalia», han creado el caldo de cultivo de la actual conflagración, y de las atrocidades de Beirut que al final provocaron alguna que otra protesta temporal. Las razones de estos juicios se presentarán según vayamos avanzando.

Por lo tanto, sería saludable, abandonar la hipocresía. O bien apoyamos la creación de un Gran Israel, con todo lo que conlleva y nos aguantamos las ganas de condenar las nefastas consecuencias de esta decisión, o retiramos los medios y la licencia para seguir con estos programas y actuamos para asegurar que se satisfagan las demandas de los judíos y los palestinos.

Quizás esto pueda lograrse, aunque las posibilidades disminuyen cada año que pasa a medida que la Gran Israel que estamos creando se asienta cada vez con mayor firmeza, y a medida que su poder y su capacidad militar, sólo superada por EE.UU., la URSS y China, sigue creciendo. Puede que pronto alcancemos un punto sin retorno con consecuencias terribles para Israel y el pueblo palestino, para la región, y tal vez para el mundo entero.

Los orígenes de la «relación especial»

Capítulo II

1. Niveles de apoyo: Diplomático, material e ideológico

La relación entre Estados Unidos e Israel ha sido excepcional en el ámbito de los negocios y de la cultura norteamericana. Su carácter único queda patente en las recientes votaciones en las Naciones Unidas. Por ejemplo, el 26 de junio de 1982, Estados Unidos fue el único que vetó la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU en el que se pedía la retirada simultánea de las fuerzas armadas palestinas e israelíes de Beirut, basándose en que ese plan «era un intento claro de preservar a la OLP como una fuerza política viable»; evidentemente, ésta era una perspectiva intolerable para el gobierno de EE.UU.

Horas más tarde, Israel y EE.UU. votaron contra la resolución de la Asamblea General para el cese de las hostilidades en el Líbano así como en la frontera de Israel con el Líbano, que se aprobó con dos votos en contra y ninguna abstención. Un poco antes, EE.UU. había vetado una resolución del Consejo de Seguridad que de otro modo hubiera sido unánime y en la que se condenaba a Israel por ignorar la petición anterior de retirada de sus tropas. Está claro que la pauta que siguen es persistente.

Más concretamente, esta relación especial se expresa al nivel de las ayudas económicas y militares que EE.UU. ha enviado a Israel a lo largo de los años. La cantidad concreta es desconocida, ya que

mucho se ha ocultado de varias formas. Antes de 1967, antes de que la «relación especial» hubiera madurado, Israel recibió más cantidad de ayudas per capita de EE.UU. que cualquier otro país. Al comentar el tema, Nadav Safran, especialista de Harvard en Oriente Medio, puntualizaba que éstas ascendían a una parte sustancial de la transferencia sin precedentes de capital hacia Israel desde el exterior, que constituye prácticamente la totalidad de la inversión de Israel, una de las razones por las que el progreso económico no ofrece un modelo significativo para los países subdesarrollados.

Es posible que las ayudas recientes asciendan a alrededor de 1.000 dólares al año por cada ciudadano israelí teniendo en cuenta todos los factores. Incluso las cifras públicas son increíbles. Durante los ejercicios fiscales comprendidos entre 1978 y 1982, Israel recibió el 48 por ciento de todas las ayudas militares de EE.UU., y el 35 por ciento de las ayudas económicas estadounidenses a escala mundial. Durante el ejercicio fiscal de 1983, la administración Reagan solicitó casi 2,5 mil millones de dólares para Israel del presupuesto total de ayudas de 8,1 mil millones de dólares, incluyendo los 500 millones de subvenciones directas y 1,2 mil millones en préstamos a bajo interés. Asimismo, existe una pauta regular de préstamos comprensivos, descuentos especiales para armas, y una gran variedad de artefactos, sin mencionar las contribuciones «caritativas» deducibles de impuestos utilizadas en la declaración de la renta.

No satisfecho con esta cantidad de ayudas concedidas por el contribuyente norteamericano, uno de los más sobresalientes demócratas liberales del Senado, Alan Cranston, por California, «propuso una enmienda al proyecto de ley de ayudas exteriores para establecer el principio de que la ayuda económica estadounidense para Israel no sería menor que la proporción de la deuda que Israel pague a Estados Unidos», un compromiso para hacer frente a las deudas actuales y futuras de Israel», según comentó el senador Charles Percy.

Todo esto sucedió antes de la guerra del Líbano. El porcentaje actual de votos para la ayuda externa se produjo después de la invasión del Líbano, después de destruir gran parte del sur del Líbano, del despiadado sitio y posterior bombardeo de Beirut, de las masacres de septiembre, y de la rápida expansión de los asentamientos en los territorios ocupados como respuesta a la petición del

presidente Reagan de suspender los asentamientos para ajustarse así a las propuestas de paz, que Israel rechazó.

En vista de estos hechos, el único tema que se trataba en el Congreso era si debían «castigar» a Israel, aceptando de este modo la propuesta del Presidente de un incremento sustancial del ya increíble nivel de ayudas, lo que se llama un «acercamiento directo a Israel», o seguir una línea más suave añadiendo aún más a las subidas solicitadas por el presidente, posición sostenida por los miembros más liberales del senado. Afortunadamente, la prensa fue lo suficientemente disciplinada como para suprimir los aspectos cómicos de esta peculiar actuación. No hace falta decir que las consecuencias de este mensaje de aprobación de las acciones recientes de Israel por parte del Presidente y el Congreso no tienen nada de divertido.

Debemos tener en cuenta que en teoría existen restricciones sobre el uso que se les da a las ayudas provenientes de EE.UU. (por ejemplo, que las bombas de dispersión sólo pueden usarse para autodefensa; que los fondos para el desarrollo no se pueden gastar más allá del territorio reconocido de Israel, es decir, las fronteras anteriores a junio de 1967). Pero han tenido mucho cuidado de no aplicarlas, aunque el uso ilegal de las armas de vez en cuando provoca una reprimenda o retrasos temporales de los envíos si las consecuencias reciben demasiada publicidad.

Con respecto a la prohibición de usar los fondos norteamericanos para los programas de asentamiento y desarrollo que Estados Unidos oficialmente consideró ilegales y una barrera contra la paz (es decir, después de las fronteras de 1967), nunca se ha aplicado, y el programa de ayudas está diseñado para que no se pueda aplicar: «a diferencia de la mayoría del resto de los convenios de ayudas, los proyectos que sostenemos en Israel no están especificados», declara Ian Lustick, y a ningún oficial del departamento de Estado o del programa de ayudas «se le ha asignado jamás supervisar el uso que el gobierno israelí hace de nuestros fondos».

Para comparar, debemos considerar el programa de ayudas de EE.UU., destinadas a Egipto (el mayor contingente de ayudas no militares de EE.UU. desde Camp David), dirigido por una oficina de 125 personas que lo supervisan meticulosamente. Muchos egipcios entendidos han sido muy críticos con el programa de ayudas,

alegando que refleja las prioridades norteamericanas y no las egipcias, ya que financia las importaciones de EE.UU. que deben ser transportadas en buques estadounidenses y bajo la supervisión de asesores estadounidenses, cuando en Egipto hay personal cualificado por un coste mínimo. También hacen hincapié en el énfasis sobre el sector privado, «comprando trigo a granjeros de la región central de EE.UU. cuando en Egipto podrían conseguirlo a mitad de precio» (según un director del programa de ayudas), y en general infiltrándose en la sociedad egipcia hasta tal punto que algunos lo consideran una amenaza para la seguridad nacional egipcia.

Estos ejemplos ilustran el apoyo diplomático y económico que EE.UU. brinda a Israel. Similar, a nivel ideológico, es la persistencia de la gran ilusión acerca de la naturaleza de la sociedad israelí y el conflicto árabe-israelí. Desde 1967, ha sido difícil o imposible discutir este tipo de temas en EE.UU. como resultado de una extremadamente efectiva campaña de difamación, abuso, y a veces engaño, dirigida directamente contra aquellos que se atrevían a cuestionar las doctrinas recibidas.

Este hecho ha sido criticado con regularidad por los políticos israelíes, que aquí han sido objeto de un trato parecido. Declaran que su propia posición dentro de Israel se resiente, debido a la falta de apoyo desde dentro de EE.UU., donde, como el general Mattityahu Peled comentó, la «situación de práctica histeria» y el apoyo «ciegamente chauvinista e intolerante» hacia las políticas más reaccionarias dentro de Israel plantea «el peligro de empujar a Israel una vez más hacia una postura de cruel intransigencia».

El conocido periodista e historiador sionista Simha Flapan describe «el prejuicio de los judíos norteamericanos» como «el principal obstáculo para un diálogo entre Estados Unidos y Palestina, e Israel y Palestina, sin el cual hay pocas posibilidades de avanzar hacia adelante en el difícil proceso de paz que nos ocupa». En mi opinión, al enfocar el papel de la población judía norteamericana, los escritores israelíes se vuelven intolerantes.

Para dar un último ejemplo, un artículo de la prensa judía norteamericana cita a un redactor de *Ha'aretz* (básicamente el *New York Times* israelí) que dice: «vosotros, judíos de Norteamérica, vosotros liberales, vosotros, amantes de la democracia, estáis apoyando su destrucción aquí por no denunciar las acciones del gobierno», refiriéndose a la ola de represión en los territorios ocupados bajo la «administración civil» que el profesor Menachem Milson y el general Ariel Sharon establecieron en noviembre de 1981. Continúa explicando los planes de Begin y Sharon: expulsar a un gran número de árabes de Cisjordania, concretamente a los líderes y a aquellos con capacidad de liderazgo, «de cualquier modo ilegal». ¿Cómo?

Vosotros movilizáis a terroristas para que coloquen bombas en los coches de sus alcaldes elegidos democráticamente, suministráis armas a los colonos y a unos pocos colaboracionistas árabes para que arrasen poblaciones árabes, pogromos contra la propiedad, no contra las personas. Unos cuantos árabes han sido asesinados a manos de colonos. Se conoce la identidad de los asesinos, pero la policía está prácticamente atada de pies y manos. Reciben órdenes. ¿Qué excusa tenéis vosotros para no denunciar estas violaciones del derecho y la moralidad israelíes?

Los colonos, añade, son «judíos religiosos que obedecen a una ley superior y hacen cualquier cosa que les digan sus rabinos. Al menos uno de los rabinos Gush Emunim ha escrito que es un mitzvah (deber religioso) destruir a los Amalek (refiriéndose a la población no-judía), incluyendo mujeres y niños». El periodista de *Ha'aretz* añade que su periódico posee «un expediente de historias de terror que nos han llegado de soldados que venían de sus misiones de ocupación en Cisjordania. Nos podemos referir a ellos en términos generales, podemos protestar contra una ocupación que destruye la fibra moral y la dignidad de nuestra juventud, pero no podemos publicar los detalles porque la censura militar cubre las noticias de las acciones con soldados en activo».

En vista de lo publicado en la prensa israelí, podemos imaginar el contenido de dichos expedientes. Debemos fijarnos en que la prensa estadounidense omite muchos asuntos cruciales que la prensa hebrea trata libremente en Israel y gran cantidad de información documentada allí, de tal manera que las personas que pagan las facturas están sumidas en la oscuridad acerca de lo que están financiando o de los debates que se producen dentro de Israel sobre estos temas. Más adelante daré ejemplos.

Los peligros que los partidarios norteamericanos de Israel plantean al propio Israel, se han materializado con creces, llevando sufrimiento a la región así como la repetida amenaza de una guerra mayor y, tal vez, global.

2. Factores causales

2.1. Grupos de presión interna y sus intereses

La «relación especial» se atribuye a menudo a presiones políticas internas, en particular, a la efectividad de la comunidad judía norteamericana en la vida política y en influenciar a la opinión pública. Aunque en esto hay algo de verdad, está muy lejos de ser la historia completa principalmente por dos razones: primero, esta visión subestima el alcance del «apoyo a Israel», y segundo, sobreestima el papel de los grupos de presión política en la toma de decisiones. Consideraremos estos factores a su debido tiempo.

En primer lugar, lo que Seth Tillman llama «el grupo de presión israelí» es mucho más amplio que la comunidad judía norteamericana, abarca los principales segmentos de opinión liberal, la cúpula de los sindicatos laboristas, fundamentalistas religiosos, «conservadores» del tipo de los que apoyan a un aparato de Estado poderoso orientado a una producción controlada por el Estado de grandes inversiones en tecnología (es decir, de producción militar) en el interior, y amenazas militares y aventuras en el exterior. En medio de estas categorías, fervientes guerras frías de todo tipo.

En Israel se aprecian todas estas relaciones, y no sólo desde la derecha. Así, Isaac Rabin, político prestigioso y pronto primer ministro laborista, se opuso a perseguir un acuerdo político después de la guerra de 1973. Israel debía «ganar tiempo», afirmó, con la esperanza de que «después nos encontraremos en una situación más ventajosa: EE.UU. adoptará posiciones más agresivas frente a la URSS...».

Muchos líderes sionistas norteamericanos reconocen estos factores. En diciembre de 1980, varios de ellos sostuvieron en la prensa judía norteamericana que «existe un potencial mucho más grande de intereses entre los judíos y la Mayoría Moral del que hay entre los judíos y el Consejo nacional de iglesias» (*Jewish Week*). Jacques Torczyner, ex presidente de la Organización Sionista de Estados Unidos, y ejecutivo de la Organización Sionista mundial, escribió: «Antes que nada, debemos llegar a la conclusión de que los reaccionarios de derechas son los aliados naturales del sionismo y no

los liberales», pero está equivocado en la última parte, ya que asume erróneamente que no se unieron al consenso de la guerra fría, mientras que en realidad han estado continuamente promoviéndolo y ayudando a mantenerlo.

Y lo que es más, debemos tener en cuenta que la izquierda norteamericana y los grupos pacifistas, excepto algunos elementos marginales, generalmente han apoyado con fuerza a Israel (contrariamente a lo que muchos afirman sin fundamento); algunos apasionadamente, hasta llegar a mirar para otro lado ante prácticas que habrían denunciado con rapidez si hubieran ocurrido en otro lugar. Como dije más arriba, más adelante ofreceré ejemplos.

Podemos encontrar una interesante exposición de ideas íntimamente relacionadas con las de Rabin en un estudio reciente sobre «el anti-semitismo en Estados Unidos», realizado por Nathan y Ruth Perlmutter, director nacional de la Liga anti-difamación de B'nai Brith y su mujer, también líder activa del movimiento sionista. En EE.UU., una vez se consideró a la Liga anti-difamación como una organización pro las libertades civiles; tuvo una reputación merecida. Pero ahora se ha especializado en intentar evitar los debates críticos sobre las políticas de Israel, con técnicas tales como críticas difamatorias, dirigidas también a los israelíes que no pasan su prueba de lealtad, distribuyendo lo que califican como «información» que circula a menudo en panfletos sin firmar, y más de lo mismo.

En Israel informalmente la describen como «uno de los pilares fundamentales» de la propaganda israelí en EE.UU. Seth Tillman se refirió a ella como parte de «los grupos de presión israelí».

Y volvemos a algunas de sus actuaciones públicas. Puede que Meir Pail, reputado historiador militar israelí, antiguo director de la Escuela de Entrenamiento de Oficiales para el ejército del Estado de Israel y político, pensara en la Liga cuando describió la forma en que «Golda Meir y el partido laborista desterraron el pluralismo y el debate en el contexto del antiguo sionismo», imitando «la tendencia de Joseph Stalin hacia los partidos comunistas de todo el mundo», cuyos intereses debían ser «supeditados a los intereses de la Unión Soviética»; «el régimen israelí ha tenido una tendencia parecida» ya que ha «destruido el propio proceso de disconformidad y cuestionamiento», que comenzó (afirma) con el gobierno

laborista de Golda Meir. La Liga ha demostrado ser un instrumento más que servicial.

Los Perlmutter citan estudios que muestran que mientras el anti-semitismo «en algún momento fue virulento» en EE.UU., hoy los judíos no sufren apenas discriminación alguna; puede que no gusten, que se manifiesten actitudes anti-judías, etc; pero esto mismo también ocurre con bastante frecuencia con los grupos étnicos o religiosos. Lo que pasa a ser entonces el «anti-semitismo verdadero», ¿es quizá aún más peligroso que antes? Resulta que el anti-semitismo *verdadero*, se encuentra en los «conciliadores de la época de Vietnam, que transmutaron las espadas en rejas, para defender el terrorismo de la OLP»...

Los Perlmutter temen que «actualmente la guerra esté cosechando mala reputación y la paz demasiada buena prensa...». Están preocupados por la difamación de la izquierda sobre las causas de nuestro enfrentamiento en Vietnam y posteriormente... su recorte del presupuesto de defensa norteamericano... «Aparte del petróleo, es la propia ideología de los liberales en la que la paz, aunque esté marcada por la injusticia, es preferible a la perspectiva de confrontación que actualmente pone en peligro a los judíos».

Asimismo, los intereses judíos están amenazados «por los izquierdistas de esta década, de aquí y del extranjero, como demuestran con su posición en contra y sus reprimendas a EE.UU. por haberse involucrado en Nicaragua y El Salvador». Los intereses judíos se ven amenazados porque los dictadores centroamericanos han sido amigos de Israel, amistad muy entusiasta que ha sido y es recíproca, aunque los Perlmutter no discuten estos hechos, que ayudan a explicar por qué las víctimas de Somoza y los generales de Guatemala y El Salvador no son amigos de Israel y no debido a un anti-semitismo, sino por otras razones bastante comprensibles: muchos agricultores fueron masacrados con armas israelíes o torturados por fuerzas militares que alardean de su entrenamiento y apoyo israelí. Está claro que éstos no son hechos que ayuden a crear una amistad con Israel.

Según el matrimonio Perlmutter, los grupos como el Consejo Nacional de Iglesias también amenazan los intereses judíos ya que exigen que Israel «incluya a la OLP en sus negociaciones de paz de Oriente Medio». «Los apologistas de la izquierda, como los de la

derecha, frecuentemente han pensado que el anti-semitismo o la indiferencia ante los intereses judíos eran meramente una fase transitoria»; pero los judíos deberían saberlo mejor que nadie.

El argumento que mantienen durante todo el estudio es que los intereses de Israel (que implícitamente son los intereses de un Gran Israel que niega los derechos palestinos), son los «intereses judíos», de tal modo que cualquiera que reconozca los derechos palestinos o que apoye de cualquier otro modo políticas que amenacen «los intereses de Israel», tal y como los autores los conciben, son, parafraseando la retórica estalinista de las primeras épocas, «objetivamente» anti-semitas; los que son «inocentes de fanatismo» están ahora poniendo a los judíos «en un peligro mayor» que en el que les ponían los antisemitas tradicionales, con su defensa de la paz, su crítica al intervencionismo estadounidense, su oposición a la sed de sangre de tiranos y torturadores, etc. Este es el «anti-semitismo real», y es extremadamente peligroso. Así que la Liga anti-difamación está hecha para ese trabajo.

Es importante que tomemos nota de que el recurso de acusar de «anti-semitismo» (o en el caso de los judíos, «judíos renegados» para silenciar las críticas hacia Israel) ha sido una táctica habitual y a menudo efectiva. Incluso Abba Eban, reputado diplomático israelí del partido laborista (considerado un político con grandes dotes de liderazgo), es capaz de escribir que «una de las tareas principales para cualquier diálogo con el mundo pagano consiste en demostrar que no existe distinción alguna entre anti-semitismo y anti-sionismo» (que generalmente se entiende como la crítica de las políticas del Estado palestino), y los judíos críticos (en este punto nos menciona directamente a Stone y a mí) tienen un complejo básico... de culpa por la supervivencia de los judíos».

De modo parecido, Irving Howe, como siempre sin argumentos, sencillamente atribuye la peligrosa situación de aislamiento de Israel al «hábil manejo del petróleo» y «al amargo dicho que reza: *En el más cálido de los corazones, siempre hay un hueco helado para los judíos*», así que huelga considerar el impacto de las políticas del partido laborista que él apoyaba; algunas de éstas políticas son por ejemplo, la brutalidad de la ocupación, que ya era evidente y duramente condenada en Israel en la época en que escribió estas líneas.

Los Perlmutter ridiculizan a aquellos que «critican a Israel mientras fantasean con el anti-semitismo» pero seguramente su comentario es falso. Esta táctica es habitual. Christopher Sykes, en su excelente estudio del período anterior al Estado, documenta los orígenes de dicho procedimiento («una fase más de la propaganda sionista») hasta el violento contraataque de David Ben Gurion contra los tribunales británicos que habían acusado a los líderes sionistas de implicación en tráfico de armas en 1943: «a partir de entonces ser anti-sionista pasó a ser lo mismo que ser anti-semita». No obstante, fue en el período posterior a 1967 cuando la táctica fue perfeccionada hasta llegar a ser un arte, a medida que las políticas que defendían eran cada vez menos defendibles.

Dentro de la comunidad judía, la unidad para «apoyar a Israel» que se pedía y que generalmente se lograba, es impresionante; para disgusto de la clase política, desde donde se argumentaba convincentemente que este tipo de «apoyo» había debilitado seriamente sus esfuerzos por modificar de forma definitiva las políticas gubernamentales autodestructivas. Incluso dentro de la comunidad judía estadounidense existe un animado debate sobre si es legítimo criticar en algo las políticas de Israel, y lo que es incluso más asombroso, no se reconoce que el debate en sí sea el asombroso fenómeno que sin duda es. Elie Wiesel, por ejemplo, también defiende la posición de que la crítica no es legítima:

Yo apoyo a Israel, punto. Me identifico con Israel, punto. Nunca ataco, nunca critico a Israel cuando no estoy en Israel.

En cuanto a las políticas de Israel en los territorios ocupados, Wiesel es incapaz de ofrecernos un comentario:

Qué hacer y cómo hacerlo, realmente no lo sé, porque carezco de los elementos de información y conocimiento... Tienes que estar en una posición de poder para tener toda la información... Yo no tengo esa información, así que no lo sé...

Sería difícil encontrar una posición parecida de culto al Estado, aparte de las crónicas del estalinismo y el fascismo. Sin embargo, en Estados Unidos le consideran un crítico del fascismo, y muchos le veneran como a un santo.

La razón que habitualmente se da para defender la doctrina de que Israel no debe ser criticada fuera de sus fronteras, es que sólo los que se enfrentan a los peligros y problemas tienen derecho a expresar dichas críticas, y no los que los observan a salvo y desde lejos. Según esta lógica, los norteamericanos no tienen derecho a criticar a la OLP, a los Estados árabes o a la URSS.

De hecho, este argumento puede aplicarse un poco más ampliamente: es legítimo (más concretamente, es un deber) conceder a Israel subvenciones gigantescas y agradecerlas a los cielos mientras difaman a sus adversarios, concretamente a los que ha conquistado, pero no es legítimo expresar ningún comentario crítico con respecto al uso de los regalos que les damos.

2.2. Intereses estratégicos de EE.UU.

Volviendo a nuestro tema principal, cuando nos referimos a la influencia judía en la política y la opinión pública, estamos subestimando el ámbito del llamado «apoyo a Israel». En lo tocante al segundo punto, su argumentación sobreestima en gran medida el pluralismo de la política y la ideología norteamericanas. Ningún grupo de presión va a controlar el acceso a la opinión pública ni a mantener una influencia duradera en la elaboración de políticas a no ser que su intención coincida con la de los elementos con poder real. Estos elementos no tienen los mismos intereses o (en caso de intereses compartidos) los mismos juicios tácticos; y en algunas cuestiones, como la que nos ocupa, a menudo hay divisiones.

A pesar de ello, un estudio más detallado nos mostrará la corrección de la predicción según la cual, la evolución de la relación de Estados Unidos con Israel «ha estado determinada originariamente por el voluble papel cambiante que Israel ocupaba en el marco de las volubles concepciones de los intereses político-estratégicos de EE.UU. en Oriente Medio». Vamos a ver algunos de los antecedentes históricos más relevantes para intentar aclarar este tema.

A pesar del considerable apoyo de EE.UU. a Israel, incurriríamos en un error si asumiéramos que Israel representa el mayor interés de EE.UU. en Oriente Medio; más bien su mayor interés son las reservas de energía de la región, sobretudo de la Península Ará-

biga. Un análisis del departamento de Estado de 1945 describió así a Arabia Saudita: «...una fuente estupenda de poder estratégico, y uno de los mayores premios materiales de la historia universal».

Estados Unidos se ha comprometido a ganar y quedarse con ese premio. Desde la Segunda Guerra Mundial, ha sido prácticamente un axioma de la política exterior de EE.UU. que esas reservas debían permanecer bajo el control de EE.UU. Una variante más reciente del mismo tema consiste en que el flujo de petrodólares debe ser canalizado hacia Estados Unidos mediante adquisiciones militares, proyectos de construcción, depósitos bancarios, inversiones en valores del Tesoro Público, etc. Ha sido necesario defender este interés principal de diversas amenazas.

2.2.1. Amenazas para el control de EE.UU. sobre el petróleo de Oriente Medio

A nivel retórico, la amenaza de la que debía ser «defendido» Oriente Medio ha sido generalmente la URSS. A pesar de que ciertamente EE.UU. no toleraría movimientos soviéticos que amenazaran con dotar a la URSS de un papel significativo en la producción o distribución del petróleo de Oriente Medio, en contadas ocasiones ha sido una preocupación realista, lo que no quiere decir que los ideólogos no hayan llegado a creerse las fantasías que creaban para servir a otros fines. De hecho la URSS ha sido vacilante con respecto a inmiscuirse en lo que se reconocía como territorio norteamericano.

La pauta se estableció a comienzos de la Guerra Fría, cuando EE.UU. organizó en Grecia en 1947 su primera gran campaña contra la sublevación de la posguerra. Gran Bretaña entró en Grecia tras la retirada de los nazis e impuso el gobierno de los elementos monárquicos y los antiguos colaboracionistas nazis, suprimiendo la resistencia antifascista, en Atenas, por orden de Churchill; instó a las fuerzas británicas: «actuad como si estuvierais en una ciudad conquistada con una rebelión local en marcha».

La represión y la corrupción del régimen impuesto por Gran Bretaña reavivó la resistencia. Muy debilitada por la guerra, Gran Bretaña era incapaz de lidiar con el problema y EE.UU. asumió la tarea de destruir a los campesinos de tendencias comunistas y al

movimiento nacionalista de los trabajadores que había luchado contra los nazis, al tiempo que mantenía en el poder a sus propios favoritos, como el rey Paul y la reina Frederika, cuyos antecedentes nos llevan hasta los movimientos fascistas juveniles, y el ministro del interior Mavromichalis, a quien la inteligencia estadounidense describió como un antiguo colaboracionista nazi y al que se dio la responsabilidad de la seguridad interna.

Algunos senadores opinaban que era difícil conciliar todo esto con la retórica de la Doctrina Truman que consistía en apoyar a «gentes libres que estén sufriendo la subyugación de minorías armadas o presiones externas» en la que se basaba la campaña contra la sublevación. El senador Henry Cabot les explicó que «el gobierno fascista que utilizamos para trabajar es meramente fortuito».

La campaña de contra-sublevación no era tarea fácil: en la guerra que siguió, 160.000 griegos fueron asesinados y 800.000 se convirtieron en refugiados. La Misión norteamericana se impuso a sí misma la tarea de eliminar a aquellos a los que el embajador Lincoln MacVeagh calificaba de «fuerzas sociales subversivas»; estaban enquistados en el insidioso «nuevo aumento de la conciencia de clase y el movimiento proletario», «una influencia externa y subversiva», como los definía Karl Rankin, encargado de Estados Unidos, ante la cual no se debía mostrar «indulgencia alguna» hasta que «el Estado haya reafirmado con éxito su dominio» y el «levantamiento haya sido sofocado» (esta frase del embajador es un clásico en los documentos referentes a Afganistán tanto de EE.UU. como de la URSS).

Fueron la Misión norteamericana y sus clientes fascistas (y, por supuesto, las acaudaladas, y más tarde de propiedad norteamericana, corporaciones, que eran los verdaderos beneficiarios) quienes representaban el elemento «nativo» en Grecia, bien distinto de las influencias «externas» de los campesinos griegos y los trabajadores sublevados a causa de la conciencia de clase.

El salvajismo con el que la misión de Estados Unidos llevó a cabo la tarea de liquidar al enemigo clasista era excesivo, incluso para los británicos, quienes no son famosos por su caballeroso decoro en procedimientos de esta índole. Tampoco estaban demasiado contentos al verse desplazados una vez más de un puesto de

avanzada de influencia y poder británico. Con la aprobación entusiasta y la participación directa de la Misión estadounidense, decenas de miles fueron exiliados, decenas de miles más fueron enviados a prisiones en islas donde muchos sufrieron torturas o fueron ejecutados (o, si tenían suerte, sólo eran «reeducados»), los sindicatos estaban arruinados, e incluso suprimieron a los socialistas moderados anti-comunistas.

Y mientras tanto, EE.UU. manipulaba descaradamente el proceso electoral para asegurarse de que ganaran los candidatos convenientes. Las consecuencias sociales y económicas fueron nefastas. Una década más tarde, «entre 1959 y 1963, casi un tercio de la población activa griega emigró en busca de un trabajo digno». El golpe de Estado fascista de 1967, una vez más con el supuesto apoyo de EE.UU. se originó debido a estos mismos sucesos.

La principal motivación para realizar esta campaña contra-insurgencia era la preocupación por el petróleo de Oriente Medio. En su discurso del 12 de marzo de 1947, en el que anunciaba la Doctrina Truman, el presidente manifestó que «sólo hay que echar un vistazo a los mapas» para ver que si Grecia cayera en manos de los rebeldes, «la confusión y el desorden se propagaría por todo Oriente Medio».

Un estudio de la CIA realizado en febrero de 1948, advertía que, en el caso de una victoria de los rebeldes, EE.UU. se enfrentaría a «la posible pérdida de los recursos petrolíferos de Oriente Medio (lo que representa el 40 por ciento de las reservas mundiales)». EE.UU. se fabricó la amenaza de la URSS para justificar su intervención, pero sin base objetiva; según ellos, Stalin estaba intentando tomar el control de las guerrillas griegas, sabiendo perfectamente que EE.UU. no toleraría perder su puesto de avanzada en Oriente Medio, Grecia, y que no estaba nada contento con la perspectiva de una posible confederación comunista de los Balcanes bajo la influencia de Tito.

Una vez más, el que estos sucesos fueran inventados no cambia el hecho de que en algunos círculos se los creyeran; tanto en la vida pública como en la privada, es fácil creerse lo que nos conviene creer. La exageración de la amenaza que la URSS representaba debe entenderse como un ejemplo prematuro del *modus operandi* del sistema de la Guerra Fría, por el cual cada superpoder explota la

amenaza de su gran enemigo (su «Gran Satán», en palabras del Ayatollah Khomeini) para movilizar apoyo y para llevar a cabo acciones en su propio territorio.

El éxito de la campaña contra-insurgencia en Grecia, tanto a nivel militar como ideológico, sentó un precedente para la elaboración de políticas de EE.UU. en el futuro. Desde entonces, los intentos de Rusia para hacerse con el control del petróleo de Oriente Medio, el interés soviético por el Golfo, etc... eran temas recurrentes de conversación. Pero no era una suposición seria que la URSS se arriesgara a entrar en una guerra nuclear (que sería la consecuencia más probable) por perseguir un objetivo como ése.

Una amenaza más realista al dominio de EE.UU. en la región es el que le ha planteado Europa. En la década de los cuarenta, EE.UU. consiguió desplazar a Francia, y en gran medida a Gran Bretaña, en parte deliberadamente, y en parte como reflejo del equilibrio de poder. Una de las consecuencias del golpe de Estado que la CIA respaldó para restituir al Shah en Irán en 1953, fue la transferencia del 40 por ciento del crudo iraní de manos británicas a norteamericanas, un hecho que llevó a los editores del *New York Times* a expresar su preocupación porque algunos círculos británicos equivocados hubieran creído que el «imperialismo norteamericano... ha expulsado una vez más a Gran Bretaña de un baluarte histórico».

Al mismo tiempo, los editores subrayaban que «los países subdesarrollados ricos en recursos tienen actualmente una lección que aprender sobre el alto precio que deben pagar si uno de ellos es presa del nacionalismo fanático». El alto precio de la lección fue realmente elevado, como se vería con el tiempo y aún lo están pagando; muchos otros se han visto obligados a aprender la misma lección desde entonces.

La preocupación por el interés europeo en la región persistía. EE.UU. invadió el Canal de Suez (junto con Israel) para frenar con firmeza el intento de Gran Bretaña y Francia de reafirmar su influencia en la zona. EE.UU. fue el instrumento para expulsar a las tres potencias de territorio egipcio, aunque puede que las amenazas soviéticas jugaran también un papel decisivo. Henry Kissinger, en su discurso «Año de Europa» de 1973, advirtió de los peligros de un bloque comercial dominado por Europa que incluyera Oriente Medio y el Norte de África y excluyera a EE.UU.

Más tarde, en una reunión privada, reveló que un elemento básico de su diplomacia posterior a 1973 fue «asegurar que los europeos y los japoneses no se metieran en diplomacia» en Oriente Medio. La posterior oposición de EE.UU. a un «diálogo euro-árabe» se deriva de esas mismas preocupaciones. Actualmente, la competencia entre las sociedades de los Estados capitalistas (que ahora incluyen a algunas potencias más pequeñas, como Corea del Sur) por una proporción de la riqueza que genera el crudo, es una cuestión de creciente importancia.

2.2.2. Amenazas autóctonas: Israel como valor estratégico

La tercera amenaza de la que se debe «defender» a la región, es la autóctona: la amenaza que supone el nacionalismo radical. En este contexto, la relación entre EE.UU. e Israel ha madurado. A principios de los años 50, EE.UU. e Israel vivían una relación decididamente precaria, y por un tiempo pareció que Washington cimentaría una relación más estrecha con Nasser, el presidente de Egipto, quien tenía algún apoyo por parte de la CIA.

Esta situación era lo suficientemente preocupante para que Israel organizara cédulas terroristas dentro de Egipto a fin de atacar las instalaciones militares de EE.UU. (y también los edificios públicos egipcios) en un intento de distanciar a EE.UU. y Egipto, ya que los ataques se los atribuirían a fanáticos egipcios ultra nacionalistas.

No obstante, desde finales de los años 50, el gobierno de Estados Unidos empezó a aceptar gradualmente la tesis israelí de que una Israel poderosa sería un «valor estratégico» para Estados Unidos, ya que serviría como barrera contra la amenaza que representaba el nacionalismo radical autóctono para los intereses norteamericanos. En un memorándum recientemente desclasificado del Consejo Nacional de Seguridad de 1958 se apunta que «el corolario lógico» de la oposición al nacionalismo árabe radical «sería apoyar a Israel como la única potencia afín a Occidente que queda en Oriente Próximo».

Mientras tanto, Israel concluía un pacto secreto con Turquía, Irán y Etiopía. Según el biógrafo de David Ben-Gurion, el secretario de Estado John Foster Dules, les animó a realizar este «pacto periférico» y se pretendía que fuera «duradero». Durante los años

60, la inteligencia norteamericana consideró a Israel como una barrera frente a la presión que Nasser ejercía en los Estados del Golfo productores de crudo, un asunto muy serio en aquella época, y especialmente frente a la influencia rusa. La aplastante victoria de Israel en 1967 reforzó esta conclusión, cuando conquistó el Sinaí, Gaza, Cisjordania y los Altos del Golán, éste último, tras violar el cese el fuego en una operación ordenada por el ministro de defensa Moshe Dayan, sin contar con el primer ministro o el jefe de personal.

La tesis israelí de que Israel es un «valor estratégico» se confirmó de nuevo gracias a los movimientos israelíes para bloquear los esfuerzos que hacía Siria por apoyar al pueblo palestino que estaba siendo masacrado por Jordania en septiembre de 1970, en un momento en el que EE.UU. era incapaz de intervenir directamente contra lo que se consideraba como una amenaza contra sus clientes en el mundo árabe.

Esta contribución provocó un considerable incremento en las ayudas estadounidenses. En los años 70, los analistas estadounidenses argumentaban que Israel e Irán bajo el mandato del Shah protegían la situación de control de EE.UU. sobre las regiones productoras del Golfo. Después de la caída del Shah, el papel de Israel, como la Esparta de Oriente Medio al servicio de Estados Unidos, provocó un creciente apoyo por parte de EE.UU.

Al mismo tiempo, Israel ayudó a EE.UU. a penetrar en África Central con sustanciosas subvenciones secretas de la CIA, para apoyar a Haile Selassie en Etiopía, a Idi Amin en Uganda, a Mobutu en el Zaire, y a Bokassa en la República Centroafricana, entre otros. Asimismo burló la prohibición de concesión de ayudas a Rodesia y a Sudáfrica, y, más recientemente, prestó ayuda militar y tecnológica, así como asesores, a los clientes de EE.UU. en Centroamérica. Una alianza cada vez más evidente entre Israel, Sudáfrica, Taiwán y las dictaduras militares del cono sur de Sudamérica ha demostrado ser una perspectiva atractiva para los segmentos principales del poder de Estados Unidos.

Ahora, Israel se ve como una parte crucial del elaborado sistema norteamericano de base y respaldo de la Fuerza de despliegue rápido para enlazar las regiones productoras de petróleo de Oriente

Medio. Pero estos asuntos son extremadamente importantes y merecen mucha más atención de la que puedo dedicarles aquí.

Si no hubiera sido por la percepción del papel geopolítico de Israel, sobre todo en Oriente Medio, pero también en otros lugares, parece improbable que los grupos de presión pro israelíes en EE.UU. hubieran llegado a tener alguna influencia en la creación de políticas, o que el clima de opinión que Peled y otros políticos israelíes calificaban de deplorable, pudiera crearse y mantenerse. De igual modo afectaría si Israel se viera como una amenaza más que como un apoyo para el principal interés de EE.UU. en la región de Oriente Medio, que consiste en mantener el control sobre las reservas de energía y el flujo de petrodólares.

Como podemos ver, los que verdaderamente ejercen el poder en EE.UU., han respaldado considerablemente la concepción de Israel como «un valor estratégico», y esta posición ha salido vencedora con regularidad en los debates de política interna, ayudada, hasta cierto punto, por las presiones políticas internas. Pero esta posición ha sido cuestionada. También ha habido fuerzas importantes a favor de un tipo de acuerdo político pacífico que durante mucho tiempo ha sido posible, un tema al que volveremos en el próximo capítulo.

Michael Klare sugirió la posibilidad de hacer una distinción útil entre los «prusianos», que defienden las amenazas y el uso de la violencia para alcanzar los fines políticos deseados, y los «comerciantes», que comparten los mismos objetivos, pero creen que los medios pacíficos son más efectivos. Estas son valoraciones tácticas, y por lo tanto pueden variar. En una primera aproximación, somos precisos al decir que los «prusianos» han apoyado a Israel por su «valor estratégico», mientras que los «comerciantes», han buscado un acuerdo político de algún tipo.

Esta cuestión se reconoce implícitamente en gran parte de la propaganda israelí; por ejemplo, un anuncio a página completa en el *New York Times* firmado por muchas lumbreras (incluyendo a algunos que son palomas en otros ámbitos), en el que se pedía la creación de un grupo de presión pro israelí (NAT PAC) bajo este encabezamiento: «la fe en Israel fortalece a Norteamérica». Para apoyar su causa, añadía: «... si los intereses de EE.UU. en Oriente Medio se ven amenazados, llevaría meses establecer una presencia significa-

tiva en el lugar. Con Israel como aliado, sólo tardaríamos unos días».

Joseph Churba, director del Centro de Seguridad Internacional, también se quejaba de que «la izquierda en Israel» no valora a EE.UU. ni los intereses israelíes y «muchos de entre sus filas, como de entre las filas de la izquierda estadounidense, están trabajando por los mismos objetivos, a saber, que ninguno de los dos países debería actuar como un policía internacional, ya sea en El Salvador o en el Líbano», así que tanto la izquierda en Israel como en Estados Unidos están contribuyendo a avivar el antisemitismo, «amenazando los intereses del pueblo hebreo», según la doctrina del «antisemitismo real» desarrollada por la Liga Anti-difamación, que comentamos anteriormente.

Aquellos que, como Churba, comprenden los intereses israelíes y estadounidenses, que «el poder occidental» debería ser «utilizado de forma efectiva para moderar la sed de aventuras soviética y radical», y que EE.UU. e Israel deberían actuar como una policía internacional tanto en El Salvador y en el Líbano como en cualquier otra parte.

La auténtica voz de los «prusianos» en ambos casos.

Podemos encontrar esta misma distinción implícita en el argumento de si «la paz para Galilea» que Israel pretendía conseguir con la invasión del Líbano fortalecía la posición estadounidense en Oriente Medio y si, en general, servía a los fines de EE.UU., o no. El *New Republic* asegura que sí, y que por tanto la operación estaba justificada. Otros creen que los intereses de Estados Unidos en la región se han visto dañados.

Así, Thomas Friedman, después de realizar una extensa investigación sobre la opinión del mundo árabe, concluyó lo siguiente: «No sólo murió en el Líbano el respeto por muchos líderes árabes (porque no acudieron a socorrer a la víctimas del ataque israelí, ni siquiera cuando «un movimiento popular» defendía la capital árabe asediada, según la explicación de un científico político libanés), sino que también Estados Unidos perdió mucho del respeto que se le tenía en Oriente Medio» debido a la percepción de que «no se puede confiar en Estados Unidos» (en palabras del director del Fondo Kuwaití para el Desarrollo Económico Árabe) y de que el apoyo estadounidense a Israel se debe a que este último es «un instrumento de su propia política».

Un oficial superior kuwaití, afirmó, haciéndose eco del sentir popular: «habéis perdido lo más importante, a nivel humanitario. Cualquier tipo de respeto que pudiera sentir el mundo árabe por Estados Unidos como autoridad moral, ha desaparecido».

¿Quién tiene razón en esta discusión? Ambas posiciones, desde su punto de vista. Los que ridiculizan «el nivel humanitario» y el concepto de «autoridad moral» pueden alegar, con algo de credibilidad, que el poder militar de Israel puede aumentar la capacidad de Estados Unidos para controlar la región por la fuerza y la violencia, y que la invasión del Líbano contribuyó a alcanzar este fin, al menos a corto plazo. Los que tienen una concepción distinta del papel que EE.UU. debería tener en los asuntos mundiales, sacarán distintas conclusiones de la misma evidencia.

2.2.3. Servicios secundarios

Tras la invasión del Líbano, Israel dio un paso más para subrayar su estatus de «valor estratégico» y para reforzar su propia posición mejorando las relaciones con sus aliados (que, no por casualidad, son los mismos que los de Estados Unidos) en África y Latinoamérica. Renovando las relaciones que se establecieron bajo los auspicios de la CIA en los años 60 (ver más arriba), el ministro de exteriores Isaac Shamir visitó al general Mobutu en el Zaire, para informarle de que, aparte del apoyo directo técnico y militar, «Israel ayudará al Zaire mediante su influencia sobre las organizaciones judías de Estados Unidos, lo que ayudará a mejorar la imagen [del Zaire]».

Este es un asunto bastante serio, ya que la imagen de esta dictadura brutal y corrupta no está en muy buen lugar, y, tal y como Mobutu afirmó a modo de queja, «los principales enemigos [del Zaire] en Estados Unidos, son los miembros judíos del Congreso». La reconfortante respuesta de Shamir fue: «los judíos también nos critican a nosotros», y continuó explicando que «con la cooperación de los grupos de Israel y con el dinero de los judíos norteamericanos, será posible ayudar al Zaire», militar y materialmente, y mejorando su imagen. El general Mobutu expresó su satisfacción por que oficiales israelíes estuvieran prestando entrenamiento militar (concretamente a su guardia presidencial) junto con asesores franceses y chinos.

En enero de 1983, el ministro de defensa Ariel Sharon visitó el Zaire y firmó un acuerdo consistente en que los asesores militares israelíes reestructurarían las fuerzas armadas del Zaire. Sharon «defendió hoy el nuevo acuerdo de ayudas militares y de armamento con el Zaire como un paso más hacia un aumento de la influencia israelí en África», informó la UPI. Sharon añadió que el programa (que debe mantenerse en secreto) constituiría «una contribución a las exportaciones israelíes de armamento y equipamiento» que provocaría que otros países africanos acudieran a Israel para obtener ayuda militar.

Unas semanas antes, Sharon había visitado Honduras «para cimentar las relaciones con un país amigo que ha mostrado interés por nuestras instalaciones de defensa». La radio israelí informó que Israel había ayudado a Honduras a adquirir lo que se considera la fuerza aérea más potente de Centroamérica, y señaló que «el viaje de Sharon levantó las dudas sobre si Israel debería actuar como el representante de Estados Unidos en Honduras». «También se nos ha informado de que asesores israelíes han asistido al entrenamiento de pilotos de Honduras».

Una «fuente militar de primera fila» en Honduras afirmó que el nuevo acuerdo entre Israel y Honduras incluía sofisticados cazas, tanques, rifles de asalto Galil (el armamento típico de los terroristas de Estado en Centroamérica), entrenamiento a oficiales, tropas y pilotos, y tal vez misiles. Dentro del séquito de Sharon se encontraba el responsable de las fuerzas aéreas israelíes y el director general del Ministerio de Defensa; «les concedieron todos los honores propios de un jefe de Estado». Un funcionario estatal declaró que la visita de Sharon fue «más positiva» que la que había realizado poco antes «Reagan», ya que Sharon «nos vendió armas», mientras que «Reagan sólo susurró argumentos consabidos, explicando que el Congreso le impedía hacer más».

No existe una fuerza interna significativa que impida a Israel «hacer más», un hecho que la clase política israelí lamenta. «La inesperada visita y el acuerdo militar subrayan el creciente papel de Israel como intermediario de EE.UU. en la venta de armas y representante de Norteamérica para controlar las crisis en América Central». Mientras tanto, en Guatemala, el jefe del estado mayor, Mario López Fuentes, quien considera que el presidente Ríos Montt

no es lo suficientemente violento, se quejó de que EE.UU. se entrometiera con el tema de los derechos humanos; «Lo que queremos es ser de izquierdas y libertad», afirmó; «sería preferible que EE.UU. tomara actitudes parecidas a las de otros aliados como Israel», indicó.

Los servicios de Israel en América Central han sido considerables, incluyendo Nicaragua (con Somoza), Guatemala, El Salvador y Honduras, y ahora parece ser que Costa Rica desde que empezó a ser más afín a la política estadounidense en la región tras la elección de Luis Alberto Monge en febrero de 1982. Las contribuciones de Israel a las fuerzas militares guatemaltecas y hondureñas son particularmente significativas: en el caso anterior, a los regímenes militares que habían llegado al poder previa intervención de Estados Unidos, les resultaba difícil frenar la creciente insurrección mientras las restricciones sobre los derechos humanos del Congreso impedían la ayuda militar directa estadounidense a estos asesinos en masa.

En el caso de Honduras, eran cada vez más evidentes los esfuerzos de Reagan por fomentar los desórdenes y los conflictos apoyando a la Guardia Nacional somocista con base en Honduras en sus incursiones en Nicaragua, donde torturaban y destruían tal y como Estados Unidos les había estado entrenando durante muchos años. Antes de la guerra de las Malvinas, se esperaba poder utilizar a los neo-nazis argentinos para este propósito, así como para mejorar la eficacia del terrorismo de Estado en El Salvador y Guatemala. No obstante, puede que necesitaran un aliado-cliente más fiable para desarrollar este papel de representación.

Charles Maechling fue quien elaboró los planes de contrainsurgencia y defensa interna para los presidentes Johnson y Kennedy durante el período 1961-66; actualmente es socio de la asociación benéfica Carnegie por la Paz Internacional, asociación que los reclutas en Latinoamérica describen como «imposible de diferenciar de los criminales de guerra condenados en Nüremberg después de la Segunda Guerra Mundial». Añaden que «para Estados Unidos, que lideró la cruzada contra los nazis, es una atrocidad apoyar los métodos de las brigadas de exterminación de Heinrich Himmler». Aparte de ser una atrocidad, se ha vuelto difícil, a causa de la legislación del Congreso. De ahí la importancia de las contri-

buciones de Israel durante los años 70 y cada vez más hoy en día, apoyando a aquellos que utilizan los métodos de las brigadas de exterminación de Himmler.

La campaña pro derechos humanos del Congreso (a menudo atribuida erróneamente a la presidencia estadounidense) era un reflejo de «el síndrome de Vietnam», una temida enfermedad que afectó a gran parte de la población a principios de la guerra de Vietnam, con síntomas tan aterradores como la comprensión del modo en que Estados Unidos utiliza su poder en el mundo y la preocupación por la tortura, el asesinato, la agresión y la opresión. Se esperaba que la enfermedad hubiera remitido, pero la reacción popular contra la política de contra-insurgencia al estilo Kennedy, que Reagan revivió, demostró que tal optimismo era prematuro, así que las contribuciones de Israel son quizás aún más bienvenidas que antes.

Casualmente, se alegó que EE.UU. se había opuesto a las operaciones de Israel en Latinoamérica, (por ejemplo, que el presidente Carter se había opuesto a la ayuda israelí a Somoza), pero esto es difícilmente creíble. No cabe duda de que EE.UU. podía haber evitado cualquier intervención que no aprobara, y en ocasiones así fue, aunque no en Nicaragua, donde la Administración por los Derechos Humanos de hecho apoyó a Somoza hasta el fin de su sangriento mandato, incluso después de que los aliados naturales de EE.UU., la comunidad empresarial nicaragüense, le hubieran dado la espalda.

Los servicios israelíes se han extendido más allá de Oriente Medio, África y Latinoamérica, también hacia Asia. Así, en una ocasión Israel suministró cazas norteamericanos a Indonesia, cuando habían agotado sus armas durante la masacre de Timor, y la Administración por los Derechos Humanos, mientras se esforzaba para suministrar el armamento necesario para llevar a cabo esta misión, todavía se mostraba reticente a hacerlo abiertamente, quizás por miedo a que la prensa aireara su complicidad con la matanza.

Taiwán ha sido un aliado particularmente fiel. La prensa israelí habla de «el Quinto Mundo» (Israel, Sudáfrica y Taiwán), una alianza de Estados tecnológicamente avanzados dedicada al desarrollo de armamento sofisticado, incluyendo armas nucleares, misi-

les, etc. Más tarde retomaremos esta cuestión, que ya debe de estar causando alarma en Washington.

Con los esfuerzos de Reagan por recalentar la frontera entre Nicaragua y Honduras, y el viaje de Sharon a este último país, la conexión israelí se volvió tan visible como para provocar que oficialmente se desmintiera, aunque fue presentada como un hecho en el *New York Times*. Allí se apuntaba que Israel está «ampliando sus misiones de entrenamiento militar y su papel como principal proveedor de armas en Centroamérica». Leslie Gelb indica que «todos los indicios apuntan a que los israelíes no están allí, como la mayoría del resto [los norteamericanos, la OLP, los cubanos y los alemanes del Este], como participantes en una especie de enfrentamiento oriente-occidente, o para participar en una intriga revolucionaria o contrarrevolucionaria».

Estos «indicios» resultan ser las declaraciones de oficiales israelíes y norteamericanos, ninguno de los cuales dijo que «Israel estaba en Centroamérica para cumplir los deseos de Washington o para ayudar en países como Guatemala donde la Administración no puede suministrar ayuda militar debido a los abusos de los derechos civiles». Naturalmente, cualquiera esperaría que los oficiales israelíes o estadounidenses proclamaran estos planes a los cuatro vientos, así que su decisión de no hacerlo, basta para probar que los rumores no son ciertos.

Un oficial del departamento de Estado comentó que «hemos indicado que no estamos descontentos con que ayuden» en lugares como Guatemala y Honduras, «pero yo no diría que los israelíes y nosotros hubiéramos resuelto juntos qué hacer». Elaborar la «resolución» podría parecer superfluo, teniendo en cuenta los intereses y las perspectivas que comparten, por no hablar de las íntimas relaciones a todos los niveles, incluyendo el militar propiamente dicho, la industria militar, la inteligencia, la diplomacia, etc.

Es sorprendente que Gelb asumiera como algo lógico que mientras Israel perseguía sus propios intereses (como sin duda hace, y uno de ellos es ofrecer servicios al poder de EE.UU.) no fuera cierto que, digamos Cuba, que evidentemente no tiene razones para sentirse amenazada y por lo tanto no estaría intentando salir de su «aislamiento», (aunque Israel sí, según nos informa) apoyara a gobiernos afines. Cabría esperar, quizás, que Gelb fuera sensible

ante este tema. Era director del estudio de documentos del Pentágono, que contenía la increíble revelación de que la inteligencia estadounidense, durante un período de 20 años de observación, estaba tan adoctrinada por la propaganda de la Guerra Fría, que era incapaz de concebir la posibilidad de que los norvietnamitas pudieran estar motivados por sus propios intereses, en lugar de actuar simplemente como lacayos de la URSS o de China.

3. El liberalismo norteamericano y el apoyo ideológico a Israel

Como hemos visto anteriormente, la opinión de los «prusianos» generalmente ha ganado en los debates sobre política doméstica. Pero la historia es más compleja. El liberalismo norteamericano ha allanado el camino para construir el apoyo «ciegamente chovinista e intolerante» a la política de Israel que el general Peled detesta. El mismo día que EE.UU. e Israel se encontraban solos frente al mundo en la Naciones Unidas, la conferencia nacional del partido democrático «adoptó un discurso muy tolerante con los recientes ataques de Israel en el Líbano, lamentando solamente 'toda pérdida de vida de ambos contendientes en el Líbano'».

Por el contrario, los ministros de asuntos exteriores de la Comunidad Europea «condenaron enérgicamente la nueva invasión del Líbano» como «una flagrante violación del derecho internacional así como de los principios humanitarios más elementales», y añadieron que «esta injustificable acción» planteaba el riesgo de «llevar a una guerra generalizada». Este es un caso aislado.

De hecho, la portada de el *New York Times* de ese día (el 27 de junio) muestra la «relación especial» entre Israel y Estados Unidos bastante cuidadosamente. Había tres columnas contiguas.

Una es un reportaje de William Farrell desde Beirut, en el que se describen los efectos de los últimos bombardeos israelíes: cementerios atestados, personas enterradas en fosas comunes, desesperada necesidad de suministros en los hospitales, basura amontonada por todas partes en pilas malolientes, cuerpos en descomposición bajo toneladas de escombros, edificios reducidos a poco más que fachadas destartalladas, los depósitos de cadáveres llenos, cuerpos apilados en los pasillos de los hospitales, los pocos doctores que quedan

intentan desesperadamente tratar a las víctimas de bombas de dispersión o de fósforo, Israel bloqueando los suministros médicos de la Cruz Roja, hospitales bombardeados, operaciones quirúrgicas interrumpidas por los bombardeos israelíes, etc.

La segunda es un informe de Bernard Nossiter desde Nueva York, informando de cómo EE.UU. bloqueó la acción de la ONU para detener la masacre apoyando su deseo en que la OLP debe ser preservada como «una fuerza política viable».

La tercera es un reportaje de Adam Clymer desde Filadelfia sobre el apoyo diáfano de la conferencia nacional democrática a la guerra de Israel en el Líbano. Los tres reportajes de portada, cada uno al lado del otro, consiguen capturar la naturaleza de la «relación especial» con algo de precisión (así como el hecho de que no aparezca ningún comentario editorial).

El liberalismo norteamericano siempre ha sido muy proclive a Israel, pero hubo un cambio importante de actitudes en 1967, con la demostración del poderío militar israelí. Los principales comandantes israelíes dejaron claro poco después que Israel se había enfrentado a una amenaza militar no muy seria y que podían anticipar con seguridad una victoria rápida (que la supuesta amenaza a la existencia de Israel era «una parodia»).

Pero este hecho se borró cediendo a la imagen de un David israelí enfrentándose a un brutal Goliath árabe, lo que permitió a los humanitarios liberales ofrecer su simpatía y apoyo al mayor poder militar de la región cuando éste pasaba de aplastar a sus enemigos a suprimir a los que caían bajo su control y mientras los principales generales explicaban que Israel podía conquistarlo todo desde Jartum hasta Bagdad y hasta Argelia, en una semana si era necesario (Ariel Sharon).

El aumento del prestigio de Israel entre los intelectuales liberales, con su demostración de poderío militar, es un hecho de cierto interés. Es razonable atribuirlo en gran medida a las preocupaciones internas de Estados Unidos, y en particular, a la incapacidad de EE.UU. para aplastar la resistencia autóctona en Indochina. No resulta sorprendente que esa brillante victoria israelí hubiera sido una inspiración para abogar públicamente por el uso de la violencia a fin de alcanzar objetivos nacionales; pero existen muchas ideas falsas acerca de la posición de la intelectualidad liberal a este respecto.

Actualmente, a veces se nos olvida que en 1967 apoyaron masivamente la intervención estadounidense (o, más concretamente, agresión) en Indochina y continuaron haciéndolo, aunque algunos se opusieron a esta operación por las razones que llevaron a los círculos empresariales a la misma conclusión: los costes se hicieron demasiado altos, superaban la proporción de los beneficios que se calculaba podían obtener, una posición «pragmática» más que de principios, bastante distinta de la posición adoptada con respecto a los estragos de los enemigos oficiales, la invasión soviética de Checoslovaquia, por ejemplo. (Como contraposición, los elementos centrales del movimiento de paz que se oponía a la agresión en ambos casos por una cuestión de principios; pero estos hechos se ocultaron con la posterior reescritura de la historia).

Por lo tanto, el atractivo del eficiente y exitoso uso que Israel hace de la fuerza fue bastante amplio. Sólo medio en broma se decía que habría que enviar a Moshe Dayan a Vietnam para enseñarles cómo hacer el trabajo como es debido.

Al mismo tiempo, el desafío a la autoridad se vivía internamente con mucha consternación. Crearon una imagen terrorífica del Vietcong; fanáticos maoístas, barbudos revolucionarios cubanos, estudiantes que arrasaban con todo, Panteras Negras, terroristas árabes y otras fuerzas (quizás bajo influencia rusa) que conspiraban para agitar los cimientos de nuestro mundo de privilegios y dominación.

Israel mostró cómo tratar a los advenedizos del Tercer Mundo debidamente, ganándose la lealtad de muchos atemorizados defensores de las virtudes de conocer el lugar que corresponde a cada uno. Para algunos, el poder militar que Israel desplegó producía admiración y respeto, mientras que otros despreciaban estos sentimientos, recordando la mencionada vulnerabilidad de Israel antes de que aplastara tan decisivamente a estas fuerzas, e incluso hay otros engañados por la efectiva leyenda de «David y Goliath».

Los individuos tienen sus propias razones, pero las tendencias de esta naturaleza se pueden detectar rápidamente y les falta un largo camino para explicar el origen del «apoyo a Israel» cuando demostró su capacidad para blandir el puño. Desde 1967 se han silenciado las críticas de las políticas de Israel, usando de manera efectiva las armas morales del antisemitismo y los «judíos que se odian a sí mismos».

Estos tópicos ya se habían discutido ampliamente en Europa o en la propia Israel; en EE.UU. fueron eliminados de la orden del día, y se estableció una imagen de Israel, sus enemigos, sus víctimas y del papel de EE.UU. en la región que sólo ofrecía un pequeño parecido con la realidad. Lentamente la situación empezó a cambiar notablemente a finales de los años 70, después de la cada vez más visible represión llevada a cabo bajo el régimen de Milson-Sharon en los territorios ocupados (sólo parcialmente reflejada en EE.UU.) y de la invasión de 1982 del Líbano, lo que planteaba un serio reto al talento de los propagandistas.

La inmensa popularidad que Israel ganó demostrando su eficacia militar era un arma útil que podía ser empleada contra los disidentes internos. Se empleó un esfuerzo considerable para demostrar que la Nueva Izquierda apoyaba el terrorismo árabe y la destrucción de Israel, una tarea ampliamente cumplida desafiando a los hechos (la Nueva Izquierda, tal y como muestran los archivos documentales, normalmente tendía a respaldar la posición de los políticos israelíes).

Es interesante que uno de los mecanismos que se utilizan actualmente para alcanzar el nuevo desafío, es extender a la prensa en general la engañosa crítica que se aplicó a la Nueva Izquierda en aquella época. Hoy en día, la queja más reiterativa se centra en que los medios son hostiles a Israel y están sujetos a la siniestra influencia de la OLP, motivada por su instintiva simpatía por las luchas revolucionarias del Tercer Mundo contra las potencias occidentales.

Aunque, dados los hechos esto pueda parecer absurdo, ni el esfuerzo, ni su insignificante éxito conteniendo las desviaciones hacia un grado mínimo de imparcialidad será una sorpresa para los estudiantes de los sistemas propagandísticos del siglo XX, como tampoco lo fueron los primeros éxitos de los que fabricaron una imagen del apoyo de la Nueva Izquierda al terrorismo de la OLP, y el desprecio por Israel precisamente porque es una nación democrática que avanza hacia el socialismo, una de las perspicacias de Irving Howe. Después de todo, estamos viviendo en la edad de Orwell.

Tal vez se puede ofrecer una interpretación psicológicamente más afín. Los que están acostumbrados a una dominación casi total de opinión articulada, puede que sientan que el mundo se está aca-

bando si su control está amenazado o debilitado aunque sea ligeramente; reaccionan igual que un niño consentido al que reprenden por primera vez. De ahí las lamentaciones por la simpatía de la prensa por la OLP y su imperturbable odio por Israel, cuando, según ellos, sólo hay un reportaje aislado sobre el bombardeo de hospitales o el maltrato a prisioneros indefensos.

O puede que el fenómeno sea simplemente la expresión de una mentalidad totalitaria: cualquier desviación del espectro ortodoxo de «apoyo a Israel» (que incluye una variedad de «apoyo crítico» permisible) es una ofensa intolerable, y por lo tanto es apenas una exageración hablar de una ligera desviación como si fuera prácticamente total.

Como ilustración (hay muchas) podemos considerar el boletín informativo de marzo de 1983 realizado por los Profesores Norteamericanos por la Paz en Oriente Medio (una organización bien financiada, interesada en la paz en Oriente Medio, del mismo modo en que interesa al Partido Comunista la paz en Afganistán) enviado a sus 15 presidentes regionales y a sus muchos representantes en los campus. En él se advierte de «un plan informativo organizado y controlado centralizadamente» del «lado árabe» que no tiene su réplica en la «posición israelí».

Su preocupación se debe a «una lista de oradores que han estado visitando el circuito universitario... para mostrar el punto de vista árabe», dando charlas que «se centran más en la propaganda que en la educación». «En orden de frecuencia y virulencia los oradores son: Hatem Hussaini, Edward Said, Noam Chomsky, Fawaz Turki, Stokely Carmichael, James Zogby, Hassan Arman, Chris Giannou, M.D., Israel Shahak y Gail Pressberg».

Como cualquier observador del panorama estadounidense sabrá, estas abominables figuras dominan casi completamente la discusión sobre Oriente Próximo en Estados Unidos, y «el punto de vista israelí» casi nunca obtiene audiencia, aunque, el boletín añade, «sin duda hay muchos oradores que defienden la posición israelí» y hablarían si se les diera una oportunidad para hacerlo. Incluso si hubiera algo de verdad en el concepto paranoico de «un plan informativo organizado y controlado centralizadamente», o en la creencia de que esos oradores forman parte de él, o que «muestran el punto de vista árabe», debería ser evidente que éste

sería un fenómeno de importancia marginal en Estados Unidos y no se podría comparar con el gigantesco sistema propagandístico pro Israel, dentro del cual, esta organización (que por sí sola eclipsa cualquier cosa que venga «del lado árabe») es un elemento diminuto.

Pero los asustados hombrecillos de la organización de Profesores Norteamericanos por la Paz en Oriente Medio probablemente se lo creen todo. Quizás son conscientes de que este «plan informativo» y sus agentes no tienen prácticamente acceso alguno a las publicaciones de opinión o a los medios de comunicación de masas, pero están en lo cierto al no haber descubierto todavía una manera para evitar que acepten las ofertas de distintas facultades, un fallo en el sistema de EE.UU. que todavía tiene que ser solventado.

Mientras la invasión del Líbano continuaba, la lista de los que falsificaban deliberadamente los hechos para hacer aparecer a Israel bajo una luz más que favorable, creció considerablemente, incluyendo a la prensa europea y gran parte de la prensa y la televisión norteamericanas, la Cruz Roja y otras agencias de socorro, diplomáticos norteamericanos, y en realidad casi todo el mundo, excepto los portavoces del gobierno israelí y algunos norteamericanos escogidos que regresaban de viajes guiados.

El tono general nos lo puede transmitir Eliahu Ben-Elissar, presidente del Comité Knesset de asuntos exteriores, quien recibió «la mayor ovación de aplausos» en la convención de B'nai Brith cuando dijo: «Hemos sido atacados, criticados, difamados, mancillados... no me gustaría acusar al mundo entero de antisemitismo, pero ¿cómo explicar este violento arrebato?». Una perspectiva parecida, ampliamente compartida, es la que manifestó el ministro de defensa Ariel Sharon:

Hoy estamos en la palestra opuestos al mundo entero.

El pueblo de Israel, un pueblo pequeño y aislado, contra el mundo entero.

Esta «situación horrible que tiene lugar alrededor de nosotros en el mundo» es «sin duda» el resultado del antisemitismo, y no de la guerra del Líbano o de las masacres de Beirut unos días antes. Después volveremos a tocar algunos detalles de esta intrigante historia.

La verdad de la cuestión es que a Israel le ha sido concedida una inmunidad única frente a la crítica de la principal corriente periodística e intelectual, coherente con su papel excepcional como beneficiario de otras formas de apoyo norteamericano. Ya hemos visto una gran cantidad de ejemplos y más adelante aparecerán más.

Dos ejemplos ya mencionados anteriormente en este capítulo nos ofrecen una evidencia clara de dicha inmunidad: los ataques terroristas israelíes a las instalaciones y otros lugares públicos de EE.UU. en Egipto (el asunto Lavon), y el ataque al buque identificado sin duda alguna como el *U.S. Liberty*, con cohetes, cañones, napalm, torpedos y ametralladoras, evidentemente premeditado, dejando 32 muertos, miembros de la tripulación, y 75 heridos en «el incidente naval internacional más sangriento 'en tiempos de paz' del siglo XX».

En ambos casos, la reacción general de la prensa y la clase intelectual ha sido la de silenciar o tergiversar los hechos. Ninguno ha pasado a la historia como un deplorable acto de terrorismo y violencia, ni en aquel momento ni posteriormente, de forma retrospectiva. Con respecto al caso de los bombardeos en Egipto, el novelista israelí Amos Oz, se refirió oblicuamente a ellos en el *New York Times* como «determinadas operaciones aventureras de la inteligencia israelí» (la declaración estándar) en un artículo muy bien considerado sobre «la bella Israel» de los días anteriores a Begin.

La naturaleza del ataque sobre el *Liberty* fue evitada no sólo por la prensa en general, sino también por el gobierno y por el Consejo Naval de Investigación de EE.UU., aunque a algunas personalidades de primera fila no les cabía duda de que el informe oficial era una tapadera; el ex presidente del consejo conjunto de jefes del Estado mayor, el almirante Thomas H. Moorer, por ejemplo, afirma que el ataque «no es posible que fuera debido a una confusión de identidad», como se afirmó oficialmente.

¿Puede alguien imaginarse a cualquier otro país que pueda llevar a cabo bombardeos terroristas sobre instalaciones estadounidenses o atacar a un buque de EE.UU. matando o hiriendo a 100 hombres con total impunidad, sin recibir un comentario crítico durante varios años? Esto es tan improbable como otro caso similar: que, través de todo el espectro de la opinión pública, algún país (que no es el nuestro) sea descrito como guiado por «un propósito

moral superior» a través del tiempo, mientras sus enemigos son deshumanizados y despreciados y la historia se reconstruye para preservar las ilusiones difundidas, un tema al que volveremos directamente.

Rechazo y acomodación

Capítulo III

1. Un marco para el debate

¿Cuáles han sido las actitudes y las políticas de los principales participantes en el conflicto árabe-israelí, y los de aquellos involucrados en el mismo, durante el período que se inicia en 1967, cuando la relación entre EE.UU. e Israel se estableció de manera parecida a tal y como hoy la conocemos? Para acercarnos con buen criterio a este tema, deberíamos comenzar por aclarar lo que consideramos reivindicaciones válidas de los que consideran la antigua Palestina su patria. Las actitudes hacia esta cuestión son muy diversas. Yo simplemente estableceré algunas bases que adoptaré como un marco para el debate.

La primera de ellas es el principio de que los judíos israelíes y los árabes palestinos son seres humanos con derechos humanos, derechos iguales; más concretamente, tienen esencialmente los mismos derechos dentro del territorio de la antigua Palestina. Cada grupo posee un derecho válido a la autodeterminación en este territorio. Lo que es más, asumiré que el Estado de Israel, dentro de sus fronteras anteriores a junio de 1967, tiene, y sigue teniendo, lo que se consideran los derechos válidos de cualquier Estado dentro del actual sistema internacional. Estos principios se pueden formular de distintas formas, pero vamos a dejarlos lo suficientemente claros para que por lo menos nos sirvan de punto de partida.



1.1. El concepto de rechazo

El término «rechazo» se utiliza habitualmente en Estados Unidos para referirse a la oposición de los que niegan el derecho a la existencia del estado de Israel, o que niegan que los judíos tengan el derecho a la autodeterminación nacional dentro de la antigua Palestina; ambas posiciones no son exactamente iguales, debido a la cuestión de la situación de los árabes israelíes y los judíos que se encuentran fuera de Israel, aunque vamos a dejar de lado estas cuestiones por ahora.

A menos que supongamos racistamente que los judíos poseen ciertos derechos intrínsecos de los que carecen los árabes, el término «rechazo» debe extenderse más allá de su uso habitual, para incluir además la posición de los que niegan el derecho a la autodeterminación nacional de los árabes palestinos, la comunidad que constituía las 9/10 partes de la población en la época de la Primera Guerra Mundial, cuando Gran Bretaña se comprometió a establecer «una patria nacional para el pueblo judío» en Palestina.

Usaré el término «rechazo» en este sentido no racista. Por «acomodación», me referiré a la posición que acepta los presupuestos básicos del párrafo anterior. Cada posición puede tomar distintas formas, con respecto a la forma en que se cumplen los derechos nacionales, las fronteras, etc.

La doctrina de los que se autocalifican «partidarios de Israel», que ha dominado el debate en los EE.UU., sostiene que la OLP y los Estados árabes han mostrado un firme rechazo (además de Egipto desde 1977), mientras que EE.UU. e Israel han buscado una resolución pacífica que reconociera las reivindicaciones válidas de todos. Una versión más reciente dice que la «bella Israel» de los comienzos, que estaba haciendo realidad el sueño de un socialismo democrático y se estaba convirtiendo en «una luz entre las naciones», fue traicionada por Begin y sus seguidores, una consecuencia del rechazo de los árabes a aceptar la existencia de Israel y el inquebrantable compromiso de la OLP (una colección de matones y gánsters) para destruir Israel, el asesinato de inocentes, a través de la intimidación a toda la opinión «moderada» en los territorios ocupados.

Como prácticamente todos los sistemas propagandísticos, éste también tiene elementos verdaderos. Pero el mundo real es bastante distinto, como pronto descubriremos, si los archivos históricos son rescatados del olvido en que están sumidos.

1.2. El consenso internacional

Desde 1967, tomó cuerpo un amplio consenso internacional, que incluía a Europa, la URSS y la mayoría de las naciones no alineadas. Este consenso abogaba inicialmente por un acuerdo político que contara aproximadamente con las fronteras anteriores a junio de 1967, garantías de seguridad, fronteras reconocidas y varios mecanismos para ayudar a asegurar la paz y la tranquilidad; preveía la integración gradual de Israel en la región mientras mantenía, en esencia, una sociedad europea occidental. De este modo se entendió en la mayor parte del mundo el documento internacional básico, la resolución número 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, aunque su formulación real no fue precisada para que el acuerdo pudiera alcanzarse.

Como Jon Kimche comentó: «Todos lo subscribieron pero nadie lo creyó, ya que ni árabes, ni israelíes, ni rusos ni norteamericanos podían estar de acuerdo con lo que significaba esa resolución». Esta afirmación no es totalmente acertada, ya que de hecho existía un acuerdo sustancial con respecto a las líneas que el consenso describía. La posición oficial de los Estados Unidos, por ejemplo, era que sólo se permitirían «cambios insustanciales» de las fronteras anteriores a junio de 1967.

Debemos tener en cuenta que este consenso tenía un carácter de rechazo, ya que negaba los derechos nacionales de los árabes palestinos, refiriéndose a ellos únicamente en el contexto de un problema de refugiados. Por esta razón, la OLP se negó a aceptar la resolución. Dicha negativa puede que fuera un error táctico, pero es fácil entender sus motivaciones. Era difícil suponer que la Organización Sionista mundial, en 1947, hubiera aceptado una resolución de la ONU concerniente a Palestina que se refiriera a los intereses judíos sólo en términos de un problema de refugiados, rechazando cualquier reivindicación de derechos nacionales y la condición del movimiento sionista y sus organizaciones.

EE.UU. se ha negado a mantener contactos directos con la OLP, debido a su falta de disposición a aceptar la resolución 242 de la ONU y a reconocer la existencia del Estado de Israel, y basa esta negativa en un «Memorandum de Acuerdo» que el secretario de Estado Kissinger firmó con Israel en septiembre de 1975. Esta política plantea dos preguntas. La menor se refiere a que el status del Memorandum es dudoso. Kissinger, en una comparecencia ante al Comisión del Senado sobre asuntos exteriores especificó que sus términos no eran «compromisos vinculantes» para Estados Unidos, y alertó sobre el peligro de establecer dichos compromisos.

Además, «el Congreso se desvinculó específicamente del susodicho Memorandum de acuerdo» y del acuerdo propiamente dicho. Independientemente de nuestra opinión acerca de la actitud de la OLP con respecto a la resolución número 242 de la ONU, está bastante claro, como veremos, que ha sido mucho más proclive que Israel o que EE.UU. a llegar a un acuerdo. No obstante, la negativa de Israel a reconocer la OLP o a aceptar los derechos nacionales palestinos de cualquier forma significativa no se utiliza como una razón para negarse a mantener contactos con Israel. A menos que adoptemos unos presupuestos de rechazo, el argumento en el que se apoya la negativa norteamericana a entablar contactos directos con la OLP no son válidos.

Desde mediados de los años 70, los términos del consenso internacional se han visto alterados en un aspecto significativo: se ha reconocido el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación nacional, y ahora el consenso incluye el concepto de un Estado palestino en Cisjordania y la franja de Gaza, con, tal vez, rectificaciones menores de fronteras. La forma más reciente de consenso internacional supera el rechazo inicial y cae bajo el calificativo de «acomodación» en el sentido del término descrito anteriormente.

Dentro del consenso internacional, casi no se ha discutido sobre si este tipo de acuerdo (en lo sucesivo, un «acuerdo entre dos Estados») refleja las reclamaciones superiores de una justicia abstracta o no; sino que más bien, se ha considerado una solución políticamente realista que maximizaría las posibilidades de paz y seguridad para los habitantes de la antigua Palestina, para la región, y para el mundo, y que satisfarían las reivindicaciones válidas de los dos principales partidos tanto como sea posible en las condiciones

actuales. Podemos imaginar los distintos desarrollos posteriores utilizando medios pacíficos y el consentimiento mutuo hacia una especie de federación u otros acuerdos.

La existencia de este consenso internacional, y la naturaleza de las fuerzas de rechazo que bloquean su realización, se entienden bien fuera de Estados Unidos, y muchos observadores entendidos también lo reconocen en EE.UU. Por ejemplo, Seth Tillman finaliza su reciente estudio de las políticas estadounidenses en Oriente Medio haciendo constar «la emergencia de un *consenso* entre los elementos moderados en el mundo árabe, Estados Unidos y Europa, con algún apoyo minoritario también en Israel, sobre los términos aproximados de un acuerdo viable y completamente equitativo en Oriente Medio», concretamente, a lo largo de las líneas esbozadas.

Afirma que «conocemos lo esencial del consenso entre moderados, y se aproxima en la mayoría de sus aspectos a la política oficial de Estados Unidos» desde 1967. «Fuera de Israel, Estados Unidos, algunos Estados árabes «caracterizados por el rechazo», y ciertos grupos dentro de la OLP, abogan por un acuerdo que siga estas pautas que está a punto de lograr la unanimidad en el mundo entero», comentó. Una formulación más sencilla pero bastante acertada sería que el rechazo de EE.UU. e Israel ha bloqueado constantemente la consecución de «un acuerdo viable y completamente equitativo».

Voy a suponer que dicho consenso internacional, tal y como lo hemos descrito, es básicamente razonable. Consideremos entonces como puntos de referencia, las tres posiciones básicas: el consenso internacional en su forma más reciente, y las dos variedades de rechazo. Hay que tener en cuenta que yo no quiero decir que éstas sean las únicas soluciones posibles que merecen nuestra atención. En realidad, desde mi punto de vista, no son las mejores. Además, desde 1967 hasta la guerra de octubre de 1973, se propusieron alternativas realistas que, según creo, hubieran sido preferibles. Pero dichas soluciones se rechazaron en su momento, y después de la guerra de 1973, se redujeron las posibilidades a corto plazo hasta llegar a las que acabamos de esbozar, dentro del marco de la acomodación.

Tal vez, debería aclarar estas observaciones, diciendo más bien que yo aceptaré que el consenso internacional fue básicamente razonable durante el período que estamos analizando. Puede que

alguien sostenga que, debido al rechazo de EE.UU. e Israel, ya no es posible un acuerdo político pacífico, que el programa de asentamiento israelí financiado por Estados Unidos en los territorios ocupados ha originado «hechos» que no pueden cambiarse a no ser con una guerra a corto plazo.

Si el persistente rechazo estadounidense provoca esta situación, como tarde o temprano ocurrirá si la política de EE.UU. no cambia de dirección, el principal objetivo de los estadounidenses preocupados por la paz y la justicia ya no será incluir a EE.UU. en el consenso internacional, ahora irrelevante, sino que el siguiente paso será bloquear el apoyo de Estados Unidos: expulsión de una parte sustancial de la población árabe con algún pretexto, y la conversión de Israel en una sociedad que siga el modelo sudafricano parecido al de los bantús, acompañado de perturbaciones regionales, etc. Dejaremos de lado este tema hasta el capítulo final.

2. Las posturas de los principales protagonistas

Adoptando este marco básico para el debate, podemos pasar a considerar las actitudes y las políticas de los principales protagonistas desde 1967, considerando la situación de EE.UU., Israel, el pueblo palestino bajo la ocupación israelí, los Estados árabes y la OLP. Intercalaré estos datos históricos con algunos comentarios relativos a las formas en que se ha interpretado la historia en EE.UU., un tema crucial si tenemos en cuenta el apoyo ideológico a Israel del que ya hablamos anteriormente, y por lo tanto considerando atentamente el desarrollo de la política y las perspectivas para el futuro.

2.1. Estados Unidos

Con respecto a Estados Unidos, debemos decir que ha sufrido conflictos internos sobre este tema durante todo el período. En un extremo se sitúa el plan Rogers, presentado por el secretario de estado William Rogers en diciembre de 1969, que reflejaba el consenso internacional del momento. En el otro extremo, Henry Kissinger abogaba por la posición de rechazo: un «Gran Israel» debía rechazar cualquier tipo de acomodación, y mantener el control sobre los territorios ocupados.

Esta posición nunca se formuló de manera explícita, al menos en documentos públicos, pero las políticas que se aplicaron se ajustan a esta idea e incluso se trasluce en la oscura retórica de sus memorias, como veremos más tarde. Kissinger consiguió con éxito controlar los negocios de Oriente Medio en 1970, y la posición de rechazo de un «Gran Israel» puso en práctica la política estadounidense. Y así ha continuado esencialmente desde entonces, con las modificaciones introducidas después de 1973 a las que luego volveremos. Actualmente persisten las evidencias de dichas posturas conflictivas.

Tal y como vimos en el capítulo anterior, los principales sectores del capitalismo corporativo estadounidense, incluyendo elementos poderosos con intereses en Oriente Medio, han respaldado el consenso internacional, así como otros. Pero esta posición ha perdido peso en el debate de política interna a favor del concepto de una Esparta israelí que sirviera como un «valor estratégico». El persistente debate político se centra en la pregunta de si los intereses norteamericanos fundamentales están mejor atendidos con la postura de rechazo, o con un movimiento hacia el consenso internacional, con una resolución pacífica del conflicto.

Según este último punto de vista, las tendencias nacionalistas radicales exaltadas por la falta de resolución del problema palestino, se reducirían con la creación de un mini-Estado palestino incluido dentro de una alianza militar (tal vez tácita) entre Jordania e Israel, que sobreviviría según el capricho de sus poderosos vecinos y financiada por las fuerzas más conservadoras y afines a Estados Unidos del mundo árabe, en las monarquías del petróleo, que han estado presionando durante algunos años para conseguir un acuerdo de este tipo. En realidad, éste sería el posible resultado de un acuerdo entre dos Estados. Por supuesto que el debate sobre política interna se ha visto influenciado, sobre todo en lo relativo al Congreso, por los muy eficaces grupos de presión descritos anteriormente.

Un gran número de partidarios destacados de Israel, particularmente en los círculos liberales de izquierdas, han argumentado que las compañías petrolíferas tienden a favorecer el consenso internacional como apoyo para su propia posición de rechazo. Esto tiene tanto sentido como el raquítico argumento de la derecha de que si

a los líderes soviéticos se les ocurre apoyar alguna proposición para sus propios propósitos (es decir, la ratificación del Salt II), entonces, nosotros debemos oponernos. Otra argumentación en la que se afirma que Israel está siendo «vendida» por petróleo es difícilmente consistente si nos atenemos a los hechos. Los niveles de ayuda estadounidense a Israel, aparte de todo lo demás, nos indican hasta qué punto Israel ha sido «vendida».

De hecho, son los palestinos los que han sido sistemáticamente «vendidos» en EE.UU. sin objeción alguna por parte de los que proponían dichos argumentos desde la izquierda liberal a favor de una Israel militarizada que serviría a los intereses estadounidenses para controlar las reservas petrolíferas de Oriente Medio, y prestaría los servicios secundarios anteriormente descritos. El debate político en los círculos superiores da por supuesto, en ambos lados, el objetivo de mantener el control de EE.UU. sobre los recursos petrolíferos y el flujo de petrodólares. La pregunta es de carácter táctico: cómo hacer realidad este objetivo de la mejor manera.

Como podemos ver, en la práctica, la política estadounidense ha sido sistemáticamente una política de rechazo, y aún lo es, a pesar del conflicto interno continuado que apenas se deja traslucir en los discursos públicos, con sus impresionantes compromisos y posiciones de rechazo.

2.2. Israel

Dentro de Israel, el debate político se ha circunscrito a un ámbito mucho más estrecho. Existen dos agrupaciones políticas principales en Israel: la coalición dominada por el partido laborista (la alineación laborista, *Ma'arach*), y la coalición del Likud, dominada por el partido Herut de Menachem Begin. El partido laborista gobernó con varios socios hasta 1977, y a partir de entonces, la coalición del Likud.

2.2.1. Las posiciones de rechazo del partido laborista y del Likud

Contrariamente a las ilusiones comentadas aquí, las dos principales agrupaciones políticas en Israel no difieren en sus aspectos fundamentales en lo tocante a los territorios ocupados. Ambas están de acuerdo en que Israel debería ejercer un control efectivo

sobre ellos; ambos rechazan constantemente cualquier expresión de los derechos nacionales palestinos al oeste del Jordán, aunque la alineación laborista cuenta con un margen de disidentes. Por consiguiente, ambas agrupaciones abogan constantemente por el rechazo. Asimismo, han partido de los presupuestos acomodacionistas esbozados anteriormente también en otro respecto.

El Estado de Israel, como los tribunales determinaron, no es un Estado de sus ciudadanos, sino que más bien, es «el Estado soberano del pueblo hebreo», donde «el pueblo judío no se limita sólo a las personas que residen en Israel, sino también incluye a los judíos de la Diáspora»; de este modo, «no existe una nación israelí aparte del pueblo judío». En este sentido, al menos 1/6 de los ciudadanos del Estado de Israel no son judíos. Pero dejemos este tema a un lado por ahora.

La razón declarada del rechazo de las dos principales agrupaciones políticas es la seguridad, pero de eso no deducimos nada, ya que cualquier acción de cualquier Estado está justificada si nos situamos en estos términos. Sin embargo, no hay duda de que Israel se enfrenta a un serio problema de seguridad. El problema de seguridad de Israel, planteado y discutido en Estados Unidos, se considera de crucial importancia. Este marco presupuesto para el debate, vuelve a reflejar un profundo racismo en el acercamiento de Estados Unidos al tema. Evidentemente, la población autóctona también tiene un «problema de seguridad»; de hecho, el pueblo palestino ya ha sufrido la catástrofe que justamente temen los judíos.

La conocida retórica relativa al tema, no hace más que revelar más claramente el racismo subyacente. Así, se argumenta que los árabes ya tienen 22 Estados, y que por lo tanto, las exigencias de autodeterminación de los palestinos no son válidas, no son comparables a las de los judíos europeos que crearon el Estado de Israel en 1948; al mismo nivel moral, un fanático antisemita podía haber respondido en 1947 que, después de todo, hay muchos Estados europeos, y que los palestinos de procedencia mosaica podían asentarse allí si no estaban satisfechos con su situación minoritaria en una región árabe. Otro argumento es que en Jordania hay un gran número de palestinos, incluso en el gobierno, así que ése debería ser el Estado palestino. Siguiendo esta lógica, podríamos solu-

cionar el problema estableciendo a los judíos israelíes en Nueva York, donde hay muchos judíos, incluso el alcalde y los funcionarios de la ciudad, por no hablar de su papel en la vida económica y cultural.

Otra afirmación contra los palestinos es que los Estados árabes no han respaldado sus esfuerzos nacionalistas, una posición que contrasta enormemente con la favorable actitud que los europeos han mostrado hacia ellos durante los siglos de la formación del Estado en aquellos países. Otro conocidos argumentos son de la misma calidad moral e intelectual.

Dejando de lado los presupuestos racistas, hay dos problemas de seguridad que debemos tratar. El consenso internacional ofrece de hecho la más satisfactoria, aunque imperfecta, respuesta a este problema dual actualmente. En el improbable supuesto de que se pusiera en práctica, todavía nos seguiríamos enfrentando a un serio problema de seguridad, concretamente para el Estado palestino, enfrentado a una de las mayores potencias militares del mundo y dependiente de los elementos más conservadores del mundo árabe para su supervivencia. Independientemente de los problemas de seguridad a los que entonces se enfrente Israel, éstos no serán comparables con los que se ha enfrentado en el proceso de crearse a sí misma con su compromiso de expansionismo y confrontación, que garantiza agitación, guerra y, tarde o temprano, su probable destrucción.

Aunque las preocupaciones de Israel por la seguridad (por ahora, en gran medida auto generadas) no deben ser desechadas, no nos ofrecen una base digna de valoración para el rechazo de EE.UU. e Israel, incluso si aceptásemos la conocida presunción tácita de que la seguridad de los palestinos no tiene ninguna importancia. En realidad existen otros motivos para el rechazo de Israel que parecen más convincentes. Los territorios ofrecen a Israel una gran cantidad de mano de obra desorganizada, parecida a los «trabajadores invitados» en Europa, o a los inmigrantes en EE.UU.

Ahora juegan un papel importante en la economía israelí, haciendo el «trabajo sucio» por salarios bajos y sin derechos (hay que tener en cuenta, que el trabajo infantil entre los árabes, en concreto los de los territorios ocupados, ha causado escándalo en Israel, aunque no por ello ha dejado de utilizarse). El proceso de pro-

letarización de los trabajadores árabes en los territorios, en parte mediante restricciones de tierra, emula lo que ocurrió en la propia Israel. Shai Feldman, del centro de Estudios Estratégicos de la universidad de Tel Aviv, comentó acertadamente que «actualmente, importantes sectores de la economía israelí no podrían funcionar sin la mano de obra proveniente de Cisjordania o la franja de Gaza»; aquí se incluyen los sectores del turismo, la construcción y, hasta cierto punto, el sector agrario.

Los territorios son también un mercado controlado para los productos israelíes, con unas cifras de ventas en exportación de cerca de 600 millones de dólares por año según el gobierno militar. Las ventas se pagan en efectivo, ya que a su vez, los territorios exportan productos agrícolas por valor de 100 millones de dólares al año a Jordania y los Estados del Golfo y reciben dinero en efectivo en pagos fraccionados o en envíos. Se estima que los ingresos de Israel del turismo de Cisjordania, ascienden a cerca de 500 millones de dólares, así que las posibles pérdidas para Israel si abandonara los territorios serían de mil millones de dólares al año. Considerando estas cifras, Thomas Stauffer, del Centro de Estudios sobre Oriente Medio de Harvard, observó que existe una diferencia crucial entre el interés de Israel en estos territorios y en el Sinaí, de poco valor económico, una vez que devolvieron los campos petrolíferos.

Además, evidentemente Israel obtenía mayores ganancias en el asentamiento del Sinaí, que el Estado más poderoso del mundo árabe sacó del conflicto árabe-israelí, para que Israel pudiera proseguir sus programas en los territorios ocupados y el Líbano sin preocuparse excesivamente por cualquier intento de disuasión militar. Por lo tanto estamos equivocados si pensamos que la retirada del Sinaí ocupado sienta un precedente para Cisjordania; en cuanto a la franja de Gaza y los Altos del Golán, han sido prácticamente excluidos de la discusión de un posible acuerdo político por parte de Israel o EE.UU.

Además, Israel es ahora muy dependiente de Cisjordania por el agua, una materia prima más importante que el petróleo en Oriente Medio. Sus propios recursos acuíferos han sido explotados al máximo, y actualmente se calcula que cerca de 1/3 del agua de Israel proviene de Cisjordania. Un experto israelí escribió: «aislar a Judea y Samaria [Cisjordania, en el lenguaje israelí] del resto del

país» provocaría consecuencias serias con respecto a la administración del agua. «No hay una solución a la vista para el problema de la escasez de agua de las fuentes naturales de la región», afirma, así que «la solución final pasará por importar agua de fuentes externas y aún inutilizadas, y en destilar aguas salobres o de mar a gran escala» (lo que, hasta la fecha, no se ha probado que sea viable).

La única fuente cercana sin explotar es el río Litani, en el sur del Líbano, que Israel codicia desde hace tiempo, y que no tardará en tener bajo su control, con bastante probabilidad, si EE.UU. apoya los pasos de Israel para imponer las disposiciones políticas de su elección en el sur del Líbano.

Una consecuencia de la guerra del Líbano fue que la compañía nacional de agua de Israel consiguió «el control total sobre los escasos y disputados recursos acuíferos de Cisjordania», un movimiento importante encaminado a una mayor integración de los territorios. Zvi Barel comenta que la decisión contradice el principio de Camp David según el cual, el control sobre el agua debería estar bajo disposiciones de autonomía, fuentes entendidas atribuyen la decisión a motivaciones políticas, y no a consideraciones técnicas tal y como se afirmó. Puede que esta paso se diera en señal de desafío tras el anuncio, el 1 de septiembre de 1982, de un «plan de paz» estadounidense que no fue bien recibido, y al que volveremos más tarde. Es de particular interés que, casualmente, el plan de paz de septiembre de 1982 presentado por EE.UU. hace mención especialmente del derecho de Israel a tener «garantías justas» con respecto a los recursos acuíferos de Cisjordania, la única excepción específicamente señalada a la «autoridad real» que se debe conceder a los ciudadanos palestinos.

En el pasado, hubo un conflicto considerable sobre la utilización de las aguas del Jordán y sus afluentes y parece que continuará. Un punto candente del conflicto está relacionado con el río Yarmuk, un afluente del Jordán. La prensa israelí informa que los actuales proyectos jordanos provocarán la disminución del caudal que el Yarmuk vierte en el Jordán, donde pasan a ser utilizadas por el sistema acuífero israelí. El jefe del Estado mayor Rafael Eitan «viajó ayer a lo largo de la frontera con Jordania cerca del Yarmuk y se opuso al proyecto de aguas de Jordania. No nos es posible conocer cuál

fue su reacción ante el proyecto jordano». Es improbable que Israel permita que se lleve a cabo dicho proyecto en el Jordán a escala significativa.

Mientras que las dos principales agrupaciones, la laborista y el Likud, coinciden en su rechazo general, difieren en sus planes para los territorios ocupados. Los gobiernos laboristas perseguían lo que se llamó el «plan Allon», propuesto por el ministro Yigal Allon. Sus principios básicos se resumen diciendo que Israel debería mantener el control sobre los Altos del Golán, la franja de Gaza, partes al Este del Sinaí, y gran parte de Cisjordania incluyendo el valle del Jordán, un área considerablemente amplia que bordea a Jerusalén (la parte Este árabe de Jerusalén fue totalmente anexionada por el gobierno laborista, lo que provocó una unánime protesta internacional, que esta vez incluía a EE.UU.) y varios corredores que dividirían la Cisjordania árabe y asegurarían el control israelí sobre ella.

El periodista israelí Amnon Kapeliouk, en su estudio sobre este período, escribió que el plan Allon se había «puesto en marcha» en 1970, y preveía anexionar cerca de 1/3 de Cisjordania (en realidad cerca de un 40 por ciento). No obstante, quedarían excluidos los centros de denso asentamiento árabe, cuya población quedaría bajo el control de Jordania, o bien serían partidos, para evitar lo que se dio en llamar «el problema demográfico», es decir, el problema de absorber a demasiados no judíos dentro del Estado judío. Actualmente, ésta sigue siendo básicamente la posición del partido laborista, tal y como veremos más adelante.

Así, el ex primer ministro Rabin, cuando fue entrevistado por la publicación de la Comisión Trilateral en enero de 1983, declaró que «hablando por mí mismo, digo que estamos preparados para devolver aproximadamente el 62 por ciento del territorio de Cisjordania y la franja de Gaza donde actualmente residen más del 80 por ciento de la población», una declaración menos extrema que otras. Volvamos a otras declaraciones de este compromiso inalterado.

El plan Allon se diseñó para permitir a Israel mantener las ventajas de la ocupación al mismo tiempo que se evitaba el problema de tratar con la población autóctona. Se creía que no habría un problema más serio que el del control administrativo o el del respaldo de la opinión pública occidental (un tema importante para un Esta-

do que sobrevive en gran medida gracias a las donaciones y a las concesiones de Occidente), siempre y cuando los ciudadanos árabes de segunda clase siguieran siendo una minoría, aunque los problemas podrían surgir si su número se acercaba a la mitad de la población. Como escribió Anthony Lewis, las anexiones actuales «alterarán la propia naturaleza del Estado judío, incorporando dentro de él una gran cantidad de población árabe servil y resentida», en contraste con la minoría del 15 por ciento actual, a la que se pueden aplicar los mismos términos.

Por otro lado la coalición Likud de Begin, se ha dirigido hacia una ampliación de la soberanía israelí en Cisjordania y Gaza, y prácticamente se ha anexionado los Altos del Golán, aunque deseaba devolver la totalidad del Sinaí a Egipto (ante fuertes objeciones de los dirigentes del partido laborista), dentro del marco de los acuerdos de Camp David. Al contrario de lo que habitualmente se asume, el Likud no buscó anexionarse Cisjordania y no parece que desee hacerlo, por lo menos a corto plazo.

La ampliación de la soberanía israelí (de la cual acabamos de hablar) es un recurso más sutil, que permitirá a Israel conseguir lo que quiera confinando a la población árabe a guetos aún más reducidos y buscando formas de acabar al menos con sus líderes y gran parte de la población, exceptuando a los que la sociedad israelí necesita como bestias de carga. La anexión directa provocaría el problema de la ciudadanía para los árabes, mientras que la ampliación de la soberanía y la consecución de los propósitos de anexión, no, siempre que la opinión liberal occidental tolere el fraude.

No obstante, la lógica de la postura del Likud parece ser que de alguna manera la población árabe debe reducirse, y han declarado que el ministro de defensa Ariel Sharon «espera desalojar a todos los palestinos de Cisjordania y Gaza y llevarlos a Jordania». Pero Sharon no es el único que tiene este punto de vista, aunque su posición, si estamos bien informados, es extremista. La idea de que la solución del problema es que los palestinos se vayan (lejos) está fuertemente enraizada en el sionismo liberal y socialista, y ha sido recientemente reiterada por los «socialistas democráticos» estadounidenses, así como por los líderes políticos israelíes. Volveremos a la expresión de estas ideas, que se encuentran prácticamente por

todo el pensamiento sionista, y a las actuales políticas en los territorios ocupados.

Mientras que las dos principales agrupaciones políticas difieren en la forma en que expresan sus posiciones de rechazo, ninguna de ellas ha sido explícita sobre el tema, algo fácilmente comprensible, dada la dependencia israelí de la opinión pública occidental; por tanto, no es fácil formular esta diferencia claramente. Así, como hemos visto, mientras que las políticas del gobierno del Likud se han interpretado habitualmente como tendentes a la anexión por la oposición laborista y otros, en realidad Begin predica el establecimiento de la «soberanía» de Israel sobre los actuales territorios ocupados.

Bajo dicha soberanía israelí, los árabes que se queden obtendrían algún tipo de autonomía local. Presumiblemente, con este arreglo, ni ellos ni sus descendientes obtendrían la ciudadanía israelí, así que no habría tal «problema demográfico». O tal vez, si su número es suficientemente restringido, podrían optar por la nacionalidad israelí o jordana, mientras la soberanía israelí sigue vigente en todo el territorio en cuestión. Seguramente lo que se intenta desde el Likud y el partido laborista es que los colonos judíos mantengan su nacionalidad israelí. Según el plan de alianzas, los habitantes serían ciudadanos jordanos o apátridas, pero en la práctica estarían bajo control israelí.

Básicamente, los dos programas no son muy distintos. Su diferencia radica principalmente en el estilo. El partido laborista es el de la élite con formación europeísta (directores, burócratas, intelectuales, etc.) Sus prácticas históricas consisten en «construir los hechos» a la vez que mantienen un discurso de tono conciliador, por lo menos en público. En privado, su posición consiste en que «no importa lo que digan los paganos, lo que importa es lo que hacen los judíos» (Ben Gurión) y que «dentro de las fronteras [de Israel] es donde viven los judíos, no donde haya una línea en un mapa» (Golda Meir). Éste ha sido un método eficaz para obtener los fines deseados sin alejar a la opinión pública occidental (en realidad, movilizándolo el apoyo occidental y en concreto el norteamericano).

Por el contrario, la base de la coalición del Likud está formada en su mayor parte por clases marginadas, la clase media baja, la

clase trabajadora, la población sefardí de origen árabe, junto con elementos religioso-chovinistas, y muchos inmigrantes recién llegados de Estados Unidos y de la Unión Soviética; también la componen industriales y muchos profesionales. Sus dirigentes no están tan en sintonía con los estilos de discurso occidentales, y frecuentemente han estado más que dispuestos a hacer alarde de su desprecio por el mundo gentil e hipócrita, a menudo de un modo considerado como abiertamente insultante en los países occidentales, incluso en Estados Unidos.

Por ejemplo, como respuesta al llamamiento de Reagan en 1982 para que se paralizara la creación de nuevos asentamientos, la cúpula del Likud simplemente anunció sus planes para establecer diez nuevos asentamientos más, mientras Beguin enviaba una amistosa carta a su «Querido Ron» y le daba una lección sobre la «sencilla verdad histórica». Bajo circunstancias muy parecidas en el pasado, el Partido Laborista no respondió estableciendo nuevos asentamientos, sino «extendiendo» los ya existentes o estableciendo avanzadas militares que pronto se convirtieron en asentamientos, mientras que, por otro lado, mantenía una retórica conciliadora. El más taimado de los acercamientos laboristas sigue siendo más bienvenido en Occidente, y provoca menos problemas para los «partidarios de Israel».

En el caso de las propuestas de Reagan de 1982, la respuesta de los laboristas tuvo cierto interés. Por un lado, la razón era la diferencia tradicional en el estilo; por otro lado, reflejaba el hecho de que las propuestas de Reagan, aunque vagas en esencia, podían interpretarse como compatibles con las ideas laboristas, al menos en parte, aunque ciertamente no respondían a la demanda del Likud de una «soberanía» total. Además, se esperaba que el interés, propio de estadistas, mostrado por los laboristas, reforzaría sus pésimas perspectivas electorales cuestionando la política del gobierno.

El Partido Laborista habla de «compromiso territorial» o de «paz negociada para el territorio», términos que suenan agradables al oído estadounidense, aunque la realidad que ocultan no es muy distinta de la «soberanía» del Likud. De hecho, el «compromiso» y el «negocio» son posturas claramente opositoras. Ya han existido dos «compromisos territoriales» en la Palestina del Mandato bri-

tánico: la resolución de la Asamblea General de la ONU en 1947, que recomendaba la división de Palestina en un Estado palestino y otro judío, y el armisticio de 1949 que dividía el Estado palestino, por el cual aproximadamente la mitad del territorio quedaba anexionado a Israel y el resto a Jordania, o pasaba a ser administrado por Egipto. Otro «compromiso», que obedece a alguna versión del Plan Allon, simplemente elimina el derecho de los palestinos a la autodeterminación.

A menudo, se afirma que hubo realmente un «compromiso territorial» anterior a éstos, a saber: en 1922, cuando Transjordania fue eliminada del prometido «hogar nacional para el pueblo judío». De hecho, en 1922, «el Consejo de la Sociedad de Naciones aceptó una propuesta británica que sugería que Transjordania debía ser eximida de todas las cláusulas durante el período del Mandato, previendo... la creación de un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina», una decisión que es difícil de criticar si se tiene en cuenta que «fuentes fidedignas han calculado que el número de judíos que vivían allí permanentemente en 1921 eran dos o, de acuerdo con algunas autoridades, tres».

2.2.2. El legado de los fundadores

Así pues, ambas coaliciones políticas han manifestado de forma constante esta postura de oposición a las negociaciones, sin mostrarse dispuestas a reconocer ningún tipo de derecho nacional a la población árabe autóctona. Este opositorismo constante de Israel tiene su origen en la postura manifestada por el que fue durante mucho tiempo líder del Partido Laborista, David Ben Gurión, que afirmaba que el árabe palestino no demuestra tener ningún tipo de «vínculo emocional» con este país:

¿Por qué debería tenerlo? Está tan a gusto aquí como en Jordania, en el Líbano o en muchos otros lugares. Y éstos son sus países tanto como éste. Y tan poco como éste.

Por otro lado, «Ben Gurión no hace más que continuar la línea de Weizmann cuando afirma que «no existe ningún conflicto entre el nacionalismo judío y el nacionalismo palestino, puesto que la Nación Judía no está en Palestina, y los palestinos no son una

nación»». Moshé Dayán expresó más o menos la misma opinión en la época en que ostentó el cargo de uno de los principales portavoces del Partido Laborista. La causa de los palestinos (a los que él decía comprender y apreciar) es «imposible», insinuaba este político, de modo que lo que deberían hacer es establecerse «en uno de los países árabes». «No creo», añadía, «que un palestino tenga dificultades en considerar Jordania, Siria o Irak como su patria».

Al igual que Ben Gurión, Dayán estaba reafirmando que los palestinos, incluidos los campesinos, no tenían ningún apego particular a sus casas, ni a la tierra donde habían vivido y trabajado durante tantas generaciones; por lo menos no sentían nada que se pudiera comparar al apego que han tenido los judíos a esa tierra, de la que partieron para el exilio hace 2000 años.

La misma opinión expresó la primera ministra del Partido Laborista, Golda Meir, muy admirada y considerada como una mujer profundamente humanitaria, cuando señaló que:

Esta historia no consiste en que había un pueblo palestino en Palestina, que se consideraba a sí mismo como tal, y entonces hemos llegado nosotros, los hemos echado y nos hemos quedado con su país. Ellos no existían.

En otro lugar, Golda Meir describe el problema palestino como una simple «invención de algunos judíos con una mente retorcida».

De acuerdo con estas opiniones dominantes sobre los palestinos, un tribunal israelí estableció en 1969 que los palestinos «no constituyen una parte del conflicto entre Israel y los países árabes», y el ministro de Asuntos Exteriores del Partido Laborista, Abba Eban, (una «paloma» bien conocida) insistió en que los palestinos «no desempeñan ninguna función» en ningún acuerdo de paz, una postura que encontró gran aceptación dentro del Partido Laborista, tanto en los momentos en los que ostentaba el poder, como en las épocas en las que estaba en la oposición.

Simha Flapan concluye su estudio sobre esta cuestión con la observación de que «nunca se consideró que los palestinos fueran una parte esencial del país para la que se tuviera que desarrollar planes a largo plazo, ni durante el período del Mandato británico ni a partir el establecimiento del Estado de Israel». Éste fue el «efecto más duradero» del «legado de Weizmann». Y ésta parece una opi-

nión bastante realista, por lo menos en lo que se refiere a la corriente dominante del movimiento sionista. En el próximo capítulo trataremos esta cuestión con más detenimiento.

Estas posturas, que se han mantenido de forma constante, equivalen al oposicionismo en su forma más evidente, aunque en Estados Unidos rara vez se ven de este modo. Las dos coaliciones políticas más importantes de Israel opinan que Jordania es un Estado palestino, y que Israel no aceptará un tercer Estado entre Israel y Jordania: el «Estado árabe jordano-palestino», como lo denomina oficialmente el Partido Laborista; o el «Estado palestino», en palabras del Likud. Por supuesto, ésta no es la postura manifestada por lo que podría llamarse, con todas las de la ley, el «movimiento de paz», que es una minoría pequeña, aunque significativa, que se ha unido al consenso internacional.

2.2.3. El disfraz

La oposición constante a las negociaciones por parte de los dos principales grupos políticos de Israel se disfraza en Estados Unidos mediante dos estratagemas. En primer lugar, como ya se ha señalado, el concepto de «oposicionismo» se refiere sólo a la negación de los derechos nacionales judíos, basándose en el supuesto racista implícito de que los habitantes autóctonos de Palestina no tienen los derechos humanos que naturalmente reconocemos a los judíos. En segundo lugar, se observa —con bastante precisión— que Israel ha estado siempre más que dispuesto a negociar con los *Estados* árabes, mientras que éstos no han correspondido a esta buena disposición. Pero basta reflexionar un momento para darse cuenta de que la disposición de Israel en este sentido es claramente oposicionista, puesto que excluye a los palestinos.

Siempre que se ha propuesto un marco de negociaciones que incluía a los palestinos, Israel se ha negado a participar. Así pues, la postura que aparentemente está preparando Israel para las negociaciones, tan anunciadas en Estados Unidos, simplemente forma parte de su compromiso con el rechazo de los derechos palestinos, un punto esencial que suele eliminarse en las discusiones sobre esta cuestión en el país norteamericano. Al igual que el término «compromiso territorial», también la atractiva frase de «acuerdo nego-

ciado» se ha convertido en un disfraz para el oposicionismo declarado en el discurso estadounidense.

Sólo si se entienden estos sencillos puntos, podemos interpretar adecuadamente las declaraciones de los propagandistas estadounidenses de Israel. Por ejemplo, el abogado general de la Liga Antidifamación de B'nai Brith, Arnold Forster, condena la actual política del gobierno estadounidense, puesto que, según él, Estados Unidos está insistiendo en que una paz Israel-Líbano debe formar parte de un acuerdo más «general»:

De un modo absurdo, los israelíes son presentados de una manera terrible, simplemente porque piden al Líbano fronteras abiertas, turismo en ambas direcciones, relaciones comerciales, negociaciones en sus respectivas capitales y contactos políticos regulares: todo lo que supone una relación saludable y pacífica entre dos países. Nuestro gobierno afirma que si se alcanza una paz auténtica sólo entre Israel y el Líbano, entonces desaparecerá la presión que se ejerce sobre el Estado judío para resolver el problema palestino de Cisjordania, de acuerdo con las líneas del debilitado plan de paz del presidente Reagan. Por tanto, la astuta táctica del ministro Schultz es negar a Israel la paz con el Líbano que tanto ansía, a menos que los tanques israelíes se retiren de Cisjordania.

Sin lugar a dudas, este argumento parecerá digno de admiración a aquellos que comparten los supuestos de este conocido grupo a favor de los derechos civiles, concretamente a aquellos que comparten el supuesto de que los palestinos no tienen los mismos derechos que los judíos. Dejando de lado estas afirmaciones, vemos inmediatamente que las propuestas de Israel, que Forster defiende, no harían más que dar otro gran paso hacia la extensión de la soberanía israelí sobre los territorios ocupados. En resumen, lo único que hace Forster es presentar un expediente a favor de un «Gran Israel», y a favor de la negación de derechos humanos esenciales a los árabes de Palestina.

Además, la «relación saludable y pacífica» que Israel trata de imponer en el Líbano por la fuerza sería una relación que colocaría al Líbano en una posición subordinada —por lo menos, al sur del Líbano— con respecto a los intereses de Israel, que lo utilizaría como un mercado para sus bienes, una fuente potencial de mano de obra barata y agua, etc.; una intención que queda clara si consideramos las relaciones del poder económico y militar, y que iba camino de hacerse realidad, tal y como Forster escribió.

De este modo, esta «relación saludable y pacífica» se convertiría en una de esas relaciones que imponían muchos otros «Estados amantes de la paz» durante la época colonial; por ejemplo, la relación que impuso la benévola Gran Bretaña a la India (después de la destrucción de la empresa nativa india), o a China en la época de las Guerras del Opio, por mencionar dos de los ejemplos más clásicos.

Todo esto es tan obvio, que podría sorprender que el abogado general de una supuesta organización de derechos humanos estuviera dispuesto a hacer tales declaraciones en público; hasta que uno recuerda que han aparecido en el *New York Times*, un medio de comunicación que goza de un conjunto de lectores cultivados para los que los supuestos racistas subyacentes están tan firmemente arraigados que no podrían extraer ni las conclusiones más obvias. En cuanto a que Forster tenga razón al creer que el gobierno estadounidense realmente está abandonando su postura oposicionista, eso es otra cuestión; el aumento de la ayuda a Israel, aprobado por el Congreso precisamente en la misma época, contradice esta afirmación, como ya se ha señalado.

2.3. La población de los territorios ocupados

La población considerada como la tercera parte del conflicto es la población de los territorios ocupados, de la Franja de Gaza y de Cisjordania, éstas últimas llamadas «Judea y Samaria» tanto por el gobierno laborista como por el Likud, a pesar de que la prensa de Estados Unidos normalmente atribuye estos nombres, utilizados para expresar un derecho de posesión conferido por la Biblia, a Menajem Beguin.

De hecho, la referencia a los derechos bíblicos es común en ambas coaliciones políticas. Así pues, Simón Peres, líder socialista del Partido Laborista, aceptó el motivo de Beguin para conservar Cisjordania, y escribió: «No hay ninguna polémica en este país sobre nuestros derechos históricos sobre la tierra de Israel. El pasado es inmutable y la Biblia es el documento decisivo a la hora de determinar el destino de nuestra tierra». Al parecer, esta doctrina no tiene mal aceptación en la Internacional Socialista, de la que Simón Peres y su Partido Laborista son miembros de honor. Sin embargo, de acuerdo con el Plan Allon, Peres defiende el «compromiso territo-

rial» de liberar a Israel de una población árabe no deseada que «acabaré poniendo en peligro el carácter judío de Israel...».

2.3.1. Actitudes bajo la ocupación

Generalmente, Estados Unidos hace caso omiso de las actitudes de la población autóctona, basándose en el supuesto —esencialmente racista— de que estas personas simplemente no cuentan. En los primeros años de la ocupación, el gobierno laborista se negó a tolerar cualquier tipo de expresión política independentista por parte de la población, llegando a rechazar incluso la petición de las «autoridades» projordanas de formar un grupo anti-OLP, un hecho que reveló en 1974 el antiguo comandante militar de Cisjordania, el general (ahora presidente) Chaim Herzog (rompiendo la censura del gobierno), y que no provocó ninguna preocupación entre los liberales y los socialistas democráticos estadounidenses, firmes partidarios de la línea laborista.

En 1976, se permitieron unas elecciones municipales relativamente libres en Cisjordania. Los candidatos elegidos dejaron claro muy pronto que ellos consideraban a la OLP como su único representante legítimo. En los últimos años, el gobierno de Begin y de otros dirigentes han atribuido este resultado a la presión e intimidación de la OLP. Pero estas protestas no se hicieron en aquella época. Al contrario, las elecciones se consideraron como uno de los mayores logros de la «benévola ocupación». De hecho, hubo intromisiones en el proceso electoral, concretamente, por parte de Israel y a favor de elementos más conservadores.

Dos candidatos nacionalistas fueron expulsados, infringiendo así las normas militares en vigor, con el fin de asegurar la elección de oponentes más aceptables. La OLP no adoptó ninguna postura en cuanto a las elecciones, tal y como observa Amnon Kapeliouk en un comentario detallado sobre ellas. También señala que una importante estructura política surgió en los territorios en aquel momento, que veía a la OLP como su representante y la consideraba preparada para alcanzar un acuerdo político con Israel. En lugar de reconocer el derecho palestino a la autodeterminación junto con la de Israel, «el gobierno [laborista] de Isaac Rabin abrió las puertas al grupo extremista *Gush Emunim*», los colonos fanáticos religioso-chovinistas de los territorios ocupados.

Desde aquel momento, los habitantes de los territorios ocupados han manifestado constantemente su apoyo a la OLP, y a favor de un Estado palestino independiente. Por citar tan sólo dos de los muchos ejemplos, los alcaldes de las ciudades de Cisjordania enviaron una carta al secretario de Estado norteamericano Cyrus Vance, cuando éste estaba de visita en la zona en 1977. En ella afirmaban que el pueblo palestino había elegido como su «único representante legal, independientemente del lugar... a la OLP, bajo la batuta de Yasir Arafat», un acto que demuestra una enorme valentía, dada la naturaleza de la ocupación; algunas personas consideradas generalmente como moderadas habían sido expulsadas por mucho menos.

Volviendo al presente, después de que la OLP fuera evacuada de Beirut en septiembre de 1982 (la supuesta intimidación de la OLP pertenecía entonces al pasado), se pidió a un grupo de «personalidades palestinas» en los territorios ocupados que diera su opinión sobre la situación. Entre ellos estaban Elias Freij (el último alcalde de una de las principales ciudades, una vez que los demás fueron expulsados por Israel) y Rashad Shawa (el alcalde conservador y projordano de Gaza, destituido también por Israel). Freij y Shawa se presentan como los líderes de la alternativa nacionalista «moderada» frente a la Organización para la Liberación de Palestina. Sin embargo, este grupo de personalidades palestinas era fiel —también lo eran Freij y Shawa— en su apoyo a la OLP, y, de hecho, algunos consideran que este apoyo aumentó como resultado de la invasión del Líbano (Shawa).

Los resultados de un estudio llevado a cabo en marzo de 1982 por el Instituto PORI, una organización dedicada a la investigación de la opinión pública dominante en Israel, nos ofrecen un indicativo de la opinión actual en Cisjordania (nadie duda de que los resultados serían similares en la Franja de Gaza). Estas cifras no sorprenderán a quien haya seguido de cerca la evolución de los acontecimientos en los territorios ocupados desde 1967. El 98 por ciento se mostró a favor de un Estado palestino, y el 86 por ciento se pronunció a favor de que este Estado estuviera gobernado únicamente por la OLP.

Entre otras personalidades palestinas, la más popular (con un apoyo del 68 por ciento) fue el alcalde de Nablus, Bassam Shak'a,

destituido poco antes por el «administrador civil» de Cisjordania, Menajem Milson, como parte de su ataque general a la libertad de expresión política. Otras figuras relevantes que se han mostrado a favor de la OLP en Cisjordania han recibido distintos grados de apoyo. En último lugar estaba Mustafá Dudin, que recibió el beneplácito del 0,2 por ciento de la población. Entre los líderes árabes, el rey Hussein de Jordania no encontró gran aceptación, con un apoyo del 4 por ciento.

El rey Hussein es la figura propuesta por Estados Unidos para representar a los habitantes de Cisjordania, mientras que el gobierno israelí y sus partidarios en la zona apuestan por Dudin. Él es el líder de las «Ligas de Aldeas», creadas por Israel con el fin de sustituir a los dirigentes elegidos, y se considera que representa a la mayoría campesina de la población, la «mayoría silenciosa». Normalmente, se le describe en la prensa estadounidense como un «moderado», y se alega que sólo el terrorismo de la OLP impide que la población le apoye abiertamente; según parece, el temor que infunde la OLP es tan grande que casi el 100 por ciento de la población temió mostrar su apoyo a Dudin de forma secreta y anónima en las urnas israelíes.

Quizá podríamos detenernos un momento a considerar a las dos personalidades centrales en Cisjordania, que son, respectivamente, la más popular (aparte de la OLP) y la menos popular: el alcalde destituido Bassam Shak'a y Mustafá Dudin. Shak'a fue víctima de un atentado terrorista en junio de 1980, en el que una bomba del IDF (ejército israelí) le seccionó ambas piernas. No se ha conseguido averiguar la identidad de los terroristas, aunque, tal y como señalaron varios periodistas israelíes, parecía una cuestión relativamente sencilla, ya que el ejército tenía los registros de las personas que tenían acceso a ese tipo tan sofisticado de explosivos.

En general, se supone que los terroristas fueron colonos judíos de la zona. Cuando se llevan a cabo actos violentos contra colonos judíos, inmediatamente se derriban las casas de las familias de los sospechosos, se imponen toques de queda, se interroga a muchas personas (e incluso muchas veces, como ellos afirman, se las tortura), etc., mientras que los periódicos estadounidenses despotrican contra el terrorismo árabe. De hecho, incluso el lanzamiento de piedras puede ser causa de toques de queda y otros castigos, como

observa, por ejemplo, el *Times* con indiferencia al relatar un incidente en el que otro adolescente árabe fue asesinado por los soldados israelíes que disparaban a sus pies. Pero en el caso del atentado contra el alcalde Shak'a y contra otras personalidades, fue difícil incluso detectar signos de que se estuviera llevando a cabo una investigación, y no se siguieron pistas que eran más que obvias. Ze'ev Schiff escribió en ese momento en el *Ha'aretz* que sería imposible para el gobierno, desde el punto de vista político, detener y condenar a los culpables, porque los colonos de Cisjordania tenían demasiado apoyo político.

Asimismo, también se afirmó en este medio de comunicación que, según parece, los sospechosos eran extremistas judíos que utilizaban el sofisticado armamento del IDF, citando como fuente al servicio de inteligencia. Los atentados (el alcalde Karim Khalef de Ramala también resultó gravemente herido, y ambos fueron destituidos seguidamente por la administración de Milson) fueron celebrados en el periódico *Nekudah* de los colonos religiosos de Cisjordania, y el portavoz del partido estadounidense del rabí Kahane's Kach anunció en una rueda de prensa que los atentados eran la represalia por el asesinato de colonos israelíes en Hebrón pocas semanas antes.

Seis sospechosos judíos fueron sometidos a una investigación por parte de la policía secreta israelí (Shin Bet), pero, según un miembro del Kneset (Parlamento israelí), Shulamith Aloni, se dijo que «los judíos responsables forman parte de un grupo unido que ha resultado ser impenetrable». Las versiones sobre este asunto se censuran automáticamente en la prensa israelí. Muchos periodistas que han seguido el caso, entre ellos Danny Rubinstein del *Davar*, sospechan que un alto funcionario del gobierno podría estar implicado, y que la Shin Bet forma parte de una tapadera. «De todas formas, la mayor parte de los israelíes se mostraron indiferentes ante la suerte de los alcaldes tras los atentados», y «no hubo protestas públicas ni presión por parte de la población sobre el gobierno para emprender una investigación a fondo».

Tras el atentado terrorista y su posterior destitución, Shak'a fue sometido a un acoso considerable por parte del gobierno. Se le negó el permiso para viajar a Holanda, ya que, en opinión de los representantes de las fuerzas de seguridad, «pretendía servirse de esta

visita para difundir información falsa sobre Israel, al que iba a presentar como un opresor de las personalidades públicas en los territorios [ocupados]». Desde entonces ha habido otros muchos ejemplos, como el reciente rechazo de un visado de salida para su hija, que deseaba reanudar sus estudios en la Universidad de Carolina del Norte en octubre de 1982.

Al mismo tiempo, los guardaespaldas israelíes de Shak'a no permitieron que los periodistas del diario *Ha'aretz* y del *Jerusalem Post* le entrevistaran. Una semana después, no había habido ninguna acción por parte de los periódicos ni de la Asociación de la Prensa, lo que hizo que un indignado ciudadano israelí comparara este «espeluznante incidente» con lo que ocurría en la URSS.

2.3.2. Incentivos y amenazas

Volvamos ahora a la personalidad menos popular en Cisjordania, el protegido de Menajem Milson, Mustafá Dudin, líder de las Ligas de Aldeas. En primer lugar, debería señalarse de inmediato que los periodistas que cubren Cisjordania para la prensa hebrea conocen bien el escaso apoyo del que disfrutaban estas Ligas de Aldeas de Milson. Danny Rubinstein, del *Davar*, escribe que «la amplia mayoría de la población árabe, liderada por los alcaldes de las ciudades, los dirigentes de los sindicatos y otras personalidades públicas de Cisjordania, reconoció el intento israelí de debilitar la autoridad de la OLP [estableciendo las Ligas], y lo denunció en los periódicos de la Jerusalén oriental, en conferencias y en declaraciones». Este periodista describe las medidas adoptadas por la administración Sharon-Milson para imponer el reglamento de las Ligas, a las que se concedió un «amplio apoyo financiero», obligando a los habitantes a dirigirse a ellas para cubrir las necesidades de cada día.

Aprovechando su éxito militar en el Líbano, Israel extendió sus Ligas de Aldeas y las constituyó como organizaciones regionales, asignándoles una función de representación de los palestinos en los territorios ocupados en sus conflictos con Israel. Respondiendo a la invitación de las autoridades israelíes competentes, Danny Rubinstein acudió a la reunión celebrada en Hebrón en la que se hizo pública por primera vez esta «misión política». Los representantes acudieron armados, y un contingente considerable de fuerzas mili-

tares israelíes rodeaba la zona. Docenas de aldeanos esperaban fuera para aplaudir la orden. Los portavoces alabaron al antiguo administrador civil Menajem Milson, que era responsable de las mayores atrocidades en Cisjordania, por «su servicio a los habitantes de Cisjordania... su personalidad excepcional, y su entrañable compasión, todo en una retórica elocuente». Algunos fueron tan efusivos que el público estalló en carcajadas. Tal y como lo describe Rubinstein, fue «un día triste y deprimente en Hebrón».

Mientras tanto, en el *Boston Globe* sólo pudimos leer que Milson «recibió una tremenda ovación en la primera conferencia de las «Ligas de Aldeas» de Cisjordania que él mismo trataba de impulsar», y estas líneas se referían a la misma reunión, una señal segura de su enorme popularidad y del apoyo a las Ligas de Cisjordania; la inmensa popularidad, que el sondeo del Instituto PORI atribuía al líder de las Ligas, Mustafá Dudin, también es otra señal. En el *Globe* se describe a Milson como un «Maverick de Oriente Medio», que «reclama un papel para los palestinos en Cisjordania», un líder partidario de los palestinos oprimidos, como es evidente.

Ésta es seguramente la descripción adecuada, ahora que se acerca el año 1984, para el hombre que, junto con el general Sharon, inició el período de represión más brutal de la historia de Cisjordania, «un régimen del terror», en palabras de la «paloma» israelí Uri Avneri, que describe a Milson como una triste fotocopia de «su antiguo maestro, Ariel Sharon». «En lo que se refiere a la mentira compulsiva, la fanfarronería y la insolencia, él no es más que una edición de bolsillo de Sharon», afirma Avneri, y continúa recordando las medidas que implantó en un esfuerzo por quebrar la voluntad de los palestinos, entre las que se encuentra la formación de «las odiadas «Ligas», que se convirtieron en las representantes de la conquista israelí para la población», «bandas armadas de colaboracionistas», constituidas en su mayor parte por «la escoria humana de las aldeas, conocidos vándalos y criminales, que recibían armas del gobierno militar con el fin de crear un ambiente de terror». En resumen, un auténtico «Maverick de Oriente Medio», al que debemos admirar profundamente por su defensa de los derechos palestinos.

Para ilustrar la descripción de Avneri, el catedrático Milson, en una entrevista llevada a cabo por el *Globe*, afirma que «en parte debido a mi influencia, no se derribó ni una sola casa en Cisjordania».

nia». De hecho, dos semanas después de que asumiera su cargo el 1 de noviembre de 1981, es decir, el 16 de noviembre, cuatro casas fueron destruidas en Beit Sahur en un castigo colectivo, y se derribó otra casa en Belén, el hogar de un hombre sospechoso de haber lanzado un cóctel molotov a un autobús. Milson suponía, y sin duda no se equivocaba, que sus declaraciones no iban a encontrar objeciones en Estados Unidos, donde se le presentaba como un defensor de la paz y la reconciliación. Sin embargo, podría haber afirmado, y tampoco se habría equivocado, que el Partido Laborista recurrió a esta técnica de castigo colectivo para el caso de los sospechosos de algún acto de violencia (o resistencia, depende de cómo se mire) mucho más frecuentemente de lo que él lo hizo.

El corresponsal del *Ha'aretz* en Cisjordania, Zvi Barel, recoge una declaración del general Sharon en las que afirma que los miembros de las Ligas «no son colaboradores en el sentido usual de la palabra». Barel se muestra de acuerdo, alegando que «nunca hubo colaboradores en el pasado que disfrutaran de un apoyo tan amplio del gobierno como estas personas». El corresponsal describe cómo no sólo están provistos de armas para aterrorizar a la población, sino que además se les concede incluso «el privilegio de hacer que la administración civil [israelí] cometa actos ilegales para ensalzar el nombre de las Ligas de Aldeas», y relata cómo los actos de la administración sirven a «su deseo de venganza».

Barel también muestra cómo los habitantes de Cisjordania se ven obligados a someterse a la normativa de las Ligas de Milson y Dudin, si es que quieren sobrevivir, y cita el caso de Abu Adnan, de la ciudad cisjordana de Halhul, cuyo alcalde, Muhammed Milhem (que había pedido un acuerdo político que estableciera dos Estados pacíficamente) también fue destituido por la administración de Milson. Adnan había enviado a su hijo (nacido y educado en Cisjordania) a Grecia para que estudiara Medicina. Pero a éste no se le permitió regresar después, con el pretexto de que mientras había estado fuera se había realizado un censo de la población; el traslado de la población con estudios ha sido un procedimiento constante de la ocupación desde los comienzos.

Las solicitudes para pedir al menos que su hijo pudiera hacerle una visita también fueron rechazadas por la administración de Milson. Finalmente, Adnan se dirigió a las Ligas de Aldeas, y rellenó

un formulario para convertirse en un miembro de tales Ligas, ofreciendo además un «donativo» de 500 *shekels* israelíes. De inmediato se concedió el permiso a su hijo para que le visitara. La prensa hebrea está llena de ejemplos similares que ilustran cómo han ido adquiriendo popularidad las Ligas.

En su testimonio ante el Congreso, un miembro de un grupo de estudios norteamericano, que regresaba de una visita por Oriente Medio, contó que «a la amplia mayoría» de la población «no le gustan los sindicatos» (las Ligas de Aldeas) pero «se sienten obligados a tratar con ellos», debido a los acuerdos impuestos por el gobierno militar. Las Ligas son «muy temidas, y sólo se acude a ellas cuando las personas y los grupos se sienten presionados para hacerlo». «El mayor temor de los cisjordanos es que estos funcionarios de las Ligas sean elegidos por los israelíes como los palestinos «moderados», que «negociarán» la autonomía en virtud de los acuerdos de Camp David, y por tanto darán la apariencia de legitimidad a un acuerdo de autonomía».

Éste es el temor que quedó patente en la siguiente reunión que presenció Rubinstein. «Shlomo Gazit, antiguo jefe del servicio de inteligencia israelí, ha afirmado que la formación de las Ligas de Aldeas estableció una red de colaboracionistas que servían a los propósitos del gobierno, y no a los intereses de la seguridad de Israel. Por tanto, ha pedido la disolución del programa de Ligas de Aldeas». Está bien saber que el Congreso estaba bien informado cuando aumentó las enormes ayudas a Israel hasta niveles aún más elevados, para que así pudieran financiarse tan extraordinarias medidas.

La administración civil del «Maverick de Oriente Medio», Menajem Milson, que confirió a Dudin un puesto de poder en los territorios ocupados y una posición de preeminencia en Estados Unidos, donde se le conocía como un célebre moderado, dio comienzo el 1 de noviembre de 1981. El «régimen del terror», que empezó de inmediato, tuvo un eco considerable en la prensa estadounidense en aquel momento, pero, como los recuerdos son fugaces y fuertes los prejuicios, los hechos se olvidaron rápidamente.

El *Libro Negro* israelí da cuenta detalladamente de los primeros seis meses, con algunos testimonios de los palestinos y los soldados israelíes. «La administración civil orquestada por el catedrático

Milson», informa el *Libro Negro*, «no es más que otro intento de revivir un antiguo método colonial, bien conocido, bajo una nueva y «original» forma israelí», que sienta así las bases para «un *bantustán* israelí, que impone a los palestinos el papel de taladores de árboles y recogedores de agua para la sociedad israelí».

«Tiene como objetivo destruir todas las instituciones sociales en los territorios ocupados a través de dos vías: en primer lugar, mediante el acoso a los consejos municipales, a los sindicatos de los trabajadores, y a las Universidades que moldean la cultura política nacional; y en segundo lugar, mediante la construcción de lo que parece ser un centro de poder alternativo bajo la forma de las Ligas de Aldeas», basándose en el supuesto de que los palestinos son ««nativos» primitivos, que pueden apaciguarse fácilmente cuando el ocupante soborna a unos cuantos notables de sus aldeas».

Sus técnicas son las siguientes: «los líderes y activistas son detenidos, los habitantes expulsados, las reuniones prohibidas, los manifestantes retenidos, y las propias manifestaciones disueltas brutalmente; se imponen toques de queda y confinamientos, las casas son destruidas con explosivos, y los colaboracionistas de las Ligas de Aldeas son utilizados para emprender una campaña de terror contra la población; las Universidades y los periódicos se cierran, se detiene a los periodistas o se les impide entrevistar a los líderes, a éstos, a su vez, no se les permite ser entrevistados de ninguna manera; la censura se aplica tanto a periódicos como a libros, y la población tiene que soportar la humillación, el acoso y el terror por parte de los colonos judíos, tanto en las ciudades como en los pueblos».

A continuación, el *Libro Negro* presenta pruebas considerables, en un registro hecho prácticamente día a día. De hecho, estas prácticas se remontan a los primeros días de la ocupación, pero no hay duda de que alcanzaron mayores niveles de violencia bajo el régimen del «Maverick de Oriente Medio» y su instrumento elegido. Pocos se sorprenden de que el apoyo a Dudin en Cisjordania no superara el 0,2 por ciento en marzo de 1982, después de seis meses de beneficencia de Milson. En el próximo capítulo volveremos al contexto histórico y a algunos ejemplos concretos.

La concepción de los palestinos como «nativos» primitivos, que pueden ser sobornados fácilmente, está profundamente arraigada

en la historia sionista, y es un fenómeno natural concomitante con el «legado de Weizmann», como lo expresaron Ben Gurión y otras personalidades. De esto ya se dieron cuenta hace tiempo los que se aventuraron a visitar Palestina. Por ejemplo, el periodista estadounidense Vincent Sheean llegó a Palestina en 1929 como un ferviente simpatizante del movimiento sionista, y partió de regreso a su país pocos meses después como un detractor de la causa sionista.

Se dio cuenta de que los colonos judíos «sentían desprecio [por los árabes], y los consideraban una «raza no civilizada», a la que algunos se referían mediante el apelativo de «indios rojos», y otros con el de «salvajes», y pensaban: «no tenemos que preocuparnos por los árabes», que «harán lo que sea por dinero». Miraban a la población autóctona como «simples ocupas de épocas primitivas», de modo que debía ser «posible para los sionistas conseguir, mediante la compra, la persuasión o la presión, que los árabes se marcharan tarde o temprano, y convertir así Palestina en un hogar nacional para el pueblo judío», una actitud que Sheean consideró «desde su propio punto de vista... sumamente peligrosa».

Sheean «no podía creer que los árabes de Palestina fueran tan distintos de los árabes del resto del mundo, ya que daban la bienvenida al intento de crear una nación judía en su país». Estas actitudes perviven hoy en día, expresadas en las acciones de la administración de Milson y en las de sus antecesores en los territorios ocupados, en la opinión común de todos los líderes de Israel y de otros políticos que piensan que los palestinos pueden encontrar rápidamente un lugar en algún otro país árabe, así como en la indiferencia general de Occidente —sobre todo por parte de Estados Unidos— hacia los derechos palestinos.

También debería señalarse que incluso Mustafá Dudin —el arquetipo de colaboracionista— ha pedido una retirada total de las tropas israelíes de los territorios ocupados, así como el levantamiento de todos los asentamientos judíos establecidos desde 1967. Cómo es posible que esta situación se derive de la intimidación de la OLP es algo que aún no se ha podido explicar. Además, bastante después de la expulsión de la OLP de Beirut y del sur del Líbano, los palestinos pidieron la creación de un Estado independiente y rechazaron la «autonomía» impuesta por Israel, que pretendía ser inamovible, pero «con la notable excepción de Mustafá Dudin...

muy pocos palestinos piensan que puedan alcanzar sus objetivos negociando con los políticos israelíes».

En enero de 1983, el líder de la Liga de Ramala, Riyad el-Hatib, reclamó la creación de un Estado palestino independiente, y el presidente de las Ligas de Aldeas de la zona de Hebrón, Muhammad Nasser, instó a Israel a que paralizara el establecimiento de nuevos asentamientos, describiéndolos como «un obstáculo para la paz» entre Israel y los palestinos. En la reunión que presenció Rubinstein, los representantes de las Ligas solicitaron la adopción de medidas para prevenir la emigración de palestinos de Cisjordania («un objetivo antigubernamental claro», según Rubinstein), mientras que Dudin y otros urgían a las autoridades militares israelíes a facilitar el regreso de los refugiados palestinos, fundamentalmente del Líbano a Cisjordania, una postura que sólo obtuvo un apoyo marginal dentro de Israel. De nuevo, parece que la OLP tiene la mano muy larga.

2.3.3. El «Proceso de Paz»

Volviendo a la encuesta realizada por el Instituto PORI sobre la opinión de los cisjordanos, también presentan cierto interés las actitudes mostradas hacia las dos coaliciones políticas israelíes. El 0.9 por ciento prefería que estuviera en el poder el Likud de Begin, mientras que un 2 por ciento prefería al Partido Laborista. El 93 por ciento mostraba una total indiferencia. En cuanto a los acuerdos de Camp David, el 2 por ciento pensaba que ayudarían a la causa palestina, mientras que el 88 por ciento los consideraban un obstáculo.

En las noticias y en los comentarios editoriales de Estados Unidos, los planes puestos en marcha por los acuerdos de Camp David se conocen simplemente como «el proceso de paz». Obviamente, aquellos cuyas vidas están en juego no comparten los supuestos subyacentes a este término, que no hace más que reflejar una aceptación tácita del sistema de propaganda de Estados Unidos por parte de los medios de comunicación y los intelectuales.

También es muy probable que los habitantes de los territorios ocupados interpreten algunos hechos sobre «el proceso de paz», que apenas se señalan aquí. Concretamente, sobre el terreno está claro que el gobierno de Israel nunca tuvo la más mínima intención de unirse al «proceso de paz» en otro sentido que no fuera el retó-

rico, ni de ir más allá de los acuerdos del Sinaí, que tuvieron el mérito de dejar a Israel mano libre en otros lugares y excluir a Egipto del conflicto de una forma bastante efectiva.

Esto no sólo queda patente en el programa de asentamientos y en la represión interna, sino también en los documentos oficiales, un hecho que ha señalado Abba Eban. Este político laborista cita las «directrices oficiales de la política del gobierno» adoptadas por el Kneset (con un único voto), que afirman que «después del período de transición establecido en los acuerdos de Camp David, Israel presentará su demanda y actuará para hacer realidad sus derechos de soberanía sobre Judea, Samaria y el distrito de Gaza» (el énfasis es de Eban). «No hay recurso posible del lenguaje», señala, «que pueda salvar el abismo» entre esta decisión y el Acuerdo de Camp David, que establece que el estatus de los territorios se determinará tras el período de transición por medio de las negociaciones entre Israel, Jordania, Egipto y los representantes elegidos de los habitantes de los territorios, y no por medio de acciones israelíes.

Eban afirma que es incapaz de encontrar un solo precedente «en las decisiones de cualquier gobierno para una contradicción semejante entre un compromiso internacional y una declaración política nacional». Seguramente es una exageración, pero, de todas formas, sigue siendo una reacción comprensible ante el anuncio inmediato por parte del gobierno de Israel de que pretendía hacer caso omiso del Acuerdo de Camp David, al que había prometido (a la vez que reclamaba otros) total fidelidad.

Los resultados de las elecciones reflejan las actitudes de los que han aprendido de la ocupación, dirigida por el Partido Laborista y después por el Likud, desde su propia experiencia. No tienen acceso a los editoriales del *New York Times*, y por tanto —como muestra su poca consideración por el Partido Laborista— no son conscientes de que, bajo su política, la ocupación fue un «modelo de futura colaboración» y un «experimento de nueve años de duración de la coexistencia árabe-israelí», o que el Partido Laborista en 1980 «ha dado un paso de gigante hacia el compromiso con los palestinos de Cisjordania, y ha instado así al mundo árabe a corresponder con actos de moderación y reconciliación». El «paso de gigante» era una reiteración, una vez más, del opositor Plan Allon, puesto en práctica por Israel diez años antes.

2.3.4. Estados Unidos y la población conquistada

Estados Unidos generalmente ha hecho caso omiso de las esperanzas y aspiraciones de la población autóctona, no porque desconozca los hechos —por ejemplo, las elecciones que acabo de citar aparecieron en primera plana de la revista *Time*—, sino porque no considera que los palestinos tengan los mismos derechos humanos que se reconocen, como es debido y automáticamente, a los judíos israelíes, de modo que las actitudes de la población palestina no tienen importancia; de la misma manera que a nadie se le ocurriría preguntar a los asnos de Cisjordania cuáles son sus preferencias.

Aquellos que han respaldado o tolerado la política de Estados Unidos en la región, o que son simpatizantes de alguna de las dos coaliciones políticas de Israel, lo único que hacen es mostrar, a través de su apoyo, su total desprecio por los habitantes autóctonos de la antigua Palestina.

Por supuesto, estas actitudes no pueden expresarse abiertamente. Por consiguiente, podemos leer en el *New Republic* que «no hay medio de descubrir cuál es la opinión pública hoy en día [en] los territorios ocupados, que están en el ojo del huracán»; aunque el mismo autor, que rezuma simpatía por los palestinos que sufren el terrorismo de la OLP, nos informa confidencialmente que el «extraordinario éxito de las relaciones públicas [de Arafat] no tiene una base popular», y que «los palestinos *en masse* abandonan a la OLP». Obviamente, las elecciones llevadas a cabo por Israel no nos permiten conocer la opinión pública, de la misma manera que no podemos sacar nada en claro de las personalidades y los líderes elegidos, ni siquiera del colaborador favorito de Israel, Mustafá Dudin.

El mismo autor explica que hay auténticos «moderados» que podrían «estar de acuerdo en lo que pudiera quedar del concepto de partición» (es de suponer que tiene en mente el «compromiso territorial» en el sentido utilizado por el Partido Laborista). Incluso nos cuenta quiénes son: el alcalde Freij y el destituido alcalde Shawa (ambos continúan apoyando a la OLP), y Mustafá Dudin, que, según nos informa este autor, «ha tropezado con el desdén de los tribunos occidentales, que se han erigido en defensa de los palestinos», aunque no se ha tropezado con el de este tribuno, que

no se preocupa por el hecho de que su candidato para convertirse en el «líder responsable» insista en la creación de un Estado palestino contrario a sus demandas, ni por el hecho de que sea apoyado por un clamoroso 0,2 por ciento de la población.

De nuevo, se trata de la era de Orwell, que en ningún sitio se ha explicado mejor que en el periódico semioficial del liberalismo americano, como tendremos ocasión de ver de forma abundante más adelante.

Podría añadirse que parece que los sentimientos de los palestinos de los territorios ocupados en cuanto a la creación de un Estado independiente y a la legitimidad de la OLP, son compartidos también por la mayor parte de los ciudadanos árabes de todo Israel. Uno de los líderes árabes que ha estado más integrado en la vida política israelí, Saif ad-din Zuabi, escribió una carta al primer ministro Beguin, en la que protestaba por la expansión de la invasión del Líbano, llamada «Paz para Galilea», que iba más allá del límite de los 40 kilómetros anunciado en un principio.

Zuabi, «conocido por sus opiniones moderadas, indicó en esta carta que nunca había sido un admirador de Yasir Arafat, pero que después de la guerra quedaba claro para todo el mundo que Yasir Arafat era la figura que mejor podía representar al pueblo palestino». La comunidad árabe israelí también ha expresado frecuentemente conclusiones similares.

2.4. Los países árabes y la OLP

Hemos revisado el consenso internacional y las posturas de Estados Unidos, Israel y los palestinos en los territorios ocupados. Pero, ¿qué hay de los países árabes y la OLP? Los hechos históricos son bastante distintos de lo que normalmente se cree en Estados Unidos.

2.4.1. La erosión del oposicionismo y la respuesta estadounidense-israelí

En el período inmediatamente posterior a 1967, los países árabes y la OLP adoptaron una postura oposicionista en comparación con la postura que habían mantenido de forma constante Israel y Estados Unidos. Poco tiempo después, este oposicionismo empezó a

debilitarse. En febrero de 1970, el presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, declaró: «será posible instituir una paz duradera entre Israel y los países árabes, sin excluir las relaciones económicas y diplomáticas, siempre y cuando Israel se retire de los territorios ocupados y acepte un acuerdo sobre el problema de los refugiados palestinos». Amnon Kapeliouk observa que «esta declaración no recibió respuesta de Israel en aquel momento».

Pero es necesario destacar que un acuerdo sobre el problema de los refugiados dentro del contexto de una paz negociada, ha sido la postura oficial de Estados Unidos, junto con prácticamente el resto del mundo aparte de Israel, desde 1949, y regularmente se aprueba en las resoluciones de la ONU. Es necesario destacar también que el presidente Nasser no hacía referencia al Estado palestino, de acuerdo con el consenso internacional de la época. Asimismo Nasser «aceptó las propuestas de [el secretario de Estado William] Rogers [junio de 1970] para un alto el fuego y las posteriores negociaciones», un «paso valiente y constructivo», en palabras del historiador sionista Jon Kimche.

Tras la muerte de Gamal Abdel Nasser, el nuevo presidente, Anwar Sadat, se movilizó de inmediato para poner en práctica dos políticas: la paz con Israel y la conversión de Egipto en un país cliente de Estados Unidos. En febrero de 1971, ofreció a Israel un tratado de paz definitivo basado en las fronteras anteriores a junio de 1967, con garantías de seguridad, fronteras reconocidas, etc. Esta oferta causó mucha alarma en Israel (de hecho, causó «pánico», en palabras del conocido escritor israelí Amos Elon), y fue rechazada de inmediato con la declaración de que Israel no volvería a las fronteras reconocidas internacionalmente antes de 1967.

Téngase en cuenta que la oferta de Sadat de febrero de 1971 era más favorable para Israel que la que propuso en noviembre de 1977 en su viaje a Jerusalén, visita que le consagró oficialmente como un «hombre de paz», puesto que en 1971 no mencionaba los derechos palestinos, que supuestamente habían sido el impedimento que había bloqueado el «proceso de paz» de Camp David. La oferta de Sadat seguía la línea del consenso internacional del momento, en particular del plan del secretario de Estado Rogers, que había sido rechazado furiosamente por Israel.

En una discusión interna en el Kneset, las «palomas» del Partido Laborista reconocieron que se podía alcanzar un acuerdo de paz, pero lo desaconsejaron con el argumento de que podían conseguirse más ganancias territoriales si resistían.

La única reacción de Israel ante la oferta de Sadat, aparte de su rechazo rotundo e inmediato, fue la de aumentar el número de asentamientos en los territorios ocupados. El mismo día en que se rechazó oficialmente la oferta del presidente egipcio, el gobierno laborista dio su consentimiento para crear nuevos asentamientos en las colinas que rodeaban la zona árabe de Jerusalén, en un área que traspasaba claramente las anteriores fronteras de la ciudad, alegando que formaba parte de un proceso para «extender Jerusalén».

Teniendo en cuenta este hecho, Edward Witten comenta la semejanza de esta reacción con la respuesta de Beguin al plan de Reagan en 1982: nuevos asentamientos como respuesta a la petición de paralización de la creación de asentamientos. Asimismo, Witten señala que Sadat expresó claramente su deseo de «coexistencia» con Israel en la misma época, en una entrevista en la revista *Newsweek*, y que el ministro de Asuntos Exteriores Abdullah Salah de Jordania anunció que su país también estaba dispuesto a reconocer a Israel, si éste retrocedía a las fronteras reconocidas internacionalmente antes de 1967 (23 de febrero de 1971). A esto parece que no hubo ninguna respuesta israelí.

En 1972, el gobierno laborista de Israel rechazó enojado la propuesta del rey Hussein de Jordania de establecer una confederación de Jordania y Cisjordania (de nuevo, una postura opositora, que niega los derechos nacionales palestinos). Como respuesta, el Kneset israelí «determinó», por primera vez de forma oficial, «que el derecho histórico del pueblo judío sobre la Tierra de Israel [incluida Cisjordania] no es discutible», mientras que la primera ministra Golda Meir afirmaba que «Israel continuará con su política inteligente en Judea y Samaria...». Su consejero político, Israel Galili, que era responsable de la colonización de los territorios ocupados, afirmó que el río Jordán debía convertirse en «la frontera acordada [de Israel], pero una auténtica frontera, no sólo una zona limítrofe de seguridad»; el último término implica la posibilidad de alguna forma de autogobierno, por limitado que sea, para la población autóctona.

Volviendo a la oferta de Sadat de febrero de 1971, que proponía un tratado de paz definitivo, Estados Unidos respaldó el rechazo de Israel. Desgraciadamente para Sadat, sus esfuerzos llegaron justo en el momento en que Israel había presentado en Washington su tesis de que se trataba de un «bien estratégico» para Estados Unidos (véase capítulo 2). El secretario de Estado Kissinger asumió que el poder de Israel era indiscutible, y puso mucho empeño en redactar sus memorias, y en mantenerse firme para bloquear los esfuerzos de su enemigo primordial —el Departamento de Estado (Ministerio de Asuntos Exteriores en Estados Unidos)—, con el fin de conseguir una salida pacífica al conflicto.

Su objetivo, escribe Kissinger, «era llegar a un punto muerto hasta que Moscú urgiera el compromiso o hasta que, aún mejor, algún régimen árabe moderado decidiera que el camino al progreso tenía que pasar por Washington... Hasta que algún país árabe mostrara su deseo de separarse de los soviéticos, o los soviéticos estuvieran preparados para desvincularse del gran proyecto árabe, no teníamos razones para modificar nuestra política» de punto muerto, en oposición el Departamento de Estado.

La intención de Kissinger destaca por su ignorancia y sus fantasías geopolíticas, demasiadas incluso para los niveles kissingerianos. Sadat había decidido claramente que «el camino al progreso pasaba por Washington», uniéndose así a Arabia Saudí y a otros países (incluso cuando Sadat expulsó a los consejeros soviéticos en 1972, Kissinger siguió igual de ciego). Arabia Saudí no sólo estaba deseando «separarse de los soviéticos», sino que, de hecho, ni siquiera mantenía relaciones diplomáticas con ellos. Y la URSS respaldó el consenso internacional, y aceptó la existencia de Israel dentro de las fronteras reconocidas (antes de junio de 1967) y con garantías de seguridad.

Parece ser que, bajo la influencia de Kissinger, la administración de Nixon decidió suspender los esfuerzos del Departamento de Estado encaminados a alcanzar un tratado de paz, de acuerdo con el consenso internacional y las propuestas explícitas de Egipto. Se mandó un enviado especial a una conferencia de embajadores de Estados Unidos en Oriente Medio para anunciar la suspensión de estos esfuerzos. «Todos los embajadores de Estados Unidos, sin

excepción, replicaron que si los países de Oriente Medio daban por concluido el proceso de paz, se desataría una guerra desastrosa».

Asimismo, Sadat advirtió repetidamente que se vería obligado a recurrir a la guerra si se rechazaban sus esfuerzos por alcanzar un acuerdo de paz, pero fue ignorado y menospreciado, al parecer debido a la creencia muy extendida de que Israel era superior desde el punto de vista militar. De nada sirvieron tampoco las advertencias de las compañías petrolíferas estadounidenses que trabajaban en la Península Arábiga, que alertaban de las amenazas a los intereses de Estados Unidos. Nahum Goldmann, uno de los líderes más destacados del movimiento sionista, observó que Sadat había dirigido una política «osada», «declarándose dispuesto a reconocer a Israel, a pesar de la oposición», pero «si no puede demostrar que así se obtendrán resultados, el ejército se verá obligado a entrar en guerra».

Israel no escuchó más de lo que Kissinger había hecho, y se basó en los mismos supuestos. Después de que el ejército israelí abatiera 13 aviones sirios y perdiera uno solo de los suyos en septiembre de 1973, el director de uno de los principales periódicos israelíes escribió: «Esta batalla recordará a nuestros vecinos árabes que no pueden arreglar sus asuntos sin tener en cuenta quién es el auténtico dueño de esta región».

En octubre de 1973, Sadat cumplió su amenaza. Como observa un grupo de intelectuales israelíes y estadounidense-israelíes, «después de que el egipcio Ra'is [Sadat] se hubiera dado cuenta de que todos los esfuerzos diplomáticos no llevaban a ninguna parte, decidió intentar una opción militar limitada, que, combinada con un embargo del petróleo, llevaría a una retirada significativa de las tropas israelíes de los territorios árabes».

Para mayor sorpresa de Israel, Estados Unidos, y prácticamente todos los demás, Egipto y Siria obtuvieron éxitos destacados en las primeras fases de la guerra, y Arabia Saudí se vio obligada (a su pesar, según parece) a unirse al boicot del petróleo; era la primera vez que se empleaba de manera contundente esta «arma petrolífera», un movimiento con consecuencias considerables a largo plazo en los asuntos internacionales. La responsabilidad de estos acontecimientos se debe sobre todo a la ignorancia de Henry Kissinger y a su confianza ciega en la fuerza.

En ese momento, la política de Estados Unidos cambió de rumbo, hecho que reflejó que la primera potencia del mundo había entendido que no se podía menospreciar ni controlar tan fácilmente a los países productores de petróleo. Kissinger acometió su particular diplomacia de viajes, que marcaría un estilo, junto con otros esfuerzos diplomáticos. Oculto tras el bombo publicitario, lo que se escondía era el intento claramente perceptible —ahora seguramente muy evidente si se mira hacia atrás, incluso para aquellos que no podían verlo en su momento— de aceptar a Egipto como un país cliente de Estados Unidos, mientras que a la vez se le apartaba del conflicto de Oriente Medio con un acuerdo sobre el Sinaí.

Entonces Israel se vería libre para continuar sus políticas de integración de los territorios ocupados, y para concentrar sus fuerzas en la guerra de la frontera septentrional del país, sin preocuparse por el ejército árabe más importante, como cuando Israel invadió el Líbano en 1978, y nuevamente en 1982.

Egipto continuó presionando para alcanzar un acuerdo de paz definitivo, entonces junto a otros países árabes. En enero de 1976, Estados Unidos se vio obligado a vetar una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, que pedía un acuerdo basado en el consenso internacional, que entonces ya incluía un Estado palestino al lado de Israel. El acuerdo que pedía la resolución se basaba en las fronteras de 1967, con «disposiciones apropiadas... para garantizar... la soberanía, la integridad territorial y la independencia política de todos los países de la zona, así como su derecho a vivir en paz dentro de las fronteras seguras y reconocidas», incluyendo a Israel y a un nuevo Estado palestino en los territorios ocupados.

La resolución fue respaldada por los «países del conflicto» (Egipto, Siria y Jordania), por la OLP y la URSS. El presidente Chaim Herzog, que era el embajador de Israel en la ONU en aquel momento, escribió que la OLP no sólo apoyaba este plan de paz, sino que, de hecho, lo estaba «preparando». La OLP condenó entonces «la tiranía del veto» (palabras del representante de la OLP), por el que Estados Unidos había bloqueado este importante esfuerzo para alcanzar un acuerdo de paz que estableciera la existencia de los dos Estados.

El motivo de los comentarios de Herzog fue la propuesta de paz de Arabia Saudí que acababa de ser anunciada, y que Israel tenía

razón al rechazar, según Herzog, de la misma manera que tenía razón al rechazar el plan «moderado» de la OLP de enero de 1976. De acuerdo con Herzog, el «autor real» del plan de paz de Arabia Saudí de 1981 (Fahd) también era la OLP, que parecía no cesar nunca en sus maquinaciones.

Israel se negó a acudir a la sesión del Consejo de Seguridad de enero de 1976, que se había convocado por iniciativa siria. El gobierno de Rabin —un gobierno del Partido Laborista considerado como un gabinete de «palomas»— anunció que no negociaría con ningún palestino ningún asunto político, y que tampoco negociaría con la OLP, aunque ésta renunciara al terrorismo y reconociera la existencia de Israel, adoptando de este modo una postura comparable a la de la minoría del Frente Oposicionista dentro de la OLP. Los principales representantes de esta organización palestina se habían movilizado, y estaban dispuestos a aceptar un acuerdo que reconociera la existencia de los dos Estados; de hecho, continuaron por esta línea, a veces con ambigüedades, y a veces de una forma bastante clara, como en este caso.

Los países árabes y la OLP continuaron presionando para que se reconocieran los dos Estados en un acuerdo, e Israel continuó reaccionando con alarma y rechazo. En noviembre de 1976, el *Jerusalem Post* señalaba que el primer ministro egipcio, Ismail Fahmy, había ofrecido cuatro condiciones para un acuerdo de paz en Oriente Medio: «la retirada de Israel hasta las fronteras anteriores a la guerra de 1967, el establecimiento de un Estado palestino en Cisjordania y en la Franja de Gaza, la prohibición de armas nucleares en la región, y la inspección de las instalaciones nucleares de la zona».

Además, destacaba las declaraciones del presidente Sadat a un grupo de senadores estadounidenses, en las que afirmaba que «estaba preparado para firmar un tratado de paz con Israel, si éste retiraba sus tropas de todos los territorios árabes conquistados en la guerra de 1967, y si se creaba un Estado palestino en Cisjordania y en la Franja de Gaza». El periódico del Partido Laborista *Davar* citó la respuesta del primer ministro Isaac Rabin ante esta alarmante «paz ofensiva»:

Pero no hay nada nuevo en todo esto, en los objetivos que los árabes desean obtener, recalcó el primer ministro mientras recordaba que, en 1971, Sadat habló

al Dr. Jarring de su deseo de alcanzar un acuerdo de paz, tal y como él lo entendía. Por el contrario, él ha puesto las condiciones aún más duras, puesto que entonces, en contraposición con las propuestas actuales, no asoció en ningún momento un acuerdo israelí-egipcio con acuerdos con otros países árabes, y no presentó de una manera tan clara [de hecho, no lo hizo en absoluto] su demanda de un Estado palestino en Cisjordania y en la Franja de Gaza.

Por tanto, no tenía por qué haber ninguna reacción israelí.

Al año siguiente, Egipto, Siria y Jordania «informaron a los Estados Unidos que firmarían los tratados de paz con Israel como parte de un acuerdo general para Oriente Medio». El Consejo Nacional de Palestina, el organismo dirigente dentro de la OLP, hizo pública una declaración el 20 de marzo de 1977, en la que pedía la creación de «un Estado nacional independiente» en Palestina —más que un Estado democrático secular de Palestina— y la autorización de la asistencia de representantes palestinos a la conferencia de paz árabe-israelí.

El primer ministro de Israel, Isaac Rabin, respondió que «el único lugar en el que los israelíes podrían encontrarse con los guerrilleros palestinos es en el campo de batalla». La misma sesión del Consejo Nacional de Palestina eligió un nuevo comité ejecutivo de la OLP que excluía a los representantes del Frente Oposicionista.

Poco después, la OLP filtraba un «plan de paz» en Beirut que manifestaba que la famosa Alianza Nacional Palestina no serviría de base para las relaciones entre Israel y un Estado palestino, de la misma manera que los principios fundadores de la Organización Sionista Mundial no se concebían como la base para las relaciones dentro del país, y que cualquier evolución que fuera más allá de la creación de los dos Estados «se alcanzaría por medios pacíficos».

Los partidarios de Israel han guardado como un tesoro esta Alianza, como la última línea de defensa para su oposicionismo cuando todo lo demás fracasa. Las «palomas» israelíes, por el contrario, siempre han rechazado este esfuerzo desesperado. Por ejemplo, Elie Eliachar, antiguo presidente del Consejo de la Comunidad Sefardí en Israel y la primera persona de Jerusalén que lo representó en los Congresos Sionistas, hizo la siguiente declaración en una clase en la Universidad Hebrea en 1980:

Basándome en los contactos personales que he mantenido con los líderes de la OLP, en Londres y en otros lugares, [en] reuniones que se celebraban públicamente, y de las que tenían conocimiento las personas interesadas, puedo afirmar categóricamente que la idea de que la alianza de la OLP es un obstáculo a las negociaciones es una completa estupidez... No existe hoy en día ninguna organización árabe que pueda traer una paz duradera a nuestra región, excepto la OLP, incluso con sus facciones extremistas.

Mattityahu Peled respondió lo siguiente cuando se le preguntó por qué la OLP no abandonaba la Alianza:

Por la misma razón que el gobierno de Israel nunca ha renunciado a las decisiones del Congreso Sionista de Basilea, que apoyaban la creación de un Estado judío en la tierra histórica de Israel, incluyendo a Transjordania. Ningún organismo político haría esto. De manera similar, el Partido Herut [Libertad] y el Irgún [su precursor terrorista] nunca abandonaron su mapa [que incluía Transjordania y la Jordania de aquel momento; el eslogan oficial del Partido Herut de Beguin aún reclama un Israel que se extienda a ambas riberas del Jordán]. Nosotros queremos un abandono ritual de la Alianza —una especie de ceremonia de humillación— en lugar de tener que preocuparnos por las decisiones que ha ido aceptando la OLP desde 1974, que apoyan la creación de un Estado palestino en los territorios abandonados por Israel.

De hecho, es interesante ver cómo la propaganda israelí se ha centrado en la Alianza con creciente intensidad, mientras que la propia OLP la iba dejando de lado en favor de resoluciones posteriores que modificaban drásticamente sus términos, por razones difíciles de averiguar. Lo que sí debemos señalar es que la Alianza mantiene una visión oposicionista frente a las negociaciones, comparable a la del Partido Laborista y el Likud.

Pocos meses después de hacer público el plan de paz de 1977, la OLP aprobó la declaración soviético-estadounidense de octubre del mismo año, que pedía la «finalización del Estado de guerra y la creación de unas relaciones pacíficas normales» entre Israel y sus vecinos, así como el establecimiento de fronteras garantizadas internacionalmente y zonas desmilitarizadas para garantizar la seguridad.

«Sin embargo, Estados Unidos había evitado rápidamente la declaración conjunta a causa de las protestas israelíes», como observaba Seth Tillman, añadiendo que, «sin excepción», las propuestas para que la superpotencia colaborara para alcanzar un acuerdo de paz y para que lo garantizara «fueron rebatidas por los líderes israelíes y los partidarios de Israel en Estados Unidos, que vieron en

ellas la pesadilla de un acuerdo «impuesto»»; es decir, un acuerdo inaceptable (de otra manera, ninguna persona en su sano juicio se preocuparía por si es un acuerdo «impuesto» o no), puesto que partía de sus principios opositoristas.

Había unos «pocos disidentes del consenso dominante», señala Tillman, entre los que se encontraba Nahum Goldmann, que describía el acuerdo soviético-estadounidense de octubre de 1977 como «una obra de auténtica habilidad política», añadiendo que «es lamentable que la oposición de Israel y el grupo de presión pro-israelí en Estados Unidos convierta este acuerdo en infructuoso» (palabras de Goldmann). Volvía a repetirse la historia de siempre.

2.4.2. El viaje de Sadat a Jerusalén y la reescritura de la historia

El fracaso de muchos esfuerzos como éste hizo que Sadat emprendiera su viaje a Jerusalén en noviembre de 1977, llevado por un deseo de convocar una conferencia de Ginebra en la que participaran las principales autoridades para buscar una solución al conflicto, de acuerdo con Hermann Eilts, que era embajador de Estados Unidos en Egipto en aquel momento. También es probable que Sadat estuviera preocupado por la escalada de violencia en el conflicto entre Israel y el Líbano en la frontera septentrional, iniciado por el bombardeo israelí-maronita de Nabatiya, que culminó con los ataques aéreos israelíes que asesinaron a cerca de 70 personas, la mayoría de ellas de origen libanés.

Generalmente, Estados Unidos se ha opuesto a la celebración de una conferencia en Ginebra, que incluiría a la URSS y a los dirigentes europeos. Tal y como Kissinger había explicado, sus esfuerzos diplomáticos estaban encaminados «a mantener a los soviéticos fuera del terreno diplomático» y «a asegurarse de que los europeos y los japoneses no se entrometían en las negociaciones» concernientes a Oriente Medio, en las que la intención de Estados Unidos era conservar su posición dominante. Israel también se ha opuesto constantemente a esta idea, y con bastante firmeza si participaba la OLP.

El primer ministro Isaac Rabin, del Partido Laborista, explicó las razones después de que el Kneset hubiera aprobado una resolución con este fin. Si Israel acuerda negociar «con cualquier elemento

palestino», afirmó Isaac Rabin, esto proporcionará «una base para la posibilidad de crear un tercer Estado entre Israel y Jordania». Pero Israel nunca aceptará tal Estado: «Repito firme, clara y categóricamente: no se creará». El rechazo del Partido Laborista del derecho de los palestinos a cualquier forma significativa de autodeterminación ha sido constante y sin excepciones.

La dramática visita de Sadat a Jerusalén no abrió las puertas a las negociaciones para alcanzar un acuerdo político general que implicara una auténtica integración, en el sentido que hemos discutido anteriormente y según el consenso internacional. Antes bien, el «proceso de paz» resultante de Camp David, como lo denominan el gobierno y la prensa estadounidense, consumó los anteriores esfuerzos de Kissinger. Egipto ha sido incorporado, al menos temporalmente, dentro de la órbita estadounidense y excluido del conflicto árabe-israelí, hecho que ha permitido que Israel continuara su sigilosa absorción de los territorios ocupados, excepto el Sinaí, ahora devuelto a Egipto y utilizado como zona de parachoques. Los esfuerzos diplomáticos siguen estando en su mayor parte en manos de Estados Unidos, excluyendo a la URSS y a los rivales/aliados: Europa y Japón.

Desde 1977, el gobierno de Begin extendió rápidamente la expropiación y la colonización en los territorios ocupados, mientras se desataba una represión considerablemente brutal, particularmente desde 1981, con la administración Milson-Sharon. El gobierno de Estados Unidos mostró su aprobación mediante el aumento de ayuda masiva, que, en efecto, financiaba estos proyectos, a la vez que causaba asomos de protestas. Como se ha señalado anteriormente, el gobierno de Begin mostró desde el principio su rechazo del «proceso de paz», de modo que no es sorprendente que se movilizara de inmediato para «hacer realidad sus derechos de soberanía» por medio de proyectos de desarrollo a gran escala, planificados para asegurarse de que Cisjordania no se separaba de Israel.

Está claro que los hechos históricos reales —revisados aquí brevemente hasta el viaje de Sadat en noviembre de 1977 a Jerusalén— no se corresponden precisamente con la foto familiar de las negociaciones diplomáticas entre Estados Unidos, Israel y los países árabes durante este período. La versión preferida es la de la intransi-

gencia árabe y los esfuerzos de Estados Unidos e Israel por llegar a un acuerdo. Por ejemplo, a Sadat normalmente se le presenta como el típico árabe belicista, que intentó destruir Israel por la fuerza en 1973, después se dio cuenta de su error, y se convirtió en un hombre de paz bajo la generosa tutela de Henry Kissinger y Jimmy Carter.

Como señala el *New Republic*, la «decisión [de Sadat] de buscar la paz» llegó después de la guerra de 1973: «Finalmente, después de toda la destrucción que trajo la guerra de 1973, Anwar Sadat se dio cuenta de que había llegado la hora de sustituir el conflicto bélico por la ley y los derechos». Los otros árabes —especialmente la OLP— persisten en sus malvados caminos. Son muchísimas las referencias en la prensa que se pueden citar para ejemplificar esta versión de la historia.

Reconciliar la historia real con la versión preferida ha sido una cuestión relativamente sencilla. Sólo ha sido necesario recurrir al útil pozo de la memoria de Orwell. Los hechos históricos se han saneado de una forma tan efectiva, que incluso una persona bien informada como Harold Saunders (antiguo ayudante del secretario de Estado para los asuntos de Oriente Próximo y del Sur de Asia) puede escribir que «puesto que ningún gobierno árabe, salvo Egipto, podía traer la paz, Israel no vio otra alternativa que mantener su seguridad mediante la fuerza de sus propias armas».

Los esfuerzos de Sadat por conseguir la paz antes de 1977 han sido eliminados convenientemente de la historia, como la resolución del Consejo de Seguridad de enero de 1976 y muchas otras cosas. En Israel y Egipto, la oferta de Sadat de 1971 se describe como su «famoso» intento de establecer una auténtica paz con Israel. De manera parecida, Amnon Kapeliouk describe cómo expresó Sadat su deseo de «firmar un acuerdo de paz con Israel» (palabras de un texto inglés oficial sobre el reconocimiento de Israel de la oferta de Sadat) como «un hecho histórico en las relaciones árabe-israelíes».

Por el contrario, consideremos el encomio de dos páginas en honor de Sadat que escribió Eric Pace, especialista del *New York Times* en Oriente Medio, después del asesinato del presidente egipcio. En él no se menciona la historia real, tal y como se acaba de describir brevemente; de hecho, en la versión del *New York Times*, se

niegan explícitamente los hechos bien documentados. Así pues, en cuanto a la visita de Sadat a Jerusalén en 1977, Pace escribe:

Cambiando completamente el rumbo de la política egipcia, constante durante tanto tiempo, él proclamó su deseo de reconocer la existencia de Israel como un Estado soberano. Y entonces, donde habían fracasado tantos diplomáticos de Oriente Medio, él triunfó, junto con los presidentes Carter y Reagan y el primer ministro Menajem Beguin de Israel, al mantener vivo el posible acercamiento.

Se trata de un ejemplo elegante de lo que a veces se ha llamado «ingeniería histórica», es decir, reescribir los hechos históricos para ponerlos al servicio de los intereses de la ideología y el poder establecidos, un crimen del que precisamente acusamos a nuestros enemigos.

De hecho, esta ingeniería histórica está bastante extendida. Para ilustrar mejor cómo funciona el sistema, citaré un ejemplo final, de nuevo del *New York Times*, que es mucho más interesante en este aspecto que, por ejemplo, el *New Republic* o el *Commentary*, debido a su imagen y a sus pretensiones de ser un periódico independiente. Después de la guerra del Líbano y de las masacres de Beirut en septiembre, se suscitó mucho debate sobre cómo debía ser la relación de los estadounidenses, en particular de los judíos estadounidenses, con Israel. La contribución del *New York Times Magazine* fue un artículo de Mark Helprin, quien se identifica como un especialista en Oriente Medio que ha servido en el ejército israelí.

Helprin empieza estableciendo un marco para abordar la cuestión. Hay dos posturas extremas: «Entre los judíos en Estados Unidos, están aquellos que podrían ver la caída de Israel, y aquellos que sólo se preocupan por su engrandecimiento». Estos «dos extremos», añade, «han quedado patentes en el debate posterior a la masacre de los inocentes en Beirut». Helprin nos urge a rechazar ambos extremos, y a quedarnos en «un terreno intermedio», que se describe de una manera bastante vaga, pero que pretende entenderse como la posición del Partido Laborista, según parece.

Por supuesto, ahora cada comentador considera que está en el terreno intermedio entre los extremistas. La cuestión es: ¿quién está en los dos extremos? Como único ejemplo de los «judíos en Estados Unidos... que podrían ver la caída de Israel», Helprin cita a George Habash, líder de la facción opositora de la OLP. No es sor-

prendente que no ofrezca ningún otro ejemplo; de hecho, sería difícil encontrar casos reales.

¿Y qué hay del otro extremo, el de los que apoyan las políticas del Likud? Helprin no da más detalle sobre quién constituye este grupo, pero otros sí lo hacen, por ejemplo, el rabí Arthur Hertzberg, que describe la Organización Sionista de Estados Unidos (en los años recientes) como «el ala estadounidense» del Partido Liberal en Israel, que, junto con los revisionistas de Beguin, forman el Likud. De este modo, los dos extremos que «quedan patentes» en los recientes debates entre los judíos estadounidenses no se presentan exactamente igual: uno está compuesto por George Habash, y el otro, por la Organización Sionista de Estados Unidos, y, en realidad, por muchos otros de la comunidad judía organizada.

A continuación, Helprin continúa dando una versión de la historia tal y como se concibe desde el «terreno intermedio». Fuera de Estados Unidos, encontramos «la postura opositora superficial de Israel y el abrazo compasivo de sus enemigos por casi todo el mundo», incluso en Europa, que «apenas reaccionó» ante las atrocidades de la OLP en el pasado, salvo por sus condenas a Israel: una falsificación ridícula, por supuesto, pero que parece una creencia bastante extendida por Estados Unidos, y a veces apoyada por una grave tergiversación de los hechos.

En cuanto a Israel, aunque no es perfecto, «su campaña en el Líbano llegó un poco tarde y tuvo un carácter restringido, si se compara con la manera en que cualquier otro país, civilizado o no civilizado, hubiera reaccionado ante el continuo bombardeo de sus ciudades, el asesinato de sus niños y la concentración de armas sin interrupción contra él durante tantos años». En este artículo se han omitido algunos hechos, que posiblemente sean pertinentes: por ejemplo, que Israel ocupa un territorio árabe, del que cientos de miles de palestinos han huido o han sido expulsados en 1967 (por no hablar de las cuestiones que podrían plantearse sobre los años anteriores), o que la OLP se había adherido escrupulosamente al alto el fuego de julio de 1981 ante las provocaciones israelíes constantes, un asunto al que volveremos más adelante.

En lo que respecta a la OLP, «es a la matanza de hombres, mujeres y niños, lo que Francia es al vino». Si asumimos que ésta es una caracterización válida, podemos preguntarnos qué analogía es ade-

cuada para Israel, con sus matanzas mucho más cruentas desde la década de los 50, mucho antes de que se fundara la OLP; o para las organizaciones terroristas sionistas anteriores al establecimiento del Estado de Israel, que, como Simha Flapan escribe, «establecieron el modelo de terrorismo adoptado treinta años después por Al Fatah».

De acuerdo con las estadísticas del ejército oficial israelí, 106 personas han muerto como consecuencia de acciones terroristas en el norte del país desde 1967, muchas menos que las víctimas de un solo bombardeo israelí. O por tomar otra comparación, el número total de las víctimas israelíes es aproximadamente el mismo que el número de personas asesinadas cuando Israel abatió un avión civil libio sobre la parte ocupada del Sinaí en febrero de 1973; el avión había perdido el contacto con la torre de control a causa del mal tiempo y estaba a un minuto de vuelo del Canal de Suez, hacia el que se dirigía, cuando fue abatido por las fuerzas aéreas israelíes.

El número total de israelíes asesinados en todos los actos de terrorismo desde 1967 es de 282, una cifra inferior a la de los asesinados por los terroristas aéreos de Israel que bombardearon Beirut el 17 y el 18 de julio de 1981, como «represalia» por la respuesta de la OLP al bombardeo israelí que rompió el alto el fuego. ¿Y qué ocurrió en los últimos años?

De acuerdo con las cifras provistas por el ministro del interior Yosef Burg, en 1980, diez judíos fueron asesinados por terroristas, y en 1981, fueron ocho las víctimas. Sin embargo, nosotros hemos asesinado a cerca de un millar de terroristas en 1982, y hemos causado la pérdida de miles de habitantes de un país enemigo. Si es así, resulta que por cada seis u ocho judíos sacrificados, matamos como respuesta miles de gentiles. Esto es, sin lugar a dudas, una situación espectacular, un éxito sin precedentes del sionismo. Me atrevo incluso a decir que exagerado.

Los actos terroristas israelíes a lo largo de tantos años, que empezaron mucho antes de que se formara la OLP, han reivindicado sin lugar a dudas muchas más víctimas de las que ha causado la OLP, y aunque normalmente se han calificado como «represalias», los hechos dejan claro que éste es un término propagandístico, no calificativo.

Todo esto en cuanto a Europa, Israel y la OLP. A continuación, Helprin vuelve a los países árabes, excepto al caso de Egipto después de 1977: «Si los países del conflicto y los países opositoristas

permitieran a los judíos, también, tener el derecho a la existencia política, conseguirían fronteras abiertas tranquilas y tratados de paz... Israel no escuchará a los árabes hasta que éstos decidan poner punto final a la guerra que llevan librando contra él los últimos treinta años».

Añade que «cuando los políticos árabes hablan de liberar o reconquistar los territorios ocupados, se refieren a todo Israel», aunque «la prensa occidental no ha estado muy acertada a la hora de descubrir este truco verbal». Toda la historia que se acaba de relatar —sólo una pequeña parte de la versión, que se ampliará directamente— se ha eliminado totalmente de los documentos históricos.

Está claro que todo esto es pura propaganda política. ¿Cómo esperan el *New York Times* y sus escritores escapar de ella? La respuesta es muy simple; no hay ningún truco, puesto que un punto de vista concreto domina siempre de forma abrumadora los medios de comunicación. Es difícil imaginar, por ejemplo, que el *New York Times Magazine* permitiera la publicación de un artículo que revisara los hechos históricos reales, al menos mientras Estados Unidos siga comprometido con las políticas de su Gran Israel.

Este ejemplo, que no es inusual de ninguna manera, ejemplifica muy bien lo que Walter Lippmann llamó sesenta años antes «la manufactura del consentimiento», un arte que «es capaz de los más grandes refinamientos», y que conducirá a una «revolución» en la «práctica de la democracia».

3. La amenaza constante a la paz

El conocido autor israelí Amos Elon ha escrito sobre el «pánico y la inquietud entre nuestros líderes políticos», causado por las propuestas de paz árabes. «El ejemplo más extremo», añade, «aunque no el único, fue a principios de 1971, cuando Sadat descolocó a Israel con su anuncio, por primera vez, de que estaba dispuesto a firmar un acuerdo de paz con Israel, y a respetar su independencia y soberanía dentro de «fronteras seguras y reconocidas»».

Elon describe la reacción tremendamente negativa del gobierno, el silencio de la mayor parte de la prensa, y los esfuerzos enrevesados de la mayoría de los orientalistas para probar que la oferta de

Sadat no quería decir lo que decía; algo parecido a la interpretación de Helprin del taimado «truco verbal» de los árabes cuando hablan de una colonización en la que los territorios ocupados serán devueltos a sus habitantes. El motivo del artículo que escribió Elon fue la reacción «impulsiva y furiosa» del gobierno ante el recién anunciado plan de paz de Arabia Saudí (Fahd) en agosto de 1981, una respuesta que él consideró «espeluznante, alarmante, por no decir de absoluta desesperanza».

Elon tenía buenas razones para su desesperanza. El periódico del Partido Laborista *Davar* consideró la reacción israelí —incluidas las maniobras de los aviones militares sobre Arabia Saudí— tan «irracional» como para causar la preocupación de los servicios de inteligencia extranjeros por el bombardeo israelí de los campos petrolíferos saudíes. Otro conocido periodista describió «la respuesta aterradora, casi histérica, del gobierno israelí al plan saudí» como «un grave error», añadiendo que si la OLP se ofrecía a negociar con Israel, «el gobierno declararía sin duda un día nacional de luto». De hecho, la OLP ha expresado reiteradamente su deseo de aceptar un acuerdo negociado y de participar en las negociaciones de paz generales, pero no era necesario ningún día de luto, puesto que la negación de los hechos realmente seguía estando todavía vigente.

Pocos meses después, en febrero de 1982, Uri Avneri criticó una reacción similar de Israel ante una propuesta siria que pedía «la finalización del estado de guerra entre árabes e israelíes...», así como una confirmación del derecho de los palestinos a un Estado independiente junto a Israel en los territorios ocupados. B. Michael hizo un comentario similar en el *Ha'aretz*. Teniendo en cuenta los esfuerzos inmediatos para rechazar la declaración del ministro de información sirio, que afirmaba que era posible alcanzar un acuerdo de paz si Israel se retiraba a sus fronteras de 1967, comentó sarcónicamente: «por tanto, debemos ser prudentes y no menospreciar el peligro planteado por el complot sirio, y debemos hacer lo posible para eliminarlo mientras sea pequeño».

Aquel mismo mes (febrero de 1982), la radio estatal de Arabia Saudí «pedía [en dos ocasiones] negociaciones de paz directas entre árabes e israelíes, con la condición de que Israel reconociera a la OLP

como compañero en las negociaciones». Estas iniciativas también fueron pasadas por alto, al igual que una iniciativa iraquí posterior.

Sin embargo, la propaganda israelí que se transmite al público estadounidense normalmente habla de la buena disposición del «sionismo socialista» para buscar la paz, si por lo menos un solo líder árabe mostrara algún signo del reconocimiento de la existencia de Israel en la región, y pasa por alto —niega, de hecho— el auténtico oposicionismo extremista de la corriente dominante del sionismo socialista, así como los pasos titubeantes, y a veces ambiguos, de la OLP y los países árabes a lo largo de los últimos años hacia un acuerdo político, que, independientemente de la opinión que se tenga de ellos, claramente va más allá de lo que el Partido Laborista israelí ha estado dispuesto a considerar, y de hecho, va más allá de lo que el grupo israelí «Paz Ahora» ha propuesto.

Los comentaristas estadounidenses son aún más extremistas en su rechazo de los hechos históricos, como se ve en los casos citados. En sus primeros años, la OLP no era menos oposicionista que Israel, y su reivindicación de un «Estado secular democrático» no era lo que parecía ser en apariencia. Sin embargo, simplemente no se puede negar que, desde mediados de los setenta, la OLP se haya movido cada vez más hacia una postura de integración y negociación. Mientras que este hecho se oculta, los propagandistas buscan desesperadamente declaraciones de los portavoces de la OLP que revelen su hostilidad total hacia Israel y su negativa a aceptarlo como Estado.

Las «palomas» israelíes han contemplado estos esfuerzos con desprecio, señalando que la misma lógica conduciría a la conclusión de que nadie debería tener ningún trato con el movimiento sionista o con el Estado de Israel, puesto que sus líderes han rechazado de forma constante cualquier derecho palestino, y han mostrado en repetidas ocasiones que consideran cualquier acuerdo político como una fase temporal que lleva a una mayor expansión.

Es más, han actuado según estos principios. Volvemos a los hechos históricos, que son muy interesantes y generalmente se han ocultado. El hecho de que los propagandistas declarados deban recurrir a estas prácticas engañosas no es muy sorprendente; ya que, después de todo, es su vocación. Es más interesante que la práctica sea común a todo el amplio espectro de la opinión occi-

dental, especialmente en Estados Unidos, como un aspecto del apoyo ideológico a Israel.

Ha habido otros ejemplos de oportunidades perdidas, antes y después. Mattityahu Peled afirma que «se perdió una oportunidad histórica para que Israel y la OLP empezaran a dialogar» en 1976, cuando se desarrollaron planes para que se pudieran llevar a cabo gestos conciliadores por ambas partes, y que conducirían a mayores contactos pacíficos. Peled afirma que el plan fracasó por las acciones militares israelíes en el Líbano. Justo en el momento en que estaba previsto que Arafat hiciera una declaración de reconciliación, como parte del plan, la marina israelí comenzó a secuestrar barcos que pertenecían a los musulmanes libaneses, devolviéndolos a los aliados cristianos de origen libanés en Israel, que después los asesinaba.

A la luz de las creencias estadounidenses sobre la historia del terrorismo, quizá debería observarse que, junto con los actos de piratería como éste, Israel también recurría al secuestro de aviones, y, de hecho, puede haber sido el responsable del inicio de esta práctica. En diciembre de 1954, un avión civil sirio fue secuestrado por tripulantes militares israelíes con el fin de tomar rehenes para intercambiarlos por soldados israelíes que habían sido capturados en Siria.

El primer ministro de Israel, Moshé Sharett, afirma en su diario que fue informado por el Departamento de Estado de que «nuestra acción no tenía precedentes en la historia de la práctica internacional». Es necesario señalar que esta acción israelí es un precedente directo de muchas acciones posteriores de la OLP relacionadas con la toma de rehenes para el intercambio de guerrilleros capturados, como en los principales incidentes terroristas que han sido amplia y correctamente denunciados en Occidente; como por ejemplo, en Ma'alot en 1974.

Volviendo a las iniciativas de la OLP, a finales de los años 70, Seth Tillman concluye: «las pruebas parecen convincentes... Arafat y Al Fatah [grupo dominante de la OLP] estaban dispuestos a buscar la paz partiendo de la base de un Estado palestino formado por Cisjordania y la Franja de Gaza, así como a aceptar a Israel dentro de sus fronteras aproximadas de 1967», aunque no a «reconocer la legitimidad moral de Israel». En noviembre de 1978, al reivindicar

un diálogo con Estados Unidos en una discusión con el representante Paul Findley, «Arafat hizo la siguiente declaración: «la OLP aceptará un Estado palestino independiente formado por Cisjordania y Gaza, con un pasillo que les comunique, y con esa condición renunciará a todos los medios violentos para extender el territorio del Estado. Por supuesto, me reservaría el derecho a emplear medios no violentos, es decir, medios diplomáticos y democráticos, para conseguir la unificación final de toda Palestina».

Tillman relata además que prometió: «Reconoceremos realmente al Estado de Israel». Ninguna de estas declaraciones, ni otras de naturaleza similar que fueron transmitidas directamente al Departamento de Estado, «provocaron una respuesta en la administración de Carter».

En su sesión de abril de 1981, el Consejo Nacional de la OLP aprobó unánimemente una resolución que refrendaba una propuesta de paz para Oriente Medio, formulada en febrero por el presidente soviético Brezhnev, en la que éste —fiel a la línea constante de la política soviética— enunciaba los siguientes principios:

Deben garantizarse los derechos inalienables de la población árabe de Palestina, incluida la creación de su propio Estado. Es fundamental garantizar la seguridad y la soberanía de todos los Estados de la región, también las de Israel. Éstos son los principios básicos.

Al mencionar la aprobación unánime de la OLP de la propuesta de Brezhnev en una rueda de prensa el 14 de julio de 1982, Issam Sartawi, del Consejo Nacional de la OLP afirmaba:

De esto se deduce que la OLP ha reconocido a Israel, de la manera más inequívoca, el derecho a existir sobre una base recíproca. Esto elimina automáticamente el obstáculo puesto por el secretario de Estado Kissinger en cuanto al reconocimiento de Estados Unidos de la OLP y del establecimiento del diálogo entre Estados Unidos y la OLP.

Los gobiernos británico y francés dieron la bienvenida a esta declaración (con calificaciones en el primer caso) como un reconocimiento del derecho de Israel a existir sobre una base recíproca. Un comunicado conjunto, emitido el 20 de julio por Sartawi y Mattityahu Peled, señalaba que «la OLP ha hecho pública su disposición

de aceptar y reconocer al Estado de Israel, sobre la base del reconocimiento mutuo del derecho legítimo de cada nación a la autodeterminación, cuestión que está clara en las distintas resoluciones desde 1977».

Se podría afirmar que esto exagera la claridad de estas declaraciones, pero no hay duda sobre el rumbo general de la política de la OLP y de los países árabes, el «pánico» que éstos han inspirado casi siempre a Israel, y la reacción de rechazo o la simple negación de los hechos en Estados Unidos.

Por citar un último ejemplo, el *Ha'aretz* publicó una entrevista realizada a Safiq el-Hout, portavoz oficial de la OLP en Beirut, que afirmaba que «la OLP está dispuesta a ofrecer la paz a Israel con la condición de que los israelíes obedezcan las resoluciones de la ONU y reconozcan los derechos nacionales del pueblo palestino... Estamos dispuestos a participar en cualquier esfuerzo encaminado a establecer un acuerdo de paz justo y completo en Oriente Medio». De nuevo, quizá no es lo que Israel está dispuesto a aceptar, pero tampoco se corresponde apenas con la acusación constante de que la OLP es firme en su rechazo a aceptar la existencia de Israel bajo ninguna circunstancia, y que «la columna vertebral de su existencia es la filosofía de la destrucción de Israel, y el camino para conseguirla es el terrorismo» (Yizhak Rabin).

La preocupación por las pruebas evidentes de la moderación árabe, ejemplificada ya en repetidas ocasiones, puede remontarse a los primeros días del movimiento sionista. Simha Flapan habla de «la oposición de Weizmann a las negociaciones con los propios palestinos para buscar una solución política» desde principios de los años 20, así como de su concepción de que los árabes podrían ser «lo suficientemente moderados como para que sea posible alcanzar un acuerdo [constitucional], por el que se excluiría para siempre la posibilidad de un Estado judío».

Esta preocupación aumentó cuando «la tendencia moderada se extendió entre los palestinos», una «tendencia nueva y moderada en el nacionalismo palestino» que Weizmann vigilaba «con serias sospechas». Se pueden entender las razones. La moderación árabe podría haber impedido el avance de los objetivos sionistas en esa época, y por tanto, había que oponerse a ella. Comentarios como éstos aún se mantienen hoy en día.

De hecho, no sólo fue el plan de paz de Arabia Saudí y otros gestos conciliadores de los países árabes los que causaron el conocido «pánico» entre 1981 y 1982. Otro problema más grave era la dificultad creciente al presentar a la OLP como una simple banda de terroristas, especialmente a la luz del cumplimiento del alto el fuego acordado por Estados Unidos en la frontera entre Israel y el Líbano, a pesar de la continua provocación israelí. Hay buenas razones para creer que esta amenaza fue uno de los factores fundamentales que impidieron a Israel invadir el Líbano, como veremos.

Dejando estas consideraciones a un lado por el momento, los hechos históricos parecen bastante claros. Confirman de manera contundente la conclusión de que Estados Unidos e Israel habían encabezado el bando opositorista, cada vez de una forma más clara a medida que avanzaba la década de los 70. Los países árabes que estaban directamente implicados en el conflicto se habían aproximado, o incluso unido, a un consenso de colaboración y negociación internacional, como había hecho el grupo dominante de la OLP.

Aunque no viene al caso, quizá debería señalarse, dado el clima de irracionalidad sobre este asunto en Estados Unidos, que estos hechos históricos no demuestran que los países árabes sean regímenes decentes —y definitivamente no lo son—, ni influyen en las propias opiniones del autor sobre los méritos de la OLP. Simplemente son una realidad.

En cuanto a la cuestión de los principios, en mi opinión, los programas opositoristas son inaceptables por las razones ya indicadas. Además, uno se puede plantear que, sea cual sea su opinión sobre este asunto, seguramente no tendrá justificación alguna para mantener las ilusiones y las falsas representaciones, tan características de la literatura estadounidense sobre este tema.

El camino a Armagedón

Capítulo III

1. El triángulo fatal

Estados Unidos, Israel y los palestinos: tres entidades nacionales tan distintas en cuanto a su poder que parece absurdo unirlos en una sola frase. Estados Unidos es el país más poderoso del planeta. Israel es la cuarta nación del mundo en cuanto a su potencial militar, una posición que puede mantener mientras Estados Unidos le siga adoptando como un «bien estratégico» y le proteja como tal. Los palestinos, por el contrario, tienen pocas esperanzas incluso de sobrevivir como pueblo. Sin embargo, estas tres entidades se han visto encerradas en una relación triangular fatídica, dentro de la cual caminan rumbo al desastre.

2. La amenaza a los partidos locales

En cuanto a los palestinos, el hecho es demasiado obvio como para que sean necesarios más comentarios. Para Israel y para Estados Unidos, las amenazas son de distinta índole, aunque siguen siendo lo suficientemente reales.

2.1. La lógica de la ocupación

Poco después de finalizar la Guerra de los Seis Días, Israel emprendió un camino de opresión y de conflicto militar interminable. Como fue obvio enseguida, y, de hecho así se pronosticó de inmediato, este camino le condujo a un aislamiento internacional,

alianzas con Estados parias, y servicio a los intereses de un único protector. Estados Unidos ha estado más que encantado de adquirir una dependencia militarizada, tecnológicamente avanzada, y preparada para acometer misiones que pocos están dispuestos a soportar —como el apoyo al genocidio de Guatemala, por ejemplo—, y que, a la vez, ayuda a contener las amenazas al dominio estadounidense en la región más crítica del mundo, donde «uno de los premios materiales más fantásticos de la historia universal» (palabras del Departamento de Estado) debe conservarse firmemente.

Se ha desarrollado una nueva relación, en la que Israel lleva a cabo estas misiones, mientras que Estados Unidos la mantiene en un Estado artificial de dependencia. Los valores implícitos en estas misiones se han ido internalizando cada vez más, reforzándose así unos valores que jamás se han implantado tan firmemente en un Estado —que controla a una población conquistada por la fuerza en territorios que pretende conservar para su propio uso—, y que se basan en el principio de discriminación contra las «minorías». Ya eran lo suficientemente complicados los problemas que planteaba la contradicción inherente al concepto de un Estado judío democrático con ciudadanos no judíos; pero se han convertido en insalvables bajo estas condiciones de decadencia moral y amenaza constante a la supervivencia, que ahora, en gran medida, generan ellos mismos.

Tarde o temprano, Israel se enfrentará a la derrota militar —estuvo a punto en 1973— o a la necesidad de recurrir a la amenaza nuclear, con consecuencias que no pueden ni imaginarse. Antes de eso, será víctima de la degeneración interna social, moral y política. Aunque Israel ha elegido este camino desde 1967, lo ha hecho bajo muchas presiones que han influido de manera definitiva en su elección, especialmente las presiones impuestas por sus partidarios, o más bien, por los partidarios de la degeneración moral y la destrucción definitiva de Israel. En repetidas ocasiones, los caminos alternativos han sido bloqueados por el «apoyo» de estos partidarios, lo cual ha sido un motivo de desesperación para aquellos israelíes que tenían una visión diferente de lo que su sociedad podía llegar a ser.

Hemos visto varios ejemplos de lo que este «apoyo» ha significado para la sociedad y la cultura de Israel. Algunas de las consecuencias pueden verse, a menudo emotivamente, en los soldados que regresan de los territorios ocupados y de las últimas conquistas, como en este «lamento de soldado» que hizo un reservista cuando regresaba de permiso a su *kibutz*:

Llegan a casa de permiso, abatidos y deprimidos, jóvenes, pero de espíritu envejecido, exhaustos y hartos de luchar. Sonríen, dicen «todo va bien», pero cuando les sorprendes desprevenidos, no ves más que amargura e incluso sentimientos de culpabilidad. Como afirma un soldado: «¿Me preguntas cómo estoy? Pues te lo diré, estoy muy jodido, ¿entiendes? Vosotros estáis aquí en el kibutz, pero ¿podéis entender lo que nosotros, los soldados, estamos pasando ahí fuera?»

«Tómame como ejemplo», dice, «me llamaron a filas, me enviaron a un campo de entrenamiento, y luego derecho a patrullar Nablus, a perseguir a las alumnas que se manifestaban. Después me trasladaron a Beit Sahur [también en Cisjordania], donde vigilábamos las palizas y otros maltratos que se infligían a los árabes. Después a Yamit, a la guerra de los judíos contra los judíos, contra los que se oponen a la retirada. Así que ya te vas acostumbrando, y justo cuando ya has aceptado todo esto, te mandan al Líbano. Déjame mencionarte sólo un par de nombres. Nombres como el Castillo de Beaufort, Ain el-Hilweh, Damour. ¿Te dicen algo? Después vino al-Uzai, al oeste de Beirut. Todo el tiempo hay bombardeos y disparos, muertos y heridos. De modo que observas a tus compañeros, vas a sus entierros, y empiezas a sentirte cada vez más vacío por dentro. Todo te da igual. Me he vuelto totalmente insensible, estoy lisiado emocionalmente, aunque no lo esté físicamente...»

«¿De verdad tienes alguna esperanza de que se acabe esta guerra? Arik [Sharon] afirma que Al Fatah se ha retirado del Líbano. ¿Te lo crees? Ven y observa la alarma que tenemos allí, y el miedo en nuestras miradas. Incluso las chicas libanesas han dejado de sonreírnos hace tiempo. Cada mochila que veo en el Líbano me parece una bomba de relojería...»

«Cuando estoy de permiso trato de pasármelo bien, de relajarme, para poder regresar después al Líbano sin esa tensión, pero nunca funciona. Mientras tanto, otro autobús salta por los aires aquí, y otro más allí, y Arik nos dice que nosotros hemos 'acabado con el terrorismo'. Decidme vosotros, los civiles, ¿no podéis hacer nada al respecto? ¿Una manifestación de 400.000 personas y ya está? ¿Eso es todo lo que vais a hacer? ¿Es que estáis esperando a que volvamos en nuestros ataúdes?»

Las consecuencias también se manifiestan de otras maneras; por ejemplo, cuando una manifestación del grupo Paz Ahora que pide la dimisión de Ariel Sharon, como aconsejó la Comisión Kahan, es «insultada, interrumpida, disuelta a empujones, e incluso atacada a puñetazos por jóvenes que gritan '¡Beguin! ¡Beguin!' y cantan

‘¡Beguín, Rey de Israel!’», o cuando Emil Grunzweig, un profesor de matemáticas del *kibutz* de Revivim, es asesinado por una granada en un ataque del ejército israelí, mientras que hombres enfadados con *kipás* en la cabeza gritan a un grupo de mujeres manifestantes: «¡Sois mujeres árabes! Deberíais estar en Sabra y Chatila», y las otras gritan: «¡No deberían haberos rescatado de las manos de Hitler en 1945!».

Por otro lado, las consecuencias se manifiestan de manera distinta, aunque complementaria, en las páginas del *Jerusalem Post*, en las que Mordechai Nisan, un estudioso de las ciencias políticas de la Universidad Hebrea que ha expresado en más de una ocasión su apoyo al terrorismo judío, escribe las siguientes líneas, que se han tratado con respeto y se han mostrado con orgullo al público internacional de los «partidarios de Israel»:

En los albores de la historia del pueblo judío, el contacto con la Tierra de Israel estableció el principio de que la presencia de personas no judías en el país era irrelevante, desde el punto de vista moral y político, para el derecho nacional de los judíos a asentarse y a poseer esta Tierra... La Biblia reconoce el derecho de los judíos sin tener en cuenta la presencia de habitantes no judíos. Mucho más tarde, los sabios rabínicos hablaron largo y tendido sobre la promesa hecha a los patriarcas, y formularon el siguiente principio: ... Morar en la Tierra es la prioridad judía, y esto no lo puede restringir en modo alguno, y mucho menos invalidar, ninguna población de mayoría no judía en ninguna parte de la Tierra.

Este principio fue recogido posteriormente por Maimónides en su obra jurídica, poniendo así su extraordinaria autoridad *halakhica* [religiosa y jurídica] al servicio de este imperativo nacional abrahámico... [La visión que niega la legitimidad de la colonización judía en Judea y Samaria] es una denuncia directa de Abraham, el primer judío, el Padre del pueblo judío... [que] sentó el precedente y el modelo para asentarse allí, a pesar de que «los cananeos habitaban entonces la Tierra». La presencia judía en la Tierra siempre ha tenido que competir con un elemento no judío autóctono, e incluso vencerlo, al menos parcialmente.

Como leemos en los textos genocidas de la Biblia, se trata de una referencia implícita que los lectores israelíes entenderán. Continúa diciendo:

En la era democrática en la que vivimos, adoptar abiertamente lo que parece una postura no democrática es una tarea bastante difícil. Pero en ningún sitio se prevé que los no judíos gocen de los mismos derechos, como si fueran una comunidad nacional. Después de todo, la Tierra es la posesión eterna y única del pueblo judío... Las tareas de los políticos, que a menudo conllevan el empleo de la violencia, a veces sólo pueden cumplirse mediante el sacrificio de la pureza del

alma. Ésta es la realidad que el sionismo ha planteado en el terreno de la experiencia histórica judía moderna en el Estado de Israel, y está claro que algunas personas tienen que entender esto todavía, y también aceptarlo.

Sin embargo, esta realidad inexorable se extenderá y se imprimirá más profundamente en la conciencia israelí. Esto podría convertirse en un proceso más pausado, si la gente se diera cuenta de que verter ideas liberales occidentales en copas judías, y servir las como bebidas judías, no es honrado, y además es peligroso.

Mi opinión no es que estas personas se equivoquen en su humanidad, sino más bien en su afirmación de que las opiniones personales son un auténtico reflejo de la enseñanza de la Torá, la moral judía y los intereses israelíes. Ni siquiera en nuestra era de relativismo intelectual y ético se puede aprobar esta falsificación.

La Ilustración occidental es, en efecto, una herejía que debería dejarse a un lado en favor de la «enseñanza de la Torá».

La concepción de que la época de la Ilustración se ha acabado, y de que se basaba en concepciones erróneas fundamentales sobre la naturaleza y las necesidades humanas, está fuertemente arraigada en el pensamiento sionista, incluso entre los sionistas liberales. Uno de los más conocidos, portavoz durante largo tiempo de una perspectiva humanista liberal, escribió en 1934 en Berlín, que la llegada al poder de los nazis (la «revolución alemana») era el final de la época liberal: «La evolución desde la *unidad del hombre* de la Ilustración hasta la *unidad de la nación* del presente contiene en sí misma el principio de la evolución desde el concepto de humanidad al concepto de nación», un avance que, en su opinión, es deseable y conduce al progreso, y desde el cual se puede contemplar la «cuestión judía» bajo una nueva luz.

La integración era natural en una época de liberalismo y bajo el impacto de los ideales erróneos de la Ilustración. Pero en la era actual, lo que se necesita es el principio del «reconocimiento de la nación judía y la raza judía». En cuanto al Estado Nazi, «un Estado que se construye sobre el principio de la pureza de la nación y de la raza, puede tener la estima y el respeto de los judíos sólo si se les identifica a ellos como tales», abandonando los errores de la Ilustración.

Concepciones como ésta se encuentran en numerosos movimientos nacionalistas. Es particularmente sorprendente el caso del sionismo, debido a las contribuciones del pueblo judío a la cultura

intelectual y artística del siglo XIX y el siglo XX, y a los ideales de la Ilustración; y por supuesto, también debido al significado que adquirió muy pronto el «principio de la pureza de la nación y de la raza» para los judíos de toda Europa. A lo largo de la historia del movimiento sionista, estas cuestiones han sido fundamentales, y sólo adoptaron nuevas formas con la creación de Israel como «el Estado soberano del pueblo judío».

Este acto convirtió el interrogante de «¿qué es un judío?» en una cuestión de política nacional y jurídica, junto con la cuestión del estatus de las «instituciones nacionales», dedicadas al «beneficio de las personas de raza, religión y origen judío», más que a los ciudadanos del Estado, incluyendo a los ciudadanos judíos de otros países. Con el declive del secularismo y el crecimiento de las tendencias religioso-chovinistas en el período expansionista posterior a 1967, estas cuestiones han vuelto a plantearse una vez más, a menudo de una forma desagradable. La versión de Mordechai Nisan es un ejemplo.

Los «partidarios de Israel» izquierdistas y liberales de Occidente, muchos de ellos del estilo posterior a 1967, han tratado de suprimir estas cuestiones, y han insistido en que la sociedad tendía hacia el secularismo, el igualitarismo y el socialismo democrático, precisamente en una época en la que imperaba exactamente lo contrario, como consecuencia directa de las políticas estatales que estaban apoyando. Ejemplos típicos se han citado anteriormente; con ellos, las consecuencias de este «apoyo» ya deberían haber quedado claras.

Ya hemos visto la expresión de este tipo de ideas, que Nisan vuelve a impulsar desde las plumas de los extremistas religioso-chovinistas en sus propios periódicos. Sin embargo, como indican éste y otros muchos ejemplos, este «jomeninismo» es mucho más amplio. Otra señal de su alcance nos la da un escritor israelí, Amos Oz, en una serie de artículos en el *Davar*, basados en distintas entrevistas. Un grupo de estos artículos corresponde al asentamiento de Tekoa, al sur de Belén, en la Cisjordania ocupada, una «zona detestable», según explica un colono, puesto que los árabes «miran por encima del hombro» en ella. Una inmigrante estadounidense recién llegada de una familia religiosa de Nueva York cuenta al escritor que ella espera una guerra o un «terrible desastre para los

judíos en otros países», de modo que «serán perseguidos» y vendrán a Israel. En su opinión, nunca habrá paz:

El odio que sienten los gentiles hacia los judíos es eterno. Nunca hubo paz entre nosotros y ellos, excepto cuando ellos nos dominaban totalmente, o cuando nosotros les dominábamos totalmente a ellos. Quizá si dieran a alguien como Sharon la oportunidad de matar a tantos de ellos como fuera posible, de destruir sus países, hasta que los árabes entendieran que les hicimos un favor al permitirles que siguieran con vida... Ahora somos poderosos, y el poder debe entrar en acción ahora. Los gentiles sólo entienden el lenguaje del poder.

Aquellos que han tenido el placer de dirigirse a un público de jóvenes sionistas estadounidenses, gritando sus eslóganes y agitando sus folletos de la Liga Antidifamación, semejantes a pequeños libros rojos, reconocerán el ambiente y los sentimientos que están teniendo su propio efecto corruptor en Israel.

El marido de esta inmigrante, nacido en la ciudad de Adén, se considera a sí mismo «mucho más extremista», pero, conociendo a los árabes, considera posible convivir con ellos. «Sabemos que el árabe es una criatura buena y obediente, mientras no se le incite ni se le meta ideas en la cabeza... Sólo se le tiene que decir cuál es su sitio... Deben entender quién es el maestro. Eso es todo.» Un inmigrante recién llegado de Estados Unidos, con títulos de las Universidades de Yeshiva y Columbia, y que ahora enseña Ciencias Sociales en la Universidad Bar Ilan, expresa su opinión. «La cultura occidental no es para nosotros», explica, haciéndose eco de las palabras de Jomeini: «La Torá es mucho más moderna que la cultura occidental», ya que da al ser humano «libertad sin permisividad». «Los caminos de Dios son grandes», y «poco a poco todos nuestros enemigos comprenderán que están equivocados».

En cuanto a los árabes, son «una prueba», pero si somos «fuertes y constantes, será el comienzo de la salvación. Todas las dificultades son los dolores por la venida del Mesías... Tiene que estar uno completamente ciego para no ver que [la colonización de los territorios ocupados] es el comienzo de la verdadera salvación».

Un colono no identificado de un *moshav* —un granjero bien colocado, con estudios, de origen occidental, aparentemente una persona de cierta distinción, que habla con autoridad— adopta una postura bastante diferente. Desde su punto de vista, Israel debería ser

considerado «un Estado loco», de modo que las personas «entendieran que somos un país salvaje, peligroso para los que nos rodean, nada normal», bastante capaz de «quemar los yacimientos petrolíferos» o de «comenzar la Tercera Guerra Mundial así como así», con armas nucleares si fuera necesario. Entonces, «actuarán cuidadosamente en torno a nosotros, para no despertar la furia del animal herido». En esencia, la «teoría del loco» de Richard Nixon.

La guerra del Líbano estuvo bien, pero no llegó lo suficientemente lejos («es una pena que no hayamos exterminado completamente ese nido de avispas de la faz de la tierra», dice refiriéndose a Ain el-Hilweh; «deberíamos haberlo hecho con nuestras propias y delicadas manos», esta vez refiriéndose a la matanza de Sabra y Chatila, en lugar de dejárselo a la Falange. «¿Se puede llamar masacre matar a 500 árabes?»). «Deberíamos empezar otra guerra como esa, matar y destruir más y más, hasta que hayan tenido suficiente». Uno de los grandes logros de la guerra del Líbano fue que despertó pasiones antisemitas por todo el mundo, así que ahora «todos odian a esos buenos *zhids*» (un insulto antisemita), que escriben libros y tocan instrumentos, todos ellos ridiculizados ahora en muchas ocasiones en Israel con el apelativo de «almas maravillosas».

Este hombre está encantado con la denominación de «judeonazi», utilizada por el catedrático Yeshayahu Leibovitz en una acusación desesperada sobre lo que él temía que podía llegar a ser Israel. El objetivo de este hombre es «matar cuantos árabes sean necesarios, deportarlos, expulsarlos, quemarlos, hacer que todo el mundo les odie, hacer que el suelo sea inestable bajo los pies de los judíos en la Diáspora, de modo que se vean obligados a venir corriendo y llorando». Quiere imitar a los australianos que exterminaron a los nativos de Tasmania, o a Truman cuando mató cientos de miles de personas con sólo dos bombas. Si, en lugar de escribir libros, los judíos hubieran llegado a Palestina y hubieran «matado a seis millones de árabes, o a un millón», ahora ellos serían un pueblo de veinticinco millones de personas «desde el Canal de Suez hasta los yacimientos petrolíferos». Fue un error que no debería repetirse. Después de todo, ya habrá tiempo para la cultura y la civilización.

Si las cosas siguen el rumbo que llevan en el presente, al menos dentro de los límites causados, por no decir impuestos, por el tipo de «apoyo» prestado por Estados Unidos en los últimos años, hay razones para esperar que éstas se conviertan tarde o temprano en las auténticas voces de Israel. Es importante señalar que, a diferencia de muchas versiones excesivamente simplificadas, éstas no son las voces de los tugurios de los países árabes, sino de personas con estudios de origen y orientación occidental.

2.2. El siguiente asalto

Cuando empezó el año 1983, las preocupaciones se centraron en el siguiente asalto. Los misiles *katyusha* volvieron a caer cerca de los asentamientos septentrionales, algo que no había ocurrido hasta que la violencia israelí acabó con el alto el fuego de Habib de 1981. Se aconsejó a los asentamientos de Galilea que introdujeran alarmas especiales, ya que se esperaba una intensificación de los atentados terroristas. Mientras tanto, «las fuentes diplomáticas decían ayer en Damasco que Siria ha vuelto a colocar a sus tropas en el Valle de Bekaa al este del Líbano, a la espera de un ataque israelí a finales de la primavera o a principios del verano». La URSS instaló un nuevo sistema de defensa aéreo más avanzado en Siria, asentando bases cerca de Damasco y colocando en ellas personal ruso.

El nuevo ministro de defensa israelí, Moshé Arens, advirtió que Israel «podía recurrir a un ataque preventivo contra Siria si continuaba la concentración en ese país de misiles soviéticos [antiaéreos] SAM-5 de largo alcance y los israelíes llegaban a la conclusión de que se enfrentaban a una 'amenaza letal'». La URSS había advertido a Washington que intervendría directamente en caso de que se produjera un ataque israelí a Damasco, y el hecho de «colocar militares soviéticos en las bases sirias haría que esta advertencia fuera mucho más creíble», como señaló el *Economist* de Londres. Ned Temko informó desde Moscú que la URSS había advertido a Israel que no atacara la base de los misiles SAM-5, y John Yemma añadió desde el Líbano:

Se teme que Israel puede sentir la tentación de lanzar un ataque preventivo contra los misiles soviéticos en Siria. Y si esto llega a ocurrir, los soldados soviéticos que se encargan de las instalaciones podrían resultar heridos. Esto, a su vez,

podría precipitar una intervención soviética a gran escala en Siria y posiblemente una crisis entre las dos superpotencias.

Si hubiera enfrentamientos entre los soldados israelíes y sirios en el Líbano, lo que podría ocurrir si no se pone en práctica un plan de retirada serio que implique a ambos países, los israelíes querían tener protección aérea «y, para conseguirla, los aviones de combate israelíes podrían ir a por los misiles antiaéreos soviéticos en Siria». Estas perspectivas no son tan remotas, y continuarán amenazando si no se llega a un acuerdo político integral.

Los expertos militares israelíes creen que, como resultado de la guerra del Líbano, Siria ha intensificado su adquisición de armas y sus programas de entrenamiento militar, y hacia finales de 1983 tendrá la capacidad operativa suficiente como para emprender una acción ofensiva, un análisis que, sea válido o no, es probable que desencadene un ataque preventivo israelí. Una consecuencia de la guerra del Líbano, escribe Ze'ev Schiff, fue provocar que Siria creara un ejército más grande y mecanizado.

También señala que, sobre el terreno, las unidades sirias de combate luchaban bien, a pesar de ser muy inferiores en efectivos, y su confianza aumentaba por esa razón. «Al buscar un combate general en tierra con el ejército sirio en el Líbano, con el fin de expulsarlos de ese país», Israel ha «acelerado un proceso perjudicial para nosotros». Además, Schiff cuenta que el general Amos Gilboa espera que «una de las lecciones de los árabes después de la guerra [de 1982] sea la de obtener armas nucleares», quizá firmando una alianza con Pakistán.

Las predicciones a largo plazo en la inestable región de Oriente Medio son muy arriesgadas. Sin embargo, a principios de 1983, probablemente Siria consideraba que su estrategia de apoyar a Irán contra Irak y de mantener su posición militar en el Líbano era relativamente satisfactoria; y, de hecho, sus opciones son limitadas, puesto que la devolución de los Altos del Golán no forma parte del «proceso de paz» tal y como lo ha concebido Estados Unidos. Pero incluso bajo los supuestos más optimistas en cuanto al conflicto del Líbano, la posibilidad de que estalle otra guerra no es precisamente pequeña.

3. La amenaza a Estados Unidos y al mundo entero

3.1. El riesgo de un enfrentamiento entre las superpotencias

Los desastres que amenazan a los palestinos y a Israel están lo suficientemente claros. Pero tampoco hay que pensar mucho para comprender los riesgos que entraña el conflicto abierto entre árabes e israelíes para Estados Unidos, y, de hecho, para el mundo entero. Nuestro planeta tiene muchos lugares conflictivos, pero ninguno plantea tantos riesgos como el de Oriente Medio de que se produzca un enfrentamiento entre las superpotencias; y de los muchos conflictos existentes en esta región, ninguno se asemeja al árabe-israelí en cuanto a la amenaza que éste supone de hacer estallar una guerra mundial nuclear.

En comparación, la amenaza de un enfrentamiento entre las superpotencias en Europa, o en otro lugar, parece insignificante. Ya solamente el interés por protegerse, aparte de todo lo demás, debería hacer que la búsqueda de una solución a este conflicto fuera una prioridad para los estadounidenses, o para cualquiera que quiera sobrevivir. La cuestión es especialmente urgente en Estados Unidos, donde debería replantearse la función que desempeña al rechazo de este país, que perpetúa el conflicto y debilita la posibilidad de llegar a un acuerdo político.

El riesgo de que estalle una guerra nuclear a partir del conflicto de Oriente Medio no es nada nuevo. Cuando Eisenhower envió efectivos del ejército estadounidense al Líbano en 1958, el presidente americano opinaba que existía un riesgo de «guerra general con la Unión Soviética» (palabras de Eisenhower, en sus Memorias), una opinión que compartían algunos de sus asesores, como por ejemplo, Loy Henderson, que pensaba que «deberíamos enfrentarnos al riesgo ahora y en cualquier momento». En la época de la Guerra de los Seis Días, se utilizó por primera vez el «teléfono rojo» entre Washington y Moscú. Al parecer hubo otra llamada secreta, que nunca se cuenta entre las ocasiones, demasiado numerosas, en las que el peligro de una guerra nuclear fue inminente.

Cuando el acorazado *U.S. Liberty* fue atacado por aviones y torpederos israelíes durante la Guerra de los Seis Días en junio de

1967, cazas Phantom F-4 fueron enviados desde un portaaviones de la Sexta Unidad Naval para defender el acorazado, y fueron «autorizados a emplear la fuerza, llegando incluso a la destrucción si fuera necesario» (Smith, citando al tribunal oficial de investigación), provistos de armas nucleares, y sólo retirados por una orden directa del ministro de defensa McNamara y el comandante de las operaciones navales en Washington, según nos cuenta James Ennes.

No quedó claro en aquel momento quiénes eran los atacantes; Ennes, que observó toda la maniobra como un oficial del buque de guerra *Liberty*, cuenta que los cazas «podrían haber salvado el barco, o podrían haber iniciado el holocausto definitivo». En 1973, Estados Unidos hizo una llamada de alerta nuclear estratégica en las últimas fases de la Guerra del Yom Kipur. Al recordar este incidente, Blechman y Hart concluyen que «hubo una amenaza seria de conflicto militar entre Estados Unidos y la Unión Soviética». De hecho, éste es un ejemplo típico de cómo es probable que, tarde o temprano, estalle una guerra nuclear, posiblemente por una inadvertencia o un malentendido.

Durante la guerra del Líbano de 1982, los efectivos nucleares estadounidenses no fueron puestos sobre aviso, por lo menos que nosotros sepamos, pero el peligro de enfrentamiento entre las superpotencias tampoco fue insignificante entonces. En una dura condena de la invasión israelí, los ministros de asuntos exteriores de la Comunidad Europea advirtieron que ésta entrañaba el riesgo de «desencadenar una guerra generalizada». Las flotas estadounidense y soviética estaban presentes en el Mediterráneo oriental.

Un oficial superior «expresó su preocupación por el conflicto de Oriente Medio, que podía provocar un enfrentamiento a gran escala entre Israel y Siria, desencadenando una intervención mayor por parte de la URSS», y se ha afirmado que «los rusos han amenazado con intervenir militarmente, si no cesa la lucha [entre Israel y Siria]». Si el ataque de Israel al ejército sirio hubiera continuado y la violencia hubiera escalado uno o dos niveles más, la URSS podría haber realizado alguna maniobra en defensa de su aliado sirio, un paso que seguramente habría provocado una respuesta estadounidense, y posiblemente un enfrentamiento entre las dos superpotencias.

Como se ha señalado anteriormente, la URSS había advertido que intervendría directamente en caso de un ataque a Damasco, y la guerra podría haber desembocado en un ataque aéreo o un bombardeo israelí sobre el cielo de la capital siria. Hacia el mes de septiembre, las fuerzas israelíes fueron desplegadas al Norte de Beirut, mientras las tropas sirias se replegaban al Este del Líbano, con la artillería israelí preparada para bombardear Damasco. Es posible que se hubieran dado más pasos en lo que el analista militar Ze'ev Schiff ha descrito como la guerra de Israel «para expulsar a Siria del Líbano», si no hubiera sido por la inesperada reacción internacional ante las matanzas de Beirut. En resumen, no parece imposible que las víctimas de esta atrocidad salvaran al mundo de una guerra nuclear.

Incluso fuera de la fase siria de la guerra, el riesgo de una intervención de las superpotencias fue considerable. La embajada soviética fue alcanzada en varias ocasiones, y «seriamente dañada» durante el bombardeo israelí del oeste de Beirut. Además, durante la invasión israelí de Beirut occidental, las tropas israelíes ocuparon partes de la embajada soviética y las mantuvieron en su poder durante dos días, un acto gratuito de desafío en el transcurso de la conquista de una ciudad prácticamente indefensa. El subsecretario del ministro de Defensa, Richard Perle, reveló posteriormente que los cazas israelíes habían matado a once rusos, a los que habían sorprendido indagando en un avión de reconocimiento israelí que había sido derribado en el Líbano.

En Estados Unidos todo esto se pasó por alto tranquilamente, puesto que dábamos por sentado que la URSS se echaría atrás ante cualquier enfrentamiento fuera de sus fronteras más inmediatas. Afortunadamente para el mundo, este pronóstico resultó ser correcto una vez más. Pero esto no debe impedirnos comprender la gravedad de la provocación. Imaginemos que la situación hubiera sido a la inversa. Imaginemos que un ejército cubano hubiera invadido Costa Rica o Guatemala, hubiera matado intencionadamente a once consejeros estadounidenses, y hubiera bombardeado la embajada de Estados Unidos, ocupándola durante la conquista de la capital.

¿Cómo habría reaccionado Estados Unidos? Por supuesto, se trata de una pregunta retórica, ya que en cuanto hubieran apareci-

do los soldados cubanos, habríamos impuesto un bloqueo a Cuba, o habríamos bombardeado La Habana, o incluso Moscú. Pero, tal y como interpretamos las reglas del juego, se espera que los rusos acepten de forma pasiva ofensas que Estados Unidos no toleraría ni por asomo. Y menos mal que hasta ahora las han aceptado, porque de lo contrario no estaríamos aquí para discutir este asunto.

Casualmente, la embajada soviética no fue la única en ser ocupada durante la invasión israelí de Beirut occidental. Los gobiernos de Irán y Argelia informaron de que sus embajadas también habían sido ocupadas, se habían abierto las cajas fuertes y se habían robado documentos y papeles oficiales. Fuentes libanesas afirman que todas las embajadas y demás instituciones principales de los gobiernos que Israel consideraba hostiles, fueron bombardeadas, saqueadas o dañadas de alguna otra manera.

3.2. Las evasivas del Movimiento por la Paz

Cuando el embajador del Líbano, Ghassan Tueni, intervino en la reunión convocada por la ONU el 22 de junio de 1982 para negociar el desarme nuclear, comentó que «la guerra del Líbano se estaba convirtiendo en un peligro, no sólo para el Líbano, sino también para otros países, y probablemente para el mundo entero». Su declaración no era en absoluto exagerada, y muchos otros compartían su temor.

Es un hecho sorprendente que esta amenaza, bastante obvia, fuera ignorada por los organizadores de la gigantesca manifestación antibélica organizada en Nueva York con motivo de la reunión de la ONU para el desarme nuclear, que tuvo lugar poco después de la invasión del Líbano por parte de Israel. Para ser más precisos, la cuestión se había discutido, pero había decidido suprimirse, aunque no todos los participantes en la manifestación guardaron silencio en cuanto a este punto.

Hay muchos ejemplos como éste. Permítanme contar tan solo una experiencia personal. El *Worldview*, un periódico editado por el Consejo sobre Religión y Asuntos Internacionales, publicó mi artículo sobre las direcciones del movimiento para el desarme nuclear, aunque haciendo una cierta selección de los párrafos. El punto más importante del artículo era que el movimiento para el

desarme debía centrar su atención sobre todo en aquellas situaciones en las que los conflictos locales o la intervención externa podían enfrentar a las dos superpotencias, provocando un enfrentamiento nuclear a escala mundial.

De hecho, se podría pensar que esta cuestión era de máxima prioridad para aquellos que pretendían evitar esta catástrofe. En el artículo citaba cinco ejemplos de estos conflictos; el quinto y el más importante era la invasión israelí del Líbano, que tenía el respaldo de Estados Unidos. Pues bien, los cuatro primeros casos aparecieron en los párrafos publicados; pero el quinto y el más importante se omitió.

Sólo podemos sacar la conclusión de que, para los editores, la amenaza de una guerra nuclear es un asunto relativamente insignificante si se compara con la importancia de proteger las políticas de Israel de toda crítica, y de evadir la cuestión del papel de Estados Unidos en Oriente Medio. Todo esto seguramente puede interpretarse como otra simple faceta del «apoyo ideológico» a Israel que hemos comentado anteriormente, así como de la tendencia, todavía más general, a desviar la atención del análisis crítico del propio país y de sus políticas y acciones.

El hecho de que los principales sectores del movimiento por la paz no estuvieran dispuestos a enfrentarse a este problema —y en general, a hacer frente a la cuestión de hasta qué punto era probable que estallara una guerra nuclear como consecuencia de las tensiones y los conflictos en el Tercer Mundo, a los que Estados Unidos había contribuido de manera significativa y muy frecuentemente— merece cierta reflexión. Es una postura que refleja un consenso de prioridades bastante curioso por parte de aquellos que se han comprometido a reducir la probabilidad de una guerra nuclear.

4. Perspectivas

Así pues, los peligros para los socios de esta relación triangular están lo suficientemente claros. Tampoco puede quedar ninguna duda con respecto al tremendo impacto de las políticas y las acciones de Estados Unidos en el pasado, o con respecto a lo que podrían haber desencadenado. Actualmente, se prevé una continuación de las tendencias anteriores: el «apoyo a Israel» en los ámbitos material, diplomático e ideológico, combinado con el conflicto en el

ámbito retórico, que carece de sentido. Si las cosas se mantienen de esta manera, ¿qué acontecimientos reflejarán, en gran medida, el funcionamiento del orden social y político de Israel? Consideremos primero esta cuestión, y después trataremos finalmente las posibles consecuencias de un alejamiento de las posturas opositoras mantenidas en el pasado por Estados Unidos.

Antes de entrar en estas dos cuestiones cruciales, podríamos tener en cuenta algunas que son secundarias para el problema que nos ocupa. En cuanto al tercer socio del triángulo fatal, los palestinos, en los que hemos centrado la atención, son tan débiles y sus opciones tan pocas, que su impacto en los acontecimientos es muy leve. Como hemos comentado anteriormente, ya se han acercado o incluso adherido al consenso internacional, aunque puede señalarse, una vez más, que tanto sus acciones como su propaganda (y su fracaso casi absoluto a la hora de alcanzar al público estadounidense, aunque eso no es sólo error suyo) han sido muchas veces autodestructivas e incluso intolerables, especialmente en los últimos años.

Esos grupos marginales en el mundo occidental, que han mostrado a la OLP el mismo tipo de «apoyo» que los abrumadores grupos e instituciones dominantes han mostrado a Israel, merecen la misma reacción que estos últimos, aunque el fenómeno es tan insignificante en comparación con el «apoyo a Israel» que apenas merece algún comentario. Por supuesto, hay otros actores en Oriente Medio: Europa, los países árabes, la URSS, además de algunos otros. Pero en las presentes circunstancias su papel es como mucho secundario, y en cualquier caso, es mucho menos importante para los estadounidenses que el papel de su propio país y del Israel apoyado por Estados Unidos, por razones obvias, que si acaso merecen comentarse, es porque constantemente se finge una total incapacidad para entenderlas. Es en las políticas de Estados Unidos en las que pretendemos influir, e indirectamente, en las políticas de otros, que están condicionados en cierta medida por la acción de Estados Unidos.

4.1. Bajo el rechazo de Estados Unidos

4.1.1. El espectro del pensamiento político israelí

Tal como se ha explicado hasta la saciedad, las dos principales coaliciones políticas en Israel se asemejan en su oposición, pero difieren en los medios que emplean para ponerla en práctica. Ambas pretenden conservar los Altos del Golán y la Franja de Gaza. En cuanto a Cisjordania, el Likud defiende una extensión de la «soberanía» israelí, mientras que los laboristas prefieren que Israel mantenga el control sobre sus recursos y sobre una parte sustancial de su territorio, a la vez que supera el «problema demográfico» dejando a la población sin patria o bajo alguna forma de administración jordana, aunque conservando el control militar. Ninguna de las posturas puede reconciliarse con la vaga retórica del plan Reagan, aunque la postura del Partido Laborista se acerca más. Por ésta y otras razones, parece que el gobierno y una gran parte de la prensa estadounidense favorecen el retorno de los laboristas al poder.

Los resultados de las elecciones indican que ninguno de los actuales líderes laboristas se acerca siquiera a la popularidad de Begin. Por consiguiente, ha habido ciertas esperanzas de que el ex presidente Isaac Navon, un veterano del Partido Laborista de origen sefardí y que obtiene un gran apoyo en las urnas, acepte liderar el partido en las próximas elecciones. Todas las ilusiones que podría haber habido en cuanto a esta alternativa de tener a una «paloma» en el poder se desvanecieron —o deberían haberse desvanecido— tras su visita a Estados Unidos en enero de 1983, organizada con mucha pompa para ofrecer una imagen más cercana de la alternativa a Begin.

Navon hizo hincapié en que el Partido Laborista y el Likud no discrepaban en cuanto a la legalidad de los asentamientos en Cisjordania y Gaza, sino «especialmente con respecto a dónde y a qué ritmo deberían asentarse los israelíes»; en otras palabras, ¿deberían crearse nuevos asentamientos de acuerdo con el programa del Likud o según el del Partido Laborista, en cuanto a la manera en que integran los territorios dentro de Israel? En cuanto a la retirada de las tropas del Líbano, Israel exige «expresiones tangibles de

paz», de un país que han invadido, antes de acordar la retirada, una postura que, sin embargo, se considera razonable dentro del sorprendente marco de supuestos que limita la discusión en Estados Unidos.

Navon no quiso aceptar una congelación en la creación de asentamientos en Cisjordania como medio para atraer al rey Hussein al «proceso de paz» de Reagan. En una reunión en Boston, el ex presidente «defendió enérgicamente a Beguin después de que un profesor de la Universidad criticara al primer ministro». «Aquellos de nosotros que pensábamos que habría grandes cambios en la política israelí si Beguin se iba, ya podemos olvidarnos», dijo un activista judío en Washington. De hecho, antes tampoco había ninguna base que sustentara esta opinión, pero si la historia reciente sirve de guía, es seguro que esta visión se mantendrá a pesar de la desesperanzadora experiencia, y, de hecho, con una absoluta ignorancia de la evolución de los acontecimientos.

Sammy Smootha de la Universidad de Haifa y de la Universidad del Estado de Nueva York (Binghamton) y Don Peretz, también de esta última Universidad, han hecho un análisis bastante detallado de las opiniones israelíes sobre cuestiones políticas cruciales, que proporciona un contexto útil para las cuestiones que nos ocupan. Sus conclusiones se basan en las elecciones que tuvieron lugar en julio de 1980. Su investigación se centra sobre todo en la población árabe dentro de Israel (ciudadanos árabe-israelíes), pero más importante para nuestros objetivos son los resultados comparativos que presentan en relación con los ciudadanos judeo-israelíes.

Los árabe-israelíes tienden a apoyar el consenso internacional, tal y como se ha descrito antes, lo cual no es muy sorprendente, ya que esta postura es prácticamente homogénea fuera de Estados Unidos e Israel. En cuanto a la OLP, el 68 por ciento de los árabe-israelíes creen que Israel debería reconocerla como la representante de los palestinos (un 22 por ciento cree que debería hacerlo «bajo ciertas condiciones»), y más o menos la considera la representante de los ciudadanos árabe-israelíes, mientras que «el 58 por ciento justifica las acciones de los *fedayines*, en las que los judíos israelíes son asesinados» (actividades de resistencia desde su punto de vista, terrorismo desde el punto de vista de los que se mantienen en los territorios ocupados por la fuerza).

Volviendo a la población judía de Israel, el 46 por ciento se muestra a favor de la creación de asentamientos en los territorios ocupados sin ningún tipo de reserva, mientras que un 27 por ciento lo hace con reservas. El 1 por ciento está a favor de un acuerdo político basado en la Línea Verde (fronteras anteriores a junio de 1967), y un 8 por ciento está de acuerdo pero «con ciertas modificaciones». El 57 por ciento se muestra a favor de un acuerdo basado en las fronteras actuales «con ciertas modificaciones», mientras que un 33 por ciento quiere «las fronteras actuales, pero está dispuesto a llegar a un compromiso también en Judea y Samaria». Entre los «líderes paloma», un 3 por ciento está a favor de un acuerdo basado en la Línea Verde, un 44 por ciento «con ciertas modificaciones», y un 53 por ciento está a favor de las fronteras actuales pero con un compromiso en Cisjordania. El 86 por ciento del público y el 77 por ciento de las «palomas» se oponen a un acuerdo de paz si éste conlleva ceder la parte anexionada de Jerusalén oriental, una anexión que prácticamente nadie reconoció, ni siquiera Estados Unidos.

En cuanto al «reconocimiento por parte de Israel de una nación palestina», el 11 por ciento del público judío estaba a favor, un 35 por ciento «bajo ciertas condiciones», y un 54 por ciento se oponía radicalmente y bajo cualquier circunstancia. Las cifras correspondientes entre las «palomas» fueron el 59 por ciento, el 27 por ciento y el 15 por ciento. En cuanto al reconocimiento de la OLP como representante de los palestinos, entre el público, el 3 por ciento lo aprobaba, un 13 por ciento bajo ciertas condiciones, mientras que el 85 por ciento se oponía bajo cualquier circunstancia. Entre las «palomas», las cifras correspondientes fueron el 21 por ciento, el 27 por ciento y el 53 por ciento. Con respecto a la creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza, el 5 por ciento del público estaba de acuerdo, el 18 por ciento bajo ciertas condiciones y el 77 por ciento se oponía totalmente. Entre las «palomas», las cifras fueron el 15 por ciento, el 29 por ciento y el 56 por ciento.

Así pues, está claro que los grandes cambios habrían tenido lugar dentro de Israel, y también se hubieran dado cambios considerables entre las «palomas», antes de que un alejamiento significativo del rechazo se hubiera convertido en una fuerza importante. En cuanto a cómo sería la distribución de respuestas si Estados Uni-

dos no hubiera respaldado el rechazo israelí con tanta consistencia y compromiso, sólo cabe especular.

4.1.2. «De la coexistencia a la hegemonía»

Dado el estado de opinión dentro de Israel, y asumiendo que no cambiará el «apoyo a Israel» por parte de Estados Unidos, ¿qué políticas a largo plazo buscará el país hebreo, aparte de continuar los pasos hacia la integración de los territorios ocupados, ya sea al estilo del Likud o al estilo laborista? Seguramente, Israel no tolerará ninguna concentración militar en la región circundante que pueda considerarse una amenaza potencial, y no se pondrá punto final a esas amenazas si no hay un acuerdo político, algo prácticamente garantizado por el rechazo de Estados Unidos e Israel.

Asimismo, los costes de un estado de guerra permanente son inmensos y cada vez más elevados, costes que Israel cada vez es menos capaz de afrontar, y que no puede reducir mientras exista la tensión y sus enemigos no sean aplastados. Por tanto, el aliciente para emprender un ataque preventivo será siempre grande, y con él, la probabilidad de una guerra regional o incluso mundial. Es natural que Israel trate de desestabilizar a los países circundantes, fundamentalmente por las mismas razones que llevan a Sudáfrica a provocar unos acontecimientos similares en su región; en realidad, debido a las continuas tensiones militares, que podrían verse prácticamente como un imperativo de seguridad.

Un objetivo convincente a largo plazo podría ser lo que se ha llamado una «otomanización» de la región, es decir, un retorno a algo parecido al sistema del Imperio Otomano, con un centro de poder (entonces Turquía, ahora Israel con el apoyo de Estados Unidos), y la mayoría de la región fragmentada en comunidades étnico-religiosas, preferiblemente hostiles entre sí.

Una versión clara de esta imagen la presentó, justo antes de la guerra del Líbano, Oded Yinon, que trabajó anteriormente para la sección internacional israelí en el periódico ideológico de la Organización Sionista Mundial. Yinon afirma que Israel debe restaurar el statu quo que reinaba en el Sinaí antes del «acuerdo de paz erróneo» con Sadat. Egipto es débil («un cadáver») y los acontecimientos llevarán a los israelíes a reconquistar el Sinaí. Además, el desmembramiento de Egipto debería ser «el objetivo político de Israel

en la década de los 80 en su frente occidental». Los otros frentes, el Líbano, Siria, Irak y la Península Arábiga deben ser desmembrados también en pequeños «factores», religiosos y étnicos, como en el Levante durante el período otomano. Jordania se entregará a los palestinos, y la población de los territorios ocupados emigrará allí: «los árabes a Jordania, y los judíos a los territorios del Oeste del río».

Con la separación de los dos pueblos, habrá una «auténtica paz». Todo esto se reviste de fantasías ideológicas y geopolíticas relacionadas con el colapso de Occidente ante la avalancha soviético-tercermundista, un aumento del antisemitismo en Occidente que hará de Israel el «último refugio» para los judíos, etc. Sólo Israel tiene el poder para hacer frente a estos increíbles desafíos, puesto que la civilización humanista europea del período postrenacentista está llegando a su fin, explica Yinon, haciendo referencia también a la literatura neoconservadora y a otras fuentes.

En esta publicación y frente a otros acontecimientos actuales, el escritor israelí Amos Elon percibe «la difusión del irracionalismo en nuestra existencia colectiva». En lugar de reconocer y tratar de resolver el fenómeno, los «partidarios de Israel» en Estados Unidos prefieren negar que existe, y proteger los hechos de la crítica colectiva mediante la difamación de aquellos que se preocupan por el conflicto.

En realidad, las opiniones que expresó Yinon en el periódico ideológico oficial de la Organización Sionista Mundial no son las de la corriente dominante del sionismo, sino las de un sector extremista de políticos israelíes, en especial del Partido Tehiya; casualmente, no parece probable que el periódico resalte las opiniones de otro tipo de «extremistas», de aquellos que apoyan el consenso internacional. Poco después, a un miembro del Tehiya en el Kneset, Yuval Ne'eman, que había escrito para el *Jerusalem Post* en favor de un «nuevo orden» en el que el sur del Líbano sería incorporado de alguna manera a Israel, se le ofreció un importante puesto en el gobierno con responsabilidad y fondos más que suficientes para la colonización y el desarrollo de los territorios ocupados.

A pesar de lo extremistas que puedan parecer estas opiniones, no están al margen de la corriente política principal, y tarde o temprano, con el transcurso natural de los acontecimientos, la acabarán

dominando. Toda la historia del sionismo, y más tarde del Estado de Israel, especialmente desde 1967, es una historia de cambio gradual hacia las posturas de aquellos que antes se consideraban de extrema derecha; pensemos, por ejemplo, en la actitud general en los primeros días hacia los actuales líderes terroristas, hacia Beguin, Shamir, y otros..., y hacia sus acciones y doctrinas.

Además, en este caso, las concepciones de los líderes sionistas laboristas no eran radicalmente diferentes. Recordemos los objetivos estratégicos de Ben Gurión cuando se creó el Estado de Israel en mayo de 1948: acabar con Transjordania y Siria, anexionarse el sur del Líbano y crear un Estado cristiano en el territorio restante, bombardeando Egipto en caso de que se resistiera, además de proceder a hacer realidad la «visión» a largo plazo, por la fuerza si fuera necesario, una vez que se creara un Estado en virtud de un acuerdo de partición como paso preliminar.

De hecho, mucho de lo que Yinon discute se acerca bastante al pensamiento dominante. Ambas coaliciones políticas están de acuerdo en que Jordania es «el Estado palestino», aunque los laboristas quieren que éste ocupe zonas donde se concentra una gran cantidad de población árabe en la Cisjordania ocupada, para así evitar a Israel el «problema demográfico». Ambas coaliciones políticas están más que deseosas de transferir definitivamente grandes cantidades de población árabe a Jordania, y con ello reflejan ideas profundamente arraigadas en el pensamiento sionista laborista, como se ha explicado anteriormente.

El «nuevo orden» que Israel trata de imponer en el Líbano se basa en una concepción similar a la que Yinon expresa, y hay razones suficientes para pensar que ideas como éstas sobre Siria pueden parecer atractivas a los líderes políticos. En cuanto a Irak, Ze'ev Schiff comentó, justo antes de la guerra del Líbano, que la división del país en tres Estados —suní, shií y kurdo— beneficiaría a los intereses de Israel, y parece difícil de entender por qué Israel iba a abstenerse de buscar este objetivo.

Los comentarios de Schiff fueron una respuesta a la información de que Israel estaba vendiendo armamento a Irán, y, de hecho, es probable que el apoyo de Israel a Irán (en un acuerdo tácito con Siria y Libia) esté encaminado en parte a debilitar a Irak, para dividirlo finalmente en Estados independientes, como Schiff y Yinon

aconsejaban. Sin embargo, hay muchos otros factores en juego. En una entrevista con el *Boston Globe*, el embajador israelí Moshé Arens, ahora sustituto de Sharon como ministro de Defensa, afirmaba que Israel ha vendido armamento al régimen de Jomeini «en colaboración con el gobierno estadounidense... prácticamente al más alto de los niveles». «El objetivo», afirmaba, «era ver si podíamos encontrar algunas zonas de contacto con el ejército iraní, para derrocar el régimen de Jomeini».

Tras la publicación de este informe, el gobierno de Estados Unidos negó oficialmente los hechos, y Arens dijo al *Globe*: «Me siento como un pequeño encargado de prensa del Departamento de Estado». El político israelí reiteró entonces su declaración sobre la colaboración con el gobierno de Estados Unidos, pero calificó la importancia del «objetivo»: el flujo de armas era demasiado pequeño como para derrocar el régimen de Jomeini; antes bien, «el propósito era entablar contactos con algunos oficiales del ejército, que algún día podrían alcanzar un puesto de poder en Irán».

En febrero de 1982, un programa de la BBC sacó a la luz más información sobre las ideas israelíes con respecto a Irán, en relación con los envíos de armas por parte de Israel a Irán, y con lo que el moderador, Philip Tibenham, llama «uno de los secretos mejor guardados de Oriente Medio: el intento de Israel de provocar un golpe de Estado en Irán». La primera persona entrevistada fue Jacob Nimrodi, líder del Mossad (la CIA israelí) en Irán, bajo la tapadera de agregado militar israelí a las órdenes del Sha. Se le describe como el israelí más cercano al Sha, y formó parte de su personal militar durante el período de la alianza israelí-iraní.

Nimrodi afirma: «Por supuesto, creo que con ayuda de Occidente podemos hacer algo para salvar a Irán de este régimen», a saber, llevar a cabo un golpe militar, que él cree posible e «importante... para Occidente». A menos que haya un golpe de Estado, «Irán caerá en manos de los comunistas», primero en manos del Partido Tudeh (comunista), «y después en manos de la Unión Soviética». El ex embajador en Irán, Uri Lubrani, añade:

Creo firmemente que Teherán puede ser ocupada por un ejército relativamente pequeño, decidido, implacable, cruel. Quiero decir que los hombres al mando de ese ejército deberían estar preparados emocionalmente para la posibilidad de que tuvieran que matar a diez mil personas.

El propósito de Israel al enviar armas a Irán es encontrar a esos hombres, mantener el contacto con ellos y apoyarlos, y después restablecer la alianza israelí-iraní, que se consideró el fundamento del dominio estadounidense en la región en la década de los 70. David Kimche, ministro de asuntos exteriores de Israel y antiguo subdirector del Mossad, hizo hincapié en que Israel quería que el pueblo iraní se hiciera fuerte, para que fuera posible un golpe militar. «Para fomentar este golpe de Estado», añade Tibenham, «los israelíes se embarcaron en una serie de pactos totalmente secretos para suministrar armas al ejército iraní», estableciendo contactos a través de una empresa comercial de París con la ayuda de «un agente del gobierno francés».

El planteamiento es bastante parecido al del editor del *New Republic*, Martin Peretz, que, tanto en este aspecto como en otros, tal y como se ha señalado anteriormente, se adhiere a los partidarios de la línea dura de la extrema derecha israelí. En su opinión, fue la «timidez» de Jimmy Carter y Cyrus Vance la que provocó la caída del Sha y se interpuso en el «golpe militar apoyado por Estados Unidos», que él defendía cuando peligró el régimen del Sha.

Muchos otros han comentado la campaña de Israel a favor de una especie de otomanización de la región, como por ejemplo, Boaz Evron, que describe el plan de Sharon como «un resurgimiento del sistema de «mijo» del Imperio Otomano», es decir, un sistema en el que cada grupo étnico-religioso (drusos, armenios, maronitas, etc.) tiene su propia administración interna, pero bajo la batuta del dominio otomano (turco). «Actualmente, Sharon está ofreciendo establecer un «mijo» del mismo tipo religioso-étnico, pero que esté armado y que tiranice a su propia población oprimida. Además, como el «mijo» no es territorial, sino que está organizado según líneas religiosas y étnicas, no puede tener fronteras claras.»

Este plan tiene como objetivo provocar una ruptura del sistema estatal nacional que impusieron las autoridades coloniales en Oriente Medio, al igual que en otros lugares, y que, de hecho, es una implantación extranjera, algo que ha originado una confusión y un sufrimiento interminables; recordemos lo que ocurrió durante cientos de años cuando el sistema estatal nacional se fue consolidando en Europa, sin las contribuciones de la fuerza externa.

En el Líbano, continúa Evron, el plan es que los maronitas, los musulmanes suníes y shiíes, y los drusos, se enemisten entre ellos. Israel ayudará a cada grupo a mantenerse en las «guerras civiles perpetuas» que se deriven de esto, basadas en última instancia en «la disputa básica y principal entre los grupos dominantes y los musulmanes oprimidos», extendiendo este sistema más allá del Líbano hasta Siria, que también acabará siendo «desmembrada».

También señala que esta política se deriva del pensamiento sionista anterior, que impregna todo el espectro político, incluso al líder laborista Yigal Allon, cuyo objetivo es crear una «alianza entre la nación hebrea o el Estado judío (dependiendo de los autores de las distintas versiones de la misma idea) y las otras minorías religiosas y étnicas de la región, como los drusos y los maronitas». Esta alianza estaría dirigida «contra la supremacía del arabismo musulmán suní». Evron cree que Israel también se está apartando «del concepto de un Estado» en el sentido moderno de la palabra, debilitando «su propia estructura en favor de un chovinismo religioso y étnico judío», que es un fiel reflejo del sistema que está intentando introducir en toda la región, en el que, por supuesto, se presupone que Israel reinará como autoridad suprema.

Él cree que «cuanto más nos hundamos en este lodazal, más se desintegrará nuestra base nacional, y nosotros mismos nos dispersaremos en grupos étnicos rivales. Puesto que la estructura del Estado de Israel está adquiriendo cada vez más un carácter étnico-religioso, esto es totalmente probable».

Podrían verse los comienzos del cumplimiento de la profecía de Evron en la elevación del fanatismo religioso-chovinista hasta una posición de cierta preeminencia en Israel, así como en los conflictos internos étnico-religiosos, como cuando se produjeron los disturbios de los judíos sefardíes contra sus opresores asquenazíes, que gritaban que debían haberlos mandado a todos a los campos de concentración nazis.

Pero como indican los ejemplos citados anteriormente, sería un error poner punto final demasiado bruscamente al enfrentamiento entre los orígenes árabes u occidentales; algunos de los elementos más extremistas son inmigrantes recién llegados de América o Rusia, generalmente con un trasfondo religioso. Entre dos maestros

rabinos (que fueron sustituidos a principios de 1983), el rabino sefardí no había adoptado la postura jomeinista de su homólogo asquenazí, y éste es uno de los muchos ejemplos que podrían citarse. El mismo Evron procede de una antigua familia de Jerusalén.

Evron es muy crítico con el concepto que presenta. Otros, que han seguido el rumbo de la corriente dominante, describen un concepto parecido, pero no en términos tan explícitos como Oded Yinon en el periódico ideológico hebreo de la Organización Sionista Mundial, sino de una forma más prudente, para un público estadounidense. Consideremos por ejemplo el estudio editado por Daniel Elazar, presidente del Instituto de Jerusalén para los Estudios Federales, publicado por el *American Enterprise Institute*, que he citado ya varias veces.

En los comentarios del resumen que hizo para esta colección de ensayos de intelectuales, Elazar afirma que las «comunidades étnico-religiosas», y no los Estados, son la forma natural de organización en Oriente Medio: cualquier acuerdo político general debe «dudar de aquellos que reclaman la categoría de Estado partiendo de la base de quince o treinta o incluso cincuenta años de autoidentificación nacional». Elazar sugiere que un posible modelo es el sistema de «mijo» otomano, y al mismo tiempo, descarta la devolución de los territorios ocupados a la administración jordana o egipcia, o la creación de un Estado palestino.

Esta última opinión ignora completamente «el carácter palestino de Jordania». Asimismo, «incluso sin tener en cuenta la propia necesidad de Israel de asegurar sus fronteras, dicho Estado sería demasiado pequeño y pobre en comparación con sus vecinos, como para que fuera viable», y «por tanto, sería extremadamente vulnerable al control de los extremistas» e incapaz de «controlar a sus «locos»», como Israel, la URSS y Estados Unidos han hecho con tantísimo éxito. El razonamiento no está nada claro. No es tan obvio por qué un Estado pequeño y débil no iba a caer más bien bajo un control conservador, ante el temor a sus vecinos más poderosos, y no iba a depender para su supervivencia de su buena voluntad y del apoyo de las fuerzas más conservadoras de la región, como los países árabes productores de petróleo. Pero sigamos adelante.

Elazar también descarta el «compromiso territorial» basado en el modelo laborista. Lo que defiende en su lugar es una «solución

federal». Afirma, sin citar referencias, que, en 1969, Simón Peres «aprobó la búsqueda de opciones federales», y más tarde elaboró «un plan para una nueva división de toda la región de Cisjordania en múltiples cantones judíos y árabes», al mismo tiempo que otros líderes dentro de la cúpula política israelí también anunciaban soluciones federales.

Desafortunadamente, «ninguno de estos planes, ni tampoco los desarrollados por otras personas ajenas a la vida política, como este escritor [Elazar], suscitaron respuestas en el terreno árabe... Israel no encontró socios», la tragedia familiar en la búsqueda constante de Israel de un acuerdo de paz político. Pero ahora, quizá pueda encontrar socios, aunque Elazar no tiene muy claro cuáles serán los acuerdos; seguramente no serán una «federación de Israel y Palestina, que, a veces, han propuesto personas bienintencionadas». En la «solución federal» que presenta este escritor, Israel y Jordania «mantendrán su propia independencia y categoría como entidades soberanas desde el punto de vista político», y el estatus de los palestinos no queda muy claro.

Es difícil creer que Peres o cualquier otro líder de la vida política israelí, o Elazar, propusieran seriamente un acuerdo basado en la creación de cantones —que conlleva el abandono del concepto de un «Estado judío»—, y que éste recibiera la negativa de los árabes, si bien es cierto que Peres hizo algunos comentarios, algo imprecisos, sobre alguna forma de «federación» después de que la guerra de 1973 hubiera menoscabado los planes de los laboristas para integrar los territorios ocupados a su modo.

En efecto, algunos hicieron estas propuestas; yo lo hice, por ejemplo (recordando las sugerencias de Ben Gurión y de otros personajes a principios de la década de los treinta), durante el período anterior a la guerra de 1973, aunque por entonces, como también señalé, ya no se daban las circunstancias que podrían haberlo hecho posible. Estas propuestas provocaron una gran indignación en Israel, en todo el espectro político, pero mucho mayor fue la indignación en Estados Unidos. Si estas propuestas fueran serias, podrían haber sido razonables y podrían haberse desenterrado, o eso creo al menos. Elazar no dice mucho acerca de lo que él piensa, pero es suficiente para indicar que esta propuesta no es seria. De hecho, simplemente es una propuesta para mantener la domina-

ción israelí sobre los palestinos, que se ven así privados de la autodeterminación nacional.

Uno se da cuenta enseguida de que hay una excepción fundamental en sus comentarios acerca de lo inadecuado de un sistema estatal en Oriente Medio. Mientras que debemos «dudar» de esos Estados que han surgido en los últimos decenios, Israel está libre de todas estas dudas; y en cuanto a Jordania, puede reclamar la soberanía, pero como un Estado con un «carácter palestino», con consecuencias obvias para los palestinos de los territorios ocupados. La desintegración del sistema estatal, insinuada aunque no propuesta explícitamente, en favor de un conjunto de retales formados por comunidades «étnico-religiosas», dejaría a Israel en una posición hegemónica, y a los palestinos con nada más que otra forma de la «autonomía» de Beguin bajo la batuta israelí. El resto es todo pantalla. El interés del artículo es mostrar, una vez más, el atractivo de la «opción otomana» para la imaginación política israelí.

No pueden quedar muchas dudas con respecto a que, desde poco después de la Guerra de los Seis Días, Israel se ha estado moviendo en las direcciones que hemos indicado: aislamiento internacional aparte de su relación con los Estados parias, dependencia de Estados Unidos con la consiguiente presión para servir a los intereses de la superpotencia, militarización de la sociedad, aumento del fanatismo religioso-chovinista, «retroalimentación» interna de las políticas de opresión y dominación, y un sentimiento cada vez más presente de que es inevitable estar en un conflicto permanente; y junto a este sentimiento, la necesidad percibida de trastocar la región y establecer alguna forma de hegemonía israelí bajo los auspicios de Estados Unidos.

Estas tendencias se han señalado en multitud de ocasiones en Israel. Como último ejemplo, consideremos un artículo analítico muy serio publicado por Yoram Peri —antiguo consejero del primer ministro Isaac Rabin y representante europeo del Partido Laborista, además de un especialista en las relaciones entre civiles y militares en Israel— en el periódico del Partido Laborista *Davar*, justo después de que los enfrentamientos en el Líbano alcanzaran una tregua temporal.

Yoram Peri describe una «auténtica revolución» que ha tenido lugar en la «concepción militar y diplomática» básica de Israel, y

que él remonta a las victorias políticas de Beguin y Sharon, aunque, en mi opinión, el cambio ha sido más gradual y ha tenido raíces mucho más profundas que las que él señala. La anterior concepción se basaba en la búsqueda de la «coexistencia» y en el mantenimiento del statu quo. Israel pretendía alcanzar un acuerdo de paz, en el que se reconociera su posición en la región y se garantizara su seguridad.

Por el contrario, la nueva concepción se basa en el objetivo de la «hegemonía», no en la «coexistencia». Ya no desean el statu quo, ahora que han alcanzado el dominio militar convirtiéndose en la cuarta potencia militar del mundo, y ya no creen siquiera en la posibilidad de que pueda alcanzarse la paz, ni tampoco a su conveniencia, a menos que garantice la hegemonía israelí. Ahora Israel se ha comprometido a «desestabilizar» la región, incluido el Líbano, Siria, Arabia Saudí y Jordania. De acuerdo con la nueva concepción, ahora Israel debería utilizar su dominio militar para extender sus fronteras y «crear una nueva realidad», un «nuevo orden», y no para buscar el reconocimiento dentro del statu quo.

El primer paso fue la invasión del Líbano, planificada para «destruir el movimiento nacional palestino» y «establecer un nuevo orden en el Líbano». El siguiente paso será el derrocamiento del Estado hachemita en Jordania y su conversión en un Estado palestino, mientras los territorios ocupados son absorbidos por Israel, con unas consecuencias para la población árabe de estos territorios que el autor no explica. Los siguientes pasos serán Damasco, Arabia Saudí, y quién sabe cuál más, mientras Israel lucha por alcanzar «el poder hegemónico» en la región, o como lo ve Beguin, «para organizar el mundo entero».

Yoram Peri está preocupado por el hecho de que, tarde o temprano, este programa —aparte de ser descabellado en general— coloque a Israel en una postura de oposición frente a Estados Unidos, del que depende ahora tanto su existencia como su puesto como cuarta potencia militar del mundo. La razón es que Estados Unidos es básicamente una potencia que busca el statu quo, y se opone al tipo de desestabilización con el que Israel se compromete cada vez más. La nueva concepción estratégica se basa en una fantasía de poder, que puede originar una disposición, ya evidente en cierta retórica que se escucha en Israel, para emprender aventuras

militares incluso sin el apoyo de Estados Unidos. Las fantasías son obvias si se considera la realidad del Israel contemporáneo, «dependiente de otros».

Peri cita un informe reciente realizado por los bancos internacionales para clasificar a los países en cuanto al riesgo de sufrir una grave crisis económica, e Israel ocupa el puesto 92.º en una lista de 114 países. Está considerado como un país con una economía apenas más saludable que la de Angola, Haití o El Salvador. Tiene una de las deudas externas per cápita más elevadas. Peri cree que Beguin es «un Napoleón» subido en un globo que reventará de inmediato si la política israelí conduce al país a un enfrentamiento con Estados Unidos, una consecuencia inherente a la nueva campaña en favor de la hegemonía regional.

Otros también piensan que Beguin y compañía están pisando un terreno peligroso, ya que terminan creyéndose su propia propaganda sobre el poder israelí, buscando una misión imperial independiente, y abandonando la concepción tradicional de que Israel debe actuar en alianza con alguna de las potencias principales; en la práctica, con Estados Unidos, si es posible, y en el marco de un acuerdo regional, como el pacto de la periferia de Ben Gurión o la alianza israelí-iraní de la década de los setenta.

4.2. En caso de un abandono del rechazo por parte de Estados Unidos

4.2.1. El efecto en la política israelí

Estas consideraciones nos conducen a una cuestión final. Supongamos que Estados Unidos modificara o abandonara su apoyo al rechazo israelí, a causa de un enfrentamiento en cuanto a los objetivos regionales, como teme Yoram Peri, o porque Estados Unidos terminara uniéndose al consenso internacional, que reconoce el derecho de Israel y de los palestinos a la autodeterminación nacional dentro de fronteras seguras y reconocidas. ¿Cómo reaccionaría Israel a un cambio tan radical en la postura de Estados Unidos?

A primera vista, parece que el impacto sería decisivo, ya que Israel es incapaz de resistirse a la presión de Estados Unidos. Desde sus orígenes, Israel ha confiado plenamente en el apoyo externo, y

ahora su economía y su fuerza militar son tremendamente artificiales, ya que dependen fundamentalmente de la generosidad estadounidense. Por tanto, podríamos suponer que Israel tendría que doblegarse a la voluntad de Estados Unidos, puesto que la alternativa sería el caos económico y la derrota militar.

4.2.2. El arma secreta de Israel

Hace algunos años, este argumento podría haber sido válido. Quizá aún lo sea, aunque ahora hay otros factores que no se pueden pasar por alto. Hacia finales de los años 70, algunos analistas militares norteamericanos empezaron a temer que el poder militar de Israel hubiera alcanzado tal nivel, gracias a los programas de ayuda de Estados Unidos, que ya no pudiera ser controlado, y pudiera plantearse entonces un «importante problema para la seguridad nacional» de la superpotencia, llegando incluso a perpetrarse actos de violencia contra los intereses norteamericanos. Los comentarios de Yoram Peri, que también expresan la preocupación de muchos otros, llevan este análisis un paso más adelante, enfocándolo ahora desde una perspectiva israelí.

Aparte de la cuestión de las aspiraciones hegemónicas y de la intención de «desestabilizar» la región circundante, de acuerdo con una nueva «concepción estratégica» que Peri considera bastante verosímil, ha habido ocasiones en las que apenas se han ocultado insinuaciones por parte de Israel, según las cuales, si se viera presionado para aceptar un acuerdo político, podría responder con acciones militares que afectarían seriamente los intereses de Estados Unidos. Un ejemplo de estas insinuaciones fue la reacción al plan de paz de Arabia Saudí (Fahd) de agosto de 1981.

Daniel Bloch escribió en el periódico del Partido Laborista *Davar* que «por mucho que nuestros propagandistas intenten hacer malabarismos, no disiparán [la] impresión» de que el plan de Fahd es «un signo de imparcialidad y moderación» por parte de los saudíes, un cambio hacia el compromiso de un acuerdo político (de hecho, un cambio que ha tenido lugar mucho antes, aunque no nos refiramos a esto en este momento).

Bloch interpreta la reacción de Israel —acrobacias militares provocadoras sobre Arabia Saudí, que «explican con detenimiento nuestra posición» frente a las «fuerzas internacionales» tras el fra-

caso de «nuestra campaña propagandística contra el plan de Fahd» que pretendía convencer a la opinión internacional— como «la continuación de la diplomacia por otros medios»: «Jerusalén parece creer que si fracasan los argumentos racionales, debemos amenazar con el comportamiento irracional para disuadir al mundo, y especialmente a Estados Unidos, de que intente ejercer algún tipo de presión sobre nosotros.» ¿Cuál es ese «comportamiento irracional» con el que se amenaza?

La semana pasada, tanto Beguin como [el ministro de asuntos exteriores] Shamir insinuaron claramente que si el mundo adoptaba el plan de Fahd, Israel podría reconsiderar algunas políticas, como por ejemplo la retirada acordada del resto del Sinaí. Esto [y fundamentalmente, las acrobacias militares sobre Arabia Saudí] debe haber provocado que muchos servicios de inteligencia extranjeros hayan echado mano de antiguos ficheros que contienen declaraciones de generales israelíes sobre la capacidad de Israel para bombardear los yacimientos petrolíferos de Arabia Saudí. Tras el bombardeo del reactor iraquí (7 de junio de 1981), sabemos que Israel es perfectamente capaz de tales actos.

Este análisis recuerda el comentario del granjero de un moshav entrevistado por Amos Oz, que decía que Israel debería actuar como un «país salvaje, peligroso para nuestros vecinos, nada normal», bastante capaz de «quemar los yacimientos petrolíferos» o incluso de empezar una guerra nuclear. Ésta es una forma de «auto-defensa» bastante novedosa, que no puede rechazarse fácilmente. En este caso la amenaza se dirige fundamentalmente contra Estados Unidos, pero indirectamente también se dirige contra el resto del mundo. Con este nuevo estilo de «autodefensa», la relación especial adopta una forma más compleja, bajo unas condiciones que han sido creadas por el «apoyo» estadounidense.

A principios de 1983, el director ejecutivo del grupo de presión israelí AIPAC (*American Israel Public Affairs Committee*), Tom Dine, regresaba de una visita a Jerusalén, donde se había entrevistado con altos funcionarios y responsables de la política del gobierno israelí, con la misión de insinuar unas cuantas amenazas. Wolf Blitzer las comenta en el *Jerusalem Post*. Dine explicó que las sanciones contra Israel podrían obligarle a «considerar medidas dramáticas para erradicar la amenaza [árabe] mientras el ejército israelí fuera aún, comparativamente, más poderoso»:

El resultado final del funesto mensaje de Dine estaba claro: un posible ataque preventivo de Israel contra los enemigos árabes, diseñado para minar las capacidades militares durante mucho tiempo. No pongáis nerviosa a Jerusalén, insinúa Dine.

Ésta es la trascendencia real de los absurdos comentarios de Kissinger, citados en otros capítulos, sobre el peligro de «empujar» a Israel «a un colapso emocional y psíquico», a menos que «sienta compasión por nuestra parte, quizá incluso afecto, y no una continua presión».

«Si la intención [de Dine] al comentar estas opiniones» de los altos mandatarios de la política israelí «era asustar a los altos funcionarios de la Casa Blanca», añade Blitzer, entonces «lo ha conseguido». Pero el temor tiene poco que ver con la preocupación por las víctimas árabes de otro ataque israelí; antes bien, tiene que ver con dos factores de mucha mayor importancia para los políticos de la Casa Blanca: las relaciones de Estados Unidos con los países productores de petróleo, y la amenaza de una guerra mundial, una perspectiva probable si Israel se decide a atacar a su principal enemigo militar en la actualidad, Siria.

Blitzer sugiere que «la advertencia de Dine» puede haber sido la razón de por qué la administración Reagan, al «proponer otro paquete de ayuda económica y militar a gran escala para Israel» para el siguiente año fiscal, rechazó acompañar estas ayudas de cualquier «condición política», refiriéndose a cualquier condición que obligara a Israel a frenar su rápida absorción de Cisjordania o a retirarse del Líbano.

En un testimonio ante el Congreso, el subsecretario de Estado Nicholas Veliotes fue interpelado concretamente en cuanto a la posibilidad de condicionar la ayuda de Estados Unidos a un abandono de la política de colonización en Cisjordania, que desafiaba la petición de Reagan de frenar la creación de asentamientos, pero Veliotes «rechazó categóricamente la noción de vincular la ayuda económica a las condiciones políticas», o para ser más precisos, lo que rechazó fue la noción de que Estados Unidos tuviera que pagar a Israel por establecer estos asentamientos. La especulación de Blitzer no es completamente inverosímil. El «arma secreta» con que Estados Unidos ha provisto a Israel es poderosa y funesta.

Las amenazas nucleares tampoco deben menospreciarse. Me he referido anteriormente a un estudio reciente sobre las estrategias y las capacidades nucleares de Israel, que llevaron a cabo un grupo de especialistas israelíes y estadounidenses: Amos Perlmutter (profesor de ciencias políticas de la Universidad de Washington, historiador militar y analista estratégico, y antiguo miembro de la delegación israelí en las Naciones Unidas y de la Comisión para la Energía Atómica Israelí), Michael Handel (historiador militar en el Centro de Asuntos Internacionales de Harvard, y antiguo miembro de la Universidad Hebrea) y Uri Bar-Joseph (que perteneció a las fuerzas aéreas israelíes y estuvo implicado en el entrenamiento y la planificación táctica).

Como se ha señalado anteriormente, estos expertos afirman que Israel amenazó con emplear armas nucleares, y de hecho, se preparó para hacerlo en las primeras fases de la Guerra del Yom Kipur, con el fin de obligar a Estados Unidos a suministrar «un envío masivo de armas convencionales» a Israel. De nuevo, la amenaza se dirigió contra Estados Unidos: «Las señales israelíes dejarían bien claro a los políticos de la Casa Blanca, al Pentágono y al Departamento de Estado que un retraso más podría traer la catástrofe a Oriente Medio».

Los autores continúan revisando las capacidades nucleares que ha desarrollado Israel en colaboración con Sudáfrica y Taiwan. Citan informes, que presentan como supuestamente fieles, en los que se afirma que Israel tiene 200 «cabezas nucleares operativas» (atribuido a la CIA), además de un arsenal estratégico y táctico, y que trabaja en la fabricación de una bomba de neutrones. El incidente de septiembre de 1979, en el que satélites espías de Estados Unidos y de la Unión Soviética detectaron una sospechosa explosión nuclear sobre el Océano Índico, fue en realidad la explosión de una cabeza nuclear lanzada desde un cañón en un experimento conjunto de Sudáfrica e Israel, que supuso «uno de los sistemas nucleares tácticos más avanzados que se podrían utilizar en cualquier parte del mundo».

También está desarrollando misiles de crucero, juntamente con Sudáfrica y Taiwan, con un alcance de 1.500 millas, lo suficiente como para alcanzar «muchos de los objetivos en el sur de la Unión Soviética». Israel tiene también «una variedad de sistemas de lan-

zamiento», incluidos aviones fabricados por Estados Unidos e Israel, misiles de tierra-aire, y pronto tendrán también un disparador y misiles de crucero nucleares.

Si estos informes son ciertos o no, es algo imposible de comprobar. Pero es razonable suponer que reflejan lo que a Israel le gustaría que los demás creyeran. También es de suponer que los misiles con cabeza nuclear que pueden alcanzar el sur de Rusia no están pensados realmente para disuadir a la URSS, sino para poner en alerta, una vez más, a los planificadores estadounidenses, advirtiéndoles de que las presiones a Israel para que acceda a un acuerdo político pueden provocar una reacción violenta que implicaría a la URSS en el conflicto de Oriente Medio, colocándola en un inevitable enfrentamiento con Estados Unidos, con una alta probabilidad de que estallara una guerra nuclear.

Se podría incluso especular sobre si Israel tenía algo parecido en mente en sus acciones provocadoras contra la URSS en el Líbano en 1982, comentadas anteriormente: una simple insinuación a Estados Unidos de lo que podía ocurrir si presionaba. El «arma secreta» de Israel, que le compensa por su enorme dependencia económica, militar y diplomática de Estados Unidos, consiste en la amenaza de que puede actuar como un «país salvaje» si se ve presionado.

Aunque estas tendencias se están volviendo en la actualidad demasiado visibles como para no tenerlas en cuenta, sin embargo, tienen precedentes. En sus diarios personales, la paloma Moshé Sharett, que fue primer ministro de Israel, mostró su recelo ante la actuación del ministro de defensa Pinhas Lavon, del Partido Laborista. Lavon, comenta Sharett, «ha predicado continuamente en favor de actos de locura y ha enseñado a los dirigentes del ejército la diabólica lección de cómo prender fuego a Oriente Medio, cómo causar tensiones, enfrentamientos cruentos, cómo sabotear objetivos e instalaciones de las autoridades, [y cómo llevar a cabo] actos de desesperación y suicidio».

La ocasión se presentó con la operación terrorista organizada por Israel en Egipto contra las instalaciones y los edificios públicos de Estados Unidos y Gran Bretaña, que tenía como objetivo «acabar con la confianza de Occidente en el régimen [egipcio] existente», y así «evitar el envío de ayuda económica y militar a Egipto por parte de Occidente», según las palabras exactas de las instrucciones

impartidas por el jefe del servicio de inteligencia militar israelí, en un momento en el que Israel estaba preocupado por las estrechas relaciones, al menos aparentes, entre Estados Unidos y el presidente egipcio Nasser.

La creciente amenaza ha sido reconocida dentro de Israel. Yaa-kov Sharett escribe que el peligro más grande al que se enfrenta Israel en la actualidad es la «versión colectiva» de la venganza de Sansón contra los filisteos —«dejadme morir con los filisteos»— cuando hizo caer el Templo sobre sus cabezas, matando a más filisteos en un momento que los que había matado en toda su vida. Menciona los diarios de Moshé Sharett, el versículo bíblico que acabamos de citar y otro comentario, en el que el Ministro de Defensa Lavon afirma: «nos vamos a volver locos» («*nishtagea*»), si se cruza. De nuevo sacado de los diarios, cita al miembro del Partido Laborista David Hacohen, tras el ataque a Egipto en 1956, que, según cuenta Moshé Sharett, dijo: «no tenemos nada que perder, así que es mejor que nos volvamos locos; el mundo sabrá qué nivel hemos alcanzado», y supuestamente tendrá miedo de interferir, una posición que Moshé Sharett encontraba vergonzosa.

Este «complejo de Sansón» no es algo que se pueda tomar a la ligera. Aryeh (Lova) Eliav, una de las «palomas» más conocidas e influyentes en Israel, escribe que la actitud de «los que apelan al «complejo de Sansón» aquí, diciendo que mataremos y enterraremos a todos los gentiles en torno a nosotros, mientras nosotros mismos morimos también» es una señal de algún tipo de «demencia», que ya se manifestó en la violenta contramanifestación en la que Emil Grunzweig fue asesinado, y que es un fenómeno de cierta importancia en el Israel contemporáneo. Además, este complejo se ve reforzado por el sentimiento de que el «mundo entero está contra nosotros», a causa de su antisemitismo, imposible de erradicar; una visión paranoica que no debe precisamente poco a la contribución de los que la apoyan en EE.UU., como ya hemos visto.

En resumen, el «arma secreta» de Israel, que hace que los cálculos racionales sean algo cuestionables, consiste en que puede comportarse de una manera, propia de lo que a veces se ha llamado «Estados locos» en la literatura sobre asuntos internacionales. El concepto lo desarrolló el erudito israelí Yehezkel Dror, de la Universidad Hebrea, que escribe: «Soy más sensible a las posibilidades

y consecuencias del comportamiento político aparentemente irracional que los estrategas estadounidenses o el público de ese país en general», refiriéndose a «los peligros a los que se enfrenta mi propio país». Él considera a los «posibles Estados locos» como «un peligro enorme, para el mundo, para Estados Unidos, y para todos los países», y destaca sobre todo el complejo de Sansón y el peligro especial de los Estados locos que tienen arsenal nuclear en su poder.

El texto es tan abstracto que sólo se puede intentar adivinar lo que él tenía exactamente en mente, pero normalmente se refiere a Estados como Libia o Irak, un ejemplo igualmente obvio que se omite deliberadamente. Este tipo de «arma secreta» es un recurso al que puede acudir un Estado que se ve amenazado y dependiente de otro, y se convierte en un arma muy peligrosa en manos de la cuarta potencia militar del mundo, dotada de un ejército aéreo extremadamente eficiente y poderoso, capaz de bombardear los campos petrolíferos, que dispone de armas y misiles nucleares que pueden llegar hasta la URSS, y que además está llegando a un desarrollo social y político interno como el que han tenido lugar en Israel desde la Guerra de los Seis Días, gracias al «apoyo» de Estados Unidos.

¿Recurriría Israel realmente a esta «arma secreta», cada vez más visible, si tuviera que enfrentarse a la presión de Estados Unidos para aceptar un acuerdo político en el que perdiera los territorios conquistados en 1967? Si se arriesgaría o no bajo coacción, es algo que depende de su valoración del estado de la opinión pública estadounidense. Si cree que puede contar con el firme apoyo de sus partidarios, puede que vaya más allá de lo que fue con su reacción frente al tratado de paz de Arabia Saudí en 1981, o frente a la amenaza planteada por la confianza de la OLP en los medios políticos en 1982; quizá incluso llegara a emplear su arma secreta definitiva.

Antes o después, llegará un momento en el que será demasiado tarde incluso para un alejamiento de la política estadounidense de su rechazo de los años pasados, o bien porque habrá ocurrido lo peor, o porque Israel será capaz de confiar en su arma secreta para resistirse a las presiones que le empujan a unirse al consenso internacional, o bien porque el consenso se haya debilitado bajo el efecto del poder de Estados Unidos, y los palestinos tengan entonces que correr la suerte de los indios americanos.

Mientras tanto, al menos todo esto parece claro. En la medida en que Estados Unidos siga comprometida con una Esparta israelí, y la considere un bien estratégico, bloqueando de esta manera el consenso internacional para alcanzar un acuerdo político, las perspectivas son más que trágicas: represión, terrorismo, guerra, y posiblemente un conflicto que implicará a las superpotencias, y que terminará en una solución final de la que pocos podrán escapar.

La intifada*

Capítulo IV

Pocas semanas antes de que estallara la revuelta palestina (Intifada) en diciembre de 1987, un acontecimiento de menor trascendencia tuvo lugar en Gaza. Una niña palestina, Intissar al-Atar, falleció al ser alcanzada, mientras jugaba en el patio del colegio, por el disparo de un residente del vecino asentamiento judío de Gush Katif. El asesino, Shimon Yifrah, fue detenido un mes después y puesto en libertad bajo fianza porque el Tribunal Supremo determinó que «el delito no era lo suficientemente grave» como para merecer la detención.

En septiembre de 1989 fue absuelto de todos los cargos, excepto de la acusación de haber causado la muerte por negligencia. El juez señaló que el colono sólo pretendía asustar a la niña apuntándola y disparando con su arma mientras ella jugaba en el patio del colegio, pero su intención no era matarla, de modo que «este no es el caso de un criminal al que haya que castigar, detener y dar una lección metiéndole en prisión». Se le condenó por tanto a una condicional de siete meses, mientras que los otros colonos en la sala del tribunal rompían a cantar y a bailar.

Nada de esto se supo en Estados Unidos; una reacción comprensible. Después de todo, era otro árabe más, y como la represión israelí aún mantenía un tupido velo sobre las protestas, ¿por qué prestar atención a lo que estaba ocurriendo bajo la «benévola ocupación»? No sabemos, y no parece que muchos estén preocupados

* Este capítulo se basa en un capítulo preparado pero no publicado en *Deterring Democracy* (Verso, 1991; Hill&Wang, 1992).

por averiguarlo, qué efecto tuvieron éste y otros incidentes a la hora de preparar el terreno para la Intifada, que finalmente captaría la atención del mundo entero poco después, aunque no por mucho tiempo.

Cuando Yifrah fue liberado en septiembre de 1989, la prensa israelí informó de que una patrulla del ejército había abierto fuego contra el patio de un colegio en el que había niños de entre seis y doce años, en un campo de refugiados de Cisjordania, y, como consecuencia de los disparos, habían resultado heridos cinco niños, aunque supuestamente su única intención era «asustarlos». No se presentaron cargos, y el acontecimiento, una vez más, no atrajo la atención de Occidente. No era más que otro episodio en el programa de «analfabetismo como castigo», como señala la prensa israelí, y que incluía el cierre de colegios, el uso de bombas de gas, palizas a estudiantes con la culata de los rifles, retención de ayuda médica para evitar que llegara a las víctimas; los soldados entraban en los colegios y gritaban: «Si encuentro a los niños fuera, les patearé el culo y les joderé uno por uno», además de amenazar con detener a los profesores y otras muchas cosas.

A los detenidos se les metía en las «instalaciones de almacenamiento temporal», diseñadas cuando empezó la Intifada. En estos «gallineros», que medían veintiocho metros cuadrados, a veces metían hasta setenta personas, y muchas de ellas pasaban varias semanas encerradas, o incluso dos meses, como en el caso de dos chicos de catorce años. La atención médica era mínima, y a veces se les negaba completamente: otro capítulo en la sórdida historia del comportamiento de la profesión médica israelí. Además, se impidió que interviniera la Cruz Roja durante mucho tiempo, hasta que este hecho levantó las protestas de la opinión pública, bastante insólitas por cierto.

La falta de reacción ante la decisión del tribunal en el caso de Yifrah también es comprensible. La decisión refleja el tratamiento que la justicia daba normalmente a los árabes. Tampoco se tuvo noticia apenas en Estados Unidos cuando, también en septiembre, el general Matan Vilnai, comandante del ejército en la Franja de Gaza, liberó a los soldados de la Brigada Givati que habían sido condenados, para que pudieran pasar los Días Solemnes, desde el Rosh Ha-shaná hasta el Yom Kipur, con sus familias. Habían cum-

plido seis de los nueve meses de condena impuestos por haber golpeado salvajemente a un palestino en su casa, aunque sin llegar a matarle, porque, como el tribunal observó con mucho criterio, su muerte podría haber sido causada por los golpes que recibió pocas horas después, mientras estaba detenido en el cuartel general, un hecho que no mereció mayor investigación.

El Partido centrista Shinui alegó que la liberación de los soldados antes de que cumplieran la condena «muestra a los soldados en el campo de batalla que el ejército reacciona con indulgencia frente a los casos de sadismo y abuso» y «convierte el sistema judicial militar en una farsa», como si se pudiera hacer algo para evitarlo a estas alturas. El analista jurídico Moshé Negbi, señaló que el desenlace de este asunto, uno de los insólitos casos en los que se ha condenado a soldados por crímenes atroces (aunque no a los oficiales de alto rango responsables), «lo interpretarán muchos soldados como el permiso para asesinar a los árabes».

El *Jerusalem Post* publicó una carta del miembro del Kneset Dedi Zucker al Ministro de Defensa Isaac Rabin, acusándole de «haber celebrado cincuenta y dos consejos de guerra por abusos en los territorios durante la Intifada, y no haber juzgado a un solo oficial de mayor rango que el de comandante», a pesar de que las condenas pueden llegar perfectamente hasta los más altos rangos, incluso hasta el Ministro de Defensa. Un ejemplo es el caso del coronel Yehuda Meir, «que ordenó a los soldados romper los brazos y las piernas de los palestinos» en las aldeas de Cisjordania, y sin embargo, nunca se presentaron cargos contra él. Según Zucker, las investigaciones son superficiales, y «los investigadores del ejército casi nunca tienen en cuenta el testimonio presencial de los palestinos».

En un comentario más general sobre la participación de los tribunales en los actos de represión, el abogado Avigdor Feldman observa que «los jueces del Tribunal Supremo que derriban casas, dividen familias, arrancan árboles, expulsan a los habitantes de sus tierras, y decretan para éstos una vida invisible, no son menos violentos que los soldados que golpean y disparan cegados por la ira».

Es necesario hacer hincapié en que el comentario de Feldman se puede generalizar a toda la sociedad; también a los que financian esta política desde la otra orilla del Océano, y prefieren volver la vista hacia otro lado.

1. «Dejadnos llorar»

Una vez que los habitantes de los territorios habían sido reducidos a la casi total invisibilidad, no es sorprendente que la represión de la Intifada alcanzara nuevos niveles de brutalidad racista. Los asesinatos cometidos por el ejército en la Franja de Gaza se doblaron después de que el general Vilnai asumiera el mando en julio de 1989, para luego disminuir cuando se consideró que la población estaba lo suficientemente traumatizada. En septiembre, el teniente coronel Elisha Shapira, confiando en su propia experiencia en el servicio de reserva y en los informes de los miembros del movimiento de su *kibutz* (*Kibutz Artzi*, asociado con el Partido Mapam de izquierdas), informó de que había habido un aumento de las órdenes a los soldados para que rompieran huesos y cometieran otros «actos abusivos». Unos 50.000 palestinos fueron encarcelados durante la Intifada, muchos detenidos en condiciones grotescas, a menudo sin juicio.

El ejército destruyó los hogares de unas 3.000 personas (muchas veces destruyendo también o dañando seriamente otras casas vecinas) con el pretexto de que un miembro de la familia era sospechoso de haber lanzado piedras o de algún otro delito. Esta forma terrible y particular de castigo colectivo, como informa la prensa israelí, se aplica «en virtud de una ley que tampoco permite la reconstrucción de estas casas».

El general Amram Mitzna, que dejó su puesto para acudir al Centro para Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard, fue «especialmente brutal en este aspecto» en la época en que estaba al mando de las tropas en Cisjordania, señala la prensa israelí, puesto que «tenía que compensar su imagen de izquierdista». Sin embargo, la conmovedora expresión del general Mitzna fue emitida con frecuencia en las pantallas norteamericanas, revelando el tormento interior de un humanista obligado por la violencia árabe a recurrir a la fuerza en defensa propia. «Disparar y llorar», según la frase convencional hebrea.

Pero el periodista israelí Tom Segev observó una imagen diferente. Al revisar los historiales médicos de las víctimas de los tiroteos del ejército, y ver las esquirlas de metralla en la parte superior del cuerpo, o parte del cerebro que salía por la cuenca vacía de un

ojo, escribió que «el médico no mencionó el nombre del general Amram Mitzna, pero en su cara se podía ver, en cierto modo, mientras pasaba las radiografías que nos estaba mostrando, y era repugnante, aterrador, una imagen totalmente contraria a la del «buen israelí» que sus expertos en relaciones públicas construyen para él».

La destrucción de casas ha sido un método frecuente de castigo colectivo desde los primeros días de la ocupación, excepto en el período en el que Menajem Beguin (del Likud) fue primer Ministro. Esta práctica se reanudó con el regreso al poder del Partido Laborista, muy admirado en Estados Unidos por su moderación y humanidad. En seguida alcanzó niveles aún mayores cuando el Ministro de Defensa Isaac Rabin, del Partido Laborista, decidió acabar con la Intifada. La tortura, la expulsión y la detención administrativa fueron prácticas comunes bajo los gobiernos laboristas, aunque se interrumpieron o fueron menos frecuentes durante los años de Beguin, y se reanudaron una vez más cuando la «paloma» laborista Simón Peres accedió al poder como primer Ministro.

Bajo el mandato del Partido Laborista, de 1967 a 1977, 1.180 personas perdieron sus hogares; bajo el Likud, desde 1978 hasta 1985, sólo se expulsó a trece personas de sus casas. Parece que Israel es el único país del mundo que confía en esta forma de control de la población como una práctica regular, violando así no sólo las Convenciones de Ginebra, sino también la mismísima disposición de la Declaración Universal de Derechos Humanos a la que Israel y sus apologistas apelan con gran fervor y fariseísmo cuando condenan a la Unión Soviética por restringir la salida de emigrantes judíos rusos; sí, en efecto, la misma disposición.

Las peores atrocidades de la ocupación se han atribuido a Ariel Sharon, bajo el gobierno laborista a principios de la década de los 70, cuando instituyó lo que la prensa hebrea describe como un «régimen de terror indiscriminado» en la Franja de Gaza, y más tarde bajo el mandato del Likud en 1981 y 1982. La opresión ha sido siempre terrible, pero las correlaciones no son lo que el lector de la prensa estadounidense podría esperar.

Las frías estadísticas nos permiten, aunque de otra manera, «decretar para estos habitantes una vida de invisibilidad», evadiendo la realidad de la vida cotidiana. Por citar un ejemplo prácticamente al azar de la actual cobertura periodística israelí, mencio-

naré el caso del adolescente Muhammad Abu-Akar, de diecinueve años, un habitante del campo de refugiados de Deheisha, cerca de Jerusalén, que fue enviado a Estados Unidos para recibir un tratamiento por varias heridas de metralla y «permanece enganchado para siempre al aparato de alimentación artificial que sustituye al intestino que perdió».

El 4 de noviembre, algunos soldados entraron en su casa y le detuvieron. Cuando se dieron cuenta de que a quien realmente buscaban era a su hermano, le soltaron, pero otra patrulla «advirtió claramente a Muhammad que si su hermano no se entregaba antes del miércoles, volverían otra vez y le detendrían a él»; posiblemente una muerte rápida. A las ocho y media de la tarde del martes, mientras Muhammad estaba en el hospital, soldados del ejército irrumpieron en su casa, lanzaron una bomba de humo dentro, y golpearon a su madre, rompiéndole una mano. A las diez de la noche llegó otra patrulla, rompió los cristales de las ventanas y tiró toda la comida por el suelo. Una tercera patrulla llegó a medianoche. «Rompieron todo lo que quedaba aún sin romper, y ordenaron a la madre, a la que habían roto la mano, que se marchara a limpiar una valla pintada de graffiti que estaba a cincuenta yardas», diciéndole que si su hijo no se entregaba, le fusilarían en el acto. A la una de la madrugada, permitieron a la madre que fuera al hospital, junto con su hijo.

Esto también es el pan de cada día allí, por no mencionar las atrocidades, mucho más macabras, que se pasan por alto; así que, como ya hemos dicho antes, es comprensible que todo esto pase inadvertido.

Otro método empleado por el Ministro de Defensa Isaac Rabin es la expulsión de los palestinos que, según las autoridades, están viviendo «ilegalmente» en los territorios. Este programa de «traslado invisible» empezó durante el mandato del Partido Laborista poco después de finalizar la Guerra de los Seis Días, y se considera uno de los medios para resolver el «problema demográfico» (problema que consiste en que hay demasiados árabes en el Estado judío).

El programa se aceleró en agosto de 1989, convirtiéndose en una auténtica «plaga», según informa la prensa, especialmente en las aldeas pequeñas en torno a Ramala. Aproximadamente un 90 por

ciento de las víctimas eran mujeres y niños, algunos muy pequeños, como el caso de un niño de cuatro días. Casi todos los niños deportados nacieron en sus aldeas, pero el gobierno sólo reconoce como residentes a cerca de la mitad. Y como Israel es un Estado civilizado gobernado por el imperio de la ley, los aldeanos pueden incluso solicitar la «residencia legal» en sus hogares por un precio de cien dólares estadounidenses. Eso sí, el 99 por ciento de las solicitudes son rechazadas.

El procedimiento normal que utiliza el ejército es rodear una aldea antes del amanecer. Los helicópteros se ciernen sobre las casas y los soldados ordenan por los altavoces a todos los hombres que se reúnan en el centro del pueblo o, de lo contrario, serán fusilados en el acto. Entonces los soldados entran en las casas ya indicadas e informan a las mujeres que tienen cinco o diez minutos para coger sus bártulos y marcharse. Las obligan a coger un taxi árabe hasta el puente sobre el río Jordán y a pagar un peaje para cruzarlo, a veces con una multa añadida por su «residencia ilegal». Si no tienen dinero, las obligan a quedarse allí con los niños, de pie, sobre el puente, hasta que se acuerda algún modo de pago.

A veces, las mujeres no obedecen las órdenes lo suficientemente rápido, como en el caso de una mujer expulsada el 15 de septiembre; los soldados despertaron a sus dos hijos (de cuatro y seis años), les metieron descalzos en el taxi sin permitirles comer ni beber, y les enviaron a Jordania. Se desconoce la suerte de su otro hermano y de su hermanita de veintiocho días; supuestamente se fueron a Jordania con su madre. Cuando los padres pudieron volver a casa, descubrieron que sus mujeres e hijos habían desaparecido.

Otras veces, el ejército muestra una «sensibilidad extraordinaria», como en el caso de un niño con una lesión cerebral, que había pasado por el quirófano pocos días antes; a su madre le concedieron una semana más antes de que ella y su hijo fueran expulsados de su casa. Este niño había nacido en Israel, y estaba inscrito como un residente en la tarjeta de identificación de su padre, es decir, la situación normal. Pero no todos los deportados son mujeres, jóvenes y niños. Por ejemplo, está el caso de Zafira Mohammad Ahmed, una abuela que tenía el certificado de nacimiento de la época del Mandato británico, lo cual confirmaba que había nacido

en Palestina en 1895. Fue deportada a Jordania el 1 de septiembre, y no se le permitió llevar nada más que la ropa que llevaba puesta, y las zapatillas de estar por casa.

En los últimos meses de 1989, unas doscientas personas fueron expulsadas de sus casas de esta manera, de acuerdo con las fuentes palestinas, y unas 200.000 entraban dentro de la categoría amenazada. Hay varios modos de evitar la expulsión. Dos hombres contaron que se les exigió que fueran colaboradores, pero cuando se negaron, deportaron a sus mujeres (una de ellas en estado avanzado de gestación y con dos niños, y la otra con otro niño).

La ocupación israelí se ha apoyado desde el principio en una red de colaboradores, muchas veces escogidos entre los elementos criminales y los prisioneros, para que intimiden a la población y ayuden a identificar objetivos para la ejecución, encarcelamiento, tortura, expulsión y otros medios de control de la población. En los primeros momentos de la Intifada se disolvió la red, cuando se invitó a los colaboradores a «arrepentirse», o se les expulsó de sus aldeas, o en alguna ocasión, se les asesinó. Cuando la ocupación militar volvió a imponer gradualmente un régimen más estricto y aún más represor en los territorios, la reconstrucción de la red de colaboradores se convirtió en un objetivo primordial.

Colaboradores muy conocidos, que habían sido expulsados de sus aldeas, llegaron de nuevo escoltados por la guardia militar y provistos de armas (por supuesto, a los árabes no les está permitido tener armas en su poder a menos que sean agentes de las fuerzas de ocupación). Entonces, volvieron a las prácticas asignadas anteriormente: «Dotados de armas suministradas por los israelíes, han aterrorizado a la población local, ayudando al ejército a ejecutar detenciones, llevando a cabo controles improvisados en las carreteras, y golpeando y secuestrando a los activistas palestinos», según observa Joost Hiltermann, activista a favor de los derechos humanos en Cisjordania.

La red de colaboradores también se ha reconstruido sacando a una enorme cantidad de personas de la cárcel, «mediante una fórmula comprobada de privilegios, coerción y chantaje, incluso llegando a amenazar con encarcelar a parientes o con deportar a los cónyuges que carecían de los documentos de residencia pertinentes». Estos procedimientos son muy sencillos bajo el régimen tota-

litario de la ocupación, donde no rige ninguna ley y están permitidos el encarcelamiento arbitrario sin cargos, la tortura legalizada, y otros recursos, prácticamente todos los que los israelíes quieran.

La prensa israelí ha informado regularmente de todas estas cuestiones, pero la propaganda dirigida hacia el exterior, y transmitida por los medios de comunicación en Estados Unidos, en su mayor parte de un modo bastante poco crítico, cuenta una versión bastante diferente: una historia de «conflictos entre comunidades distintas», «episodios salvajes de violencia entre árabes», asesinatos de «moderados» por orden de la OLP, etc.

Al citar ejemplos típicos de este servicio (modelo) a la propaganda israelí, Hiltermann señala que «la práctica de eliminar a los agentes de una autoridad colonial o de ocupación por parte de un movimiento de resistencia autóctono tiene innumerables precedentes», como por ejemplo, la resistencia antinazi. Hiltermann cita las palabras de un soldado israelí que dice: «No entendíamos cómo estas personas seguían aún con vida. Como soldados israelíes... teníamos que trabajar junto a estos colaboradores, pero no entendíamos cómo sus vecinos en las aldeas no les habían pateado la cabeza».

En Israel, la prensa ha repetido constantemente la misma cuestión. Un precedente que se ha sacado a la luz es la resistencia judía en el gueto de Varsovia. Según informa Leah Enbal, «nueve meses antes de que estallara la revuelta en el gueto de Varsovia, los judíos de la resistencia iniciaron la exterminación sistemática de los colaboradores desde el *Judenrat* (Consejo Judío) y la policía hebrea», a veces llevando a cabo «matanzas colectivas». Enbal cita las memorias, publicadas recientemente, de Isaac (Antek) Zuckerman —uno de los fundadores de la resistencia judía y líder de la revuelta del gueto de Varsovia después de que su primer jefe fuera asesinado—, que fueron reveladas a un amigo antes de su muerte en 1981.

En ellas describía la «cruenta guerra» dentro del gueto antes de la revuelta, y afirmaba que «habría sido imposible luchar contra los alemanes sin acabar primero con la traición interna». Dice que cualquier persona consideraba el asesinato de los colaboradores como una venganza legítima. Aquellos que colaboraban con los alemanes, algunos como «miembros de la Gestapo», tenían que ser «eliminados hasta que no quedara ni uno sólo»; y también aquellos

«cuyas actividades estaban en contradicción con los intereses judíos». Zuckerman sólo lamenta que la resistencia «se retrasara demasiado» al acabar con estos colaboradores. Al hablar de este retraso, dice:

Hoy sé que nuestro fracaso en este aspecto fue histórico. Hoy, por ejemplo, estoy seguro de que, allí donde haya traición interna, la guerra debe empezar por la eliminación de estos traidores. [El retraso a la hora de hacerlo], fue nuestro gran fracaso, y nuestra deshonra.

Estas opiniones —sea lo que sea lo que uno piense de ellas— son ajenas a la cobertura informativa y a los comentarios sobre la Intifada en Estados Unidos. Surgieron en los orígenes de la Guerra de los Seis Días, como trasfondo por la invasión israelí del Líbano, en la investigación del terrorismo durante años, en las negociaciones diplomáticas, y en otros elementos fundamentales en la historia de las relaciones entre Estados Unidos, Israel y Palestina, que han sido borradas completamente de los documentos históricos —con toda probabilidad, de forma permanente en Estados Unidos— en uno de los triunfos más apabullantes de la propaganda de toda la era moderna.

Otro procedimiento empleado por los israelíes consistía en que los soldados irrumpían en la casa de una familia que estaba de duelo por alguna persona asesinada por las tropas israelíes. En un incidente del que informó la prensa, un grupo considerable de soldados obligaron al cortejo fúnebre a entrar en la casa, rompieron los muebles y los enseres de la vivienda y se llevaron a ocho personas fuera, entre los que estaba Aref, el hermano de diecisiete años del joven que había sido asesinado. Los pusieron con las manos en alto contra la pared. Después de dos horas, Aref se desmayó y se permitió a las mujeres que lo llevaran dentro de la casa. Los otros siete fueron detenidos. Pocas horas después, los soldados volvieron a la casa y detuvieron a Aref. En otro caso, los soldados dispararon y mataron a uno de los que llevaban el féretro.

«Vuestros soldados deben pensar que nosotros no estamos sufriendo ni tenemos que llorar a nuestros muertos», dice un residente de Nablus, que reveló estos incidentes en una entrevista con la prensa hebrea. «Muchos de los que han sido asesinados son chi-

cos jóvenes, y las madres palestinas lloran, como cualquier otra madre. Los hermanos y hermanas también lloran, igual en Francia, en Inglaterra, en China o en Israel. Somos los únicos a los que se prohíbe llorar, así que sólo tengo una pequeña petición: si no nos dejáis ser felices, por lo menos dejadnos llorar».

La ocupación, siempre desalentadora, ha adoptado un cariz especialmente terrible, mientras que Israel concibe nuevos medios para acabar con la Intifada. Nada escapa al brazo fuerte de las autoridades. La arbitrariedad de los actos que hemos relatado es deliberada; quizá sigue el consejo de los psicólogos y arabistas israelíes. La clave está en enseñar a los palestinos que cualquier aspecto de sus vidas está supeditado a las autoridades, y que el dueño hará lo que quiera, con impunidad. Tienen que aprender a no «mirar por encima del hombro», una ofensa que se denuncia con especial indignación (con estas palabras). Deben entender que ellos son una de esas «insignificantes naciones» que no deberían sucumbir a los «delirios de grandeza», sino adoptar una retórica neoconservadora apropiada.

La mayoría de las «palomas» están de acuerdo con el consejo del jefe de los corresponsales diplomáticos del *New York Times*, Thomas Friedman: dejad a «Ahmed ... un asiento en el autobús, [y] restringirá sus peticiones»; después tratadle como al sur del Líbano. Con esto Friedman propone un modelo en el que los soldados israelíes y una red de colaboradores aterroricen o expulsen a la población autóctona. Los «halcones» quieren que Ahmed entienda que debe andar con la mirada baja, todo el tiempo. Según Shahak, el líder de los libertarios civiles de Israel, el método básico es «el control total, incluso totalitario, ejercido por las autoridades israelíes sobre todos los aspectos de la vida palestina en los territorios, y la arbitrariedad con la que se impone», es decir, la humillación como un instrumento de la política.

Podríamos imaginar cuál sería la reacción de los sudafricanos si un periodista tuviera que aconsejarles que «cedieran a Sambo un asiento en el autobús», o si se propusiera que los judíos tuvieran «algo que perder», porque «si le cedés a Hymie un asiento en el autobús, puede que restrinja sus demandas». O si fueran Sambo o Hymie los que propusieran el modelo del sur del Líbano. Sin embargo, el racismo antiárabe está tan extendido, que apenas es

perceptible; quizá sea la única forma de racismo que aún se considera legítima.

El doctor Yoel Cohen, un especialista israelí en comunicaciones de masas, concluye en su investigación que, desde abril de 1988, «apenas se ha cubierto la información de la Intifada» en periódicos como el *New York Times*, el *Washington Post* y *Le Monde*. Este brusco declive en la cobertura informativa —al mismo nivel que los acontecimientos de Japón o Sri Lanka, según su estudio— es especialmente significativo en Estados Unidos, una cuestión que seguramente comprenderán aquellos que organizan y dirigen la represión mientras fluyen los dólares.

2. La realidad de la ocupación*

Pero los que sí entienden los hechos muy bien son las víctimas. El abogado de Cisjordania Raja Shehadeh, fundador de la Ley al Servicio del Hombre, comenta que «el fracaso de todas las iniciativas de paz ha hecho pensar aquí a todo el mundo que «estamos absolutamente desesperados, nos explotan, nos acosan, destruyen nuestras casas, y nadie hace nada para cambiar nuestra situación. No hay solución política, nadie que nos ayude desde fuera, y a menos que lo hagamos nosotros, nadie se va a preocupar»». No es tanto el «nivel de brutalidad» de las fuerzas de ocupación el que ha llevado a la total desesperación, continúa diciendo Shehadeh, sino la «ceguera y el odio hacia los árabes de Palestina», la infinita degradación, que es una condición de su vida diaria.

Shehadeh mira hacia atrás con cierta nostalgia, a los días en los que la actitud de Moshé Dayan prevalecía: «mantenerse alejados de las vidas de las personas en la medida de lo posible», bajo una ocupación que pretendía ser permanente.

Gracias a los archivos históricos internos, podemos saber algo más acerca de las opiniones de Dayan. En una reunión celebrada en septiembre de 1967, insistió en que dijéramos a los árabes: «no tenemos ninguna solución, tendréis que seguir viviendo como perros, y el que lo prefiera, puede marcharse...». A la objeción de Simón Peres de que Israel debería conservar «su postura moral», Dayan

contestó: «Ben Gurión dijo que el que se aproxima al problema sionista desde una perspectiva moral, no es un sionista». En efecto, el desprecio por la población árabe está fuertemente arraigado en el pensamiento sionista.

Algunos archivos del comité ejecutivo de la Agencia Judía para Palestina, que se han sacado a la luz recientemente, revelan, por ejemplo, el pensamiento de Chaim Weizmann después de la Declaración Balfour de 1917: «Con respecto a la cuestión árabe, los británicos me dijeron que hay varios cientos de miles de negros, pero que este asunto no tiene importancia» (citado por Arthur Ruppin). El periodista norteamericano Vincent Sheean llegó a Palestina en 1929 como un ferviente simpatizante del sionismo, y se marchó pocos meses después como un detractor de la causa sionista, sobre todo a causa de las actitudes de los colonos judíos hacia lo que ellos llamaban la «raza no civilizada» de «salvajes» e «indios rojos», «okupas de épocas primitivas», que, como David Ben Gurión expresó con unas palabras que aún se repiten a menudo, estarían «tan a gusto aquí como en Jordania, en el Líbano o en muchos otros lugares» que son «su país tanto como éste; y tan poco como éste». Los palestinos, obstinados y rebeldes, se niegan a ver esto.

Los primeros colonos, incluidos aquellos que se consideran ilustrados, vieron esta cuestión como «un conflicto entre la cultura y los hombres salvajes»; «no hay raza más cobarde, más hipócrita y menos honrada que ésta» (Avshalom Feinberg a Henrietta Szold). Se dieron cuenta de cómo era la «mentalidad oriental», con su falta de normas civilizadas y su confianza en la violencia, una «cultura de personas medio salvajes». Volviendo al presente, el Ministro de justicia Avraham Sharir explicó a un grupo de funcionarios judíos estadounidenses en febrero de 1988 que «los árabes son embusteros desde que nacen», una declaración que no provocó ninguna reacción, según informa la prensa israelí.

El comandante de las tropas israelíes de la frontera septentrional, el general Avigdor Ben Gal, describió a los árabes de Galilea (dentro del propio Estado de Israel) como «un cáncer en el cuerpo de Israel», una actitud repetida en las alusiones a la «Galilea despoblada» (Irving Howe), que se referían a que en Galilea había muy pocos judíos (pero demasiados ciudadanos árabes, como temía Israel). Otros despotricaban contra los árabes «enloquecidos en los

* Basado en "The Palestinian Uprising: A Turning point?", Z Magazine, May 1988.

distintos modos de su cultura» y comprometidos con actos de «derramamiento de sangre inútiles, aunque momentáneamente gratificantes» (Martin Peretz, editor del *New Republic*).

Estas actitudes persistentes, que han sido constantes a lo largo de toda la historia del colonialismo europeo, nos ayudan a entender lo que está ocurriendo en la actualidad. El editor israelí Yigal Schwartz, al terminar su viaje por Cisjordania como oficial de la reserva, señaló que la actitud predominante entre los militares se basaba en la concepción de que están tratando con «gente primitiva, indios, y es nuestro deber educarlos e imponerles una disciplina», por la fuerza si es necesario. «De derecha a izquierda», el desorden se utiliza para demostrar que «somos malos profesores», que «si los hubiéramos machacado desde el principio como debíamos, ahora estarían bien entrenados», pero ahora es necesario golpearles y humillarles; incluso está justificado que tres soldados den una paliza a una mujer indefensa, como describe Schwartz.

El general Shlomo Gazit, un antiguo jefe del servicio militar de espionaje israelí, ahora jubilado, explica que «no es suficiente destruir la casa de un terrorista [en la práctica, una persona perseguida para imponerle un castigo por las causas más insignificantes]; esto no sirve para disuadirlos. Deberíamos destruirlo todo en un radio de 300 a 400 metros a la redonda». Como antiguo oficial de alto rango en Cisjordania, en su reciente libro sobre la «historia del éxito», se muestra muy orgulloso de la ocupación, con su «absoluta prohibición de cualquier organización política» o de cualquier participación en los «asuntos políticos», de modo que la población nunca «se podría considerar como un socio en las negociaciones con Israel».

Partiendo de premisas como éstas, Edward Koch, alcalde de Nueva York, hace un llamamiento a Israel para «que aplaste las revueltas en los territorios con mano de hierro y métodos drásticos», para que deporta a los que lanzan piedras y no sea «tan sensible a la reacción de los medios de comunicación». El primer Ministro Shamir advierte que los palestinos que se oponen a la ocupación serán pisoteados «como saltamontes», con sus cabezas «aplastadas contra las rocas y las paredes»; «les decimos, desde lo alto de esta montaña y desde la perspectiva de miles de años de historia, que son como saltamontes comparados con nosotros». Si con-

sideramos las actitudes predominantes, no sorprende en absoluto que «en comparación con nosotros, los británicos reaccionaran ante la revuelta judía con una delicadeza extrema», tal y como señala el historiador militar Uri Milshtein.

Los editores del *New York Times*, que condenan la violencia actual, observan que «igual que Israel sufre, sufren sus amigos». Expresando su admiración por «esta diminuta nación, símbolo de la decencia humana», y «por la manera en que la sociedad israelí responde» cuando «las brutalidades no se disimulan ni se pasan por alto, sino que se sacan a la luz, se investigan y constituyen un gran motivo de preocupación», los editores elogian a aquellos israelíes que «están presionando para que se impongan métodos más humanos por sus efectos sobre los soldados más jóvenes, ya que creen que la brutalidad puede inflamar el malestar social.

Estos guardianes de los valores humanos piensan que Israel... puede permitirse el lujo de arriesgarse con tal de alcanzar la paz». No se mencionan otros motivos de preocupación por las palizas brutales, los asesinatos y el terror general. Podríamos preguntarnos cuál sería la reacción del diario soviético *Pravda* ante una actuación de este tipo si los judíos fueran las víctimas y los árabes o los polacos los autores.

Las mismas actitudes explican la desesperación de la población ante lo que se ha dado en llamar aquí una «benévola ocupación», que es en realidad un régimen de violencia y humillación desde sus comienzos. En Gaza, una franja de tierra que registra la que quizá sea la densidad de población más alta del mundo, y una economía prácticamente nula, gracias a las regulaciones israelíes que prohíben la competencia con la producción y las exportaciones hebreas, hay unos 2.500 colonos judíos, el 0,4 por ciento de la población, que están en posesión del 28 por ciento de las tierras estatales (Ze'ev Schiff).

En Cisjordania, la política también se ha centrado en impedir el desarrollo económico y la competencia con las empresas israelíes, para «empujar a los palestinos a que emigren» o para convertir a la población en un mercado de prisioneros y de mano de obra barata para Israel (Danny Rubinstein). «Desde el punto de vista económico, ellos son mano de obra barata para la clase dominante», escribe el catedrático Emmanuel Sivan, y añade que el «modelo colonialis-

ta» israelí se asemeja al de Argelia bajo la dominación francesa, y «lleva el rumbo de Sudáfrica» (como se puede leer en el título).

Los árabes «se están enfrentando a una crisis de agua muy grave», que se deriva de una división de los recursos hídricos que favorece a los colonos judíos, en una proporción de doce a uno; «naturalmente, a los habitantes árabes les está prohibido cavar nuevos pozos», mientras que, en Cisjordania, Israel saca reservas para sus propias necesidades por todas partes (Eyal Ehrlich). Los árabes pagan tres o cuatro veces más que los colonos judíos por el agua, según informa el *Jerusalem Post*. Al revisar «las principales leyes del *apartheid*» que se aplican dentro del propio Israel, Orit Shohet señala que el Fondo Nacional Judío, una organización caritativa dedicada por ley a atender únicamente las necesidades de los judíos, y que ahora, de hecho, ejerce el control sobre más del 90 por ciento de las tierras de Israel (de las que los no judíos están excluidos «a perpetuidad»), también está comprando tierras en Cisjordania, donde «no se permitirá vivir jamás a los no judíos», a través de una filial, para así ocultar este «absoluto saqueo».

En 1983, bajo las órdenes del comandante militar de Cisjordania, nadie podía plantar un solo árbol o una planta sin una autorización por escrito, que se concedía únicamente después de haber mostrado algún título de propiedad, un recurso para facilitar la transferencia de tierras privadas al Estado cuando los documentos se consideraban inadecuados, según comenta el abogado Avigdor Feldman. La pena por plantar una tomatera ilegal podía llegar a un año de prisión.

Otras medidas regulares incluyen el castigo colectivo, la deportación, la detención administrativa, y los consejos de guerra abreviados, de acuerdo con un sistema legal organizado para que «en el 98 por ciento de los casos, los abogados no puedan ver a los clientes palestinos hasta después de que «confiesen» y los jueces acepten y se crean la «confesión», aunque esté escrita en hebreo, una lengua que el sospechoso no conoce, y todo ello tras una prolongada detención con paliza, presiones y amenazas psicológicas incluidas, según informa el abogado Jonathan Kuttav de la Ley al Servicio del Hombre.

Los pocos atisbos de legalidad se abandonaron definitivamente en marzo de 1988, cuando Israel canceló la promesa hecha por el primer Ministro Begin al presidente norteamericano Jimmy Car-

ter de que la detención administrativa estaría sujeta a algún tipo de «proceso legal». Durante años, los residentes de Cisjordania han estado expuestos al saqueo de los colonos y a la violencia de la policía fronteriza y el ejército israelí, como ha relatado tantas veces la prensa hebrea, y tan pocas la estadounidense.

Dov Yermiya escribió, tras una visita al campo de refugiados de Deheisha, que el propósito es «echar a los habitantes y despejar el terreno para los planes de la colonización», mientras que los que sufren la «fuerza brutal» del ejército opresor y la violencia de los colonos no tienen otro recurso más que el de tirar piedras. Las represalias del ejército israelí son mucho más crueles que las de los británicos cuando «nuestros miembros de la resistencia lanzaban bombas, explosivos, y disparaban y mataban a los rehenes», como escribe amargamente este observador de «la realización del sionismo a lo largo de tres generaciones», y uno de los fundadores del ejército de Israel.

No es sorprendente que estas medidas se estén extendiendo también a los judíos, aunque en mucha menor medida. Por primera vez, se ha cerrado un semanario hebreo, el *Derech Hanitzotz* (y también su asociado árabe, aunque esto es corriente), de acuerdo con las Regulaciones de Emergencia del Mandato británico, que equivalen a un estado de sitio permanente, y que dejaron de tener efecto antes de que los británicos se retiraran, pero que fueron restablecidas por Israel de inmediato. La dura represión por parte del Estado hebreo de la libertad de expresión pasa desapercibida muy a menudo en Estados Unidos. Hasta protestas leves están empezando a provocar una respuesta severa por parte del gobierno. Los estudiantes de la Escuela de Artes y Oficios de Bezalel, que en una manifestación pacífica llevaban pancartas con el mensaje «dejadnos conservar nuestra imagen humana», fueron atacados por la policía y dispersados a la fuerza, con un resultado de veintisiete detenidos, un modelo que no es precisamente desconocido en EE.UU.

3. Escenas de la Intifada*

Uno de los grandes temas de la historia moderna es la lucha de los dominados por conseguir el control sobre sus vidas y su desti-

* Tomado de "Scenes from the Uprising", *Z Magazine*, July 1988.

no. En abril de 1988 viajé a Israel y visité los territorios ocupados, donde una de esas luchas ha alcanzado un nivel dramático de intensidad, y tuve la oportunidad de observar la Intifada palestina de primera mano, al menos por un breve tiempo.

Normalmente, los privilegiados contemplan esas luchas como un ataque a sus derechos, arrebatos violentos instigados por fuerzas malévolas empeñadas en nuestra destrucción: el comunismo mundial, o los terroristas y los fanáticos enloquecidos. La lucha por la libertad parece inexplicable en otros términos. Después de todo, la calidad de vida es mucho más alta en Soweto ahora de lo que era en la Edad de Piedra, o incluso en otros lugares del África Negra. Y los habitantes de Cisjordania y Gaza que sobreviven haciendo el trabajo sucio de Israel están mejorando su suerte por medio de medidas económicas. Los propietarios de esclavos ofrecían los mismos argumentos.

Algo tan claramente irracional como la sublevación de los desposeídos debe estar guiado por algún tipo de intención maligna o naturaleza primitiva. ¿Por qué íbamos a preocuparnos por la humillación y la degradación si estas condiciones se acompañan de alguna medida de crecimiento económico? ¿Por qué íbamos a sacrificar el bienestar material y las altas expectativas en una búsqueda quijotesca de la libertad y la dignidad? Si nos basamos en el supuesto de que el sentimiento humano básico y la fuerza que impulsa a una sociedad cuerda es el deseo de ganancias materiales, entonces estas cuestiones no pueden responderse fácilmente; por eso, buscamos algo más sofisticado y arcano.

Hace doscientos años, Rousseau escribió con mordaz desprecio sobre sus compatriotas civilizados, que habían perdido el auténtico concepto de libertad y «no hacen nada más que alardear incesantemente de la paz y el descanso del que disfrutaban con sus cadenas... Pero cuando veo cómo los demás sacrifican los placeres, el reposo, las riquezas, el poder, y hasta la vida misma, con tal de preservar este único bien que está tan despreciado por los que lo han perdido; cuando veo cómo nacen los animales en libertad y cómo la abominable cautividad hace que se rompan la cabeza contra los barrotes de su prisión; cuando veo cómo las multitudes de salvajes completamente desnudos desdeñan la voluptuosidad de los europeos y soportan el hambre, el fuego, la espada y la muerte, con tal

de preservar únicamente su independencia, entonces, y sólo entonces, siento que no les corresponde, a los que están esclavos, razonar sobre la libertad».

Estas palabras siguieron viniéndome a la cabeza mientras viajaba por Cisjordania, igual que lo han hecho otras veces en circunstancias similares. Es un privilegio muy poco frecuente poder vislumbrar un instante de la lucha popular por la libertad y la justicia. Ahora mismo la Intifada es sólo eso, y lo que pueda provocar según las condiciones que impongan el ocupante y el que pone los dólares.

3.1. Represión y resistencia

Israel ha probado el asesinato, las palizas, el lanzamiento de bombas de gas, las detenciones masivas, la deportación y la destrucción de casas, los toques de queda y otras formas de duro castigo colectivo. Nada de esto ha conseguido doblegar a los palestinos para que obedezcan ni provocar una respuesta violenta. La Intifada palestina es una hazaña considerable de autodisciplina colectiva. Es bastante distinta de la lucha de los judíos de Palestina por un Estado judío, que provocó el asesinato de oficiales británicos y del mediador de la ONU Folke Bernadotte, el ahorcamiento de los rehenes británicos, y muchas otras atrocidades contra los civiles árabes.

Isaac Shamir, primer Ministro en la época de mi visita y comandante del grupo que asesinó a Bernadotte, ensalzó el terrorismo como un imperativo moral: «Ni la ética ni la tradición judía pueden menospreciar el terrorismo como un medio de combate», escribió Shamir. «En primer lugar y por encima de todo, para nosotros el terrorismo es una parte de la batalla política que se lleva a cabo bajo las presentes circunstancias, y desempeña una función muy importante... en nuestra guerra contra el ocupante».

Algunos querrían convencernos de que estas opiniones, y los actos que se derivan de ellas, sólo eran propias de los extremistas, y que se abandonaron con el establecimiento del Estado que la prensa describe como el «símbolo de la decencia humana», «una sociedad en la que el sentimiento moral es un principio de la vida política» (*New York Times*), y que ha sido guiado por «un elevado propósito moral... a lo largo de su agitada historia» (*Time*). Pero hay

numerosos documentos que enturbian estas fantasías. Además, los líderes políticos se muestran reacios a condenar el terrorismo.

En algunos recuerdos que elogian a Chaim Weizmann, Isaiah Berlin observa que éste «no creía que fuera lícito desde el punto de vista moral denunciar los actos [de terrorismo judío] o a sus autores en público... no propuso que se denunciaran los actos, en su opinión criminales, pero que eran obra de mentes atormentadas, de hombres forzados por la desesperación...». David Ben Gurión mantuvo en secreto la confesión de un amigo cercano que estaba entre los asesinos de Bernadotte. Normalmente, los movimientos y las luchas nacionalistas conllevan violencia y terrorismo; también los nuestros, e Israel no es la excepción que confirma la regla.

Durante su lucha por la independencia, la comunidad judía de Palestina consiguió que hubiera un cierto grado de moderación por parte del ejército británico. Los palestinos saben muy bien que ellos no pueden esperar esta moderación, en el caso de que siguieran el ejemplo de los sionistas. Hasta las acciones no violentas —esfuerzos políticos y conflictos comerciales, por ejemplo, incluso de expresión verbal y simbólica— se han reprimido por la fuerza, y han fracasado por no recibir ayuda del exterior, ni siquiera por parte de los que alaban las virtudes de dichos medios no violentos. Si los británicos hubieran tratado durante muchos años a los judíos de Palestina como la represión israelí trata a los palestinos, habrían levantado protestas en Gran Bretaña y en el mundo entero. Imaginemos por un momento cuál sería la reacción internacional si la policía soviética tratara a los *refuseniks* (disidentes) de un modo comparable a las acciones israelíes que, aunque sea por un breve tiempo, llegan a las pantallas de nuestros televisores.

Los comentaristas israelíes han señalado el fuerte contraste entre la moderación de las fuerzas británicas y la brutalidad israelí como respuesta a la resistencia palestina, que se ha mantenido sorprendentemente disciplinada, algo que no va a durar siempre. Mientras escribo, la prensa informa —en un solo día— de violentas protestas en Taiwan, Francia, Corea del Sur y Manila, con bombas incendiarias y golpes contundentes por parte de los policías, y cientos de heridos, muy pocos entre los manifestantes o entre los autores de la revuelta. Estos Estados no son conocidos precisamente por su delicadeza; y sin embargo, la imagen está totalmente

alejada de los actos israelíes en circunstancias mucho menos amenazadoras.

Hay un comportamiento doble, como afirman muchas veces los apologistas de la violencia israelí; es justo lo contrario de lo que se reclama, y ha sido así durante muchos años.

El filósofo israelí Avishai Margalit compara el «espíritu de moderación» de la policía de Corea del Sur con la doctrina aplicada por el Ministro de Defensa Isaac Rabin del Partido Laborista: esas palizas brutales son «necesarias... para restablecer el honor del soldado frente al desafío de los palestinos». La diferencia, en su opinión, reside en las diferencias culturales con respecto al concepto del honor. Quizá sea así, pero el factor del racismo no debería pasarse por alto. A medida que la Intifada adquiría cada vez más fuerza, los judíos ortodoxos que protestan porque haya cine en *sabbath*, lanzaban piedras y objetos metálicos arrancados de las casas a los coches y a la policía; en aquel momento no se informó de ningún asesinato ni paliza sádica, ni tampoco seis meses después, cuando cientos de trabajadores judíos irrumpieron en el Ministerio de Economía y Hacienda, rompiendo ventanas e insultando a la policía y a los funcionarios en una protesta laboral.

Margalit comenta que «el anunciado deseo del gobierno israelí de... restablecer la «ley y el orden»... ha sido traducido fielmente: «borrar la sonrisa de la cara de los jóvenes palestinos»». La frase es muy apropiada. Los soldados que pegan a los árabes en plena calle en Jerusalén Occidental gritan que «han osado mirar por encima del hombro». La lección que se enseña a los árabes es «que no deben ir con la mirada alta», como cuenta el autor israelí Shulamith Hareven desde Gaza, donde el sello de veinte años de ocupación ha sido la «degradación», y el «acoso constante... porque les apetece, maldita sea, simplemente porque les apetece». «Un hombre camina por la calle y [los soldados y los colonos] le gritan: «¡Ven aquí, asno!»».

Una frase en hebreo que los árabes aprenden rápidamente es «eres el peor de los ladrones y bastardos». En la frontera, los soldados insultan y se burlan de una mujer que regresa de estudiar en Estados Unidos, y se ríen de «las distinguidas ropas que ésta lleva» mientras se las enseñan unos a otros en señal de burla durante la inspección del equipaje; a otra la despiertan a patadas a mediano-

che y unos soldados le ordenan leer un graffiti en una pared. Al visitar Gaza, poco antes de que estallara la Intifada, el primer Ministro Shamir convocó a los funcionarios y notables de la ciudad, les dejó esperando fuera ante una puerta cerrada, y cuando finalmente les permitió entrar, les informó con brusquedad de que Israel nunca abandonaría Gaza, y después se marchó; «una humillación como ésta tiene una importancia política definitiva», añade Hareven, y no pasa desapercibida para aquellos que han aprendido que «los judíos no entienden otra cosa sino la violencia». Estas son las condiciones de la vida diaria, más reveladoras que los cadáveres y los huesos rotos. La semejanza con los Estados sudistas de la América profunda en sus peores días, está muy clara.

El fenómeno es típico del colonialismo europeo, como por ejemplo, cuando George Washington se refirió a los «despiadados indios salvajes» de la Declaración de Independencia como «bestias depredadoras, aunque difieren en la forma», y que deben ser tratadas según corresponde. Hoy en día, comentarios insólitos pasan prácticamente desapercibidos. Mencionaré solo un ejemplo, por su relevancia para la élite de los medios de comunicación.

Mientras estaba en Israel, el corresponsal del *Times*, Thomas Friedman, mantuvo prolongadas entrevistas con la prensa hebrea debido a su Premio Pulitzer, que recibió por su «cobertura equilibrada y completa» de la información, que también incluía graves falsificaciones al servicio del opositorismo israelí. Friedman repitió algunas de las mentiras que él había contribuido a difundir, como por ejemplo, que los palestinos «no aceptan la coexistencia de Israel, y prefieren autoinmolarse». Continuaba alabando su brillantez al haber «previsto con gran agudeza el estallido de la Intifada en los territorios» —lo que quizá sea una sorpresa para sus lectores de siempre— mientras escribía «historias como nadie ha publicado jamás» con una «precisión» y una percepción únicas; antes de sus comentarios, explicó, Israel era «el país más informado del mundo, pero el menos entendido por los medios de comunicación».

Friedman también ofreció su propia solución al problema de los territorios, que ya hemos citado: el modelo debería ser el del sur del Líbano, controlado por un ejército de mercenarios terroristas apoyado por las autoridades israelíes. El principio básico debe ser «seguridad, no paz». Sin embargo, no debería negarse todo a los

palestinos: «Sólo si les dais a los palestinos algo que perder, habrá esperanza de que acuerden moderar sus demandas»; es decir, más allá de la «demanda» de reconocimiento mutuo en un acuerdo que establezca dos Estados, que es la postura que han mantenido de forma constante y que Friedman quiere ocultar, además de negarla constantemente. Continúa diciendo: «Creo que tan pronto como Ahmed tenga un asiento en el autobús, limitará sus demandas».

No es muy sorprendente que, después de que se anunciara el premio el 1 de abril, Friedman lo recibiera con mayor alegría que cuando recibió el mismo premio por su cobertura informativa de la guerra del Líbano en «un momento mucho más amargo», a causa del bombardeo de la embajada estadounidense en Beirut poco antes del anuncio. Sin embargo, esta vez el premio fue «perfecto, limpio de toda tragedia», dijo Friedman, «no había ocurrido nada desagradable en su vida en los meses anteriores».

La táctica israelí en la actualidad no ha cambiado; sólo es la escalada de violencia, que se ha extendido a medida que la resistencia ha recorrido prácticamente a casi toda la población palestina. Hace años, «abrir fuego como respuesta a un lanzamiento de piedras» se había convertido en «un asunto informal». La tortura sistemática se ha documentado desde los primeros días de la ocupación, un hecho que ahora ha reconocido la Comisión oficial Landau, encabezada por un respetado ex juez del Tribunal Supremo, que aconseja «una presión física moderada», «una expresión eufemística para decir que se permite la tortura con un propósito serio, distinta de la tortura por placer», como comenta Margalit.

Dentro de Israel, los trabajadores de los territorios pueden esperar un tratamiento parecido. Bajo el titular «la cabina del tío Ahmed», Yigal Sarna cuenta, pocos meses antes de estallar la Intifada, la «historia de la esclavitud» de los miles de trabajadores no sindicalizados que llegan a Israel cada día. «Son esclavos, ciudadanos de segunda clase, sospechosos de todo, que viven bajo los azulejos de los suelos de Tel Aviv, pasan la noche encerrados en una cabaña en el limonero de una granja, cerca de basureros y aguas residuales, en refugios que... sólo sirven para las ratas» o en garajes subterráneos o puestos de comestibles en el mercado, y además ilegalmente, ya que no se les permite pasar la noche en Israel, ni siquiera a los «niños que están trabajando todo el día» ni tampoco

a aquellos alquilados «en los mercados de esclavos de Ashkelon, Jerusalén, Ramat Gan y otros lugares».

Pocos días después, el parlamentario del Kneset Ran Cohen informaba del tratamiento que recibían los trabajadores árabes por parte de los guardias fronterizos en un hotel de Tel Aviv: «Se ha golpeado cruelmente a los trabajadores árabes, les han obligado a masturbarse delante de los guardias fronterizos, a lamer el suelo que pisaban y a beber café mezclado con azúcar y pasta de dientes, además de robarles su dinero». Estos trabajadores presentaron quejas a las autoridades, pero después de dos meses, no se había iniciado ninguna investigación.

La característica clave de la ocupación ha sido siempre la humillación: no les está permitido ir con la cabeza alta. El principio básico, muchas veces expresado abiertamente, es que los «*araboushim*» —un término del mismo tono que «negro» o «perro judío»— deben entender quién es el que domina esta tierra y quién el que debe ir con la cabeza agachada y evitar la mirada. Si los comerciantes tratan de abrir sus tiendas por la tarde como un gesto de independencia, el ejército les obliga a cerrar por la tarde y a abrir por la mañana. Si una aldea apartada se declara «liberada», refiriéndose a que va a controlar sus propios asuntos internos, el ejército ataca, y si unos lanzan piedras mientras los otros tratan de mantener a los soldados fuera de la aldea, el resultado será asesinatos, palizas, destrucción de casas, detenciones masivas, tortura, etc.

Los árabes israelíes también deben ser siempre muy precavidos. Un amigo árabe, un filósofo nacido en Nazaret y muy conocido en Israel, me llevó en su coche una tarde de Ramala a Jerusalén, y me pidió que cogiera un taxi hasta mi hotel desde su actual casa en la Jerusalén Oriental (anexionada por Israel en un desafío a la ONU, mientras ampliaban más del doble la zona urbana), ya que podían pararle en algún control al regresar a casa, y eso podía traer consecuencias bastante graves.

Un día que paseaba por el casco antiguo con otro amigo árabe, éste se puso de puntillas y tocó una bandera negra; muchas ondeaban en señal de duelo por el asesinato del líder de la OLP Khalil Al-Wazir (Abu Jihad) en Tunis por los comandos israelíes. Un guardia fronterizo que estaba cerca sacó una cámara y le fotografió, le siguió mientras seguía enfocándole, y añadió un comentario de

amenaza. Mi amigo no se asustaba fácilmente; había pasado años en una prisión israelí, y tras su liberación había defendido abiertamente los derechos palestinos. Pero me pidió que fuéramos de inmediato a la comisaría más próxima de la guardia fronteriza para explicar lo que había ocurrido a un policía que conocía; de lo contrario, temía mi amigo, podían venir a por él, acusarle de haber colgado banderas, someterle a un «interrogatorio» y despacharle para siempre. Un amigo israelí y yo fuimos a la comisaría, donde las palabras «Bruchim Haba'im» («benditos sean los que llegan») están grabadas en el dintel de la puerta; aunque teniendo en cuenta la reputación (bien merecida) de los policías fronterizos, es imposible imaginarse que los árabes tengan una vida de tantas bendiciones. Al principio no pudimos hablar con el policía que buscábamos (estaba entretenido escuchando llamadas de teléfonos pinchados, como nos informaron tranquilamente), pero cuando llegó, le explicamos lo que había ocurrido. Entonces llamó a la patrulla y les ordenó olvidar el asunto. Afortunadamente, se pudo conseguir «protección» en este caso.

El patrón es el mismo para todos. El periodista israelí Tom Segev nos informa de lo que ocurrió cuando un abogado árabe le dijo que un simple paseo espontáneo por Jerusalén arrojaba abundantes pruebas de intimidación y humillación para los árabes. Escéptico, Segev fue a pasear con él por la ciudad de Jerusalén, donde los policías fronterizos le pararon varias veces para comprobar sus documentos de identidad. Uno le ordenó: «Ven aquí, salta». Riéndose, tiró los documentos a la carretera y mandó al abogado que fuera a por ellos. «Esta gente hace lo que le digas», explicaron los policías a Segev: «Si le digo que salte, salta. Si le digo que corra, corre. Si le digo que se quite la ropa, se la quita. Si le digo que bese la pared, la besa. Y si le digo que se arrastre por la carretera, ¿no lo va a hacer?... Todo. Dile que insulte a su madre y también lo hará». «No son seres humanos». Entonces los policías fueron a por el abogado, le dieron una bofetada y le ordenaron que se quitara los zapatos, advirtiéndole que también podían ordenarle eso. «Mi árabe», continúa Segev, «se mantuvo en silencio sentado en el suelo», mientras los policías se reían y repetían: «realmente no son humanos». Luego se marcharon. «La gente pasaba y nadie miraba al árabe, como si fuera transparente. «Aquí tienes tu historia», me dijo mi árabe».

Otros no tienen tanta suerte; a otros los golpean y se los llevan para «interrogarlos» y detenerlos sin cargos. Las quejas a la policía no hacen más que provocar más brutalidad, como prueban los numerosos documentos. Estas son las condiciones de la vida cotidiana para Ahmed, y el contexto de la Intifada.

3.2. Algunos comentarios personales

Yo viajé a Israel en abril, en la época del asesinato de Abu Jihad, un acto que fue bastante celebrado en Israel, y que recibió una amplia aprobación en EE.UU., puesto que la víctima había estado implicada en la planificación de actos terroristas; aunque por los mismos motivos, no tenía por qué haber ninguna objeción para asesinar a los líderes políticos israelíes y estadounidenses.

La Franja de Gaza se cerró completamente a causa de las protestas, que provocaron auténticas matanzas por parte del ejército, y era imposible entrar. Pero con algunos contactos árabes, muy eficaces, pude visitar las zonas árabes de Cisjordania. Incluso antes del asesinato, la región empezaba a parecerse a un campo de concentración. La respuesta a la ocupación es la determinación y el desafío silencioso, un nivel de organización popular digno de admiración, el firme intento de desarrollar una economía de subsistencia autosuficiente, aunque sea simplemente para sobrevivir si es necesario, y, lo que es más sorprendente, una moral muy alta. Desde los principales activistas palestinos, a los organizadores de los comités populares, o a los aldeanos que están bajo el control militar, y hasta las víctimas del ejército y el terrorismo de los colonos, la respuesta es siempre la misma: lo soportaremos, sufriremos, y ganaremos nuestra independencia haciendo que sea imposible para los israelíes mantener su dominación.

En el hospital de Ramala había muchos pacientes en estado grave, pero no se veían médicos por ninguna parte, y había muy pocas enfermeras el día que yo fui. Pocas horas antes, había tenido lugar un enfrentamiento con los soldados fuera del hospital, y los médicos se arriesgaban a ser detenidos si atendían a los heridos. Los pacientes y las familias fueron los primeros en mostrarse reacios a hablar con nosotros, ya que desconfiaban por si acaso éramos agentes israelíes haciéndonos pasar por periodistas. Después de que nuestro guía hubiera mostrado sus credenciales, estuvieron

dispuestos a hablar, y nos describieron las circunstancias en las que habían sido golpeados y disparados. Un hombre, paralizado de la cintura para abajo, que tenía tubos enganchados por el cuerpo y cinco heridas de bala, nos dijo con voz queda cuando nos alejábamos de su cama: «Si tuvierais que luchar por vuestra patria, también tendríais que sacrificaros».

Un chico de trece años, que había recibido el impacto de una bala de goma (una bala de acero revestida de goma), nos contó que le habían disparado cuando volvía a casa de la mezquita e intentaba alejarse de una manifestación que tenía lugar en las cercanías. Cuando le preguntamos cómo estaba, replicó que su moral estaba «más alta que el viento». Estos sentimientos son comunes a todos, y los expresan sin retórica ni enfado; estas personas carecen de medios para defenderse, han soportado mucho sufrimiento y cada día se enfrentan a más dolor, y, sin embargo, tienen los ojos alegres y una sensación inevitable de victoria.

Por el contrario, en Israel, al menos entre los sectores de la población que se preocupan por lo que está ocurriendo, hay una sensación de aprensión. Un amigo muy cercano de cuarenta años me preguntó, después de que yo hubiera dado una conferencia en la Universidad de Tel Aviv sobre la situación actual, si pensaba que los judíos israelíes estarían allí dentro de veinte años. Puede que el ambiente en los territorios, y la sensación de que pueden sobrevivir a una represión cada vez mayor hasta que la ocupación termine y se consiga la independencia, no sea realista, pero se advertía de inmediato.

Un viernes por la mañana, con los comercios cerrados, la ciudad de Nablus estaba silenciosa, aunque los soldados israelíes estaban patrullando, preparándose para una manifestación que se esperaba después de que los musulmanes salieran de la mezquita. A las afueras de la ciudad, en un campo, un grupo de hombres y chicos estaba recogiendo la cosecha con sus propias manos para poder comer. El Mando Nacional Unificado del Alzamiento, un comité para coordinar la Intifada, había señalado ese día para preparar una economía de subsistencia, que no dependiera de Israel, que ha convertido los territorios en un mercado para los productos israelíes y en una fuente de mano de obra barata.

No ha habido ningún intento serio de organizar las negativas masivas a trabajar en Israel, porque la dependencia de los territorios en este trabajo de supervivencia aún no se ha superado. Uno de los organizadores, un empleado del ayuntamiento, nos guió hasta un piso en el casco antiguo de Nablus, donde se nos unió otro activista local, un taxista. Con su laberinto de callecitas estrechas y serpenteantes, el ejército no puede patrullar la parte antigua de la ciudad, y ha construido pesadas puertas de acero en las entradas para poder encerrar a la población si fuera necesario. Los dos hombres describieron la red de comités populares, organizada por el vecindario, y su función (atención médica, producción, servicios municipales, grupos de mujeres, etc.), que consiste en organizar los asuntos de la ciudad y la vida social, y que recibe directivas regularmente del Mando Nacional Unificado sobre asuntos de política general, que, a su vez, señala días concretos para que se lleven a cabo ciertos tipos de actividades tal y como determinen las comunidades locales.

Estas organizaciones populares se han ido desarrollando durante años a partir de la iniciativa del Partido Comunista (ilegal), que ha hecho mucho hincapié en la organización popular, más que en la «lucha armada», y que puede haber ganado mucha credibilidad gracias al éxito, ahora bastante evidente, de esta estrategia, y al apoyo de las diversas facciones de la OLP, especialmente de su elemento dominante, Al Fatah. Esta aparición y desarrollo de los comités populares en los últimos meses es la característica más sorprendente de la revuelta popular, y tiene una gran importancia a largo plazo. Shulamith Hareven observa que la Intifada «no es sólo una protesta contra el poder israelí, aunque éste sea su componente más básico y evidente».

Es una «revuelta de mujeres y jóvenes contra la autoridad patriarcal tradicional», contra «el trabajo de las mujeres» y «los ancianos prósperos, que mantienen sus relaciones con Israel y otros países», en «una sociedad en la que, si hay algo muy importante, es el desarrollo y el cambio que tenemos ante nosotros; y aunque consigan acallar los disturbios actuales, el proceso va a seguir adelante». Al informar desde las aldeas de Cisjordania, Zvi Gilat describe su «autonomía socialista», con ayuda mutua, provisiones distribuidas entre los que tienen necesidad, y organización popular, a pesar

del terrorismo israelí, siempre presente, como en Ya'bed, donde los aldeanos escuchan durante toda la noche «cómo gritan los prisioneros y suplican comida» en el colegio de la zona, convertido (como muchos otros colegios) en un «campo de prisioneros». Las huellas están por todas partes.

Aunque la policía árabe ha dimitido bajo las órdenes del Mando Nacional Unificado, los habitantes de la región dicen que apenas hay crímenes ni disturbios, aparte de las reyertas con las fuerzas de ocupación. En Nablús, se han puesto en marcha planes para criar gallinas y conejos, y para cultivar a las afueras de la ciudad. La estructura de partidos surge en el ámbito del Mando Nacional Unificado (Al Fatah, el Frente Popular, el Frente Democrático, el Partido Comunista, y en Gaza, la Yihad Islámica). Pero parece que no tiene tanta importancia, a pesar de sus indudables funciones, en el ámbito local.

El énfasis y la preocupación primordial es la organización de la vida de la comunidad, con vistas a crear la base para una independencia total. El objetivo político es acabar con la ocupación. Cuando la cuestión se refiere a los medios empleados para alcanzar este fin, la respuesta es siempre la misma: estos asuntos se negocian con la OLP. Aún así, sectores informados han criticado a la OLP, acusándola de incompetencia, corrupción, y lo que es peor, del desprecio, apenas velado, que siente hacia varios personajes en Israel considerados por los medios de comunicación como líderes y portavoces oficiales, aunque no todos; Faisal Hussein, director de la Sociedad de Estudios Árabes de Jerusalén Oriental, que de nuevo permanece bajo detención administrativa, fue mencionado con especial respeto.

Pero el problema palestino se entiende como un problema nacional, y la OLP es la organización líder a escala nacional, a pesar de sus defectos. Podemos imaginar que, si se consigue la independencia, los conflictos sumergidos en la unidad de resistencia van a volver a salir a la superficie, especialmente ahora que la organización local ha conseguido un nivel y un éxito sustanciales.

Las actividades descritas por los organizadores locales se correspondían prácticamente con un análisis bastante serio llevado a cabo por Bashir Barghouti, un intelectual de Cisjordania con mucha influencia. Su opinión, presentada con detenimiento y con una

perspectiva a largo plazo, es que se establecerá una vida independiente, por mucho que Israel adopte medidas para evitarla, y finalmente, se alcanzará la independencia política cuando sea demasiado costoso para Israel mantener la ocupación.

La red de organizaciones populares, y sus actividades para crear una economía autosuficiente y un gobierno propio, proporcionarán la base para la estructura social y política de un Estado formado por Cisjordania y la Franja de Gaza, creado junto a Israel. Si los planes son realistas y las perspectivas realizables, es algo que desconozco, pero el hecho de que un amplio sector de la población tenga ideas e intenciones semejantes es algo que debe señalarse, al igual que el espíritu de dedicación y los esfuerzos que se están haciendo, además del parecido con los primeros tiempos de la historia del sionismo.

Uno de los primeros pueblos en declararse liberado fue Salfit, que resistió la embestida del ejército hasta tres días antes de mi visita. Los comités locales «habían organizado los servicios municipales, incluidos los servicios sanitarios, como una alternativa a los proporcionados por la Administración Civil», y había «colocado guardias y patrullas para avisar de la llegada de los colonos y del ejército», según relata el *Jerusalem Post* en su breve noticia sobre el ataque. La historia de Salfit nos la contó de nuevo Rajeh al-Salfiti en su casa, un nacionalista muy conocido y cantante de folk, que había sido detenido por los británicos durante el alzamiento palestino de 1936 a 1939, después por los jordanos cuando gobernaban Cisjordania, y por último, por los israelíes después de su conquista.

De acuerdo con su versión, relatada con intenso detalle y completada por varios amigos que estaban de visita, él fue una de las ochenta personas detenidas cuando Israel ocupó la ciudad con unos 1.500 soldados, en un ataque que tuvo lugar antes del amanecer. Después fue liberado junto con otros dos (uno gravemente herido y el otro discapacitado). La ciudad tiene una presencia dominante del Partido Comunista, y estaba muy bien organizada. Los primeros intentos del ejército para entrar fueron rechazados por manifestantes que tiraban piedras; es bastante normal que los enfrentamientos de los que tenemos noticia por la prensa, y también los que pasan desapercibidos, se desarrollen de esta manera. Al principio, el ejército creyó que el intento de autogobierno podía resolverse por medio de actos terroristas esporádicos.

Un hombre contó cómo dos tiradores israelíes vestidos de civiles se encaramaron al tejado de un edificio a las afueras de la ciudad y dispararon al azar a una persona que estaba en la calle. Después, el que había disparado le dijo a su compañero que ya se podían marchar. Pero ni estos intentos ni los que se llevaron a cabo más tarde tuvieron éxito. El pueblo continuó unido en la resistencia, gobernando sus propios asuntos.

En una ocasión, a finales de marzo, el ejército irrumpió en la ciudad con el pretexto de rescatar a un autobús de turistas que había sido secuestrado, y mató a un niño de catorce años, además de «rescatar» al autobús y a sus ocupantes. Pero rápidamente se descubrió que esta historia era mentira. Los que viajaban en el autobús eran un grupo de académicos norteamericanos que asistían a una conferencia organizada por la Universidad de Bir Zeit (clausurada por el ejército, al igual que todo el sistema escolar y universitario). Estaban de visita en la ciudad, donde fueron bienvenidos por los habitantes locales. Uno de los «rescatados» (mucho después de que el autobús hubiera dejado atrás la ciudad) era el profesor de la Universidad de Harvard Zachary Lockman, que contó que un helicóptero había estado vigilando la ciudad durante la visita, y que él mismo había oído cómo un oficial del ejército le decía a su comandante por radio que el grupo «no había estado amenazado en ningún momento».

Cuando el ejército ocupó finalmente la ciudad, nos contaron que los soldados entraron en la mezquita y la profanaron, y uno subió hasta el minarete y gritó en árabe: «Vuestro Dios se ha ido, ahora nosotros estamos en su lugar», otro acto más de humillación. Lo mismo ocurrió en otros lugares, según nos informaron, como por ejemplo, en Beit Ummar, donde los soldados hicieron añicos más de un centenar de ventanas de la mezquita, destruyeron libros sagrados y otros bienes, y robaron grabaciones de lecturas del Corán en el transcurso de un saqueo que duró cinco horas, en el que utilizaron bulldozers que dañaron seriamente casi todo el edificio, además de la calle principal. También destruyeron coches y tractores, arrancaron árboles y provocaron el caos general.

En Salfit, destruyeron las oficinas del Mando Nacional Unificado y dañaron otros edificios. Los soldados entraban en las casas, identificadas por números, para buscar a los que había que detener.

Se especuló sobre los helicópteros que habían estado sobrevolando la ciudad en los días anteriores, y que quizá tenían el objetivo de proporcionar mapas detallados. Una vez en prisión, los detenidos fueron sometidos a las palizas de costumbre. Cuando estábamos a punto de abandonar la ciudad, oímos a unos niños que venían gritando que se acercaban los soldados. La gente salía atropelladamente de las casas para enfrentarse al ejército israelí una vez más, también las mujeres y los niños. Está claro que tenían la moral intacta, tan sólo tres días después del ataque.

Mis guías árabes no quisieron que nos sorprendieran en la ciudad, así que nos fuimos en otra dirección. En la prensa no se mencionó ningún ataque, y nunca supe lo que ocurrió.

Me uní a varios abogados del grupo de derechos humanos Al-Haq de Ramala (Ley al Servicio del Hombre) en una visita al pueblo de Beita, que estaba sometido a un bloqueo del ejército que impedía cualquier contacto con el mundo exterior; habían cortado el gas, el agua y la electricidad, y había escasez de leche, harina y verduras. Llegamos a Beita por una carretera secundaria que atravesaba las colinas, guiados por un hombre de un pueblo cercano, y estuvimos allí hasta las siete de la tarde, cuando los militares imponen el cierre hasta que finalice el toque de queda, lo cual significa estar bajo arresto domiciliario. Cuando nos marchamos, la carretera secundaria que atraviesa las colinas había sido bloqueada con rocas para proteger a la ciudad de los colonos o de un posible ataque del ejército.

El nombre de Beita empezó a conocerse cuando una adolescente judía, Tirza Porat, fue asesinada el 6 de abril a manos de un colono israelí, Romam Aldubi, después de un enfrentamiento que tuvo lugar cuando veinte excursionistas del asentamiento religioso-nacionalista de Elon Moreh entraron en las tierras de Beita; su intención era «mostrar quiénes son los maestros», como explicó un excursionista a un entrevistador en televisión. Aldubi, uno de los dos guardias armados que acompañaban a los excursionistas, también asesinó a otros dos aldeanos, Mousa Saleh Bani Shamseh y Hatem Fayez Ahmad al-Jaber (hay versiones contradictorias en cuanto a sus nombres), y dejó heridos a varios más. Aldubi es un extremista muy conocido, que tiene prohibido entrar en Nablus, el único judío sujeto a una orden de exclusión del ejército; el segundo

guardia y organizador de la excursión, Menajem Ilan, tenía antecedentes criminales. Un chico de dieciséis años, Issam Abdul Halim Mohammad Said, también fue asesinado por soldados israelíes al día siguiente.

Los excursionistas afirmaron que habían sido aldeanos árabes los que habían asesinado a Tirza Porat, desencadenando prácticamente el histerismo colectivo en Israel. Dos Ministros del gobierno hicieron incluso un llamamiento para destruir la ciudad y expulsar a su población. En un solo día, el ejército decidió que Tirza Porat había sido asesinada por Aldubi, e hizo saltar por los aires catorce casas, mientras el jefe del Estado mayor Dan Shomron informaba que «los residentes árabes no habían intentado hacer ningún daño a los excursionistas de Elon Moreh»; de hecho, habían intentado protegerlos.

Detuvieron a muchas personas (sesenta seguían en prisión cuando nosotros llegamos), y más tarde deportaron a seis habitantes. El general Shomron declaró que «la acción debía ser inmediata. Si no se actuaba, podía tener lugar una nueva acción en la zona», es decir, más violencia por parte de los colonos. Nahum Barnea señala que el castigo colectivo y las expulsiones son «el tributo esperado» que se paga por controlar a los colonos, aunque el castigo por su violencia está fuera de lugar, puesto que son judíos.

Beita es —o era— un pueblo tranquilo y apacible, encajado entre colinas no muy lejos de Ramala. Aldea tradicional y conservadora, Beita se había declarado liberada poco después de que estallara la Intifada, y fue atacada varias veces por el ejército, lo que provocó enfrentamientos con lanzamiento de piedras en la carretera de entrada a la aldea, que el ejército había bloqueado. Durante un asalto del ejército el 14 de febrero, los soldados destruyeron muchas propiedades, y tres aldeanos tuvieron que ser hospitalizados con algún miembro roto: dos adolescentes y un hombre de ochenta años con un brazo, dos dedos y dos costillas rotas. Puesto que todo esto era normal, la ciudad quedó envuelta en la oscuridad.

Pero lo que ocurrió el 6 de abril no quedó sin respuesta. De acuerdo con los aldeanos, las tierras de Beita estaban bajo clausura militar en aquel momento. Empezaron a preocuparse cuando vieron que entraban algunos colonos en sus tierras y se acercaban a un pozo, ya que temían que estuvieran planeando envenenarlo o des-

truirlo; eso había ocurrido en otros lugares, según los habitantes de la región, como por ejemplo, en Ya'bed, donde los colonos judíos hicieron saltar el pozo por los aires. Cuando Aldubi asesinó a Mousa Saleh en los campos, los aldeanos llevaron a los excursionistas al pueblo para decidir qué medidas debían tomarse. Aldubi asesinó a su segunda víctima cuando ésta se acercó con las manos en alto para pedirle que entregara su arma y se llevara a los excursionistas. A Tirza Porat la mató después de recibir varias pedradas lanzadas por la madre y la hermana de Mousa Saleh. Después de aquello, le retiraron su rifle y lo destruyeron.

El ejército ha negado las versiones de los colonos sobre los tiroteos de los árabes, y en aquel momento publicó un informe de dudosa fidelidad. Mis amigos israelíes de Jerusalén me contaron que ellos no tenían ni la más mínima duda de que los excursionistas estaban mintiendo, desde el primer momento en que los vieron por televisión. Aunque éstos permanecieron bajo el control de los habitantes durante varias horas después de los asesinatos, ninguno resultó herido, y los aldeanos los protegieron mientras el ejército hacía un esfuerzo por calmar el histerismo que siguió a estos acontecimientos.

Las fuentes oficiales alegaron que se había advertido con mucha antelación a los aldeanos de las demoliciones de sus casas, para que pudieran llevarse sus posesiones. Esto es completamente falso. Diez días después, los aldeanos aún estaban hurgando entre las ruinas, buscando trozos de los muebles rotos, ropas, y comida enlatada que había sido sepultada por las explosiones. De acuerdo con varias versiones independientes, los aldeanos fueron convocados en la mezquita, donde se anunció que en quince minutos derribarían sus casas. Nos contaron incluso que a un hombre se le concedió tiempo para trasladar sus posesiones a casa de su padre, después de lo cual los soldados destruyeron las dos casas. Se trataba de casas sólidas de piedra; una de las que fueron parcialmente destruidas fue un edificio de dos plantas, que, según nos contaron, tenía más de cien años. Aparte de las catorce casas destruidas según las fuentes oficiales, otras dieciséis quedaron dañadas, muchas inhabitables.

Aquel día vi una casa con una pared atravesada por un bloque de hormigón de unos tres metros de longitud, que se había desplazado unos quince metros desde la estructura derruida más cercana.

La Comisión Internacional de Juristas de Ginebra denunció los castigos colectivos, incluidas las demoliciones y expulsiones, como otra violación más de las Convenciones de Ginebra de 1949. Las urnas mostraron que el 21 por ciento de los judíos israelíes se oponía a la destrucción de las casas, mientras que el 13 por ciento pedía la «erradicación» total del pueblo. Algunos comentarios condenaron la destrucción de la casa de un hombre que había ayudado a los excursionistas, pero yo no observé una condena general por parte de los medios de comunicación más importantes, ni tampoco se pidió el castigo colectivo de Elon Moreh, a pesar de que la provocación de los colonos del asentamiento había sido la causa de los asesinatos de Aldubi.

Al igual que en otros lugares, los aldeanos contaron lo que había pasado, y su actual situación, con calma y sencillez. Estaban preparados para aguantar. Sus respuestas se tomaron en serio y se tuvieron en cuenta. Cuando se les preguntó cómo reaccionarían si los israelíes se ofrecieran a reconstruir las casas que habían sido destruidas (dieciséis de las cuales habían sido dañadas o destruidas «ilegalmente», incluso según las normas que rigen los territorios haciendo las veces de leyes), ellos respondieron, después de consultarlo, que tendría que tratarse de una decisión política: si los judíos vinieran a reconstruirlas con un espíritu de amistad y solidaridad, entonces serían bienvenidos; pero si sólo intentaban limpiar sus conciencias o mejorar la imagen del «maravilloso Israel», los aldeanos no los aceptarían. Planteé la cuestión de la reconstrucción de las casas destruidas «ilegalmente» a varios intelectuales del movimiento Paz Ahora en Jerusalén, y me contestaron que el asunto estaba considerándose, pero yo no he tenido más noticias al respecto.

Estaba lloviendo intensamente cuando visitamos Beita. Algunas mujeres intentaban cocinar al aire libre, bajo la lluvia; otras lo hacían en casas semiderruidas. Una casa podía albergar a más de una docena de habitantes. El número de personas que se quedaron sin hogar es considerable, aparte de todas las que fueron detenidas y deportadas. La madre y la hermana de Mousa Saleh, ésta última

embarazada de tres meses, están en la cárcel, y sus casas han sido destruidas. La hermana está acusada de agresión, y según la prensa israelí, puede ser acusada de complicidad en el asesinato de Tirza Porat. En cuanto a Aldubi, él no tiene ningún cargo, puesto que, como dijo un portavoz del ejército: «Creo que el trágico incidente y su resultado sirven ya de castigo»; para este asesino, eso sí, pero no para los *araboushim* que miran por encima del hombro.

De las víctimas de los acontecimientos de Beita, sólo el nombre de Tirza Porat es conocido, y tan solo las circunstancias de su muerte merecieron comentarios y una investigación. Esto sólo se puede esperar en el clima que reina tanto en EE.UU. como en Israel. ¿Cómo iba a haber oído alguien hablar de Intissar al-Atar, una joven palestina de diecisiete años, disparada y asesinada en el patio de su colegio en Gaza el pasado 10 de noviembre, o de su asesino, Shimon Yifrah, del asentamiento judío de Gush Katif en la Franja de Gaza, detenido un mes después y puesto en libertad bajo fianza, como determinó el Tribunal Supremo, ya que «el delito no es tan grave como para decretar la detención del acusado, y en este caso, no se teme que Yifrah repita su crimen o se libre del castigo»? ¿O de Jude Abdallah Awad, un pastor asesinado, y de su compañero gravemente herido, cuando un colono judío intentó echarlos de un campo el 5 de mayo, un incidente que mereció ochenta palabras en el *New York Times* (y ninguna cuando el colono fue puesto en libertad bajo fianza, y acusado de homicidio sin premeditación)? ¿O de Iyad Mohammed Aqel, un chico de quince años asesinado a mano de soldados israelíes, al que «golpearon brutalmente» en la cabeza, según un testigo, después de ser arrastrado fuera de su casa en un campo de refugiados en Gaza?

La reacción, tanto en EE.UU. como en Israel, frente al tratamiento extremadamente discriminatorio que reciben los árabes y los judíos en los tribunales, está en consonancia con los niveles de terrorismo y de derechos. El artista palestino Fathi Ghaban recibió una condena de seis meses de prisión por utilizar los colores de la bandera palestina en un cuadro. Un trabajador árabe al que descubrieron durmiendo ilegalmente en Tel Aviv, recibió la misma condena, más dos meses de cárcel adicionales si no pagaba una elevada multa. Cuatro jóvenes árabes fueron condenados a pagar multas y a tres meses de duro trabajo por haber ondeado una bandera

palestina en una manifestación de protesta por las masacres de Sabra y Chatila.

Por el contrario, un sargento que ordenó a dos soldados enterrar a cuatro palestinos vivos con un bulldozer recibió una condena de cuatro meses; y a otros dos soldados, que dieron una paliza tremenda a unos prisioneros palestinos, que toda Europa contempló horrorizada a través de la CBS, se les impusieron tres meses de libertad condicional. Otro soldado fue condenado a un mes de suspensión por matar a un árabe en un tiroteo a una aldea. Un colono, acusado de disparar directamente a una multitud de manifestantes, recibió tan solo una reprimenda; otro tuvo que cumplir seis meses de «servicio público» fuera de la cárcel por haber matado a un niño de trece años después de un incidente en una carretera, en el que él jamás estuvo en peligro, según el testimonio de observadores del ejército.

El presidente Herzog redujo las condenas, desde la cadena perpetua a sólo quince años de cárcel, a los terroristas judíos que asesinaron a tres palestinos e hirieron a treinta y tres en un ataque con pistolas y granadas en la Facultad Islámica de Hebrón; y sin lugar a dudas, seguirá habiendo reducciones en las condenas. Otros tres miembros de la resistencia terrorista fueron liberados después de dos años de prisión por el intento de asesinato de dos alcaldes de Cisjordania, uno de los cuales perdió las dos piernas en el atentado, mientras que un tribunal militar condenaba a dos árabes de Kafr Kassem, el escenario de una de las peores masacres de Israel en 1956, a veintidós años de cárcel por haber puesto supuestamente dos bombas que explotaron sin causar heridos.

El ideólogo y segundo de a bordo de la resistencia terrorista judía, Yehuda Etzion, condenado por planificar el atentado de la Mezquita de la Roca, organizar el ataque a los alcaldes y otras atrocidades, y robar seiscientos kilogramos de explosivos de una base militar, fue puesto en libertad y enviado a una escuela religiosa en Afula, después de cumplir la mitad de una condena de diez años. Ahora se está considerando la posibilidad de concederle el indulto presidencial. A los comerciantes palestinos se les amenazó con la misma condena —cinco años de cárcel— «si no borran el graffiti antiisraelí de sus edificios y quitaban las banderas palestinas», como informan los servicios telegráficos.

Estos actos han sido un escándalo no reconocido desde el momento de la creación del Estado. Un ejemplo revelador es el caso de Shmuel Lahis, que asesinó a varias docenas de civiles árabes a los que vigilaba en una mezquita en el indefenso pueblo libanés de Hula en 1948. Fue condenado a siete años de prisión, pero inmediatamente recibió la amnistía, y se le concedió la licencia de abogado, ya que el acto no acarreaba «ningún estigma». Más tarde, fue nombrado secretario general de la Agencia Judía, el cargo ejecutivo más alto en la Organización Sionista Mundial, sin ningún tipo de reparo, ya que su amnistía «anula el castigo y también la acusación». El hecho salió a la luz cuando Lahis fue nombrado secretario general, pero apenas suscitó el interés de los israelíes, y mucho menos el de los estadounidenses.

Después del asesinato de Abu Jihad, se impusieron toques de queda en nuevas zonas de Cisjordania, entre las que estaba el campo de refugiados de Kalandia, cerca de Jerusalén. Conseguimos acceder a él por una carretera secundaria, en la que aún no habían puesto barricadas, y pudimos estar allí cerca de media hora antes de ser sorprendidos por los soldados israelíes. La ciudad estaba silenciosa, no había nadie en la calle, salvo un cortejo fúnebre permitido por el ejército y unos pocos niños que se acercaron a nosotros gritando el eslogan común: «OLP, fuera Israel», creyendo seguramente que éramos israelíes.

En las calles encontramos signos de manifestaciones recientes: restos de metralla de tiroteos con «balas de goma», una bomba de gas lacrimógeno fabricada por los Laboratorios Federales de Saltsburg, Pensilvania, con la advertencia, aún legible, de que sólo está autorizado a utilizarla «personal cualificado» para ello, y su uso indebido puede provocar fuego, heridas o incluso la muerte; menuda ocurrencia. Mientras éramos interrogados, un hombre de unos noventa años de edad, que estaba mirando, salió cojeando de una casa con las manos extendidas, quejándose de que tenía hambre. Se le ordenó entrar en casa sin ningún miramiento. No se vio a nadie más. Los soldados estaban nerviosos por si éramos periodistas, y nos expulsaron del campo sin incidentes.

La mayoría de los participantes en una conferencia académica internacional, a la que yo asistía en Israel, se unió a una manifestación en la cárcel de Dahariya cerca de Hebrón, organizada por

varios grupos pacíficos, la mayoría de ellos nuevos, ya que han surgido en los últimos meses. Estos grupos representan el progreso más esperanzador dentro de Israel; aunque el apoyo de Estados Unidos marcaría una diferencia real. A diferencia de Paz Ahora, que sigue reacia a separarse claramente del rechazo que ejerce el Partido Laborista, estos grupos son muy directos al pedir el fin de la ocupación, y se han comprometido a buscar caminos para oponerse a ella. Ese día los soldados habían bloqueado el acceso a la cárcel y al pueblo más cercano, pero las mujeres y los niños, y más tarde también los hombres, se reunieron en unas colinas que había a varios metros de distancia, y empezaron a llamar y a convocar a los manifestantes. Se nos acercaron unos niños, seguidos por muchos otros, y finalmente también por adultos.

Al final, un hombre del pueblo agarró el micrófono y nos agradeció que hubiéramos acudido. Un joven quiso hablar también, pero le convencieron de que no lo hiciera. Pocos días antes le habían sorprendido llevándose el cuerpo sin vida de su hermano, asesinado por los soldados, y nos enseñó las marcas de las palizas que había recibido el día anterior. Estaban preocupados por lo que le pudiera pasar después de que nos fuéramos, un problema que ya nos había ocurrido en otros lugares. Mientras estuvimos presentes los extranjeros, los soldados guardaron la compostura, pero había mucha preocupación en el ambiente por lo que pudiera pasar a los árabes a los que estábamos visitando o con los que nos veían hablar. Cuando nos marchamos de Dahariya, los niños se llevaron nuestras pancartas, saludando y gritando. Nunca supe lo que ocurrió después.

Cuatro días más tarde, según la declaración jurada y firmada de un reservista del ejército, los jóvenes palestinos fueron pateados y golpeados con tubos de plástico y esposas; entretanto, el comandante los miraba mientras los arrastraban, los ataban y les vendaban los ojos, llevándolos a la cárcel de Dahariya. Un chico de entre doce y quince años que había estado llorando fue atizado con un alambre de púas, lanzado contra la pared, pateado, y golpeado con una porra por un soldado y un carcelero mientras gritaba de dolor.

La cárcel de Dahariya, conocida como «el matadero» entre los prisioneros, es una estación de paso al nuevo campo de prisioneros Ansar III en el desierto del Néguev, cerca de la frontera egipcia.

Ansar I era una cámara de tortura terrible, creada en Israel durante la guerra del Líbano para los rehenes libaneses y palestinos. Ansar II es un campo de prisioneros en Gaza, con una reputación similar. Y Ansar III continúa la tradición. Entre los prisioneros se encuentra «un sector significativo de la élite palestina», según informa el *Washington Post*: médicos, abogados, sindicalistas, estudiantes, funcionarios de la universidad, y al menos veinte periodistas, entre otros. No se les da apenas agua, ni nada comestible, no tienen atención médica, ni siquiera la oportunidad de lavarse durante muchas semanas.

Están expuestos a castigos colectivos, como permanecer tumbados con las manos atadas a la espalda durante largos períodos de tiempo bajo el abrasador sol del desierto, o caminar en una sola fila con las manos en la cabeza. No tienen acceso a periódicos, libros, correo o papel para escribir, ni tampoco la oportunidad de caminar libremente o cambiarse de ropa, a veces durante un mes entero. No tienen nombres, solo números, algo que forma parte de un esfuerzo por crear una «sensación de aislamiento», según los prisioneros, quizá siguiendo el consejo de los psicólogos. No hay acusaciones ni posibles apelaciones. Las familias no saben dónde están, por qué están en la cárcel, ni por cuánto tiempo. Los periodistas no tienen permitida la entrada, y lo que es peor, tampoco los abogados.

Todo esto entra de nuevo en la categoría de la humillación, un recurso pedagógico para asegurarse de que no vayan con la cabeza alta.

Según el miembro del Kneset Dedi Zucker, del Partido de Derechos Humanos, los documentos confidenciales del gobierno informan de que hay unos 10.000 árabes en la cárcel, la mitad detenidos durante la Intifada; cerca de 2.000 están en prisión preventiva durante seis meses (renovables). Los moderados son especialmente vulnerables. Son siempre los más peligrosos, porque amenazan con alcanzar un acuerdo político.

En Dahariya, cada manifestante pidió ver a un prisionero. En mi caso, el preso era un abogado de Gaza, Muhammed Abu-Sha'ban, al que se le impuso una detención administrativa de seis meses de duración inmediatamente después de terminar una conferencia en la Universidad de Tel Aviv, donde pidió diálogo y un acuerdo político. Hay muchos casos como éste. Cinco editores ju-

díos del periódico israelí *Derech Hanitzotz* fueron detenidos y se clausuró el periódico. Era la primera vez que se aplicaban las draconianas leyes de la censura israelí para prohibir un periódico hebreo. Se les negó el acceso a los abogados, la policía entró en el despacho de uno de los letrados para confiscar archivos, y dos empleados se enfrentan ahora a acusaciones de asociación con elementos hostiles, lo que puede acarrear hasta cuarenta años de prisión.

El periódico asociado en árabe también fue prohibido. En una declaración jurada que facilitó Amnistía Internacional, su director, Ribhi al-Aruri, cuenta cómo le llevaron a un centro en Jerusalén para someterlo a un interrogatorio, donde le golpearon y patearon durante una hora, le esposaron con un saco en la cabeza, y le interrogaron durante días sin permitirle comer ni dormir, hasta que finalmente le metieron en una «alacena», en la que solo había espacio para estar de pie. Allí estuvo un día entero, y después pasó otros dos días más sin comer. Solo se le permitió hablar con un abogado diez días después de su detención, y luego se le impuso una condena de seis meses sin juicio.

Este caso, lejos de ser el peor, es conocido porque Amnistía Internacional escogió a este director como Prisionero de Conciencia de la organización, basándose en que su detención parecía estar motivada «por el ejercicio no violento de su derecho a la libertad de expresión y asociación». Si el director del periódico contrario *La Prensa* hubiera sido sometido a un tratamiento remotamente parecido en un país amenazado por la superpotencia que financia el periódico, la historia hubiera sido completamente distinta.

3.3. Otros lugares sometidos a la ocupación

Otras zonas sometidas al toque de queda solo se podían ver desde la carretera, por encima de barreras colocadas por el ejército. En la época en que estuve allí, el campo de refugiados de Jalazoun había estado sometido a un toque de queda permanente durante un mes entero. Ese día era un pueblo fantasma. No se veía ningún hombre. Unas pocas mujeres, ya ancianas, y supuestamente menos vulnerables, estaban trabajando en los jardines cerca de las casas, y había varios niños jugando en la calle. Por lo demás, silencio. Habían colocado barricadas en todas las entradas, que estaban vigila-

das por el ejército. Los habitantes no podían salir de sus casas, salvo por un breve tiempo cada pocos días, para comprar comida con los pocos recursos que les quedaban. Nos informaron de que apenas había atención médica ni medicinas.

El funcionario enviado por las Naciones Unidas para encargarse del campo de refugiados, Mogen Fokdal, cuenta que «la gente ha estado sin electricidad un mes entero. No tienen aceite ni combustible para cocinar. Están empezando a quemar zapatos y muebles viejos para hacer hogueras. La situación se deteriora día a día». Desde que se impuso el toque de queda el 16 de marzo, el ejército impide la entrada en el campo a los camiones de basura de la ONU. Los funcionarios de Naciones Unidas han instado a la población a quemar su propia basura para evitar la propagación de enfermedades, «pero ellos temen que los soldados puedan interpretar las hogueras como un signo de protesta», explicó Fokdal, un riesgo que no están dispuestos a correr. Los habitantes decían que no tenían comida, excepto pan y lo que les quedaba de las provisiones almacenadas antes del toque de queda. El 17 de abril, los soldados israelíes hicieron dar la vuelta a un convoy de las Naciones Unidas que llevaba comida y otras provisiones al campo. Los soldados que estaban a la entrada negaron que hubiera escasez.

Según el abogado Raja Shehadeh de Al-Haq, el toque de queda se impuso después de una supuesta amenaza a un colaborador israelí. Israel se toma muy en serio esas amenazas. Normalmente, la supuesta «amenaza» consiste en una visita a los colaboradores —muy conocidos porque van alardeando de los privilegios que reciben por sus servicios— para que vengán a la mezquita, se arrepientan y prometan abstenerse de servir como informadores del Shin Bet. Un resultado de la Intifada es que Israel parece haber perdido su red de colaboradores e informadores.

A la ciudad de Biddu se le impuso el toque de queda el 7 de marzo, después de que alguien se acercara a un colaborador y le instara a arrepentirse. Como represalia, el ejército cortó el agua y la luz durante dos semanas en esta ciudad de 15.000 habitantes, además de destruir cuatro casas.

El 24 de abril y el 14 de mayo, el *New York Times* mencionó el asesinato de otras dos personas en Qabatiya, de nuevo víctimas sin nombre, a manos de los soldados israelíes, sin recordar por supues-

to la reciente historia de esta ciudad. Qabatiya permaneció bajo control militar, con todas las entradas y salidas bloqueadas, desde el 24 de febrero al 1 de abril. Se cortó el agua, la luz, y el suministro de comida y medicinas en esta ciudad, también de 15.000 habitantes. Cuando una delegación norteamericana visitó Qabatiya el 25 de abril, aún no había electricidad. El 24 de febrero, algunos habitantes habían ido a casa de un colaborador, Mohammad Al-Ayed, para llamarle al arrepentimiento. Al-Ayed, que, al igual que los demás colaboradores israelíes, estaba autorizado a llevar armas, empezó a disparar salvajemente y continuó durante varias horas, matando a un niño de cuatro años e hiriendo a quince personas. Después, o bien se suicidó (como afirman los habitantes de Qabatiya) o lo mataron ellos mismos. Su cuerpo fue colgado de un poste eléctrico.

A continuación, el ejército invadió la ciudad y mató a un bebé de veinte días y a un hombre de setenta años con una bomba de gas lacrimógeno. Docenas de personas acabaron con huesos rotos a causa de las palizas. Muchas fueron detenidas; quinientas seguían en prisión cuando se levantó el toque de queda seis semanas después. Se destruyeron cuatro casas y otras fueron dañadas seriamente. Los habitantes contaron que, durante el toque de queda, los soldados entraban en la ciudad a diario, deteniendo y pegando a la gente, irrumpiendo en sus casas, destrozando los muebles y acabando con sus provisiones.

Cuando el periodista Oren Cohen accedió a la ciudad por carreteras secundarias a finales de marzo, el olor a gas lacrimógeno apenas dejaba respirar. Una de las casas donde estuvo tenía signos de haber sufrido un incendio, provocado una semana antes por las granadas de gas lanzadas desde un helicóptero, según contó la familia. Había escasez de alimentos y medicinas, la única clínica y farmacia que había se habían cerrado, y el único médico de la ciudad no podía atender a todos los pacientes.

Los habitantes contaron a la delegación de la ONU que la moral crecía a medida que se extendía el toque de queda y la comunidad se organizaba para responder. Uno de ellos dijo: «Si queréis equilibrar la situación, poned a un lado todas las prácticas israelíes: tortura, hambre, palizas, encarcelamiento. Estamos dispuestos a aceptarlas, pero no aceptaremos la ocupación. Seguiremos adelante si

ésta es la forma de librarnos de la ocupación». Habiendo oído las mismas cosas, siempre expresadas con una sinceridad y una sencillez obvias, no me cuesta creer que el sentimiento es auténtico. Los habitantes de esta ciudad estaban volviendo a la economía de subsistencia de las generaciones anteriores, volvían a abrir viejos pozos, comían pan y verduras silvestres, buscaban leña para cocinar en lugar de queroseno. Lo que más impresionó a la delegación fue «el espíritu siempre optimista y decidido» en Qabatiya, como en otros lugares de los territorios (algo que también he observado yo).

Los periodistas que se las arreglaban para entrar en Qabatiya estaban de acuerdo con esto. Joel Greenberg, del *Jerusalem Post*, que visitó la ciudad pocas horas antes de que se prohibiera definitivamente la entrada de la prensa en los territorios, encontró a sus habitantes «asombrosamente fuertes» y «desafiantes» después de un mes de toque de queda, y sin remordimiento por la suerte del colaborador, que, según dijeron los ciudadanos, «era un degenerado moral, aborrecido por todo el mundo, y que solo fue atacado cuando abrió fuego contra lo que era una manifestación pacífica». Estaban preparados para subsistir a base de hierbas de las colinas si era necesario.

Hugh Schofield informó para la prensa canadiense que los soldados que se encargaban de los controles en las carreteras, y que estaban apostados a la entrada de la ciudad, retiraban los suministros de comida y combustible; gran parte de la tierra cultivable de la ciudad se había dejado fuera de los límites impuestos por los controles; la ciudad tenía prohibido exportar a Jordania material de su cantera, donde empleaba a la mitad de su población activa; y, por supuesto, los trabajadores no podían pasar a Israel a trabajar, lo que dejaba a la ciudad sin recursos económicos. «La moral de los residentes está sorprendentemente alta», nos cuenta el periodista: «Si el objetivo de las medidas israelíes es intimidar a los ciudadanos, el efecto es, si es que hay alguno, el contrario».

El 11 de mayo, cuarenta y siete habitantes fueron acusados del asesinato de Al-Ayed, incluido un hombre que tuvo que ser llevado ante el tribunal por sus vecinos, y que estaba paralítico de cintura para abajo como consecuencia del tiroteo de Al-Ayed contra la multitud.

Pocas personas en Israel parecen darse cuenta de éstos y otros acontecimientos similares, que tienen lugar en los territorios. Los asesinatos y las palizas brutales, a veces sacadas a la luz por los medios de comunicación, no nos dan una imagen fiel de la represión israelí o de los objetivos y logros de la Intifada.

A pesar de todo, Israel sigue siendo, de muchas maneras, un lugar muy atractivo y tentador, especialmente —como en otros lugares— en cuanto a su comunidad de disidentes, que no es marginal ni mucho menos, y que podría convertirse en una fuerza importante si tuviera el apoyo de Estados Unidos. Por sí solas, la valentía y la determinación palestinas no bastarán; con la solidaridad de los demás, podrán conducir a un futuro mejor.

3.4. Movimiento por la paz en Israel

Volvamos ahora a lo que se considera en EE.UU. como el movimiento por la paz en Israel. Uno de sus portavoces principales es Abba Eban, que se lamenta de que Israel carezca de una «gran visión». Está de acuerdo con el rechazo de la creación de un Estado palestino independiente, pero afirma que «la mayoría de las objeciones desaparecerían si hubiera un ambiente integrador en un acuerdo de paz que implicara a Israel, Jordania y a algunas zonas con una alta densidad de población árabe en Cisjordania y Gaza» (la cursiva es mía), con un acuerdo de desmilitarización «controlado por un Israel y una Jordania vigilantes». Como una auténtica «paloma», Abba Eban estaría dispuesto sin duda a llamar a esta tercera entidad un «Estado palestino».

Eban no hace más que describir las condiciones básicas del Plan Allon de 1968 del gobierno laborista. Su lógica básica es que Israel conservaría lo que quisiese de los territorios ocupados, evitando a la vez cualquier responsabilidad por la población, que podría permanecer sin patria o bajo la administración jordana (quizá con acuerdos para regular sus propios asuntos locales). Esta es la receta de las «palomas» para resolver el problema demográfico; los «halcones» tienden hacia el objetivo tradicional del «traslado», es decir, la expulsión de la población autóctona al ya existente «Estado palestino», por no decir más lejos.

Desde otra perspectiva, lo que hace Eban es aprobar la tradicional postura del Partido Laborista, que consiste en que Israel y la monarquía hachemita de Jordania tienen un interés conjunto en la erradicación del nacionalismo palestino. Fue el reconocimiento de este interés conjunto lo que llevó a Israel y al rey Abdullah de Transjordania a alcanzar sus acuerdos tácitos en 1947 y 1948, que dividían entre ellos la zona designada para un Estado palestino en el acuerdo de partición de las Naciones Unidas.

Al transmitir su opinión actual a un público estadounidense, Eban elogió el enorme esfuerzo de Israel al «reflexionar profundamente sobre nuevas posibilidades, como las estructuras confederativas y comunales, que podrían proporcionar la paz a los palestinos sin arriesgar la seguridad israelí». El único ejemplo que da es la propuesta que defiende: «compromiso territorial», que mantendrá la seguridad de Israel «sin el control físico sobre *todos* los territorios, y sobre *todos y cada uno* de los habitantes palestinos» (cita de un estudio de importantes analistas de estrategia, el énfasis es mío). La cuestión clave, según Eban, no son las elecciones, sino «la distribución de la soberanía o el control» dentro de los territorios ocupados.

Así pues, la «profunda reflexión» se reduce al rechazo tradicional del Partido Laborista: una u otra variedad del Plan Allon. En ninguna parte hay siquiera una insinuación al deseo de aprobar el derecho a la autodeterminación de la población autóctona. Eban es un diplomático de talento y sabe bien cómo elegir sus palabras. Debería prestarse más atención a las formulaciones de esta importante «paloma» disidente.

Eban se ha asociado al movimiento Paz Ahora, hasta el momento el sector más amplio del movimiento por la paz en Israel, y el más conocido. Algunos miembros de Paz Ahora han defendido la retirada de los territorios ocupados, igual que algunos «halcones» y otros analistas militares, entre otros. La propia organización no parece haber adoptado una postura clara, aunque ha dejado caer insinuaciones de que podría aceptar esta solución. A finales de 1988, Paz Ahora había abandonado definitivamente su postura opositora extrema, y había expresado por primera vez su deseo de permitir que los palestinos eligieran a sus propios representantes para unas futuras negociaciones.

Durante años, ha sido una doctrina de la propaganda israelí, y por tanto un estribillo común en las noticias y en los comentarios en Estados Unidos, que el camino para alcanzar la paz está bloqueado por la falta de un «movimiento por la paz entre la población árabe», como «tenemos entre la población judía» (Simón Peres), así como por la «ausencia de cualquier compañero árabe en las negociaciones», que pudiera convertirse en un homólogo de Paz Ahora y otras «palomas» israelíes (Thomas Friedman, denunciado por muchos sionistas estadounidenses como un empedernido juerguista de Israel).

La misma reivindicación ha presentado a menudo el conocido novelista israelí Amos Oz, junto a otros que se identifican con Paz Ahora. Todo esto es una fantasía creada con mucho esmero. Los documentos históricos, prácticamente desconocidos en Estados Unidos, revelan que en realidad, con todas sus evasivas, vaguedades, incompetencias y engaños, la OLP ha sido durante años una clara defensora de una postura no opositora y de un acuerdo de paz, más que cualquier otro grupo organizado de Israel o de Estados Unidos, excepto los marginales. El periódico de los documentos históricos (*New York Times*) y su corresponsal Thomas Friedman, han sido especialmente rigurosos a la hora de proteger la pureza doctrinal de los documentos objetivos.

Los editores no solo han negado cobertura periodística a las iniciativas de Arafat, sino que han llegado a prohibir cartas que se referían a él (por ejemplo, ofertas de negociaciones con Israel que buscaban el reconocimiento mutuo). Pocos se sorprenden de que los intelectuales estadounidenses, que deciden limitarse a mirar tan solo por la pequeña lupa permitida por las instituciones ideológicas, puedan urgir a Israel a «negociar a partir de cualquier disposición de los palestinos a reconocer a Israel», añadiendo que si los árabes rechazan esta oferta (que, en el mundo real, la OLP había propuesto hacía años), «Israel sería el claro vencedor en cuanto a su prestigio en la comunidad internacional» (Irving Howe).

La organización estadounidense que financia Paz Ahora describe la postura de este movimiento israelí. A principios de 1989, adoptando el mito difundido por el Departamento de Estado y los medios de comunicación, los Amigos de Paz Ahora anunciaron erróneamente que la OLP «había recitado pública y oficialmente las

«Tres Erres», las «palabras mágicas» del Departamento de Estado, cerrando así el capítulo de las demandas de Estados Unidos. Pero reconociendo a la vez que la Organización para la Liberación de Palestina estaba progresando, los Amigos de Paz Ahora advirtieron que «la OLP ha empezado a caminar por el doloroso sendero de la disculpa».

En realidad, trece años antes (y desde entonces, frecuentemente), la OLP alcanzó un punto en este camino que llegaba ya mucho más lejos que Paz Ahora o que su grupo paritario estadounidense. Los hechos están claros, y se han explicado exhaustivamente, pero no son aceptables, y por tanto se borran. Igual de lejano nos parece el análisis del periodista israelí Pinhas Inbari, que escribe: «Ya sea al hablar de una confederación con Jordania, o de una solución confederativa con Israel, debemos prestar atención al hecho de que el pensamiento político de los palestinos está mucho más avanzado que el nuestro; me refiero a su búsqueda de una solución política que incluya fronteras abiertas, confianza y colaboración. Quienquiera que siguiera la «visión de paz» segregacionista, presentada por el Partido Laborista en la reciente campaña electoral [de 1988] —en la que Israel y Palestina iban a ser divididas en guetos cercados por alambradas electrónicas— no puede quedar menos que impresionado por la valentía de los palestinos al presentar el desafío de las fronteras abiertas y la colaboración económica».

La precisión de la concepción de Inbari queda ejemplificada en la fórmula de «Lo que quieren los Amigos de Paz Ahora». En ella hace un llamamiento a Estados Unidos, Israel, los países árabes y la OLP para que acepten seis principios.

El primero es el «reconocimiento inequívoco del Estado de Israel por parte de los países árabes y la población palestina», claro y directo. Por el contrario, la obligación recíproca de Israel y Estados Unidos no queda tan clara: «El reconocimiento inequívoco del derecho del pueblo palestino a la autodeterminación», sin indicar dónde se ejerce este derecho o bajo qué fórmula.

El original hebreo que muestra la postura real de Paz Ahora añade otras calificaciones: los derechos palestinos tienen que ser reconocidos sólo «en la medida en que sean compatibles con la seguridad de Israel», un concepto bastante elástico.

El tercer principio pide un «intercambio de territorios [fundamental, no de *los* territorios] ocupados en la guerra por la paz de 1967». La diferencia entre «territorios» y «*los* territorios» es muy familiar en la diplomacia de Oriente Medio; la antigua versión, adoptada aquí, es coherente con el Plan Allon, el «compromiso territorial», eliminando cualquier forma significativa de autodeterminación palestina.

El cuarto principio exige «el ejercicio por parte del pueblo palestino del derecho a la autodeterminación dentro del territorio del que Israel se va a retirar», de nuevo algo confuso, como se pretende para satisfacer un amplio espectro de oposicionismo israelí.

Los otros dos principios exigen la «protección de las necesidades de seguridad de Israel» (pero no de los palestinos) y las negociaciones con todas las partes, incluida la OLP.

Aparte de la última condición, no hay nada aquí que fuera inaceptable para Isaac Rabin y el Partido Laborista, y poco que pudiera suponer un problema incluso para los «halcones». «El doloroso sendero de la disculpa» queda muy lejos.

También es interesante la razón que se alega para apoyar el movimiento de Paz Ahora: «porque los intentos de gobernar a los palestinos o de anexionarse la tierra en la que viven ponen en peligro la seguridad de Israel y amenazan el carácter democrático y judío de este país». Dos puntos merecen una mención especial. En primer lugar, ni el sufrimiento de los palestinos ni sus derechos se citan como una razón para apoyar la paz. En segundo lugar, consideremos la frase «carácter judío y democrático de Israel». ¿A qué se refieren con el «carácter democrático» de un Estado que ha sido establecido, por su Tribunal Supremo, como «el Estado soberano del pueblo judío», también de los judíos en la Diáspora, pero no el Estado de sus ciudadanos?

Recordemos que el «carácter judío» del Estado no es simplemente simbólico. La discriminación contra los ciudadanos árabes alcanza niveles muy altos, y está profundamente arraigada en la estructura legal y en la práctica administrativa, como por ejemplo, en el acceso a las tierras, a los fondos para el desarrollo, y en prácticamente cualquier aspecto de la vida social. En Estados Unidos, esta discriminación no se ve como algo polémico. Así pues, en un comentario editorial en el *New York Times*, que criticaba las políticas

de colonización en los territorios ocupados, Jack Rosenthal escribe irónicamente que si las ayudas gubernamentales estuvieran motivadas realmente por «el desarrollo económico», como se pretende, entonces «se limitarían a las nuevas ciudades que están surgiendo en el Néguev y en Galilea, donde no hay disputa sobre a quién pertenece esa tierra». Es muy cierto que allí «no hay disputa».

La tierra está reservada para el uso de los ciudadanos judíos de Israel en virtud de leyes y regulaciones que excluyen de un modo eficaz a los ciudadanos árabes del 90 por ciento de la tierra dentro del propio Israel (fronteras anteriores a junio de 1967). Es muy revelador que estas leyes y regulaciones hayan pasado bastante desapercibidas y se hayan considerado coherentes con el principio democrático.

Para comprender mejor el «carácter democrático y judío de Israel», examinemos la declaración del Tribunal Supremo de Israel en la ley de 1985, que prohibía los partidos políticos que rechazaran la concepción de Israel como «el Estado del pueblo judío» en Israel y en la Diáspora, y no el Estado de sus ciudadanos. Esta es una parte de la Ley Fundamental, es decir, de la Constitución. La disposición más importante de esta Ley Fundamental reza: «Una lista de candidatos no participará en las elecciones al Kneset si, entre sus objetivos o acciones, de forma explícita o implícita, se encuentra alguna de las siguientes premisas: (1) el rechazo de la existencia del Estado de Israel como el Estado del pueblo judío;...» En resumen, hasta la defensa implícita de la concepción tradicional de un Estado democrático como el Estado de sus ciudadanos basta para prohibir la participación política.

El significado de esta ley quedó claro a finales de 1989, cuando el Tribunal Supremo consideró una impugnación del derecho de la Lista Progresista para la Paz (un minúsculo partido árabe-judío liderado por un abogado árabe, Mohammed Miari, y por el arabista israelí Matti Peled, un general jubilado del ejército de Israel) a participar en las elecciones. La impugnación fue rechazada, tres a dos, alegando razones estrictamente técnicas. La clave residió en los objetivos del programa de este partido, que reivindicaba una completa igualdad entre ciudadanos judíos y árabes en un Israel que es «el Estado de todos sus ciudadanos, judíos y árabes, en la misma medida». Dos jueces, Dov Levin y Menajem Elon, afirmaron

que este compromiso bastaba para ilegalizar al PLP. Como afirmó el juez Levin, debía ilegalizarse, puesto que el partido defendía «un Estado, como todos los Estados democráticos, de la totalidad de sus ciudadanos, sin ninguna ventaja para el pueblo judío en cuanto tal».

El jurista Allan Shapiro señala que el juez Elon, vicepresidente del Tribunal, «también ilegalizaría un partido cuya plataforma, a la manera de Ahad Ha'am, reivindica una relación entre Israel y la Diáspora basada en lazos culturales, religiosos e históricos, pero no legales». En su opinión, por tanto, debería ilegalizarse una corriente importante del sionismo tradicional. El juez Elon adoptó la firme postura de que «es necesario evitar que los judíos y los árabes que exigen igualdad de derechos para los árabes se sienten en el Kneset o sean elegidos para ser diputados», informa la prensa.

Los otros jueces, «parecen estar de acuerdo en principio» con estas conclusiones, continúa diciendo Shapiro, y alegan sólo razones técnicas para la ilegalización. Uno de ellos, Shlomo Levin, «vota en contra de la ilegalización «muy a su pesar» y con grandes reservas, por falta de pruebas fehacientes». Afirmó que habría votado a favor de la ilegalización si hubiera quedado convencido de que la exigencia de igualdad para todos los ciudadanos reflejaba las opiniones reales del partido. Así pues, la mayoría del Tribunal «ha afirmado que hay un conflicto entre la democracia y el sionismo», comenta Shapiro, que expresa su consternación por el hecho de que «estas opiniones hayan visto la luz del día sin ni siquiera producir una respuesta estridente, por no decir angustiada, en la prensa y en la comunidad de intelectuales».

El juez Dov Levin señaló que el programa del PLP reivindicaba total igualdad entre los ciudadanos judíos y árabes; y además, el partido tenía la intención de «actuar para que esta igualdad se realice en todos los aspectos de la vida». Estos compromisos, concluía el magistrado, «niegan completamente que el Estado de Israel sea el Estado del pueblo judío». Los miembros del partido tienen derecho a expresar sus opiniones, pero como éstas «entran en conflicto con la Ley Fundamental del Kneset», el partido tiene prohibida la participación en el sistema político; o la tendría prohibida, de acuerdo con la mayoría del Tribunal, si estas transgresiones se hubieran probado de manera fehaciente.

Ni la extremada discriminación contra los ciudadanos árabes de Israel, ni la base legal que la justifica, se han considerado como algo problemático para la opinión dominante en Estados Unidos, ni siquiera en el espectro izquierdista-liberal, y tampoco para los respetados teóricos de la democracia liberal que tan bien conocen la situación en Israel (Michael Walzer es un ejemplo claro). Pocos se sorprenderían, por ejemplo, si la AFL-CIO (la Federación Americana de Trabajo y el Congreso de Organización Industrial), en su Congreso Nacional de noviembre de 1989, aprobara una resolución que elogiara a Israel por continuar «extendiendo los derechos democráticos básicos a todos sus ciudadanos», a pesar de la «ola de violencia» a la que se ve expuesto, incluida «la inspirada por la OLP... la Intifada palestina y la violencia que ha inspirado».

La simple aceptación de la idea de que lo importante es únicamente la seguridad de los judíos israelíes, y de que la extremada discriminación legal y administrativa contra los ciudadanos árabes no afecta a la categoría de Israel como una democracia estelar, es una característica común a todos los comentarios de la izquierda liberal en Estados Unidos. De hecho, una vez más, nos dice mucho sobre nuestra propia cultura política e intelectual.

Las diferencias entre los laboristas y el Likud tampoco deberían pasarse por alto. Es bastante improbable escuchar a Simón Peres referirse públicamente a los palestinos como seres «brutales, salvajes, invasores extranjeros en Tierra de Israel» (primer Ministro Shamir); y por otro lado, el Plan Allon de los laboristas no es idéntico al concepto del Likud de extensión de la soberanía sobre los territorios. Las posturas de Paz Ahora difieren de ambas coaliciones políticas. Sin embargo, sólo más allá de estos límites, podemos encontrar grupos que tienen un compromiso claro y definido con una colonización distinta, basada en el principio de que los palestinos y los judíos son seres humanos con los mismos derechos, y que actúan valientemente en defensa de este principio.

A finales de 1988, cada vez era más difícil para el gobierno de Estados Unidos y para los medios de comunicación eludir las iniciativas de paz de la OLP, y Washington estaba convirtiéndose en el hazmerreír internacional por sus esfuerzos cada vez más desesperados por eludir lo que era obvio. En diciembre de aquel año, Estados Unidos decidió que el movimiento más inteligente sería decla-

rar la victoria, aceptando la postura de la OLP en ese momento, y transmitiendo a la vez la concepción de que la organización palestina al fin se había rendido. Como recompensa por este buen comportamiento, Estados Unidos aceptó intervenir en un diálogo bilateral con la OLP. La farsa funcionó a la perfección.

En la primera sesión de las conversaciones bilaterales, Estados Unidos presentó su postura: en primer lugar, no puede haber una conferencia internacional; en segundo lugar, la OLP debe acabar con las «revueltas» en los territorios ocupados (la Intifada), «que, en nuestra opinión, son actos terroristas contra Israel». En resumen, la OLP debía asegurarse de que se restablecía el antiguo statu quo. La condición de que no podía celebrarse una conferencia internacional estaba motivada por el hecho de que el mundo no estaba en sintonía con su política, así que la participación de otras partes, fuera de Estados Unidos y sus clientes, llevaría a una presión inaceptable para alcanzar un acuerdo político no opositorista.

Pocas semanas después, en febrero de 1989, Isaac Rabin mantuvo una reunión con cinco líderes del movimiento Paz Ahora, en la que mostró su satisfacción por el diálogo entre Estados Unidos y la OLP. Lo describió como una «operación con éxito», como informó el periodista Nahum Barnea, que incluyó solamente «discusiones a bajo nivel», que evitaban cualquier cuestión de gravedad. Los estadounidenses están «ahora satisfechos, y no buscan ninguna solución [política], y nos concederán un año, al menos un año» para resolver la situación a nuestra manera. Esta manera es la fuerza. «Los habitantes de los territorios están expuestos a una dura presión militar y económica», explicó Isaac Rabin: «Al final, cederán», y aceptarán las condiciones de Israel. Los representantes de Paz Ahora no estaban convencidos de que funcionara esta táctica; pero no se informó de ninguna otra objeción.

Aprobando los puntos esenciales de esta visión, un alto funcionario de Estados Unidos, que preparaba las visitas a Washington de Shamir y del Ministro de Asuntos Exteriores Moshé Arens, urgió a Israel a poner fin a sus objeciones públicas al diálogo, que «sólo le añaden importancia», haciéndolo crecer más allá de los estrechos límites pretendidos. Las propuestas de la administración Bush a principios de marzo, que ofrecían «sugerencias» a Israel y a la OLP, hicieron hincapié en este punto. Se instó a Israel a limitar las medi-

das de represión adoptadas para acabar con la Intifada; y a la OLP, a poner fin a las «manifestaciones violentas» y a la distribución de «panfletos exaltados». Así pues, la propuesta es que la OLP colabore con Israel para establecer una especie de versión más dura del antiguo statu quo.

Estas medidas funcionaron a las mil maravillas. La cobertura informativa de los territorios ocupados disminuyó aún más, concediendo así la oportunidad a Israel de actuar como creyera conveniente para encargarse de que los palestinos «cedieran». Desde entonces, la atención se ha centrado en «el proceso de paz», no en la represión, que se ha ido intensificando con el beneplácito de Estados Unidos. Como era de esperar, la OLP se ha dejado llevar, seducida por las maniobras diplomáticas que, en gran medida, son falsas, por muy atractivas que parezcan a ojos de los burócratas, en lugar de dedicar sus esfuerzos y recursos a atender las necesidades del pueblo que sufre la ocupación, un hecho que ha suscitado mucho descontento e incluso indignación entre las víctimas, como todos los informes lo señalan.

La «guerra limitada» en el Líbano*

Capítulo V

1. Las reglas del juego

El 25 de julio de 1993, Israel lanzó lo que la prensa describió como «su mayor ofensiva militar en el Líbano» desde la invasión de 1982. El desencadenante fue una serie de ataques de la guerrilla libanesa a los soldados israelíes en el sur del Líbano, que acabó con la vida de siete soldados hebreos. Para cuando Estados Unidos se decidió a decretar el alto el fuego el 31 de julio, ya habían sido asesinados unos 125 libaneses, según los medios de comunicación, junto con tres sirios y tres israelíes, uno de ellos soldado en el sur del Líbano, y unas 500.000 personas habían sido expulsadas de sus casas, según fuentes libanesas.

Los periodistas que estaban en el Líbano informaron de que el 80 por ciento de los 80.000 habitantes de Tiro se había unido a la avalancha de refugiados en su camino hacia el norte. Los pueblos quedaban desiertos, con muchos heridos y viviendas destruidas por el intenso bombardeo. Un día después del ataque israelí a Nabatiye, un reportero libanés describió esta ciudad, que tiene una población de 60.000 personas, como un «pueblo fantasma».

Los habitantes contaron que los bombardeos eran más intensos y destructivos que durante las invasiones israelíes de 1978 y 1982. Aquellos que aún no habían huido, apenas tenían comida y agua, pero estaban atrapados en sus aldeas, según informó Mark Nichol-

* Tomado de " 'Limited War' in Lebanon", *Z Magazine*, September 1993.

son desde Nabatiye para el *Financial Times*, puesto que «cualquier movimiento visible dentro o fuera de sus casas podía atraer la atención de los observadores de la artillería israelí, que... estaban constantemente lanzando obuses, de una manera salvaje, contra casas seleccionadas». A veces, caían hasta diez proyectiles por minuto en algunas ciudades, nos cuenta el periodista, mientras que los cazas israelíes rugían sobre las cabezas, y en la cercana Sidón, «el Hospital Central de Hammoud recibía nuevos heridos cada quince minutos al caer la tarde» del 27 de julio.

En Trípoli, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Beirut, un campo de refugiados palestinos fue atacado por misiles lanzados desde los aviones israelíes. Las fuerzas navales hebreas bombardearon zonas costeras cercanas a la capital e interceptaron buques que se acercaban a los puertos libaneses, aunque no se informó de que hubieran reanudado su práctica, tan utilizada otras veces, de secuestrar y asesinar pasajeros en alta mar.

Un portavoz del ejército israelí (IDF) dijo: «el 70 por ciento de la ciudad de Jibshit está totalmente destruida». La intención era «devastarla completamente por su importancia para la población shií del sur del Líbano»; «los habitantes de Jibshit encontrarán la ciudad en ruinas». El reportero Aharon Klein señala que Jibshit era la cuna de Sheikh Obeid, «secuestrado por Israel hace cuatro años» en una de sus muchas operaciones terroristas en el Líbano. Un corresponsal veterano, de origen británico, enviado a Oriente Medio, añadió desde Jibshit que «la casa [de Sheikh Obeid] recibió el impacto directo de un misil, aunque los israelíes supuestamente solo estaban disparando a su mujer y sus tres hijos; después de todo, secuestraron a Sheikh en 1989 y aún le retienen en la cárcel de Ashkelon en Israel».

El objetivo general era «borrar los pueblos de la faz de la Tierra y sembrar la destrucción en torno a ellos», como dijo un alto oficial que estaba al mando de las tropas del norte. «De una manera fría y analítica, el objetivo del IDF es la "expulsión de la población"», escribe Meir Shalev, utilizando el término oficial sacado de la literatura de la resistencia estadounidense de la guerra de Vietnam.

Israel y el cuerpo de observadores de la Fuerza Provisional de Naciones Unidas en el Líbano (UNIFIL) calcularon que había de trescientos a cuatrocientos guerrilleros activos en el sur del Líbano,

todos del partido Hezbolá (Partido de Dios), que cuenta con el apoyo de los iraníes. Según fuentes libanesas, ocho de estos guerrilleros perdieron la vida.

Las razones para el ataque estuvieron claras de inmediato. El primer Ministro Isaac Rabin informó al parlamento israelí que, tras el asesinato a manos del ejército hebreo del líder de Hezbolá, Sheikh Abbas Mussawi, en el Líbano, en febrero de 1992, en un lugar muy al norte de la «zona de seguridad», Hezbolá cambió «las reglas del juego, y adoptó una política de represalia por nuestros ataques al norte de la zona de seguridad, que consistía en abrir fuego contra Israel»; Isaac Rabin no quiso mencionar que el ataque del helicóptero que mató a Mussawi, cuando éste se dirigía a Sidón desde Jibshit, donde había intervenido en un acto conmemorativo celebrado en honor de otro imán asesinado a manos de los soldados israelíes, también acabó con la vida de su mujer y su hijo de cinco años; ni tampoco que el helicóptero israelí atacó después un Volvo que trasladaba a las víctimas del primer ataque a un hospital cercano.

Como explicó el Jefe del Estado Mayor israelí, Ehud Barak, «había surgido un patrón que Israel no podía tolerar: cada vez que Hezbolá atacaba una posición israelí o pro-israelí dentro de la zona de seguridad, Israel devolvía el ataque abriendo fuego contra los autores al norte de dicha zona. Entonces, éstos lanzaban misiles contra civiles en el norte de Israel, en lugar de dirigirlos contra objetivos militares dentro de la zona de seguridad, como habían hecho otras veces».

La «zona de seguridad» es una región al sur del Líbano que Israel ha ocupado de una u otra forma desde la invasión de 1978. En los últimos años ha estado controlada por un ejército de mercenarios terroristas (el Ejército del Sur del Líbano del general Lahd), respaldado por las fuerzas militares israelíes. Cualquier resistencia autóctona al gobierno hebreo y a sus representantes es tachada de «terrorismo», que Israel tiene derecho a combatir atacando cualquier zona del Líbano de la manera que quiera (represalia, ataque preventivo, o cualquier otro método); lo que el general Barak llama «devolver el ataque abriendo fuego contra los autores». Pero la resistencia no tiene derecho a tomar represalias bombardeando el norte de Israel. Éstas son las reglas; uno de los objetivos del ataque israelí en julio era reestablecerlas.

El gobierno de Estados Unidos está de acuerdo en que éstas tienen que ser las reglas operativas, mientras que, por otro lado, no está muy convencido de la táctica utilizada para hacer que se cumplan; entretanto, suministra un enorme flujo de armas y el apoyo diplomático requerido. Dada la postura de Washington, se deduce que las reglas son supuestos indiscutibles, que solo se presuponen por las noticias y los comentarios de los medios de comunicación. No es necesario preguntar cuál sería la reacción si un Estado que no gozara de la protección de Washington cometiera atrocidades semejantes, violando seriamente la legislación internacional y la Carta de las Naciones Unidas.

El 30 de julio, Hezbolá anunció que los ataques con misiles al norte de Israel solo acabarían si antes se producía «el abandono total y permanente de la agresión a las ciudades y a los civiles, y el fin de los ataques aéreos, terrestres y marítimos israelíes sobre todo el territorio libanés». La declaración «se recibió con indignación en Jerusalén», según comentó el *New York Times*. El portavoz del gobierno de Isaac Rabin dijo que, al revisar la operación de las milicias libanesas, el gobierno no consideró siquiera la propuesta de Hezbolá. Es comprensible. Las reglas consisten en que, si las fuerzas de ocupación israelíes son atacadas en el sur del Líbano, Israel puede atacar «ciudades y civiles» tanto como quiera, y en cualquier parte del país. Como Washington acepta también estas reglas, la declaración de Hezbolá también se rechazó en Estados Unidos.

El primer Ministro Isaac Rabin alabó la actuación del secretario de Estado Warren Christopher al ordenar el alto el fuego, que, según Rabin y el Ministro de Exteriores Simón Peres, satisfizo todas las demandas de Israel, impuso sus normas, y concedió de este modo la esperada recompensa por la «benévola agresión», que es la categoría aceptable para el gobernante del mundo. Los líderes israelíes informaron a la prensa «que el acuerdo de los intermediarios de Estados Unidos incluía la condición de que Israel, y las milicias del sur del Líbano que éste respalda, continuarían actuando libremente dentro de la llamada zona de seguridad de Israel» en el sur del Líbano, mientras no cesara el bombardeo en el norte de Israel (Ethan Bronner).

Debe haber «paz, y en esto quiero hacer hincapié, a ambos lados de la frontera», recalcó Rabin, refiriéndose a la «zona de seguri-

dad». «El status de zona de seguridad no ha cambiado», añadió Simón Peres, «y si intentan conspirar contra nuestros soldados allí, o contra el Ejército del Sur del Líbano, adoptaremos medidas contra ellos». El significado está claro. Las nuevas «condiciones» permitían a Israel llevar a cabo operaciones militares siempre que quisiera y en cualquier parte del Líbano, como en épocas anteriores, siempre que sospechara de «conspiraciones» contra su ejército mercenario o contra sus propios soldados. Seguramente, el pacto tácito consistía en que, en ese caso, Israel recibiría, como mínimo, un golpecito en el hombro acompañado de un nuevo envío de armas.

La ocupación, que continúa a principios de 1999, infringe la resolución 425 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de marzo de 1978, que exige a Israel una retirada inmediata e incondicional del Líbano. El gobierno de Beirut ha reiterado esta exigencia, especialmente en febrero de 1991 durante la Guerra del Golfo Pérsico; salvo en algunas excepciones, como *Z Magazine*, la petición del gobierno libanés quedó ahogada por la oratoria de autofelicitación sobre el nuevo y extraordinario orden legal y jurídico. Cuando Israel lanzó un nuevo ataque en julio de 1993, el Líbano lo denunció de nuevo ante el Consejo de Seguridad, informó que las fuerzas militares israelíes «habían continuado incólumes su guerra brutal y arbitraria contra la soberanía, los ciudadanos y los bienes del Líbano», y reiteró que «los libaneses continuarían ejerciendo su derecho a defenderse de la ocupación hasta que Israel decidiera acatar la resolución 425 del Consejo de Seguridad (1978) y se retirara del territorio», exigiendo al Consejo que actuara para garantizar el cumplimiento de sus resoluciones.

Israel puede permitirse el lujo de hacer caso omiso tanto de estos fastidios sin importancia como del Consejo de Seguridad y de la legislación internacional, gracias a la postura de su superpoderoso protector, que tiene el suficiente poder como para ignorar a la ONU o reducirla a un instrumento de su política exterior, o incluso para moldear a su gusto la legislación internacional, como vimos una vez más en los ridículos argumentos legales utilizados por Bill Clinton para bombardear Irak en junio de 1993.

Por la misma razón, Israel también puede permitirse el lujo de rechazar el concepto de «terrorismo», considerado por toda la comunidad internacional, excepto por Estados Unidos. Este con-

cepto quedó definido en la resolución principal sobre terrorismo de la Asamblea General de las Naciones Unidas (42/159, 7 de diciembre de 1987), que condena el terrorismo internacional y expone las medidas para combatirlo, con una condición: «que nada en la presente resolución pueda perjudicar en modo alguno el derecho a la autodeterminación, a la libertad y a la independencia, de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas, de todos los pueblos a los que se ha privado por la fuerza de ese derecho..., especialmente los pueblos sometidos a regímenes coloniales y racistas, así como a la ocupación extranjera u otras formas de dominación colonial, ni... el derecho de estos pueblos a luchar con este fin, y a buscar y recibir apoyo [de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas y otros principios de la legislación internacional]».

La resolución fue aprobada, con un resultado de 153 a 2; Estados Unidos e Israel votaron en contra, y sólo Honduras se abstuvo. Naturalmente, Washington niega cualquier derecho a defenderse contra la opresión y el terrorismo impuestos por sus clientes. Por tanto, las súplicas del gobierno del Líbano no obtuvieron ninguna respuesta.

El rechazo por parte de Estados Unidos de una resolución de la Asamblea General equivale al veto, y es suficiente para apartar la cuestión del terreno de la opinión pública. Por consiguiente, cuando la OLP aprobó todas las resoluciones de la ONU sobre terrorismo, Yasir Arafat fue acusado y tratado con desprecio en todo el mundo por evadir el problema del terrorismo y por no repetir las «palabras mágicas» de George Schultz con la humildad apropiada; como Schultz cuenta ahora en su celebrada apología, *Turmoil and Triumph*, en diciembre de 1988 le dijo a Reagan que Arafat por un lado estaba diciendo «“unc, unc, unc”, y por otro lado decía “cle, cle, cle”, pero en ningún momento llegaba a decir “uncle”», siguiendo el estilo que se espera de las razas inferiores.

Igualmente, nadie dentro de la cultura de la decencia soñaría siquiera con cuestionar la doctrina de que el apoyo iraní a la resistencia contra la ocupación extranjera, permitido por la Carta de las Naciones Unidas y la resolución prácticamente unánime sobre el terrorismo, es otra prueba más de que se trata de un Estado terrorista; sin embargo, el apoyo de Washington a la ocupación militar ilegal y a la violencia dentro y más allá de la legalidad, no significa

que Estados Unidos sea un Estado terrorista. Ésta es una de las prerrogativas del poder.

2. La lógica del terrorismo

Cuando empezó la Operación Responsabilidad («*Din ve-Heshbon*»), el primer Ministro Isaac Rabin dijo al parlamento israelí: «Queremos crear una oleada de refugiados». El objetivo no es sólo la destrucción, explicó, «sino empujar a la población hacia el norte, con la esperanza de que esto sirva de aviso a las autoridades centrales en cuanto a los refugiados que probablemente lleguen hasta Beirut». Dijo «que su plan era llenar Beirut de refugiados para presionar al gobierno libanés, de modo que éste pusiera fin a los ataques», según informó el *New York Times*, parafraseando su prosa inimitable. «Afirmó que Israel seguiría arrasando ciudades mientras los misiles *Katyusha* continuaran cayendo en los asentamientos hebreos de Galilea», lanzados como represalia por los ataques israelíes a objetivos civiles en el Líbano, que a su vez, eran la respuesta a los asaltos de la guerrilla en la «zona de seguridad».

El portavoz del ejército, Michael Vromen, afirmó que el plan de Israel era «crear presión en el gobierno del Líbano [para que frenara a los guerrilleros de Hezbolá] provocando una marea de refugiados en torno a Beirut». La «guerra limitada» es «un “mensaje” atornador y alarmante en boca de los políticos [en Tel Aviv], que afirman que el sur será inhabitable a menos que Hezbolá deje de atacar» (Bronner). «Creemos que el gobierno libanés de Rafik Hariri, que ha estado prometiendo orden y estabilidad para el Líbano, no permitirá que este caos continúe durante mucho tiempo», explicó un alto funcionario israelí: «Entre la población del sur, el gobierno libanés y los sirios, tenemos la esperanza de que Hezbolá deje las armas». Cuando se anunció el alto el fuego, Isaac Rabin afirmó que uno de los objetivos de la operación, ya alcanzado, había sido «el empleo de la potencia armamentística para crear condiciones que permitieran un entendimiento con los traficantes de influencias, que pueden manejar a las organizaciones terroristas en el Líbano».

Uri Lubrani, el coordinador de Israel para la política libanesa, describió otro objetivo más general. El propósito del ataque, explicó, es inducir al gobierno del Líbano a pedir el permiso de Damas-

co para negociar directamente con Israel. «Esto es un intento de hacer entender este punto», dijo Lubrani. «Gobierno del Líbano, dices que quieres ejercer tu autoridad sobre todo el territorio libanés. Quieres que te tomemos en serio en las negociaciones. Ve a tus maestros [en Damasco] y diles: "Dejadme decidir mi propio destino."». De acuerdo con esta concepción, lo que está haciendo Israel es fomentar el «proceso de paz» mediante el ataque al Líbano. Esto es completamente razonable, si entendemos el «proceso de paz» —como deberíamos— como un programa para imponer la dominación de Estados Unidos e Israel sobre toda la región, a través de una mezcla de violencia y diplomacia, y con ayuda de un fusil visiblemente levantado.

Sin lugar a dudas, el Líbano debería quitarse de encima el dominio sirio, que George Bush respaldó como parte de la compensación por la participación de Damasco en su Guerra del Golfo. Pero si ésta es la lógica de Estados Unidos e Israel, Siria también debería tener derecho a convertir gran parte de Israel en inhabitable mediante el bombardeo intensivo, obligando a cientos de miles de refugiados a emigrar a Tel Aviv, para así imponer sus exigencias, incluida la petición de que Israel cumpla las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, entre las que se encuentra la orden de retirada del Líbano, y devuelva los Altos del Golán, que eran de Siria y que se los anexionó. Sin embargo, esto aún tiene que defenderlo Estados Unidos.

Simón Peres confirmó el análisis de Lubrani, e informó del «éxito» de las operaciones israelíes cuando éstas finalizaron. Antes, dijo Peres, el Líbano no aceptaba la «sugerencia» de Israel de negociar por separado con los políticos hebreos; ahora la «sugerencia» se ha tomado más en serio. Como era de esperar, tanto Peres como Rabin afirmaron que la violencia de Israel había fomentado el proceso de paz, no sólo por abrir una brecha entre el Líbano y Siria, sino también por encontrar nuevos canales para otras negociaciones, según explicaron los políticos israelíes. Por tanto, de esto se deduce que Israel debería bombardear a continuación Ammán, y así contribuiría a alcanzar la paz abriendo una brecha entre Jordania y el resto de los países árabes, e inaugurando nuevos canales de comunicación, mientras Estados Unidos se moviliza para acabar con el ataque imponiendo las exigencias israelíes.

Naturalmente, Israel siempre ha preferido alcanzar acuerdos por separado con sus vecinos mucho más débiles, que van a sucumbir a sus amenazas, y dejar a los palestinos en la estacada, junto con los países árabes cuyo territorio ocupa Israel (en este caso, Siria).

De hecho, Lubrani fue embajador de Israel en Irán bajo el mandato del Sha, y en aquel momento era uno de los personajes principales en la venta de armas de Estados Unidos a Irán a través de Israel, que empezó inmediatamente después de que el Sha fuera derrocado. Como explicó públicamente en 1982, el objetivo de este proyecto era establecer contacto con elementos del ejército iraní que eran «decididos, despiadados, crueles...[y estaban] preparados emocionalmente para el caso de que tuvieran que matar a diez mil personas». Un ejército semejante podría tomar Teherán, decía Lubrani, y restablecer la alianza israelí-iraní. Como político veterano del Partido Laborista, Lubrani no ha perdido ni una sola de las cualidades que han hecho que el partido se granjeara el cariño de la opinión izquierdista liberal durante tantos años.

Pero los militares israelíes confirmaron otro motivo: anexionar a la «zona de seguridad» una amplia franja de tierra al norte del país, que se convertiría en una tierra de nadie donde Israel podría atacar libremente. De esta manera, podría ampliar «la zona del Líbano sobre la que ejerce el control, sin tener que desplegar soldados sobre el terreno, una maniobra que no sería muy bien recibida por el público israelí», informa Julian Ozanne, que además señala que la táctica de bombardeos también revela estos objetivos.

Los soldados árabes y los comentarios de la prensa sugieren otros motivos distintos, según nos informa Lamis Andoni: presionar a Siria para que acepte los planes de Israel sobre los Altos del Golán, y poner la opinión regional e internacional en contra de Irán, uno de los objetivos principales de la política actual, como se puede comprobar. Andoni también señala que, «en contra de la opinión occidental, que cree que Hezbolá y sus partidarios iraníes provocaron los ataques para sabotear el proceso de paz, los árabes afirman que Israel ha utilizado este incidente como una tapadera para conseguir sus objetivos en el Líbano y para presionar a Siria, de modo que ésta acepte sus condiciones de paz».

Las noticias y los comentarios de los medios de comunicación estadounidenses han adoptado de forma reflexiva la «opinión occidental» —o mejor dicho, la de Washington—, con algunas insólitas excepciones. Así pues, es un *hecho*, que no precisa de discusiones ni argumentos, que Hezbolá «empezó la última tanda de ataques en un intento de sabotear las negociaciones de paz y provocar un conflicto más amplio» (Elaine Sciolino, especialista en Oriente Medio del *New York Times*). O, si se prefiere, es un *hecho* que Siria, «al intentar recordar a todo el mundo que Damasco es la fuente de la guerra y la paz en la región, ha animado a sus representantes del Partido de Dios a lanzar misiles al norte de Israel» (Thomas Friedman, jefe de los corresponsales diplomáticos del *Times*, que omite algunas fases relevantes). No podía ser de otra manera: los guerrilleros que se habían movilizado por la agresión y el terrorismo israelí, como todos reconocen, no podían tener otro interés que no fuera el de obligar al ejército de ocupación a salir de su país, y dispersar a sus mercenarios terroristas.

Para comprender mejor lo que está ocurriendo, es necesario conocer un poco el trasfondo histórico.

Desde el comienzo de los devastadores ataques de Israel al Líbano —muchas veces «preventivos», según las declaraciones oficiales—, las noticias esporádicas en Estados Unidos han reflejado durante mucho tiempo la aceptación de que, como un país cliente útil y generalmente obediente, Israel hereda el derecho de Washington a cometer actos terroristas cuando quiera. Por tanto, en abril de 1982, como parte de su intento de provocar cierta reacción de la OLP, de manera que pudiera justificarse la invasión planeada del Líbano, Israel bombardeó supuestos centros de la organización palestina al sur de Beirut, y mató a veinticuatro personas.

El pretexto oficial fue que este ataque era la represalia por un «acto terrorista» de la OLP: un soldado israelí había sido asesinado cuando su jeep hizo explotar una mina antipersona en la zona del sur del Líbano ocupada ilegalmente. El *Washington Post*, muy considerado, comentó: «Este no es momento de echar sermones a Israel. Es momento de mostrar respeto por la angustia de este país, y de lamentarse por las víctimas de la hostilidad entre israelíes y palestinos». Si reflexionamos un poco, podemos entender que es la angustia de *Israel* la que debemos respetar, cuando mueren muchos

más árabes a causa del terrorismo israelí, y se convierten en víctimas de la hostilidad mutua, y no en los agentes, como se ha afirmado antes.

Las mismas actitudes prevalecen hoy en día. H.D.S. Greenway, del *Boston Globe*, que hizo varios reportajes fotográficos sobre la invasión israelí del Líbano de 1978, escribe ahora que «si el bombardeo de aldeas libanesas, a pesar de causar tantas muertes, y las oleadas de refugiados civiles hacia el norte sirvieran para asegurar la frontera septentrional de Israel, debilitar a Hezbolá y fomentar la paz, yo diría que adelante, como dirían muchos árabes e israelíes. Pero la historia nunca ha favorecido a los hebreos en sus aventuras en el Líbano. Apenas han solucionado algo y casi siempre han causado más problemas», de modo que el asesinato de civiles, la expulsión de cientos de miles de refugiados, y la devastación de toda la zona sur del país es una propuesta cuestionable. ¿Podría imaginarse alguien un artículo que recomendara un ataque mortífero y destructivo contra Israel, solo para asegurar la frontera libanesa y fomentar la paz?

Los supuestos están tan firmemente implantados que pasan desapercibidos. Por eso, apenas hubo reacción cuando la portada de la revista *New Yorker*, en julio de 1993, presentó a unos niños sonrientes que estaban construyendo castillos de arena —entre otras cosas, una réplica de las Torres Gemelas—, mientras una niña enloquecida que llevaba un velo árabe en la cabeza saltaba encima para destruirlos con una mirada terriblemente recelosa; los niños eran negros, latinos, y blancos, un toque muy hábil, ya que así los autores quedaban absueltos de cualquier acusación de racismo, mientras que al mismo tiempo mostraban la depravación de un grupo étnico que las personas razonables deben despreciar.

Como no provocó la reacción esperada de la OLP, Israel tuvo que inventar un pretexto para su invasión del Líbano, largamente planeada, y la excusa fue el intento de asesinar a su embajador en Londres, que, como Israel sabía muy bien, era obra del grupo terrorista Abu Nidal, que había estado enfrentado con la OLP durante muchos años, y que aunque no había hecho gran cosa, tenía una oficina en el Líbano.

La versión preferida en Estados Unidos era que la «Operación Paz para Galilea» —la invasión israelí del Líbano de 1982— tenía

como objetivo proteger a la población civil de los artilleros palestinos, y que, con esta operación, se puso fin a «los ataques con misiles y obuses en la frontera septentrional de Israel», aunque como algún político israelí comentó: «si vuelven a llover misiles en el norte de Israel después de todo lo que hemos gastado en esta guerra, el pueblo israelí se enfurecerá». Esta versión no puede ser correcta, si tenemos en cuenta la historia real, que no se cuestiona en absoluto (aunque apenas se nos informe de ella, en su mayor parte).

Cuando se constató que «seguían lloviendo» misiles, se cambió la versión: «Las dos incursiones militares de Israel en el Líbano [1978, 1982] fueron auténticos desastres militares, que no consiguieron garantizar una seguridad a largo plazo para la frontera septentrional de Israel». De hecho, se había arriesgado esa seguridad, como consecuencia de los ataques no provocados de Israel desde 1981, frecuentes también antes de esa fecha. La frase «desastre militar» no se refiere al asesinato de unos 20.000 libaneses y palestinos en 1982, en su mayor parte civiles, ni a la destrucción de gran parte del sur del Líbano y de su capital, Beirut, ni tampoco a las terribles atrocidades que llevaron a cabo los soldados israelíes a mediados de la década de los 80; antes bien, se refiere al fracaso de Israel a la hora de imponer el «nuevo orden» que había proclamado para el Líbano, y a su incapacidad para mantener la ocupación en todos los territorios a causa de los heridos, víctimas de una resistencia que no se había previsto («terrorismo»), y que les obligó a retroceder hasta la «zona de seguridad».

Las razones reales para la invasión de 1982 nunca se han ocultado en Israel, aunque en Estados Unidos no se dicen abiertamente. Pocas semanas después de que empezara la invasión, el profesor israelí más destacado en la cuestión palestina, Yehoshua Porath, señaló que la decisión de invadir el Líbano «se derivaba directamente del hecho de que la OLP hubiera decidido acatar el alto el fuego, una auténtica catástrofe» para el gobierno israelí, puesto que ponía en peligro la política de evitar un acuerdo político. La OLP estaba ganando prestigio, gracias a su preferencia por las negociaciones frente al terrorismo. Por tanto, la esperanza que le quedaba al gobierno israelí era obligar a «la afligida OLP» a «regresar a su terrorismo anterior», de modo que «se redujera el peligro» de las

negociaciones. Como declaró más tarde el primer Ministro Isaac Shamir, Israel fue a la guerra porque existía «un peligro terrible... No tanto militar como político».

La invasión tenía el objetivo de «debilitar la postura de los moderados dentro de las filas [de la OLP]», bloquear así «la "ofensiva de paz" de la OLP», y «frenar el aumento del prestigio político [de la OLP]» (Avner Yaniv, analista estratégico). Debería haberse llamado «la guerra para salvaguardar la ocupación de Cisjordania», ya que había estado motivada por «el temor [de Beguin] ante el impulso del proceso de paz», de acuerdo con el general Yehoshaphat Harkabi, arabista israelí y antiguo jefe del servicio de inteligencia militar. El apoyo de Estados Unidos a la agresión israelí, incluido el veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, que estaba tratando de frenar la masacre, se basaba supuestamente en el mismo razonamiento.

Tras su fracaso a la hora de imponer el pretendido «nuevo orden» en el Líbano en 1982, Israel intentó conservar la mayor parte posible de las tierras, pero se vio obligado a retirarse hasta su «zona de seguridad» cuando la resistencia empezó a causar demasiadas bajas en las filas israelíes. Mientras tanto, llevó a cabo operaciones terroristas, especialmente en la época del «puño de hierro» en 1985, bajo la dirección del primer Ministro Simón Peres. Estos actos continuaron a lo largo de toda la década de los 80.

Por seguir con un breve recorrido de los acontecimientos en los últimos años, pocos meses después de que Sheikh Obeid fuera secuestrado a finales de 1989, las fuerzas israelíes secuestraron a Jawad Kaspi, uno de los líderes de la organización shií Amal, cerca de Beirut, y se lo llevaron a Israel. En noviembre de 1991, Associated Press (AP) contaba que «el Ejército del Sur del Líbano [SLA], apoyado por Israel, había bombardeado aldeas musulmanas shiíes», y había dejado herida a una anciana y dañado diez casas, un día después de que «las fuerzas israelíes y sus milicias aliadas bombardearan otras aldeas de la región... y mataran a cuatro niños».

El SLA también acabó con la vida de un soldado irlandés de las fuerzas de paz UNIFIL (Fuerza Provisional de las Naciones Unidas en el Líbano), en un ataque «no provocado», según informó la ONU. En diciembre, Israel secuestró a tres libaneses, dos de ellos periodistas, en las cercanías de Jibshit, al norte de la «zona de segu-

ridad»; los llevó a Israel, y pocos días después los puso en libertad. Tres niños, dos de ellos hijos de uno de los periodistas secuestrados, fueron asesinados por un coche bomba abandonado por las fuerzas israelíes. «Es horrible que se asesine a niños», dijo un soldado del ejército israelí, pero «los terroristas tienen que darse cuenta» de que pueden explotar coches-bomba «a ambos lados de la zona de seguridad». A lo largo de 1991, el ejército aéreo israelí llevó a cabo veintitrés bombardeos sobre bases palestinas y musulmanas shiíes en el Líbano, en los que mató a treinta y una personas y dejó heridas a ciento ocho.

El año 1992 comenzó con un ataque de los cazas israelíes el 10 de enero a una supuesta base de guerrilleros en las cercanías de Beirut, en el que murieron doce personas (nueve de ellas civiles) y quedaron heridas catorce, la mayoría gravemente heridas, así que en el hospital esperaban que el número de víctimas mortales fuera aún mayor. Los testigos contaron que los misiles israelíes se lanzaron «contra un campo de tiendas de pastores beduinos, y de refugiados que vivían en un apiñamiento de edificios derruidos durante la guerra civil libanesa; el ejército israelí destruyó completamente varios de ellos y prendió fuego a las tiendas beduinas». El 16 de febrero, los guerrilleros árabes mataron a tres soldados israelíes en un campo militar cercano a la frontera. Como represalia, las fuerzas israelíes asesinaron al día siguiente a Sheikh Mussawi, a su mujer y a su hijo; también «se vengaron con ataques aéreos sobre dos campos de refugiados palestinos, en Ain Hilwe y en Rashidiye, en el sur del Líbano [también fuera de la «zona de seguridad»], que acabaron con la vida de cuatro personas, entre ellas dos niños, y causaron casi otra docena de heridos».

Tres días más tarde, Israel bombardeó treinta aldeas al sur del Líbano, mató a cuatro personas y dejó cincuenta heridos, según las primeras informaciones, lo que provocó que entre 75.000 y 100.000 libaneses huyeran despavoridos hacia otras aldeas al norte de la «zona de seguridad». Los carros de combate y los soldados israelíes también atacaron pueblos al norte de la zona, como represalia por los ataques shiíes, según afirmó el *New York Times*. Dos civiles libaneses fueron asesinados, y ocho miembros de las fuerzas de paz de la ONU quedaron heridos. El periódico londinés *The Guardian* informó que las fuerzas israelíes impidieron la evacuación médica

de los soldados heridos de la ONU, según confirmó la propia organización, después de abrirse camino con ayuda de bulldozers a través de una barricada levantada por las fuerzas de paz, y derribar uno de sus puestos con artillería. «Si el incidente hubiera sido culpa, por ejemplo, de Irak o de Siria, la denuncia internacional hubiera atronado el mundo entero en solo una hora», señaló *The Guardian*; pero en este caso, pasó desapercibido.

Después de que los soldados hebreos se retiraran, los guerrilleros shiíes lanzaron misiles a Israel y mataron a una niña de cinco años.

Así que los acontecimientos siguieron su curso. En mayo, los misiles israelíes mataron en Jibshit al militante de Hezbolá Yasir Nasser, junto a su mujer, sus dos hijas de dos y cuatro años, y su suegro. El primer Ministro Shamir declaró: «El ejército israelí continuará diezmado las redes de terroristas hasta que hayan comprendido el mensaje», y dejen de atacar dentro de la zona ocupada del Líbano. La policía libanesa afirmó que hubo treinta y siete muertos y setenta y dos heridos en los ataques aéreos israelíes en los primeros seis meses de 1992.

En junio, un bombardeo israelí mató a cuatro granjeros libaneses que cuidaban de sus propiedades al norte de la «zona de seguridad», como represalia por una bomba colocada en la zona que causó «heridas leves» a algunos soldados israelíes. Como respuesta a una emboscada libanesa en octubre del mismo año, en la que murieron cinco oficiales hebreos por la explosión de una bomba, «la artillería, los aviones y las cañoneras israelíes bombardearon objetivos por todo el Líbano», según informó el *Times*, y obligaron a cientos de personas a huir de sus aldeas. «Cada segundo cae un obús» en Nabatiye, informó Reuters.

En febrero de 1993, cuatro libaneses, dos de ellos guerrilleros, fueron asesinados cuando las fuerzas israelíes y las milicias del SLA «bombardeaban veinte aldeas libanesas como represalia por» los ataques de Hezbolá «en la frontera septentrional» de la «zona de seguridad» de Israel. Después de que tres soldados hebreos fueran asesinados en el Líbano, los helicópteros respondieron lanzando «al menos quince misiles contra tres casas, una panadería, y un valle fuera de la zona, mientras los tanques y la artillería disparaban unos 200 obuses alrededor de un grupo de aldeas de la región».

Pocos días después, los helicópteros israelíes atacaron la caravana de Samir Swidan, cabecilla de los guerrilleros libaneses, e hirieron gravemente al líder, a su mujer y a su hija pequeña. El 20 de julio, el Secretario General de la ONU informó al Consejo de Seguridad sobre el «aumento del nivel de las hostilidades en los últimos seis meses», y señaló que «los bombardeos [israelíes] sobre zonas pobladas continuaban, con las consiguientes víctimas civiles».

Esto solo es un ejemplo. Como indicaron los resúmenes esporádicos, muchas cosas no llegaron a oídos del público estadounidense.

El planteamiento que estaba detrás de las operaciones terroristas en el Líbano no es ningún secreto. Por ejemplo, Abba Eban, el respetado ex Ministro de Asuntos Exteriores, considerado una «paloma» líder, lo explicó, y mucho antes lo había hecho David Ben Gurión. Expresiones como la «pureza de las armas» o la «benévola ocupación» son disculpas vergonzosas, como ha reconocido ahora un gran sector de la población israelí.

3. Salvaguardando la ocupación

La descripción de Harkabi sobre la invasión de 1982 como «la guerra para salvaguardar la ocupación de Cisjordania» podría aplicarse también al ataque de Israel en julio de 1993, aunque las intenciones del Partido Laborista y de su protector, Estados Unidos, no son exactamente las mismas que las del gobierno del Likud en 1982. Este último exigía la extensión de la soberanía israelí sobre los territorios ocupados, pero no la anexión; aunque no dejaba la distinción muy clara. Por el contrario, el gobierno laborista exige el «compromiso territorial», su postura tradicional desde el «Plan Allon» de 1968.

Los herederos de este plan difieren en la manera de ponerlo en práctica, aunque los principios siguen siendo los mismos. Israel debe mantener el control sobre los recursos y la tierra aprovechable de los territorios, incluida una amplia región, cada vez más grande, llamada «Jerusalén». Gran parte de la población autóctona, que carece de derechos nacionales, acabará poniéndose en camino hacia los países árabes ya existentes («traslado»), como siempre han esperado y pretendido los líderes del movimiento sionista, mientras que aquellos que se queden estarán bajo la administración jordana, o se les concederá decidir sobre sus propios asuntos locales.

Israel continuará con sus planes de colonización y explotación de los territorios, y mantendrá el control efectivo sobre todos ellos. Cuestiones como la de los Altos del Golán quedan pendientes de resolver, o como la disposición de Gaza, que se ha convertido en un lugar tan espantoso bajo la ocupación israelí que ahora empieza a haber sugerencias de abandonarlo, lo cual significa la destrucción casi total bajo las condiciones actuales. Los países árabes tienen que aceptar los planes israelíes y firmar un tratado de paz definitivo. El proyecto general se titula «tierra para la paz» o «compromiso territorial».

Para conseguir realizar este proyecto, Israel continúa con sus programas de expansión e integración de los territorios, ahora respaldados por los préstamos en garantía de Estados Unidos además de las ya tradicionales y generosas ayudas, que no tienen precedentes en los asuntos internacionales; el préstamo de diez mil millones de dólares, solicitado fervientemente para los inmigrantes rusos que se estaban viendo obligados a emigrar a Israel por las presiones de Alemania, Estados Unidos y de otros países que no les permitían elegir libremente, está siendo utilizado ahora para la inversión en infraestructura y en empresas, y se concede libremente; por supuesto, liberando los fondos para la colonización en los territorios.

Y mientras los asentamientos judíos florecen y se extienden, los habitantes palestinos de los territorios ocupados se hunden en la angustia y la desesperación; con el cierre de todos los territorios ordenado por Rabin, el declive se aceleró rápidamente, y ahora amenaza incluso la supervivencia en una región privada de toda posibilidad de desarrollarse de forma independiente bajo la cruel ocupación militar. Por supuesto, el «cierre» cumple los criterios tradicionales: los colonos judíos de los territorios están exentos.

Las operaciones de julio de 1993 están encaminadas a acelerar todas estas perspectivas, y dejan claro a los países árabes y a los palestinos que no tienen más elección que rendirse al poder ejercido por Israel bajo la protección de Estados Unidos. Todas las demás posibilidades han sido eliminadas en el Nuevo Orden Mundial, en el que no hay ningún elemento disuasorio contra el poder de Estados Unidos, ni espacio para iniciativas independientes («neutralidad», «no alineación»), así como tampoco hay impedimentos fasti-

diosos por parte de las instituciones internacionales, ni un planteamiento de que Europa pueda tener un papel independiente en lo que se reconoce como territorio estadounidense.

Israel puede considerar perfectamente que estas oportunidades han mejorado ahora. La administración Clinton es incluso más extremista en su rechazo de los derechos palestinos que el propio gobierno de Israel. Dos semanas antes de los últimos ataques israelíes, el corresponsal político del *Hadashot*, Amnon Barzilai, comentó que las propuestas de Estados Unidos presentadas a Israel y a los palestinos abrían nuevos caminos para el oposicionismo: por primera vez, estipulaban que «todas las opciones se dejarán abiertas», incluida también «la exigencia de una completa anexión de los territorios» bajo «la soberanía israelí».

A este respecto, Clinton va más allá que el Partido Laborista gobernante, «que nunca exigirá que todas las opciones queden abiertas», insistiendo más bien en el «compromiso territorial». La iniciativa de Estados Unidos no hace más que «aumentar la sospecha entre los palestinos de que tienen motivos para temer una conspiración israelí con apoyo estadounidense», aunque en realidad, ni Estados Unidos ni los dos bloques políticos israelíes, los laboristas y el Likud, considerarían la anexión auténtica de los territorios, que conllevaría unos costes demasiado elevados, como extender, por lo menos, los derechos sociales, económicos y políticos mínimos a todos sus habitantes.

La política de Estados Unidos ha sido siempre de estricto rechazo, como la de Hezbolá, salvo por el hecho de que Washington niega los derechos nacionales a los palestinos, no a los judíos. Una vez más, las modalidades han variado a lo largo de los años, aunque los supuestos básicos se han mantenido estables, igual que el marco doctrinal: así pues, Washington busca invariablemente la paz y la justicia, y se centra en proseguir el «proceso de paz», un término propio de la jerga moderna que se refiere a los esfuerzos de Washington por imponer sus objetivos oposicionistas, y por excluir todas las iniciativas diplomáticas que entren en conflicto con éstos.

En su versión reciente, el «proceso de paz» se ha basado en el Plan Baker-Shamir-Peres de 1989, que eliminaba la posibilidad de «un Estado independiente en el distrito de Gaza y en la zona entre Israel y Jordania» (Jordania ya es considerado un «Estado palesti-

no») o de cualquier negociación con la OLP, y declaraba que «no habrá ningún cambio en el estatus de Judea, Samaria y Gaza, aparte de los determinados por las directrices básicas del gobierno» de Israel, que rechaza la autodeterminación palestina. Con estos «principios básicos» implantados, tendrá que haber «elecciones libres» bajo la ocupación militar israelí para ceder «autonomía».

Después de la Guerra del Golfo Pérsico de 1991, hubo nuevas oportunidades para fomentar este proyecto, así como una nueva urgencia por llevarlo a cabo. Las nuevas oportunidades quizá se derivaban de la reafirmación contundente del poder unilateral de Estados Unidos en la región, la desmoralización del mundo árabe (y del Tercer Mundo en general), la abdicación de Europa, y el colapso de la Unión Soviética, que dejaba a Rusia como un cliente incluso más leal que Gran Bretaña.

La urgencia procedía de la necesidad de preparar un cierto «triunfo» para ocultar las desastrosas consecuencias de la Guerra del Golfo de Estados Unidos y Gran Bretaña, que habían dejado a Sadam Hussein firmemente aferrado al poder y masacrando alegremente shiíes y kurdos, mientras que Stormin Norman y el heroico George Bush se hacían a un lado tranquilamente, las empresas estadounidenses empezaban a forrarse firmando contratos gigantes para la reconstrucción de las ruinas, y «más de 46.000 niños [morían en Irak] entre enero y agosto de 1991», por los efectos de la guerra y las sanciones, de acuerdo con un estudio dirigido por importantes especialistas médicos estadounidenses y extranjeros, y que fue publicado en el *New England Journal of Medicine*. Desde entonces, han muerto muchos más.

Había que hacer algo. Por tanto, se anunció una nueva «iniciativa de paz» con mucha ceremonia, en medio de los elogios al noble Presidente, que «ha dejado muy claro que quiere infundir nueva vida en esa hipotética criatura que es el proceso de paz de Oriente Medio» (Anthony Lewis). La versión que se dio desde entonces no debería sorprender a nadie que sea capaz de mirar más allá del coro admirable de autoadulaciones y ver los hechos reales, que no están tan disimulados.

Estados Unidos aún sigue comprometido con el «proceso de paz» que inició, y no es sorprendente, si tenemos en cuenta su contexto. Por tanto, tenemos razones aún más convincentes para reco-

nocer que «éste no es momento de echar sermones a Israel», más bien «es momento de mostrar respeto por la angustia de Israel, y lamentarse por las últimas víctimas de la hostilidad entre israelíes y palestinos». Los sermones, por no decir cualquier otra reacción, sólo obstaculizarían el «proceso de paz». De hecho, como afirman sus defensores, este proceso ha avanzado gracias a la violencia tolerada por Isaac Rabin, no solo por las razones convincentes que han dado las autoridades israelíes, sino también porque ha permitido al primer Ministro eludir las críticas de la derecha, mientras camina a pasos agigantados hacia el «compromiso territorial».

Por tanto, el ataque de Rabin al Líbano se asemeja mucho al bombardeo de Clinton sobre Irak un mes antes, como represalia por una supuesta amenaza de asesinato a un antiguo líder estadounidense, un crimen tan atroz que nuestros sentimientos tan puros apenas pueden imaginar siquiera cómo es posible que fuera concebido por alguna mente retorcida y primitiva. La valiente actuación de Clinton, se nos dijo, alivió los temores de aquellos que pensaban que el viejo prófugo podía ser menos proclive a la violencia que sus antecesores, y acabó con la peligrosa creencia de que «la política exterior estadounidense tras la Guerra Fría estaba destinada a estar siempre atada de pies y manos por las imposiciones del multilateralismo» (*Washington Post*); es decir, por la legislación internacional y la Carta de las Naciones Unidas.

Bienvenidos al Nuevo Orden Mundial.

4. El Líbano después de Oslo

Una vez que la guerra de julio de 1993 de Isaac Rabin hubiera alcanzado sus objetivos, el patrón regresó a la normalidad. Israel continuó atacando el Líbano tanto como quiso, a veces en represalia por los ataques de Hezbolá a los soldados de la «zona de seguridad» de Israel, y otras veces sin ningún pretexto. Cientos de libaneses fueron asesinados, aunque pocos se contaron, de modo que los detalles se desconocen. El Ministro de Sanidad Efraín Sneh, un antiguo comandante del ejército, justificó el empleo por parte de Israel de «obuses de fragmentación, prohibidos por la legislación internacional, que se dividen en multitud de dardos de acero», ya que se trataba de «un arma de gran calidad», que era «completamente legítima» en una guerra contra «terroristas» sin «limitaciones éticas».

En abril de 1996, el sucesor de Rabin, el Nobel de la Paz Simón Peres, terminó sus días como primer Ministro dirigiendo la «Operación Uvas de la Ira», prácticamente una repetición de la «Operación Responsabilidad» de Isaac Rabin en 1993. El trasfondo era aproximadamente el mismo, a causa del atentado terrorista de Rabin. La organización para los derechos humanos *Human Rights Watch* publicó una muestra de los incidentes desde julio de 1993 hasta el lanzamiento de la «Operación Uvas de la Ira». Según este estudio, todos los ataques de Hezbolá sobre Israel eran represalias.

El patrón normal es una operación de Hezbolá contras las fuerzas israelíes o sus mercenarios en la «zona de seguridad», seguido por los ataques israelíes al norte de la zona; entonces Hezbolá lanza misiles al norte de Israel. Otros ataques del ejército hebreo (que a menudo acababan con la vida de civiles) no fueron provocados. Esta situación continuó hasta el 30 de marzo de 1996, cuando la artillería israelí mató a dos civiles al norte de la zona de seguridad, sin haber sido provocada, lo que instigó la represalia de Hezbolá.

Después de que un soldado israelí fuera asesinado en el Líbano el 10 de abril, Peres lanzó la nueva invasión, fuertemente respaldada por la administración Clinton. La prensa siguió en su mayor parte el rumbo de la falsificación y la apología ejemplificada anteriormente, y de forma más exhaustiva en las fuentes citadas. El presidente Clinton llegó incluso a justificar la masacre israelí de más de cien refugiados que se apiñaban en una base de la ONU en Qana, ya que se trataba de «un trágico error de Israel en el ejercicio legítimo de su derecho a defenderse», y era la respuesta a una «táctica deliberada de Hezbolá», que consistía en lanzar misiles cerca de civiles.

Sin embargo, para ese momento, la protesta internacional era ya tan intensa (también por parte de la ONU y Amnistía Internacional, cuyos informes indicaban que la masacre probablemente era deliberada), que Washington y los medios de comunicación decidieron distanciarse. Washington intentó sin éxito establecer un alto el fuego que modificara las condiciones de 1993 y favoreciera aún más a Israel, pero se vio obligado a adoptar las directrices básicas de una propuesta francesa, que prohibía las operaciones contra civiles y permitía a la vez la resistencia a la ocupación israelí. El resultado se presentó como un gran logro de la diplomacia esta-

dounidense; la intervención de Europa suscitó algunas diatribas esporádicas, especialmente de la pluma de Thomas Friedman del *New York Times*, cuyo «consejo a los euros» era «aprended a vivir»: ocupaos de vuestros propios asuntos internos y no interferáis en los del dominante del mundo.

Entonces el patrón se reanudó, pero con un cambio importante. Las fuerzas israelíes, incluidas las unidades de élite, empezaron a sufrir graves reveses militares, y las acciones de la resistencia se volvieron más efectivas. Al igual que en las últimas fases de las guerras de Estados Unidos en Indochina, los cabecillas militares empezaron a preocuparse por la moral y el rendimiento. El aumento de las bajas levantó protestas nacionales, y las voces que exigían la retirada se dejaron oír en los grupos dominantes israelíes. Para 1998, el gobierno indicó que acataría la resolución 425 de la ONU, pero solo con condiciones que seguían siendo inaceptables para el Líbano y Siria.

Para los libaneses, el terrorismo continuó, con algunas innovaciones: en la zona de seguridad, «los camiones israelíes han estado recogiendo cargamentos, uno detrás de otro, del fértil suelo libanés, y llevándoselo a Israel», dejando a los libaneses «con una horrible mina a cielo abierto», «una nueva interpretación del principio de tierra para la paz», según comentó el semanario londinés *The Economist*. Después de negar las informaciones, Israel reconoció que eran ciertas, y afirmó que pondría fin a esta práctica. «La mayoría de los libaneses creen que el robo de su suelo, al igual que las agresiones de Israel al Líbano y sus más de veinte años de ocupación del país, van a quedar impunes», comentó la prensa egipcia, y «los observadores creen que, aunque el Consejo de Seguridad emitiera una condena, Estados Unidos la vetaría seguramente», como ha hecho en el pasado.

Entre tanto, los ataques al Líbano continuaron. Cuando se acercaba el final del año 1998, los aviones de guerra israelíes atacaron el este del Líbano con misiles, «y según las informaciones, mataron a una mujer y a sus seis hijos», y dejaron herido al marido y a otro hijo. Los militares israelíes «se lamentaron», y atribuyeron lo sucedido a un «fallo de funcionamiento». No se ofreció ningún otro pretexto. Como estaba mandado, bastaron unas pocas líneas, a diferencia de las muchas dedicadas a «las víctimas respetables».

El «proceso de paz» de Washington

Capítulo VI

1. Oslo I*

El 30 de agosto de 1993, el gobierno israelí aprobó el borrador de un acuerdo que permitía la creación de un «gobierno autónomo palestino», que había sido alcanzado por el gabinete israelí y los representantes personales del máximo dirigente de la OLP, Yasir Arafat. Para comprender el alcance de este acuerdo, es necesario recordar el importante trasfondo.

Paz Ahora ha elaborado un estudio sobre el espectro de políticas israelíes con respecto a los territorios ocupados, en el que compara cuatro planes diferentes para los territorios desde 1968 hasta 1992, y se centra en la cuestión de cómo se distribuiría la multitud de palestinos dentro de las zonas anexionadas por Israel si estos planes se aprobaran hoy en día:

- (1) el Plan Allon de 1968 (Partido Laborista);
- (2) el Plan de Asentamientos del Partido Laborista de 1976 (que nunca se adoptó oficialmente, aunque «en la práctica, ha influido en la toma de decisiones y en la acción»);
- (3) el Plan de Ariel Sharon de 1992 (Likud), que creaba once «cantones» aislados y discontinuos para la autonomía palestina; y
- (4) el Plan para la Creación de la Defensa de 1992 (Partido Laborista), que trata solo la cuestión de Cisjordania.

* Tomado de "The Israel-Arafat Agreement", *Z Magazine*, October 1993.

Según los acuerdos, el número de palestinos que pasaban a formar parte de Israel era el siguiente:

- (1) Plan Allon: 385.000, de ellos 91.000 en Cisjordania y el resto en Gaza.
- (2) Plan de Asentamientos del Partido Laborista: 603.000, de ellos 310.000 en Cisjordania.
- (3) Plan Sharon: 393.000, de ellos 378.000 en Cisjordania.
- (4) Plan para la Creación de la Defensa: 204.000 en Cisjordania; Gaza no se especifica.

A estas cifras debemos añadir los 150.000 palestinos de Jerusalén oriental, que quedaría anexionada a Israel según los cuatro planes, como señala el estudio de Paz Ahora. «El plan del Partido Laborista de 1976 incorporaría el mayor número de palestinos de Cisjordania y Gaza», mientras que el Plan Sharon «es el acuerdo que más palestinos establecería en Cisjordania», aunque cedería el autogobierno a más poblaciones palestinas de Gaza que los planes del Partido Laborista.

Como indica el análisis, el espectro de políticas ha sido estrecho e invariablemente opositorista. Las coaliciones políticas han discrepado en cuanto a las concentraciones de población árabe en Cisjordania; los laboristas se han centrado más que el Likud en la exclusión de los palestinos de las zonas previstas para el control hebreo. Washington ha favorecido el opositorismo del Partido Laborista, más racional que la variedad de opciones del Likud, que no tiene un plan real para la población de los territorios ocupados, salvo el «traslado» final (expulsión).

Después de la Guerra del Golfo, Europa aceptó la postura de Estados Unidos, que consistía en que la Doctrina Monroe se extendiera de forma efectiva sobre Oriente Medio; en lo sucesivo, los europeos se abstendrían de desarrollar iniciativas independientes, y se limitarían a colaborar para poner en práctica la doctrina opositorista de Estados Unidos, que fue lo que hizo Noruega en 1993. La Unión Soviética había desaparecido de la escena, y sus restos eran ahora clientes leales de Washington. La ONU se había convertido prácticamente en un organismo de Estados Unidos. Todo el espacio que había dejado el conflicto entre las superpotencias para

la no alineación se había esfumado, y la catástrofe del capitalismo, que asoló las colonias tradicionales de Occidente en la década de los ochenta, había dejado al Tercer Mundo sumido en la desesperación general, y controlado por las fuerzas del mercado organizado.

El nacionalismo árabe sufrió otro martillazo aplastante por la agresión y el terrorismo de Sadam, y además, la táctica de la OLP estaba resultando ser menos inepta de lo normal, de modo que los dirigentes árabes tenían menos necesidad que antes de responder a las presiones populares con gestos pro-palestinos. Por consiguiente, Estados Unidos estaba en una posición ideal para fomentar su programa opositorista sin intromisiones, y movilizarse hacia la solución presentada por el secretario de Estado James Baker bastante antes de la crisis del Golfo Pérsico: cualquier acuerdo debía basarse en el plan del gobierno de Israel de 1989, que negaba rotundamente los derechos nacionales palestinos (Plan Baker, diciembre de 1989).

Los objetivos generales de Washington se han mantenido estables durante un largo período. La preocupación básica es la enorme riqueza petrolífera de la región. Por eso, toda la política ha estado guiada durante mucho tiempo por una concepción estratégica que deja la administración local en manos de una «Fachada Árabe» de dictadores débiles y dependientes. Éstos se encargan de que los beneficios del petróleo del Golfo Pérsico fluyan fundamentalmente hacia Estados Unidos (y hacia su cliente, Gran Bretaña), no hacia los habitantes de la región. Una red de gendarmes regionales se encarga de mantener el orden; los «polis de ronda» locales, como los describió el ministro de defensa de Nixon, Melvin Laird, dentro del contexto de la Doctrina Nixon.

Henry Jackson, senador experto en esta cuestión, señaló en 1973 que la responsabilidad de los polis de Oriente Medio era «prohibir y contener estos elementos irresponsables y radicales en ciertos países árabes...», que, si se les dejaba libres, supondrían una seria amenaza para nuestras principales fuentes de petróleo en el Golfo Pérsico», o mejor dicho, para toda la vasta riqueza que producen. El senador Jackson se refería concretamente a la alianza tácita entre Israel, Irán (bajo el mandato del sha) y Arabia Saudí.

En cuanto a los kurdos, los palestinos y los marginados de El Cairo, y otros que no contribuyen en nada a la estructura básica del

poder, no tienen derechos, según los principios más elementales del arte de gobernar. Quizá puedan ser utilizados de vez en cuando en una u otra maniobra de las autoridades, pero ahí es donde acaban sus derechos, como ha demostrado la historia de los kurdos, hoy todavía una vez más. El estatus de los palestinos ha sido siempre incluso más bajo que el de las personas más despreciables; su valor no es cero, sino negativo, ya que su situación ha provocado un efecto perjudicial en el mundo árabe, y por tanto, ha interferido en los objetivos de Estados Unidos. Por eso, deben ser marginados de alguna manera, quizá bajo una forma de «autonomía» que les permita gobernar sus propios asuntos bajo la supervisión israelí. Ese plan, propuesto en Camp David, volvió a adoptarse cuando el «proceso de paz» cobró nueva vida en Madrid en el otoño de 1991.

Cuando empezó la Conferencia de Paz sobre Oriente Próximo en la capital española, uno de los observadores más entendidos y agudos de los territorios ocupados, el periodista Danny Rubinstein, escribió que Estados Unidos e Israel proponían «la autonomía como en un campo de prisioneros de guerra, donde los prisioneros son "autónomos" para cocinar sus comidas sin intromisiones y organizar acontecimientos culturales». A los palestinos no se les debe dar nada más, excepto el control sobre los servicios locales, escribió, y añadió que ni siquiera los defensores del Gran Israel han exigido jamás la anexión literal de los territorios, que conllevaría ofrecer los «limitados servicios» disponibles a los ciudadanos árabes de segunda clase, con un coste enorme.

Desde el punto de vista de Washington, el mejor resultado sería un acuerdo que consolidara la concepción estratégica tradicional y le diera una forma pública, convirtiendo las condiciones tácitas en un tratado formal. Si una disposición que establezca una «autonomía» local consigue suprimir el problema palestino, entonces adelante. Entre tanto, los acuerdos de seguridad entre Israel, Turquía, Egipto y Estados Unidos podrían extenderse, quizá incorporando a otros en ellos, si es que aceptan el papel de clientes. Por otro lado, no hay necesidad de volver a preocuparse por un posible apoyo soviético a los intentos, dentro de la región, de interferir en esos planes.

Mientras las negociaciones continuaban sin problemas, Israel intensificó la dura represión en los territorios, siguiendo el plan-

teamiento presentado por el Ministro de Defensa Isaac Rabin (posteriormente primer ministro) en febrero de 1989, cuando explicó a los líderes de Paz Ahora que Estados Unidos había concedido tiempo a Israel para acabar con la Intifada por la fuerza, desviando la atención mediante maniobras diplomáticas sin sentido. Estas políticas obtuvieron un gran éxito, que aumentó con el «cierre» de todos los territorios ordenado por Rabin, un martillazo aplastante para la tambaleante economía palestina.

Desde los primeros días de la Intifada, por no decir desde antes, quedó claro que la cúpula de la OLP estaba perdiendo el apoyo popular en los territorios ocupados. Los activistas locales de los sectores nacionalistas seculares, aunque aún consideraban a la OLP como la única que podía representar a los palestinos en las negociaciones, mostraban abiertamente su desprecio por su corrupción, sus maniobras personales, su oportunismo, y su indiferencia hacia los intereses y las opiniones de las personas a las que decía representar. Según todos los indicios, la enemistad creció en los años siguientes, mientras la oposición fundamentalista, que Israel había fomentado al principio, empezó a ganar apoyo popular, alimentando el creciente descontento y la desmoralización, sobre todo cuando el programa de Rabin se puso en práctica con el apoyo constante de Estados Unidos a todos los niveles: económico, diplomático e ideológico.

Al disminuir su apoyo popular y deteriorarse su estatus dentro del mundo árabe, la OLP empezó a ganarse cierto respeto entre los políticos de Estados Unidos e Israel, especialmente a medida que el creciente movimiento fundamentalista despertaba los recuerdos de la resistencia, que había obligado a Israel a dejar gran parte de las tierras del sur del Líbano. Los contactos informales entre Israel y la OLP empezaron a ser noticia cada vez más, y alcanzaron su punto culminante en el acuerdo de Oslo en agosto de 1993, que no contó con las delegaciones implicadas en el «proceso de paz» oficial, y de hecho, excluyó a la OLP, salvo a Arafat y a unos pocos socios.

El acuerdo fue recibido con gran entusiasmo, solo enturbiado por el escepticismo de aquellos que no estaban convencidos de que fuera a mantenerse. «El máximo interés de Estados Unidos», es decir, el doble objetivo de «garantizar la seguridad para Israel y alcanzar una paz duradera en la región», de hecho «parecía estar

esta mañana más cerca que nunca», comentaron los editores del *New York Times* cuando se anunció el acuerdo. Aunque omite la condición tácita de fondo de que la «paz regional» debía garantizar el control de Estados Unidos, el *New York Times* acierta en cuanto a las máximas prioridades de Washington, aunque la identificación automática de la política del gobierno estadounidense con el «máximo interés de Estados Unidos» se salta un escalón; no es tan obvio que ignorar los derechos nacionales palestinos y la seguridad de los demás sea lo que conviene a los estadounidenses.

Sin embargo, los editores pueden tener razón al pensar que se han fomentado los objetivos de la política norteamericana, constantes a lo largo de tanto tiempo. El resultado final que se pretendía para el acuerdo de Oslo de 1993 entra perfectamente dentro de los límites del oposicionismo tradicional de Estados Unidos e Israel, y adopta las características esenciales del Plan Sharon y del Plan Allon del Partido Laborista. Así lo expresó el mismo día, en la primera página del *Times*, el subsecretario de asuntos exteriores de Israel, Yossi Beilin, un colega cercano al ministro de exteriores Simón Peres. El político israelí explicó al público estadounidense que

la solución permanente se basará en la retirada israelí de Gaza y de la mayor parte de Cisjordania. Estamos de acuerdo en establecer una fórmula entre Jordania y los palestinos de Cisjordania, pero no regresaremos a las fronteras anteriores a 1967. Y Jerusalén, unificada, seguirá siendo la capital del Estado de Israel.

A cambio, «después de años de rechazar a Israel como parte de Oriente Medio, los árabes aceptarán y reconocerán el derecho de Israel a existir como un Estado soberano dentro de fronteras seguras y definidas en esta región», como hicieron, por ejemplo, en la resolución del Consejo de Seguridad de enero de 1976, vetada por Estados Unidos y borrada de la historia, al igual que muchas otras como ésta, de modo que la declaración de Beilin sonara auténtica a los oídos estadounidenses.

Las razones para preferir la «confederación» antes que la independencia palestina no tienen nada que ver con la seguridad. Como se ha entendido desde 1948, cuando el primer ministro David Ben Gurión dejó claro este punto, un Estado palestino inde-

pendiente serviría a los intereses de la seguridad israelí mejor que «un Estado unido a Transjordania [ahora Jordania], y quizá mañana a Irak». El problema es que un Estado independiente sería una barrera que impediría la integración final de partes de los territorios y el control sobre sus recursos, fundamentalmente sobre el agua. En cuanto a la «Jerusalén unificada», se trata de un concepto de gran alcance, aunque aún está por determinar. «La retirada de Gaza» y de otros territorios se concibe como la exclusión de los asentamientos judíos y los recursos que éstos controlan. Pero incluso este «acuerdo permanente» se ha quedado en el camino.

Es comprensible, pues, que los editores del *Times*, al expresar la opinión dominante, vean «el pacto histórico» como una gran oportunidad. Es «el equivalente a la caída del Muro de Berlín en Oriente Medio», anunció el mismo día Thomas Friedman, jefe de los corresponsales diplomáticos. Los acuerdos proyectados representan «el triunfo del realismo sobre el fanatismo, de la valentía política sobre la cobardía política». Los «realistas» entienden que, en este mundo, hay que seguir las órdenes de Estados Unidos. Los que no están muy convencidos del tradicional oposicionismo de Estados Unidos e Israel no sólo están equivocados, sino que además son «fanáticos» y «cobardes», y por tanto, quedan excluidos de la sociedad respetable. La histeria de la retórica sugiere que se entiende más de lo que parece a simple vista.

Mientras algunos defensores israelíes en Estados Unidos pensaban que la victoria no era suficiente, otros más agudos reconocían el alcance de lo que se había conseguido. Se había obligado a la OLP a «volverse más razonable», y a acceder a las demandas de Israel, como señala el columnista del *Times* William Safire, que se considera a sí mismo un «halcón pro-israelí». «Parece que al final Arafat está dispuesto a aceptar el enfoque de [Menajem] Beguin [de 1978], incluida la cuestión Gaza-Jericó», comenta Safire, «suavizado por quince años de mano dura de Israel», a los que podríamos añadir la intransigencia de Estados Unidos.

El borrador del acuerdo no hace mención a los derechos nacionales palestinos, una cuestión primordial por la cual Estados Unidos e Israel rompieron con el consenso internacional a mediados de la década de los setenta. A lo largo de estos años, se acordó que un tratado de paz debía basarse en la resolución 242 de la ONU.

Había dos puntos básicos de discrepancia:

- (1) ¿Interpretamos la cláusula de retirada establecida por la resolución 242 de acuerdo con el consenso internacional (que incluía a Estados Unidos, antes de 1971), o de acuerdo con la postura de Israel y de la política estadounidense después de 1971?
- (2) ¿Este acuerdo se basa *únicamente* en la resolución 242, que no ofrece nada a los palestinos, o en la 242 y en otras resoluciones relevantes de las Naciones Unidas, como la OLP había propuesto durante muchos años de acuerdo con el consenso internacional no opositorista? Así pues, ¿el acuerdo incorpora el derecho de los refugiados a regresar o a recibir una compensación, como ha insistido la ONU desde diciembre de 1948 (con la aprobación de Estados Unidos, olvidada hace tiempo), así como el derecho de los palestinos a la autodeterminación nacional, como ha aprobado la ONU reiteradamente (aunque Washington lo ha bloqueado)?

Estas son las cuestiones cruciales que se han interpuesto en el camino de un acuerdo político.

Sobre estas cuestiones, el acuerdo adopta clara e inequívocamente la postura de Estados Unidos e Israel. El artículo I afirma que el «estatus permanente conducirá al cumplimiento de las resoluciones 242 y 338 (que ratifica la 242) del Consejo de Seguridad», nada más.

Además, como Beilin explicó, la cláusula de retirada de la resolución 242 de la ONU debe entenderse en los términos impuestos unilateralmente por el gobierno estadounidense (a partir de 1971): la retirada parcial, como determinaron Estados Unidos e Israel. De hecho, el acuerdo no descarta siquiera la posibilidad de crear más asentamientos israelíes en las grandes zonas ocupadas de Cisjordania, ni tampoco excluye la llegada de nuevos colonos. En cuanto a las cuestiones centrales, como el control del agua, el acuerdo solo habla de «colaboración» y «utilización equitativa», de un modo que deben determinar «los expertos de ambas partes». No es difícil predecir el resultado de la colaboración entre un elefante y una mosca.

La victoria de los opositoristas es completa, incluso en la esfera ideológica; dado el poder de Estados Unidos en el mundo, la ver-

sión de la historia inventada por sus instituciones doctrinales se convierte en el marco general de discusión en la mayor parte del mundo, incluida Europa.

Para los palestinos de los campos de refugiados y de otros lugares fuera de los territorios, el acuerdo ofrece pocas esperanzas, y de hecho, han mostrado una amargura comprensible. Jordania, Siria y el Líbano también «criticaron a la OLP por haber hecho concesiones a Israel que podían poner en peligro los derechos nacionales palestinos y debilitar la estrategia de negociación árabe conjunta», como informó Lamis Andoni desde Ammán, así como por haber dejado a «Israel mano libre para imponer sus condiciones en cada país árabe por separado».

Una cuestión totalmente independiente es si a las dos partes les convenía aceptar el acuerdo concebido por Israel y Arafat. Estados Unidos e Israel apenas se plantean la cuestión: el acuerdo entra dentro del marco en el que han insistido durante tanto tiempo, a pesar de quedar aislados internacionalmente. Para los palestinos, la cuestión es más compleja. El acuerdo conlleva el abandono de casi todas sus esperanzas, al menos en un futuro inmediato. Sin embargo, las alternativas realistas pueden ser mucho peores.

Dada la hegemonía de Estados Unidos, el rechazo de las condiciones estadounidense-israelíes se traduce de inmediato en una prueba de que estos «fanáticos» y «cobardes» no valen nada, ya que de ese modo ceden todos los derechos que se podían haber considerado para ellos. Hubo una época en la que los palestinos fueron «el amor de muchos liberales occidentales», escribe Thomas Friedman (refiriéndose, supuestamente, a que algunos liberales occidentales los consideraban por lo menos semihumanos); pero ya nadie les quiere, y a menos que acaten la disciplina, puede que sus antiguos admiradores les abandonen a su suerte, como ya han hecho, añade Friedman.

Asimismo, el acuerdo debería ofrecer a los palestinos una cierta liberación de las barreras que impiden su desarrollo, y que han sido impuestas por la administración militar; una tarea no precisamente insignificante. Asimismo, el acuerdo va más allá de la «autonomía de un campo de prisioneros de guerra», como decía Rubinstein, en el que los palestinos tienen el control sobre los «impuestos directos». Un «cuerpo de policía fuerte» compuesto de palestinos,

supervisado por los israelíes, podría, en el peor de los casos, convertirse en el homólogo del Ejército del Sur del Líbano de Israel, y dominaría a la población mediante el terrorismo y la amenaza, mientras los maestros vigilan muy de cerca, listos para acudir si se necesita el puño de acero.

Pero podría ocurrir que la policía palestina no fuera tan dura en el trato con la población como el ejército israelí y la policía fronteriza, y entonces los expulsió de los colonos se reducirían. Aunque los acuerdos no dicen nada sobre la cuestión, puede haber un declive en la creación de asentamientos israelíes, así como en los programas de desarrollo, diseñados para integrar las extensas zonas concebidas para la colonización judía en la economía israelí, y para dejar a los palestinos en una posición secundaria. Se pueden discutir muchas cuestiones, pero no dentro de un marco doctrinal —al menos, no seriamente—, que identifica «realismo» como lo que quieren Estados Unidos e Israel, y rechaza el análisis crítico como un anuncio de «fanatismo» y «cobardía».

El respetado dirigente de la delegación palestina, Haidar Abdul Shafi, hizo varias observaciones sobre estos asuntos en una conferencia en Belén el 22 de julio de 1993, justo cuando Arafat estaba moviéndose en secreto para coger las riendas él mismo, sin contar con los palestinos locales. Abdul Shafi guardaba pocas esperanzas en cuanto al «proceso de paz», que descartaba completamente la posibilidad de «que los palestinos deben ser la autoridad principal en el período provisional para la población y para la tierra», lo que conduciría a la auténtica autodeterminación nacional. Sin embargo, Abdul Shafi hizo hincapié en que

no merece la pena seguir luchando por las negociaciones. La cuestión crítica es la transformación de nuestra sociedad. Todo lo demás no tiene importancia... Debemos decidir entre nosotros si queremos utilizar toda nuestra fuerza y nuestros recursos para desarrollar nuestro liderazgo colectivo y las instituciones democráticas que nos permitirán alcanzar nuestros objetivos y guiarnos en el futuro... Lo más importante es que nosotros cuidemos de nuestra situación interna, organicemos nuestra sociedad, y corrijamos esos aspectos negativos que han sufrido durante tantas generaciones y que son la razón principal de nuestras pérdidas frente a nuestros enemigos.

Sus comentarios me parecen adecuados, y de una gran importancia, también para nosotros.

2. Oslo II*

El 28 de septiembre de 1995, Israel y la OLP dieron el segundo gran paso en el proceso de paz (Oslo II), por el que se dividía Cisjordania en tres zonas, además de acordarse otros planes más amplios. La Autoridad Nacional Palestina (AP) debía ejercer el control total sobre la zona A, mientras que Israel lo ejercería en la zona C. La zona B sería la región de la «autonomía»: en ella la AP administraría los pueblos palestinos, aunque bajo el «control de seguridad» general de Israel. La zona A estaría compuesta de áreas municipales con ciudades pobladas exclusivamente por palestinos. La zona C incluiría todos los asentamientos judíos. La zona B sería un conjunto de sectores dispersos, unos cien de acuerdo con los mapas israelíes.

Además de las zonas A, B y C, se establecía la existencia de una cuarta zona que incorporaría parte de los territorios ocupados: Jerusalén, que implícitamente se colocaba bajo control israelí, incluida la antigua Jerusalén oriental árabe y una región indefinida más allá de los límites de la ciudad. El anuncio de Arafat de una «Yihad» para conseguir los derechos palestinos sobre Jerusalén (de acuerdo con las condiciones de Oslo I) provocó una enorme indignación en Estados Unidos, y demostró que el viejo zorro terrorista no había cambiado sus pieles.

Por otro lado, Rabin anunció que la Yihad de Israel había terminado, y que Jerusalén sería la capital eterna e indivisible de los hebreos, lo que no provocó ninguna reacción; ni tampoco lo hicieron los mapas publicados después de Oslo II, que ratificaban claramente este anuncio. Dejando la retórica oficial aparte, la decisión de Israel estaba en sintonía con las intenciones de Estados Unidos, y por tanto, era legítima por definición.

La delimitación de las tres zonas no estaba precisamente clara, y tuvo que modificarse en posteriores negociaciones. De acuerdo con el análisis que acompañaba a los mapas israelíes, la zona C cubría dos tercios de Cisjordania y la zona B otro 30 por ciento, así que la zona A de Palestina sólo ocupaba un 3 por ciento. Pero otras declaraciones y análisis oficiales diferían de modo ilógico. De las ciudades palestinas, una estaba disputada, Hebrón, con 450 colonos judíos.

* Tomado de "A Painful Peace", Z Magazine, January 1996.



os entre unos 100.000 palestinos; por tanto, Israel conservaba el control sustancial. En la zona C había 140.000 judíos, y en la zona A y B 1.100.000 árabes. «Unos 300.000 israelíes están viviendo en las zonas conquistadas por Israel en 1967», comenta el veterano corresponsal israelí Danny Rubinstein; de ellos, unos 150.000 «viven en el área municipal anexionada a Jerusalén después de 1967».

Oslo II reafirma la disposición de los acuerdos de El Cairo de mayo de 1994 que establecía que la legislación palestina no podía «tratar una cuestión de seguridad que entra dentro de la responsabilidad de Israel», y tampoco podía «amenazar otros intereses israelíes importantes protegidos por este acuerdo». Al parecer, las condiciones básicas de los acuerdos de El Cairo seguían en vigor en las tres zonas, incluida la disposición que establecía que la administración militar israelí debía conservar la autoridad exclusiva en cuanto a la «legislación, la jurisdicción y la ejecución política», así como la «responsabilidad por el ejercicio de estos poderes de conformidad con el derecho internacional», que Estados Unidos e Israel interpretan como quieren.

Como señaló el entendido analista israelí Meron Benvenisti después de la reunión de El Cairo, lo que se pretende es que «todo el intrincado sistema de ordenanzas militares... siga en vigor, salvo "la competencia legislativa y otras competencias que Israel desee conceder"» a los palestinos, siempre y cuando los jueces israelíes conserven «los poderes de veto sobre cualquier ley palestina "que pueda poner en peligro los principales intereses de Israel"», que gozan de un «poder absoluto» (sus citas están extraídas del texto del acuerdo de El Cairo).

Oslo II también estipula que el Consejo Palestino, que deberá elegirse, tendrá que reconocer los «derechos legales de los israelíes relacionados con las tierras estatales y absentistas localizadas en las zonas que estén bajo la competencia territorial del Consejo». En efecto, la AP acepta, por tanto, la legalidad de los asentamientos judíos ya existentes y de cualquier otro que Israel decida construir, y reconoce la soberanía israelí sobre las zonas de Cisjordania que Israel considere como tierras estatales y absentistas (unilateralmente, como en el pasado): hasta el 90 por ciento de la zona B, según «fuentes palestinas bien informadas» citadas por el *Report on Israeli Settlement* (Informe sobre los asentamientos israelíes), lo cual es

solo una estimación, puesto que las autoridades gobernantes no dan ninguna información.

Al incorporar estas disposiciones, Oslo II hace caso omiso de la postura de casi todos los países, que consideran que los asentamientos son ilegales y que Israel no tiene derechos sobre los territorios conquistados en 1967. Oslo II reafirma el principio básico de Oslo I: la resolución 242 de la ONU de noviembre de 1967, el marco elemental de la diplomacia de Oriente Medio, está muerto y enterrado; es decir, la resolución 242 de la ONU tal y como la interpretan aquellos que la formularon, entre los que se encontraba Estados Unidos —muy tajantemente—, hasta que Washington cambió de política en 1971 y se separó del consenso internacional que había ayudado a formar. El «proceso de paz» se mantiene fiel a las doctrinas que Estados Unidos ha mantenido en el aislamiento internacional (salvo por Israel) desde principios de la década de los setenta, una cuestión de no poca importancia.

Para resumir, al igual que en septiembre de 1995, Israel controla la zona C (alrededor del 70 por ciento de Cisjordania) unilateralmente, y la zona B (cerca de un 30 por ciento) de forma efectiva, y cede parcialmente la zona A (del 1 al 3 por ciento). Asimismo, en la actualidad, conserva el control unilateral, sobre toda Cisjordania, en la medida en que decida (tanto él como su protector extranjero), y la legalidad de sus pretensiones esenciales está fuera de toda discusión. Los principios se extienden a la Franja de Gaza, donde Israel tiene el control total sobre el 30 por ciento que consideró de algún valor.

Para ejemplificar esto con una analogía, es como si el Estado de Nueva York cediera el control de los barrios bajos del sur del Bronx y Buffalo a las autoridades locales, y mantuviera solo los sectores financieros, industriales y comerciales, las áreas residenciales acomodadas, y casi todas las tierras y recursos aprovechables, es decir, todo excepto las zonas dispersas que estaría encantado de ceder gustosamente a quien fuera, igual que Israel está encantado de librarse de la carga que supone controlar Nablús y la ciudad de Gaza directamente. En ellas y en los pueblos aislados de la zona B, las fuerzas militares palestinas tienen que arreglárselas para gobernar a la población según los modelos estándar: los británicos en la India, los blancos en Sudáfrica y Rhodesia, los estadounidenses en

Centroamérica, etc. Al final, Israel ha reconocido que es absurdo desperdiciar sus propias fuerzas militares para mantener tranquila a la población autóctona.

Por citar otro modelo de comparación, recordemos que en 1988, en el período más extremista del rechazo estadounidense-israelí al reconocimiento de cualquier derecho palestino o a cualquier negociación con la OLP, Isaac Rabin exigió el control israelí del 40 por ciento de Cisjordania y la Franja de Gaza, hablando en nombre del Partido Laborista y reiterando su postura básica que viene desde 1968 (con algunas variaciones). En 1995, Rabin reconoció la necesidad de sacrificarse, y en Oslo II estaba dispuesto a aceptar el control israelí de tan solo el doble de lo que había exigido antes —70-97 por ciento de Cisjordania y 30 por ciento de la Franja de Gaza—, además del reconocimiento de la legalidad de lo que Israel y su protector habían hecho y podían hacer.

Ha habido otro cambio desde 1988: en Oslo, Isaac Rabin y Simón Peres estaban dispuestos a negociar con la OLP y a reconocerla como «la representante del pueblo palestino», al menos en una carta aparte, aunque no en el acuerdo oficial. En 1988, habían rechazado rotundamente cualquier negociación con la OLP. Esa transformación ha suscitado mucho entusiasmo entre los comentaristas de Estados Unidos, que quedaron especialmente impresionados ante la capacidad de Rabin para superar la repugnancia que sentía por su viejo enemigo; y que prefieren no escuchar la explicación ofrecida por los objetos de su admiración: «Ha habido un cambio en ellos, no en nosotros», informó Peres al público israelí cuando se anunciaron los acuerdos; «no estamos negociando con la OLP, sino con una sombra de lo que era».

La nueva sombra, ahora sí aceptada, admite realmente las demandas de Israel, y ha abandonado su exigencia de reconocimiento mutuo en un acuerdo que establezca la existencia de dos Estados, que era el programa que hacía de la OLP una organización terrorista, incapaz de participar en las negociaciones, de acuerdo con los convencionalismos del discurso estadounidense.

Sin considerar el trasfondo real, la discusión de estas cuestiones difícilmente puede ser seria. Sin embargo, los hechos cruciales de la historia reciente se han vedado casi totalmente, incluso para los

intelectuales, en su mayor parte. Una vez más, se trata de una cuestión de no poca importancia.

Al comentar las primeras fases de «la negociación histórica», como la prensa califica este logro, Raji Sourani, abogado palestino especialista en derechos humanos, observa «el comienzo de una tendencia hacia la militarización de la sociedad palestina», lo cual es coherente con el modelo estándar de control de la población aplicado por las fuerzas armadas clientes. Esa tendencia sigue adelante, añade el corresponsal para Oriente Medio Graham Usher, junto con «el régimen opresor israelí de contención, que, desde Oslo [I], ha acabado con la vida de 255 palestinos en Cisjordania y en la Franja de Gaza, mientras que los ataques palestinos han provocado 137 víctimas israelíes» (hacia mediados de 1995), y ha detenido a 2.400 palestinos «por supuestas “tendencias islamistas”, solo entre octubre de 1994 y enero de 1995».

De la brutalidad de las nuevas fuerzas militares palestinas y de su colaboración con el aparato de seguridad israelí han dado buena cuenta la prensa israelí y las organizaciones de derechos humanos, algo que no debería sorprender a nadie. Después de todo, se trata del plan anunciado. Al dirigirse al consejo político del Partido Laborista el 2 de octubre de 1993, inmediatamente después de Oslo I, el primer ministro Isaac Rabin explicó que las fuerzas de seguridad palestinas serían capaces de «controlar Gaza, sin los problemas causados por las apelaciones al Tribunal Supremo, o por [la organización en favor de los derechos humanos] B'Tselem, o por todos esos defensores, madres y padres». Su plan era tan racional como convencional.

Pocos se han preguntado por qué Henry Kissinger veía a Rabin como un «visionario», aunque alcanzó su máximo apogeo como «visionario al final de su vida», de camino a Oslo I: «Cuando estás sentado ahí, donde estoy yo, el número de pensadores entre los hombres de Estado es muy limitado, y él era uno de ellos», explicó Kissinger.

El ministro del interior Ehud Barak anunció que Oslo II «garantiza la superioridad absoluta de Israel tanto en el terreno militar como en el económico». Benvenisti señala que el mapa de Oslo II, que establece la «paz de los vencedores», se ajusta a la propuesta más extremista de Israel, la del general ultraderechista Ariel Sharon

de 1981. No es sorprendente que Sharon pareciera bastante satisfecho con el resultado. Los corresponsales informaron de que, después de Oslo II, estaba «muy sonriente mientras hablaba del brillante futuro de» un nuevo asentamiento en Cisjordania que él había «planeado y ayudado a construir... y otros como éste», mientras vigilaba la «construcción que seguía en marcha», y mostraba a la prensa el mapa que él mismo había propuesto en 1977, y que ahora ponía en práctica Isaac Rabin, del que Sharon dijo «sentirse muy cerca» gracias a la congruencia de sus programas.

Yisrael Harel, el fundador del Consejo Yesha de los colonos de Cisjordania y editor del periódico extremista *Nekudah*, está de acuerdo con Sharon y con el Partido Laborista: «Si mantienen el plan actual, podré vivir con él», dice Harel. La mano derecha del primer ministro Peres, la «paloma» laborista Yossi Beilin, explica que el acuerdo de Oslo II «se retrasó durante meses con el fin de garantizar que todos los asentamientos quedarían intactos y que los colonos gozarían de la máxima seguridad. Esto conllevaba una inversión oficial inmensa. La situación en los asentamientos nunca había sido mejor que la que se creó tras el acuerdo de Oslo II».

En su informe sobre Oslo II al Kneset, Rabin describió «los principales cambios, aunque no todos, que prevemos y deseamos para la solución permanente». De acuerdo con estas demandas fundamentales, que difícilmente podrían estar sujetas a negociaciones, el Gran Israel incorporaría la «Jerusalén unificada, incluida Ma'ale Adumim [una ciudad al este de Jerusalén] y Givat Ze'ev [un barrio al norte de la ciudad]», el valle del Jordán, y los «bloques de asentamientos en Judea y Samaria, como el de Gush Katif» (el sector meridional de Gaza que Israel conserva alrededor de sus asentamientos). Estos bloques incluirían «Gush Etzion, Efrat, Beitar y otras comunidades» en Cisjordania. Según los medios de comunicación, Ma'ale Adumim quedaría anexionada a la zona de Jerusalén, muy extendida, una vez que se ampliara el asentamiento que pondría en comunicación las dos áreas urbanas.

La prensa hebrea ha explicado con mucha claridad el significado de «paz de los vencedores». Tanya Reinhart, profesor de la Universidad de Tel Aviv, comentó después del encuentro en El Cairo que los planes allí acordados no deberían compararse con el fin del *apartheid* en Sudáfrica, sino más bien con la *institución* de ese siste-

ma, con sus disposiciones de «autogobierno» para los nuevos «estados independientes», tal y como las veían los sudafricanos de raza blanca y sus amigos.

El análisis, como reiteraron Benvenisti y otros, es bastante razonable. El especialista en ciencias políticas Shlomo Avineri señala que «en cierto sentido, [Oslo II] es una de las principales victorias para Israel, además un acuerdo que apenas concede algo a Arafat», que «ha hecho un trabajo relativamente bueno, dadas las circunstancias en las que está trabajando». Esto es casi exacto. Sin embargo, es necesario recordar otras características del modelo del Tercer Mundo: Arafat, sus amigotes y los palestinos acomodados pueden esperar hacer un buen papel en la relación de clientela, sean cuales sean los efectos sobre la población.

En resumen, hay un nivel de acuerdo considerable en lo que se refiere estrictamente a los hechos dentro del espectro que va desde Sharon, pasando por Harel, hasta los críticos más duros.

Sin embargo, existe un gran desacuerdo en cuanto a lo que presagian los hechos; una cuestión de especulación, por supuesto. Algunos creen que se han sentado las bases para una independencia palestina más allá del nivel de los bantustanes, más allá incluso de la retirada total israelí. Para otros, la perspectiva más probable coincide con las esperanzas expresadas por el editor del *New Republic*, Martin Peretz, cuando aconsejó a Israel que invadiera el Líbano en 1982 e infringiera a la OLP una «derrota militar duradera», que sacaría las nociones de independencia de la cabeza a los habitantes de los territorios ocupados.

Entonces, «los palestinos se convertirán en otra nación machacada, como los kurdos o los afganos», y el problema palestino, que «está empezando a aburrir», se resolverá. Especulaciones aparte, al menos esto parece mucho más claro: sería inútil que Israel conservara algo como el territorio que controla en virtud del acuerdo de Oslo II. Supuestamente, el gobierno decidirá tarde o temprano limitar su carga administrativa, a la vez que continúa integrando dentro de Israel todas las tierras y los recursos que considere de valor, y en ese momento se celebrará una nueva «negociación histórica».

La «negociación histórica» recién consumada establece la postura más extremista del opositorismo estadounidense-israelí, que se ha extendido por todo el espectro político dominante. Sin embar-

go, por extremista que parezca una postura, siempre hay alguien que no está satisfecho. En la década de los ochenta, las figuras principales de la coalición Likud reiteraron su reclamación de ciertos territorios jordanos, a la vez que admitían que «en el contexto de las negociaciones con Jordania, podríamos acordar hacer ciertas concesiones en el este de Transjordania» (las áreas desérticas prácticamente deshabitadas).

El líder del movimiento del *kibutz*, Ahduth Avodah, que desempeñó un papel fundamental en el gobierno laborista de Golda Meir, había mantenido una postura similar durante mucho tiempo. Y que yo sepa, nunca ha renunciado a estas exigencias. Hoy en día, algunos sectores, en especial destacados estadounidenses y ultraortodoxos, reclaman el derecho a todas y cada una de las piedras al oeste del Jordán.

Si prestamos más atención, podemos darnos cuenta de que la zona en expansión de la Gran Jerusalén-Ma'ale Adumim se extiende prácticamente hasta Jericó y el valle del Jordán, así que el anunciado acuerdo permanente efectivamente divide Cisjordania en dos partes. Se está construyendo una enorme red de «carreteras de circunvalación» para fragmentar aún más la región en «cantones», como se denominan en los programas de la ultraderecha, que ahora se están poniendo en práctica. Las nuevas carreteras unen los territorios bajo control israelí, de modo que los colonos pueden moverse libremente sin tener que ver los pueblos árabes dispersos por las colinas, ni las áreas municipales gobernadas por la Autoridad Nacional Palestina.

La construcción de asentamientos, viviendas, e infraestructura israelí se ha acelerado desde que se firmó el tratado de Oslo I en septiembre de 1993, y para ello se han utilizado los fondos proporcionados por los contribuyentes estadounidenses, con el consentimiento de Bush y especialmente de los gobiernos de Clinton. El gabinete israelí continúa ofreciendo alicientes a los judíos para que se asienten en estos territorios, donde pueden disfrutar de una calidad de vida que está fuera del alcance de la población general, gracias a las ayudas del gobierno.

Recientemente, se han hecho nuevos esfuerzos para fomentar la creación de asentamientos en las tierras confiscadas a los beduinos en Ma'ale Adumim, donde el 23 de octubre de 1995 se inauguró

una nueva carretera de circunvalación. Para el año 2005 se habrán construido en esa zona 6.000 nuevas viviendas, junto con 2.400 nuevas plazas hoteleras, y se espera que la población crezca hasta llegar a 50.000 habitantes. Las nuevas construcciones han aumentado en un 40 por ciento desde 1993 hasta 1995 (sin incluir Jerusalén oriental), de acuerdo con un informe de Paz Ahora publicado en octubre de 1995, aunque las cifras están todavía muy por debajo de las registradas en 1992.

Israel Shahak comenta que la misma concepción se ha aplicado en Gaza, «fragmentada en enclaves controlados por las carreteras de circunvalación, [que] dividen en dos partes la Franja de Gaza por su lugar más vulnerable desde el punto de vista estratégico: entre la ciudad de Gaza y los grandes campos de refugiados al sur de la ciudad». Los asentamientos «sirven como pivotes de la red de carreteras, y están concebidos para garantizar el control israelí» sobre las zonas a las que se ha concedido «autonomía», que así quedan separadas de Egipto y aisladas entre sí. Tanto en Gaza como en Cisjordania, estos planes permiten a Israel continuar encerrando a la población total o parcialmente por medio de carreteras y cierres, como ha hecho muy a menudo, a veces durante largos períodos.

El motivo para los cierres y los toques de queda puede ser el castigo, o para disuadir a los posibles terroristas de que lleven a cabo algún atentado (especialmente después de alguna atrocidad israelí, o durante varias semanas mientras se firmaba el tratado de Oslo II). O simplemente para liberar a los ciudadanos judíos de la fastidiosa presencia de los habitantes locales, como cuando la población árabe de Hebrón quedó encerrada durante cuatro días mediante un toque de queda de veinticuatro horas, en las vacaciones de la Pascua judía de 1995, con el fin de que los colonos que vivían allí, más 35.000 judíos que llegaron de visita, trasladados hasta allí en autobuses contratados, pudieran tomar sus picnics y visitar la ciudad libremente, bailando por las calles y recitando oraciones en público para suplicar la caída «del gobierno de izquierdas», poniendo la piedra angular para un nuevo complejo residencial, disfrutando de otros placeres bajo la atenta mirada protectora de los refuerzos militares, aprovechando la oportunidad «para insultar a los palestinos encerrados en sus casas, y lanzarles piedras si se atrevían a atisbar a tra-

vés de las ventanas a los judíos que estaban de celebración en su ciudad», y finalmente, clausurándose la fiesta «con el saqueo de los colonos por todo el casco antiguo, arrasando la ciudad, y haciendo añicos las lunas de los coches... en una ciudad limpia... de palestinos».

«En efecto, niños, padres y ancianos son encarcelados durante días en sus casas, en las que, en la mayoría de los casos, viven muchas personas», y todavía son capaces de encender la televisión para «ver a una mujer de un asentamiento judío que dice sonriente "hay toque de queda, gracias a Dios"», o para escuchar los «alegres bailes de los colonos» y las «festivas procesiones», algunas hacia «la Cueva de los Patriarcas, abierta sólo para los judíos». Entre tanto, «el comercio, la vida profesional, los estudios, la familia, el amor... todo queda desbaratado de inmediato»; «el sistema sanitario se paralizó», así que «muchos enfermos en Hebrón no pudieron llegar a los hospitales durante el toque de queda, y las mujeres que tenían que dar a luz no llegaron a tiempo al hospital».

En la zona anexionada de Jerusalén oriental, Israel puede permitirse el lujo de extender sus programas para reducir el número de ciudadanos árabes de segunda categoría. Estos programas han sido concebidos y puestos en práctica por el ex alcalde Teddy Kolek, profundamente admirado en Estados Unidos y considerado como un destacado demócrata y defensor de los derechos humanos, y ahora se están extendiendo bajo la batuta de su sucesor, Ehud Olmert, del Likud. Amir Cheshin, consejero de asuntos árabes de Kolek, explicó que su propósito era «añadir dificultades a la planificación en el sector árabe». «No quiero dar [a los árabes] la sensación de igualdad», explicó Kolek, aunque merecería la pena hacer eso «aquí y allí, donde no nos costaría mucho»; pero si lo hacemos, «sufriremos».

La comisión de planificación de Kolek aconsejó fomentar el desarrollo de los árabes si esto tenía «un efecto de "ventanal"», es decir, si pudiera «ser visto por un gran número de personas (residentes, turistas, etc.)». Kolek afirmó ante los medios de comunicación israelíes en 1990 que, para los árabes, no había «fomentado nada, ni construido nada», salvo un sistema de alcantarillado, que —se dio prisa en añadir— no tenía como fin «ni su bien, ni su bienestar», puesto que «ellos» eran los árabes de Jerusalén. Antes bien,

«había demasiados casos de cólera [en los sectores árabes], y los judíos temían contraer la enfermedad, así que instalamos alcantarillas y un sistema de depuración de agua para prevenir el cólera». Con Olmert, el trato a los árabes se ha vuelto bastante más duro, según los informes hechos sobre el terreno.

Sarah Kaminker, planificadora de la comunidad israelí (empleada del ayuntamiento de la ciudad y planificadora urbana en la administración de Kolek), analizó los programas del ex alcalde en un informe en 1994, que la Sociedad de St. Yves, el Centro de recursos legales católicos para la defensa de los derechos humanos, presentó ante el Tribunal Supremo en defensa de unos demandantes árabes. El informe concluye que, en la Jerusalén occidental judía, «hay construcción ilegal a gran escala», que el ayuntamiento no evita y aprueba con efecto retroactivo.

En la Jerusalén oriental árabe, los niveles son muy diferentes. Allí, un 86 por ciento del terreno se ha declarado «no disponible para el uso de los árabes». El 14 por ciento restante no es terreno vacío, sino que ya se ha construido en él; los terrenos sin construir se reservan para los judíos, o se mantienen como «vistas al paisaje» (muchas veces, destinadas al final a proyectos hebreos, como ocurre normalmente). «La escasez de terrenos designados para construir viviendas árabes es un resultado de la planificación del gobierno y de la política de construcción en la Jerusalén oriental», donde la administración Kolek realizó «un esfuerzo constante desde 1974 por limitar el terreno disponible para los permisos de construcción de los árabes». El objetivo es el «equilibrio demográfico», parcialmente conseguido en 1993, cuando el ayuntamiento de Kolek «pudo anunciar que el número de judíos residentes en Jerusalén oriental superaba al número de árabes».

El gobierno ha construido viviendas en la antigua Jerusalén oriental árabe: 60.000 casas para los judíos, 555 para los árabes. Aquellos que han perdido sus casas, demolidas para construir asentamientos para los judíos, a menudo «proceden de los estratos económicamente más bajos de su comunidad», y ahora «viven en casuchas provisionales, con dos o tres familias, o incluso en tiendas de campaña o en cuevas. Aquellos que están dispuestos a construir sus propias casas en sus propios terrenos, no pueden hacerlo por ley y, si lo hacen, el gobierno ordena destruirlas. La amenaza se

cumple, no como en la Jerusalén occidental judía, donde «el problema de la construcción ilegal... es tan grave como en la Jerusalén oriental, por no decir más aún».

El «equilibrio demográfico» también se fomenta con regulaciones discriminatorias sobre las alturas de las construcciones, mucho más limitadas en los vecindarios árabes que en los judíos. Se ha creado todo un conjunto de disposiciones de zonificación, además de otros instrumentos jurídicos, para intensificar la discriminación entre judíos y árabes, al igual que en todo Israel, aprovechando también los fondos concedidos por los contribuyentes estadounidenses, directamente o a través de donaciones libres de impuestos, pero siempre con la aprobación de sus admiradores, los comentaristas norteamericanos.

Ahora que la Yihad de Israel para conseguir el dominio absoluto sobre Jerusalén se ha acabado oficialmente, estos programas pueden extenderse allí y en otros lugares. La cantonización de las regiones árabes y el nuevo sello de legitimidad para el derecho al cierre de territorios deberían hacer posible que se perfeccionara el programa a largo plazo, que consiste en obligar a la población a marcharse a otro lugar, salvo a aquellos que puedan encontrar un sitio en las industrias cedidas a los inversores israelíes y palestinos, que están vinculadas al capital extranjero.

Durante la ocupación, la administración militar prohibió el desarrollo independiente. Una orden oficial declaró que «no se concederán permisos para desarrollar la agricultura y la industria que puedan competir con el Estado de Israel», un recurso familiar para la práctica estadounidense y para el imperialismo occidental en general, que normalmente toleraban solo «el desarrollo complementario». Los hechos se conocen muy bien en Israel. Cuando se anunció el acuerdo de Oslo II, Ronny Shaked recordó que, en los territorios, los gobiernos israelíes «sólo estaban interesados en la mano de obra tranquila y barata».

Las decisiones para desarrollar cualquier infraestructura, o para permitir cualquier desarrollo industrial o agrícola, sólo se adoptaban para fomentar un interés concreto de Israel, y los habitantes tenían que cumplirlas. Por ejemplo, en Hebrón, la administración civil rechazó una petición que solicitaba el permiso para crear una fábrica destinada a producir clavos, lo que suponía una amenaza

de competencia para una fábrica de Tel Aviv. Por otro lado, se cuidó el sistema sanitario porque las enfermedades en Cisjordania podrían poner en peligro también la salud de los residentes de Tel Aviv». Shaked añade que el aparato de la administración civil resultaba barato, puesto que su «minúsculo» presupuesto se nutría de los impuestos pagados por los habitantes locales. En efecto, no hubo grandes cambios tras el acuerdo de Oslo II.

Bajo el régimen israelí, a la población local no le quedaban muchas opciones, aparte del exilio o el trabajo en Israel en unas condiciones terribles, que la prensa israelí ha condenado amargamente durante años, y que, en gran medida, se han disimulado ante los que pagan las facturas. El único estudio comparativo serio que se ha llevado a cabo llega a la conclusión de que «la situación de los árabes que no tienen la ciudadanía en Israel es peor que la de los que no tienen la nacionalidad en otros países», como los trabajadores inmigrantes en Estados Unidos, los «Gastarbeiter» en Europa, etc.

Incluso estas opciones se han reducido bruscamente a medida que los palestinos iban siendo sustituidos por trabajadores traídos de Tailandia, Filipinas, Rumania y de otros lugares, donde las personas viven sumidas en la desesperación. Los reporteros israelíes dedicados a la investigación han documentado las condiciones laborales «inhumanas» y el trato que se les da, incluida la esclavitud casi total y otros «acosos sexuales graves», como en los principados del Golfo o en otros países clientes.

Los toques de queda y el cierre de los territorios han «devastado la economía palestina y han destruido 100.000 familias sólo en Gaza», afirma el periodista Nadav Ha'etzni en mayo de 1995, y añade que esto es un «trauma» que solo puede compararse con el desposeimiento y la expulsión masiva de los palestinos en 1948. Probablemente la situación se deteriorará a medida que la mano de obra semiesclava importada vaya apartando a la población activa palestina del único empleo que se les había permitido. En estos aspectos, verdaderamente «los acuerdos de Oslo han creado un auténtico nuevo Oriente Medio», escribe Ha'etzni, burlándose del slogan de Simón Peres.

El juez Y. Bazak, del tribunal del Distrito de Jerusalén, dejó muy claro en una resolución de mayo de 1995 en qué consistían los dere-

chos de los trabajadores palestinos en el «nuevo Oriente Medio», al rechazar una demanda interpuesta por Kav La'Oved, un grupo para la defensa de los derechos de los trabajadores («la línea directa de los trabajadores», Tel Aviv). Los demandantes habían reclamado la devolución de mil millones de dólares estadounidenses, que se les habían retenido de los salarios para destinarlos a unos beneficios sociales que los trabajadores palestinos nunca habían recibido (pensiones, paro, etc.); los fondos acabaron en las arcas del Tesoro.

El tribunal desestimó el caso, y aceptó el argumento del gobierno de que la legislación del Kneset para poner en práctica los acuerdos de Oslo I legalizaban con efecto retroactivo el «atraco», lo que privaba de base legal a la demanda. El tribunal también aceptó el argumento del gobierno que afirmaba que la Ley de la Seguridad Social de Israel concedía derechos sólo a los residentes del Estado hebreo.

Las deducciones nunca tuvieron como fin garantizar los mismos derechos a los trabajadores palestinos, resolvió el juez Bazak, pero sí estaban destinadas a mantener los salarios de los palestinos altos en el papel y bajos en la realidad, protegiendo así a los trabajadores israelíes de la competencia injusta causada por la mano de obra barata palestina. Éste es «un propósito razonable y digno, que el tribunal reconoce», explicó el juez Bazak, «al igual que la legalidad de los impuestos arancelarios se reorganiza con el propósito de proteger los productos del país».

Ahora vemos por qué el sistema judicial israelí debe conservar el derecho al veto sobre cualquier legislación que las autoridades palestinas puedan contemplar; y por qué debe ocultarse a los contribuyentes estadounidenses qué se hace con las enormes ayudas que proporcionan a Israel.

El público, casualmente, se opone a estos subsidios incluso con más firmeza que a la mayor parte de la ayuda extranjera, y éstos son el único componente inmune a las bruscas reducciones que están siendo instituidas ahora en el mezquino programa estadounidense, un escándalo internacional y prácticamente invisible si se excluye a Israel y a otros intereses de Estados Unidos en Oriente Medio. Un ejemplo reciente lo tenemos en los 25 «cazabombarderos más sofisticados del mundo», como informa la prensa británica,

un acuerdo que «pasó por el Congreso sin objeciones por parte de los legisladores, y prácticamente sin comentarios por parte de los medios de comunicación estadounidenses».

Ésta es «la primera vez que un equipamiento militar de alto rendimiento se ha vendido a otro país sin limitaciones ni objeciones desde la Segunda Guerra Mundial» (por «vendido» se entiende financiado con el presupuesto militar de Estados Unidos), una «mejora decisiva de las capacidades militares de Israel, gracias a la cual podrá atacar a las naciones potencialmente peligrosas mucho más allá de sus fronteras: Irán, Irak, Argelia, y Libia, entre otras». Parece que Estados Unidos «está volviendo a nombrar a Israel segundo sheriff local de la zona, una función que acabó con la desaparición de la amenaza comunista en Oriente Medio», y que, retórica aparte, nunca fue una amenaza real, tal y como reveló una vez más el prolongado nombramiento, y de hecho, así se ha reconocido oficialmente.

Aunque todo el mundo sabía bien que Israel estaba prohibiendo cualquier desarrollo en los territorios, su alcance fue un jarro de agua fría incluso para los observadores más entendidos, cuando tuvieron la oportunidad de visitar Jordania después del Tratado de Paz de octubre de 1994 entre Israel y Jordania. La comparación no es precisamente adecuada, comenta Danny Rubinstein, puesto que las poblaciones palestinas son igual de numerosas a ambos lados del Jordán, y Cisjordania estaba algo más desarrollada antes de la invasión israelí de 1967. Después de haber informado durante muchos años sobre los acontecimientos de los territorios con un toque de distinción, Rubinstein era muy consciente de que la administración israelí «había empeorado a propósito las condiciones bajo las que tenían que vivir los palestinos en los territorios». Sin embargo, quedó impresionado y entristecido cuando descubrió la alarmante verdad.

«A pesar de la inestable economía de Jordania, que forma parte del Tercer Mundo», opinó, «su nivel de desarrollo es mucho más elevado que el de Cisjordania, por no mencionar Gaza», que son regiones administradas por una sociedad muy rica que se beneficia de una ayuda extranjera sin precedentes. Mientras que Israel ha construido carreteras solo para los colonos judíos, «en Jordania los coches atraviesan autopistas nuevas, de varios carriles, bien equi-

padas con puentes e intersecciones». En la empobrecida Jordania se han construido fábricas, comercios, hoteles y Universidades, y han alcanzado niveles bastante elevados. En Cisjordania no se ha permitido prácticamente nada parecido a esto, aparte de «dos pequeños hoteles en Belén».

Todas las Universidades de los territorios se han construido totalmente con fondos y donaciones privadas de otros países, sin un solo shekel de Israel», salvo en el caso de la Universidad de Hebrón, financiada al principio por el gobierno israelí como parte de su apoyo al fundamentalismo islámico para debilitar a la secular OLP, y que ahora es un centro de Hamas. Los servicios sanitarios de Cisjordania están «extremadamente atrasados» en comparación con Jordania. «Dos grandes edificios en Jerusalén Oriental, que iban a convertirse en hospitales y clínicas para los residentes de Cisjordania, y que los jordanos estaban construyendo en 1967, pasaron a ser edificios de la policía por orden del gobierno israelí», que también rechazó unos permisos para construir fábricas en Nablus y en Hebrón bajo la presión de los fabricantes israelíes, que querían un mercado cerrado sin competencia. «El resultado es que el retrasado y empobrecido reino de Jordania hizo mucho más por los palestinos que vivían en él que Israel», y demostró «de una forma incluso más clara, lo mal que les había tratado la ocupación israelí».

En la actualidad, hay electricidad en todas partes en Jordania, algo que no ocurre en Cisjordania, donde la gran mayoría de las aldeas árabes solo tienen generadores locales que funcionan de forma irregular. «Lo mismo ocurre con el sistema de canalización de las aguas. En la árida Jordania, varios proyectos hídricos de envergadura... han convertido la ladera oriental del valle del Jordán en una zona agrícola densa y fértil», mientras que en Cisjordania las canalizaciones se han construido para el uso de los colonos y del propio Israel; alrededor de cinco sextas partes del agua de Cisjordania, según los especialistas israelíes.

Como informó el periódico londinés *Financial Times*, «nada refleja mejor la desigualdad en el consumo de agua que las praderas verdes y lozanas, los arriates irrigados, los jardines florecientes y las piscinas de los asentamientos judíos en Cisjordania», mientras que, a los cercanos pueblos palestinos, se les niega el derecho a

cavar pozos, y sólo disponen de agua corriente un día cada pocas semanas, contaminada por las aguas residuales, así que los hombres se ven obligados a conducir hasta las ciudades cercanas a llenar contenedores de agua o a servirse de contratistas que venden el agua a quince veces el precio normal.

En el verano de 1995, la compañía hidráulica nacional israelí, Mekorot, cortó el agua en zonas meridionales y centrales de Gaza durante veinte días, porque la población no tenía con qué pagar las facturas. Mientras que algunos colonos israelíes dirigen lujosos hoteles con piscinas para los clientes, y se benefician de la agricultura intensiva de regadío, los palestinos carecen de agua para beber, o incluso de comida, algo cada vez más frecuente, y la economía se hunde, salvo para los palestinos acomodados, que se mantienen bien a flote en un modelo económico tercermundista.

Los casos individuales explican el cuadro general. Por ejemplo, el pueblo de Ubaydiya, donde 8.000 palestinos se quedaron sin agua corriente durante dieciocho meses, mientras que los asentamientos judíos cercanos «florecían en el desierto» (Mekorot prometió restablecer el servicio para impedir una vista en el Tribunal Supremo, aunque en el momento en que escribí esto aún no se tenía ninguna noticia). O en Hebrón, donde miles de personas se quedaron también sin agua corriente en agosto de 1995. El periodista Amiram Cohen informa de que en «los calurosos días del verano» de 1995, cada árabe de Hebrón recibía apenas una cuarta parte del agua que consumía un residente del asentamiento judío cercano de Kiryat Arba.

El aprovechamiento de los recursos hídricos, radicalmente discriminatorio, debería mantenerse bajo el tratado de Oslo II, que «continúa la vieja política de evitar [que los palestinos mueran de sed], según comenta un analista en Israel, pero a la vez «no les permite las cantidades necesarias para el crecimiento económico». A la industria y a la agricultura árabe se les niega el agua, mientras que los colonos judíos no tienen estas restricciones. Entre tanto, Israel continúa utilizando las aguas de Cisjordania, alegando su «uso histórico» desde la ocupación de 1967. Los acuerdos de Oslo II proponen que «ambas partes colaboren en la gestión de los sistemas y recursos hídricos y de las aguas residuales durante el período pro-

visional», conservando básicamente el statu quo. Sólo las aguas de los territorios ocupados pueden estar sujetas a discusión, lo cual es coherente con el marco general de capitulación.

El Tratado de Paz entre Israel y Jordania contiene disposiciones sobre «la consecución de un acuerdo completo y duradero concerniente a todos los problemas del agua entre [Israel y Jordania]». David Brooks, del Centro Internacional para el Desarrollo de Canadá, un especialista en los recursos hídricos de la región y miembro de la delegación de Canadá en las Conferencias de Paz Multilaterales de Oriente Medio sobre el agua y el medio ambiente, ha explicado estas disposiciones con detenimiento.

Brooks comenta que las condiciones no son «especialmente particulares comparadas con las de otros acuerdos para la gestión de las aguas», con una excepción: «Lo que se omite, o mejor dicho, quién está omitido. No se dice ni una palabra sobre los derechos de los palestinos sobre las aguas, ni siquiera se les da un papel en la gestión de las aguas del valle del Jordán». «Los palestinos ni siquiera están incluidos en las negociaciones», observa Brooks: «Su omisión es escandalosa, ya que la mayor parte del curso bajo del río Jordán (desde Kinneret hasta el Mar Muerto) constituye la frontera entre Jordania y lo que probablemente un día será territorio palestino, no israelí».

Su puntualización es correcta, pero la omisión es menos escandalosa si nos apartamos de la retórica sobre lo que ocurrirá en un futuro, y nos atenemos a los hechos reales: concretamente, al hecho de que Israel siempre ha dejado muy clara su intención de conservar el valle del Jordán dentro del Gran Israel, de modo que los cantones palestinos que quizá algún día conformen un «Estado» serán aislados del exterior en su mayor parte. El control efectivo sobre los enclaves palestinos por parte de Jordania e Israel, si ésta resultara ser la solución final, conduciría a una conclusión natural todos los esfuerzos de colaboración de Israel y la monarquía jordana hache-mita, que se remontan a los orígenes de estos Estados tras la Segunda Guerra Mundial, incluso durante la primera guerra árabe-israelí en 1948.

El Tratado de Paz entre Jordania e Israel es un componente del «auténtico nuevo Oriente Medio» que realmente atrae la atención de los comentaristas occidentales, y es mucho más importante que

los mil millones de dólares robados a los palestinos que trabajaban en condiciones infrahumanas, o que la cesión de los recursos fundamentales de los palestinos a socios importantes en el proceso de paz. Su mayor logro es la integración de Israel dentro del sistema de Oriente Medio, dominado por Estados Unidos. Las relaciones tácitas entre los participantes, que vienen ya de hace tiempo, se están volviendo cada vez más abiertas y eficientes, e Israel está asumiendo su papel deliberado como centro militar, industrial y tecnológico en la región (posiblemente también como centro financiero).

Este objetivo era difícil de conseguir, puesto que la cuestión palestina seguía siendo una herida abierta, una fuente de malestar en el mundo árabe. Pero la aceptación de Arafat de la «paz de los vencedores», al parecer con la esperanza de rescatar algunas trizas de su lánguida autoridad convirtiéndose en un agente de los poderosos, ha contribuido a eliminar la cuestión palestina, al menos en la actualidad (hay otros factores, como la desintegración del nacionalismo secular árabe y el caos del sur en general). Una consecuencia destacada de este éxito es «el dividendo de paz real para Israel», como describe el *Wall Street Journal* el hecho de que «ahora, las barreras han caído en los mercados con la tasa de crecimiento más alta del mundo, que están en el Lejano Oriente, no en Oriente Medio». Oriente Medio ya está totalmente metido en el bolsillo de Washington, pero el hecho de que Estados Unidos coloque un puesto de avanzada en la disputada región de Asia y el Pacífico es otro logro bastante útil.

Estas consecuencias del proceso de paz de Oslo se reflejan en el nivel de inversión extranjera en Israel, que aumenta rápidamente, ya que los inversores ven este país cada vez más como «el punto de apoyo para el desarrollo económico de la región» (Lord Sterling, presidente de una de las principales empresas de transporte en Gran Bretaña). «Israel echará la vista atrás en el tiempo y verá el año 1995 como aquel en el que las finanzas y las empresas internacionales descubrieron su economía floreciente», comentó el *Financial Times*; «floreciente» en el modo usual de los «milagros económicos», es decir, que imita a su patrón mediante la consecución de tasas inusualmente altas de desigualdad y el desmantelamiento de sus servicios sociales.

Otro importante componente de la «paz de los vencedores» es el final de lo que ha sido incluso un gesto hacia los refugiados palestinos. En efecto, el acuerdo de Oslo anula el «derecho al regreso», aprobado unánimemente por la Asamblea General de la ONU en 1948 por tratarse de la aplicación más directa del artículo 13 de la Declaración Universal de Derechos Humanos (adoptada el día anterior), y reiterado regularmente desde entonces. Inmediatamente después de Oslo I, en otra declaración «visionaria», Isaac Rabin había echado por tierra todas las esperanzas de aquellos que pensaban que los refugiados podrían regresar a las zonas de autonomía palestina (mucho menos a otras). Eso es «absurdo», explicó: «Si esperan decenas de miles, viven en un sueño, en una ilusión». Quizá un «aumento de las reunificaciones familiares», pero nada más.

Mientras que la administración Clinton ofrecía cien millones de dólares a la Autoridad Nacional Palestina, la mayor parte para las fuerzas de seguridad (en contraste con los tres mil millones de dólares que ofreció a Israel, quizá el doble si añadimos otros recursos), por otro lado, reducía en diecisiete millones la contribución estadounidense a la Agencia de Naciones Unidas para la Ayuda a los Refugiados Palestinos en Oriente Próximo (en inglés, UNRWA), la única gran empleadora en la Franja de Gaza y responsable del 40 por ciento de los servicios de salud y educación, así como de los refugiados palestinos en otras zonas. Washington podría estar planeando disolver la UNRWA, que «Israel ha aborrecido desde el principio», según comenta Graham Usher.

Rompiendo con las políticas anteriores, la administración Clinton votó en contra de todas las resoluciones de la Asamblea General de la ONU concernientes a los refugiados palestinos en 1993 y 1994, alegando que «prejuzgan el resultado del proceso de paz que está en marcha, y que debería ser resuelto por medio de negociaciones directas», ahora seguras en manos de Estados Unidos y sus clientes. Como un paso más hacia el desmantelamiento de la UNRWA, su sede va a trasladarse a Gaza, lo que debería poner fin de forma efectiva al apoyo internacional para el millón ochocientos mil refugiados palestinos de Jordania, el Líbano, y Siria. El siguiente paso será retirarle todos los fondos, según informan fuentes de la ONU.

La firma del tratado de Oslo II y, poco después, el asesinato de Rabin atrajeron la atención de todo el mundo y de todos los medios

de comunicación. Así lo muestran los titulares típicos después del tratado. «Israel acuerda dejar Cisjordania». «Israel renuncia a la reclamación bíblica de Cisjordania» en «la negociación histórica de Rabin con los árabes», un «compromiso histórico». «Los israelíes y los palestinos encuentran una paz dolorosa», que establece una «realidad innegable: los palestinos caminan rumbo a un Estado independiente; los judíos dicen adiós a las zonas de Tierra Santa a las que han estado más unidos históricamente». «Primer punto para Clinton». «En la Casa Blanca, símbolos de un Día de Exaltación».

Los editoriales de los periódicos añadieron: «El último acuerdo entre israelíes y palestinos tiene una gran importancia, y da un paso histórico casi irreversible hacia la convivencia de los dos pueblos». Una cronología de Reuters identificó el Día de Exaltación, el 28 de septiembre de 1995, como el día en que «Israel y la OLP firman un acuerdo que extiende la autonomía palestina a la mayor parte de Cisjordania». El artículo principal del *New York Times* después del asesinato de Isaac Rabin contaba que éste había «conquistado las tierras antiguas de la ribera occidental del río Jordán», y después, «negoció el acuerdo para ceder finalmente el control israelí sobre ellas a los palestinos».

El editorial del *Times* sobre Rabin hablaba de la «evolución» de su pensamiento, que estaba «teniendo lugar ante nuestros ojos», cuando «su lenguaje sufrió una transformación notable, al igual que sus ideas sobre la paz con los palestinos»; «es asombroso lo lejos que ha llegado a caminar desde su postura en 1992». El antiguo director del departamento del *Washington Post* para Jerusalén señaló que «cuando Rabin ofreció a los israelíes la posibilidad de la “separación”—de construir un muro para separar la Franja de Gaza y también Cisjordania, y así quitarse a los palestinos de la vista y la mente—, la mayoría respondió con entusiasmo». «Los que mataron a Rabin, y aquellos que les incitaron a hacerlo, no lo hicieron porque estuvieran en contra de los planes para crear un bantustán palestino», señaló el corresponsal del *New Statesman* desde Jerusalén, amonestando a Edward Said por pensar lo contrario. «No. Ellos sabían que el camino que Rabin estaba trazando conduciría, a menos que alguien lo frenara, a un Estado palestino».

Esto es una muestra imparcial.

Una característica interesante es que estas afirmaciones que se atienen a los hechos ni siquiera se aproximan a la verdad. Israel no «acordó dejar Cisjordania», ni «renunció a la reclamación bíblica de Cisjordania». Tampoco firmó un «acuerdo que extendiera la autonomía palestina a la mayor parte de Cisjordania», ni «cedió finalmente el control israelí de las tierras de Cisjordania a los palestinos». Además, Rabin no insinuó jamás la oferta de «separar con un muro la Franja de Gaza y Cisjordania»; al contrario, se mostró firme, claro y categórico al recalcar que nada parecido era siquiera una posibilidad remota. Y aunque «las ideas [de Rabin] sobre la paz» habían «caminado mucho» desde 1992, igual que en 1988 y antes, Rabin estaba defendiendo la postura tradicional del Partido Laborista, que sostenía que Israel debía conservar el 40 por ciento de los territorios ocupados, no la proporción mucho más grande que aceptó el Día de la Exaltación.

En cuanto a lo que es «innegable» e «irreversible», los lectores pueden intentar adivinarlo ellos mismos, ya que se trata de especulaciones que carecen de una base real. Aquellos que «saben» que el camino que estaba trazando Rabin conducía a la creación de un auténtico Estado palestino, no a «un bantustán palestino», nos podrían explicar por qué hacen caso omiso no sólo de los hechos relevantes, sino también de las declaraciones explícitas de los líderes, y no sólo de Rabin, sino también de Simón Peres, que es incluso «una paloma más visionaria» que Rabin.

En una reunión de embajadores en Jerusalén sobre el tratado de Oslo II, a Peres se le preguntó si el acuerdo permanente podría implicar un Estado palestino, y éste dejó muy claro que «esta solución, en la que todo el mundo está pensando y que es la que todo el mundo quiere, no va a ocurrir nunca». Dos semanas antes, continuaba diciendo el periodista Amnon Barzilai en el *Ha'aretz*, Peres había respondido con un «rotundo "no"» cuando se le preguntó en una reunión con el consejo editorial de la revista *Newsweek* si la solución definitiva podía consistir en un Estado palestino. Peres continuó con «una sabia explicación», que, sin embargo, nunca terminó, porque acababa de anunciarse por televisión la sentencia del juicio O. J. Simpson, de modo que la reunión se suspendió. Después, los editores de *Newsweek* estaban «demasiado emocionados con la sentencia» como para recordar la pregunta.

En realidad, parte de la versión estándar es verdad. Deberíamos dar el «primer punto a Clinton» y ver qué ocurrió con la «Exaltación». El alcance de la victoria sólo puede apreciarse si revisamos los hechos históricos, casi totalmente eliminados en Estados Unidos; y, lo que es bastante interesante, ahora olvidados en gran medida en el resto del mundo, no sólo en Europa, sino también en Latinoamérica y en otros lugares. Los hechos no se cuestionan, y no precisan de una nueva revisión aquí. Por hacer un breve resumen, desde 1967 a 1971, Estados Unidos lideró el consenso internacional defendiendo un acuerdo diplomático basado en la resolución 242 de Naciones Unidas, que implicaba una paz definitiva a cambio de la retirada total israelí de los territorios ocupados en 1967 (quizá con modificaciones secundarias por las dos partes).

Cuando el presidente egipcio Sadat aceptó estas condiciones en febrero de 1971, en lo que Rabin describe en sus memorias como un «hito... famoso» en el camino hacia la paz, Estados Unidos tuvo que decidir si se mantenía unido a la política que él mismo había desarrollado, o si se unía a su aliado israelí y se apartaba de ella. Kissinger insistió en el «punto muerto» —no de las negociaciones, sino solo de la violencia— y ganó en el conflicto interno, colocando a su país en un sendero solitario como líder del terreno opositor, que no sólo ignoraba los derechos palestinos (como hacían también la resolución 242 de la ONU y la oferta de Sadat), sino que también rechazaba uno de los dos requisitos inseparables de la resolución 242: la retirada israelí.

El aislamiento de Estados Unidos se agudizó pocos años después, a medida que el consenso internacional empezaba a apoyar un acuerdo que estableciera la existencia de los dos Estados y que incorporara el texto de la resolución 242, lo que obligó a Washington a vetar las decisiones del Consejo de Seguridad, votar en solitario anualmente en la Asamblea General (junto con Israel, y a veces con otro Estado cliente), y bloquear todas las demás iniciativas diplomáticas; una tarea que se volvió cada vez más compleja a partir de principios de la década de los ochenta, cuando la OLP pidió con más insistencia entablar unas negociaciones que llevaran a una convivencia mutua, pero que se resolvió con facilidad gracias a los servicios de la comunidad intelectual.

No fue hasta la Guerra del Golfo, que estableció lo del «se hará lo que decimos nosotros», palabras de George Bush, cuando Estados Unidos fue capaz de iniciar las negociaciones en Madrid, un auténtico «proceso de paz», ya que fue dirigido unilateralmente por Washington y restringido a su agenda extremista. El establecimiento de la postura opositora de Washington en Oslo I, y su reafirmación en Oslo II, es un logro verdaderamente admirable.

El rostro de la victoria se revela de diferentes maneras, si comparamos la reacción ante el asesinato de Isaac Rabin con otros casos, como por ejemplo, el más obvio es el del atentado en el que murió Abu Jihad (Khalil al-Wazir) a manos de los comandos israelíes en Túnez en abril de 1988. Este acto de terrorismo internacional probablemente tenía como principal objetivo levantar la moral de los israelíes en el momento de mayor intensidad de la Intifada, que Israel era entonces incapaz de reprimir, a pesar de su considerable brutalidad.

Basándose en pruebas poco convincentes, Abu Jihad fue acusado de dirigir la Intifada, una acusación que se convirtió en hecho en los medios de comunicación estadounidenses, aunque éstos reconocían que Abu Jihad era conocido «como uno de los políticos más moderados y serios de la jerarquía de la OLP» (*Washington Post*). El *Post* también afirmó que «muchos israelíes celebraron su asesinato como una prueba de la disposición y la capacidad de Israel para pagar con la misma moneda a los supuestos líderes terroristas», y comentó además que el atentado suscitó «el aplauso general de los israelíes, desde la izquierda liberal hasta la ultraderecha». El Departamento de Estado condenó «este acto de asesinato político», pero eso fue todo. No hubo condolencias, ni banderas a media asta, ni lamentos por la suerte del proceso de paz, ni otros comentarios conmovedores. Abu Jihad no era «un mártir por la paz».

¿Por qué no? Una de las razones posibles es que se trataba de un terrorista; es cierto, pero de poca monta. Con toda su trayectoria terrorista, que era lo suficientemente cruenta, no les llegaba ni a la suela de los zapatos a Isaac Rabin o a Simón Peres, que eran honrados como «hombres de paz», o lo que es aún más obvio, a los hombres de Estado que les alababan. Otra posible razón es que Abu Jihad se oponía al «proceso de paz». Eso también es verdad, por lo menos en un sentido técnico. En efecto, sí se oponía al opositoris-

mo estadounidense-israelí, con lo que se adhería a la opinión del resto del mundo, que defendía un acuerdo de dos Estados alcanzado en negociaciones que llevaran a un reconocimiento mutuo. Si adoptamos el uso de la convención doctrinal, entonces sí, se oponía al «proceso de paz», e insistía en algo distinto a una paz de los vencedores, en la que los palestinos se convertían en «otra nación oprimida».

Si adoptamos el uso técnico, podemos encontrar sentido a los misteriosos comentarios de Dennis Ross, principal negociador de Oriente Medio para los gobiernos de Bush y Clinton, y que nos contó en el *Times* la especialista en Oriente Medio Elaine Sciolino. Ross describe cómo, en marzo de 1993, Rabin se presentó ante Clinton con un «argumento brillante, contundente y claro», que explicaba «exactamente por qué los delegados que entonces negociaban del lado de los palestinos no eran capaces de renunciar», de renunciar a un acuerdo no opositora que reconociera los derechos de la población autóctona junto con los de Israel, olvida decir Sciolino.

Pero la OLP no quiso aceptar el brillante argumento de Rabin: «en este punto habían demostrado que no estaban preparados para alcanzar la paz», «recordó» Ross; la palabra «recordó» que utiliza Sciolino implica que el recuerdo es cierto (uno no «recuerda» lo que no ocurrió), y de hecho lo es, si es que «alcanzar la paz» significa aceptar las condiciones estadounidense-israelíes y rechazar la resolución 242 de la ONU junto con cualquier otro pensamiento de autodeterminación. Si adoptamos las convenciones, la declaración de Ross se transforma, y pasa de ser totalmente incoherente a una verdad como un templo, y Sciolino no está confundiendo a sus lectores contando todo esto como algo exacto que se atiene a los hechos. Quizá resulte un poco confuso, pero, con una educación apropiada, se entiende.

Podríamos preguntar por qué el auténtico mártir por la paz no estaba cumpliendo las expectativas cuando Abu Jihad fue asesinado, por iniciativa de un «entusiasta» Rabin, informó el corresponsal del *Times* John Kifner desde Jerusalén. Entonces ministro de defensa, Rabin había ordenado a sus soldados que acabaran con la Intifada utilizando la violencia y el terrorismo, y, poco después, que atacaran las aldeas con balas de plástico, porque «más bajas... es precisamente nuestro objetivo», «nuestro propósito es aumentar el

número [de heridos] entre los que participan en las acciones violentas». Sus «acciones violentas» son un desafío para afirmar que son libres, explicó Rabin: «Queremos acabar con la ilusión de la gente de las aldeas, que piensa que se ha liberado a sí misma», y mediante los ataques militares, que causan «más bajas», nosotros «les dejamos claro dónde y dentro de qué marco viven», y les damos una lección que resulta familiar para la civilización occidental.

Poco después, cuando Estados Unidos se vio obligado a «dialogar» con la OLP, en un esfuerzo desesperado por desbaratar sus exigencias, cada vez más irritantes, de entablar negociaciones para llegar a un reconocimiento mutuo, Rabin aseguró a una delegación de Paz Ahora que el diálogo no había tenido mucha trascendencia, era simplemente una acción de entretenimiento con el fin de conceder a Israel al menos un año para acabar con la Intifada por medio de «la dura presión militar y económica», que fue exactamente lo que ocurrió, y que hizo posible que el «proceso de paz» reanudara su curso.

Claramente, Isaac Rabin es un mártir por la paz y Abu Jihad es un terrorista que merecía lo que le ocurrió.

Podríamos preguntar también qué estaban haciendo los hombres de paz de Washington en aquel momento crucial de 1988, cuando Estados Unidos e Israel estaban intentando desesperadamente eludir la creciente amenaza de un acuerdo diplomático. Seguramente, el más importante de todos ellos era George Schultz, intacto tras el escándalo Reagan. Justo antes de que Abu Jihad fuera asesinado, Schultz estaba persiguiendo su «misión de paz» en Jordania, donde «mostró su comprensión con respecto a las aspiraciones palestinas», según informó Elaine Sciolino, y ofreció el ejemplo de Estados Unidos, donde él es un californiano y George Bush un texano, pero no tienen ningún problema a la hora de convivir en paz.

Las aspiraciones palestinas pueden tratarse de la misma manera civilizada, según dicten los planes estadounidense-israelíes; es decir, todo ello contado de una manera insulsa, y para nada polémica.

Pero la comprensión de Schultz de las aspiraciones del enemigo ha suscitado respuestas en otros lugares, como nos recuerdan las

recientes noticias. Una semana antes del asesinato de Isaac Rabin, Fathi Shiqaqi, líder de la Yihad Islámica, fue disparado por la espalda y asesinado en Malta, «probablemente por agentes israelíes», según informó el *Times*. Como en el caso de Abu Jihad, Israel no asumió ninguna responsabilidad, aunque la prensa sí lo hizo con «enormes titulares», según el corresponsal israelí Haim Baram.

Las noticias y los comentarios ensalzaban «el brazo fuerte de Israel» y «la noche de la venganza», alabando el asesinato y advirtiéndole que «Israel castigará a cualquiera que sea responsable por el asesinato de judíos», mientras que «tanto Rabin como Peres insinuaban alegremente que el Mossad estaba implicado». Peres comentó que «la Yihad Islámica es una banda de asesinos, así que ya hay un asesino menos». Lo cual no dejaba de ser verdad, aunque, una vez más, se podría decir que los propios logros de Simón Peres le incluían perfectamente en la lista, por no hablar de George Schultz.

La postura de Shiqaqi en cuanto a la paz era justamente la imagen invertida de la de Schultz. Probablemente, Shiqaqi entendía las «aspiraciones de los israelíes» al estilo de Schultz, y habría aceptado una solución que permitiera a los judíos vivir sumisos bajo la dominación palestina. Por tanto, partiendo de supuestos no racistas, tanto Schultz como Shiqaqi eran hombres de paz, o ambos eran terroristas asesinos que merecían la suerte que solo le tocó a uno. Afortunadamente, estos supuestos son impensables, así que no tenemos por qué seguir con este ejercicio.

Mientras que Abu Jihad y (obviamente) Fathi Shiqaqi no pasan a formar parte del Panteón, algunos árabes sí lo hacen. Cuando Isaac Rabin fue asesinado, junto al artículo en primera plana del *Boston Globe* que decía «La paz se ha cobrado otra víctima», la columna adyacente recordaba el asesinato de Anwar Sadat, al que calificaba como un hombre de talante conciliador, pero no por haber aceptado un tratado de paz definitivo con Israel bajo las condiciones de la política oficial de Estados Unidos en 1971 —un «hito famoso» borrado de la historia—, sino por su visita a Jerusalén en 1977, que abrió las puertas al acuerdo de Camp David, un pacto aceptable porque mantenía las demandas opositoras de Washington.

La frase «Día de la Exaltación» no está fuera de lugar. Estados Unidos ha llevado a cabo una maniobra verdaderamente admirable. Los acontecimientos son un testimonio impresionante de que, en los asuntos internacionales, impera la ley del más fuerte, así como del poder de instrucción doctrinal en un escenario sociocultural en el que el triunfante *marketing* es el valor más considerado, y la cultura intelectual es obediente y no cuestiona nada.

La victoria no es solo aparente en las condiciones de Oslo I y Oslo II y en los hechos sobre el terreno, sino también en la eliminación de la historia inaceptable, la simple aceptación de las falsedades más transparentes, y el estado de la opinión internacional, ahora tan sumisa en esta cuestión, que los comentaristas y analistas han olvidado literalmente las posturas que ellos y sus gobiernos defendían hace tan solo unos años, e incluso llegan a ver que «Israel acuerda dejar Cisjordania» cuando sabían perfectamente que nada, ni remotamente parecido, era verdad. Eso es realmente admirable, e instructivo.

3. ¿«Otra nación oprimida»?

El acuerdo de Oslo II, y el período que le siguió, suponen otro gran paso hacia la reafirmación del triunfo del oposicionismo estadounidense-israelí, firme y entregado a su tarea, aislado de la opinión internacional, pero con las armas en la mano y con otros mecanismos de poder.

Irving Kristol, un intelectual neoconservador muy influyente, ofreció una explicación muy útil sobre estas cuestiones, a medida que el proyecto del último cuarto de siglo iba adquiriendo forma. Kristol señaló que «las naciones insignificantes, al igual que las personas insignificantes, pueden concebir rápidamente delirios de grandeza», que deben sacarse de sus mentes primitivas a la fuerza: «Verdaderamente, los días de la “diplomacia de cañón” nunca se acaban... Las cañoneras son tan necesarias para el orden internacional como los coches patrulla de la policía para el orden nacional».

Los sentimientos no son nuevos, por supuesto. Cincuenta años antes, el eminente estadista británico Lloyd George había alabado a su gobierno por haber desautorizado un tratado de desarme, reco-

nociendo la importancia de «reservarse el derecho a bombardear a los negros». Pocos años antes, otro admirable estadista había expresado su entusiasmo por «utilizar gas envenenado contra tribus no civilizadas», concretamente contra los kurdos y los afganos, «árabes obstinados» igualmente (Winston Churchill). Las diatribas racistas de Theodore Roosevelt —por no hablar de las prácticas que él alabó y defendió— resultarían familiares a cualquiera que hubiera cursado en el Instituto una asignatura de Historia de Estados Unidos. Pocas novedades hay cuando varios siglos de historia intelectual convergen en la opinión de que los palestinos deberían «ser convertidos en otra nación oprimida, como los kurdos o los afganos», poniendo fin de este modo al «aburrido» problema palestino (Martin Peretz).

Habían sido algunos advenedizos medioorientales los que habían provocado la ira de Kristol, al atreverse a subir el precio del petróleo más allá de lo permitido por el maestro. Al mismo tiempo, Walter Laqueur, otro intelectual y erudito muy admirado por el público, ofreció propuestas más radicales para tratar esta insubordinación. Exhortó a que el petróleo de Oriente Medio «fuera internacionalizado, no para favorecer a unas pocas compañías petrolíferas, sino en beneficio del resto de la humanidad». Si las personas insignificantes no comprenden la justicia y la benevolencia de este procedimiento, podemos enviar algunas cañoneras.

Laqueur no llegó a la conclusión de que los recursos industriales y agrícolas de Occidente también podrían internacionalizarse, «no para favorecer a unas pocas compañías, sino en beneficio del resto de la humanidad», aunque «hacia finales del año 1973, las exportaciones de trigo estadounidense cuestan tres veces más por tonelada que lo que costaban hace poco más de un año», por citar solo un ejemplo del brusco aumento en los precios de las materias primas, que precedió o acompañó al aumento de los precios del petróleo. Aquellos que perciben una cierta incoherencia no tienen más que recordar la distinción crucial entre personas importantes y personas insignificantes.

Como se ha discutido anteriormente, no es que los palestinos sean «personas insignificantes», sino que tienen un puesto mucho más bajo aún en la escala, porque interfieren en los planes de las «personas más importantes» del mundo: los estadounidenses y los

judíos israelíes privilegiados (mientras mantengan su puesto). Peor aún, en lugar de caer en el olvido que tanto les favorecería, «los árabes palestinos [son] un pueblo que produce, expulsa y anuncia su desesperación», explicó Ruth Wisse en un prestigioso periódico intelectual. Ésta es «la llave obvia del éxito para la estrategia árabe», que consiste en echar a los judíos al mar en un resurgimiento del concepto nazi de *Lebensraum* (espacio vital), continuó Wisse. Después de convertirse en profesora en la Universidad McGill, se trasladó a Harvard para heredar la cátedra legada por Martin Peretz.

No se puede comprender totalmente el «proceso de paz» sin apreciar el entorno cultural en el que surge, ejemplificado no solo por estas opiniones de eminentes intelectuales en Occidente, sino, de una forma más importante, por el hecho de que éstas pasan desapercibidas, y al parecer se las considera bastante naturales, aunque si cambiamos unos pocos nombres, suscitáramos una reacción muy diferente.

Si Estados Unidos e Israel deciden llamar «Estado» o algo semejante a los «cantones» que la OLP está autorizada a «gobernar» —o quizá «pollo frito», como sugirió David Bar-Illan con elegancia—, es probable que los resultados se parezcan al modelo de los bantustanes. Nadie que esté familiarizado con la situación en los territorios creada por los gobiernos de Rabin, Peres, [Benjamín] Netanyahu y sus predecesores reconocerá el cuadro pintado en esta obra de historia africana, una de tantas:

En Sudáfrica, la conservación del poder efectivo a través de los funcionarios en los bantustanes, su abrumadora influencia económica y sus acuerdos de seguridad dan a esta iniciativa [de elecciones] elementos propios de una farsa. Sin embargo, unos candidatos improbables, como eran los bantustanes, para cualquier existencia independiente significativa, y sus burocracias en expansión, ofrecieron puestos de trabajo para los nuevos estratos de africanos instruidos, que estaban vinculados a un sistema de una forma nueva, así como una base de acumulación para un reducido número de africanos con acceso a los préstamos y a la influencia política.

Asimismo, la represión podía ser indigenizada mediante una política de desarrollo de los homelands (patrias) y del ejército. En la periferia de los bantustanes se planificaron centros de crecimiento industrial, en las zonas limítrofes, como un medio de librar al capital de algunas de las restricciones que el control de entrada había impuesto a la expansión industrial en otros lugares, así como para aprovecharse de la mano de obra prácticamente esclava y especialmente

barata. En cuanto al desarrollo económico de los homelands, se trataba de una cuestión de panfletos publicitarios más que de una actividad práctica real, aunque algunos funcionarios en Sudáfrica entendieron las necesidades desde su propia perspectiva, e intentaron una cierta revitalización de los homelands, con el fin de evitar un mayor colapso de las economías.

Hasta ahora, los funcionarios israelíes no han visto ninguna necesidad de evitar que las economías de los cantones se colapsen aún más, aunque tarde o temprano se darán cuenta de la ventaja que presentan las demandas de los industrialistas israelíes, que exigen una «transición desde el colonialismo al neocolonialismo» en los territorios, con la colaboración de «los representantes de la burguesía palestina», lo que crearía «una situación similar a la de las relaciones entre Francia y muchas de sus antiguas colonias en África», o entre Estados Unidos y México, o entre los inversores occidentales y el Tercer Mundo que está siendo restaurado en Europa Oriental, la capital internacional del sureste de China, etc.

Al igual que en Estados Unidos, la amenaza de transferir la producción a través de la frontera puede utilizarse para debilitar a los sindicatos, bajar los salarios, aumentar la desigualdad, y disminuir la amenaza de una democracia. «Si a un sindicato se le ocurre ir a la huelga, los fabricantes pueden cerrar sus fábricas y establecer unas nuevas en Gaza», explican los miembros del Histadrut (Federación General del Trabajo en Israel), una perspectiva que fue especialmente atractiva para Isaac Rabin, que «nunca había admitido su animadversión hacia el Histadrut o hacia sus tendencias al libremercado»; «mercado libre» al estilo estadounidense, con una economía basada en ayudas estatales masivas para el bienestar, el privilegio y los productos derivados de la industria militar.

Los acontecimientos de Ofakim sugieren un modelo. Allí se cerró una fábrica poco después de que sus propietarios recibieran una ayuda pública sustancial y la transfirieran al otro lado de la frontera con el fin de disfrutar de una mano de obra mucho más barata, un buen ejemplo de la promesa de Simón Peres de un «nuevo orden» en Oriente Medio.

Sin embargo, en el momento actual, las políticas israelíes continúan contribuyendo a colapsar más las economías. Los territorios no pueden desarrollarse bajo el régimen israelí, y ahora están hundiéndose rápidamente, aunque los palestinos «vinculados al siste-

ma» y «con acceso a los préstamos y a la influencia política» pueden enriquecerse robando ayuda extranjera con la colaboración israelí.

De manera similar, Estados Unidos hace la vista gorda con respecto a la corrupción cada vez mayor en Israel, como por ejemplo, en cuanto a la malversación de miles de millones de dólares de los préstamos en garantía de Estados Unidos, teóricamente destinados a los inmigrantes, y que se han utilizado para dar «al sistema bancario de Israel (asumido por el gobierno después del escándalo de las acciones bancarias) una mayor liquidez y disposición para ampliar el crédito a las empresas, pequeños negocios y particulares», y además han hecho posible que los israelíes «compren automóviles, viajen al extranjero, o especulen en la Bolsa» en un país artificialmente rico, que ahora está compitiendo con su protector por el liderazgo en desigualdad dentro del mundo industrial. La corrupción extendida a los Estados clientes no se considera un problema más que en casa, siempre que «las personas importantes» estén recibiendo su cuota.

El FMI informó que, a lo largo de 1996, el desempleo creció casi el doble en los territorios desde que empezó el proceso de Oslo, y la renta per cápita disminuyó un 20 por ciento, mientras que la inversión se redujo a la mitad. La mayor devastación de las economías se deriva en parte de los cierres, que fueron especialmente duros bajo el gobierno de los laboristas, así como de la política de Israel de bloquear las exportaciones palestinas a la vez que mantienen un mercado cerrado para las caras importaciones israelíes, más costosas a medida que pasan por los monopolios establecidos como ajuste de cuentas por la Autoridad Palestina.

Entre tanto, informa el FMI, las exportaciones totales israelíes crecieron casi el doble, «llegando casi a doblar a los mercados asiáticos abiertos por el proceso de paz, mientras que la inversión extranjera en Israel se multiplicó por seis». Las agencias de las Naciones Unidas en los territorios calculan la caída del PIB per cápita desde Oslo I en un 40 por ciento, con lo que aumentó «el retraso del desarrollo en los territorios que había empezado en 1967». Otros observadores entendidos dan cifras aún más altas de esta caída.

En resumen, el «proceso de paz» obedece a una ley muy amplia: sirve a los intereses de sus arquitectos de una forma bastante sumisa, mientras que los intereses de otros son «algo secundario, no un fin», por citar las palabras de Woodrow Wilson y su secretario de Estado sobre el significado real de la Doctrina Monroe, que debían mantenerse en secreto, como decidió Wilson sabiamente. En cuanto a las «personas insignificantes», el «proceso de paz» ha ofrecido a Estados Unidos e Israel nuevos mecanismos para seguir el consejo que Moshé Dayan, uno de los líderes laboristas más comprensivos con la situación palestina, dio en los primeros días de la ocupación: Israel debería decir a los refugiados palestinos de los territorios que «no tenemos solución para vosotros, tendréis que continuar viviendo como perros, y el que lo prefiera puede marcharse, y veremos a dónde nos lleva este proceso».

La sugerencia resulta natural dentro de la concepción absoluta expresada por el ex presidente Chaim Herzog en 1972: «No niego a los palestinos un lugar o una postura o posición sobre todos los asuntos... Pero ciertamente, no estoy preparado para considerarles como compañeros en cualquier aspecto en un país que ha sido consagrado a nuestra nación desde hace miles de años. Para los judíos de esta tierra no puede haber compañeros». Recordemos que ésta es la voz de los laboristas, los favoritos de Estados Unidos, las «palomas» que se dirigen hacia el otro lado del espectro de los líderes políticos. Nada fundamental ha cambiado en la concepción de estos sectores o de sus protectores norteamericanos, aparte de las nuevas modalidades. Los bloques nacionalistas y religiosos de derechas tienden a adoptar una línea más dura.

Después de Oslo II, Peres informó en una reunión de embajadores en Jerusalén que «esta solución, en la que todo el mundo está pensando y que es la que todo el mundo quiere, no va a ocurrir nunca». Continuó actuando con firmeza para garantizar esa solución con la financiación y el apoyo de Estados Unidos, como por ejemplo, en febrero de 1996, cuando su ministro de urbanización Benjamín («Fuad») Ben-Eliezer anunció la construcción de 6.500 unidades para los judíos solo en la zona del sureste de Jerusalén, que Israel llama «Har Homa», y señaló el comienzo de las obras en el plazo de un año, justo cuando tuvo lugar, bajo el mandato del Likud.

Solo unos pocos días antes de que Netanyahu ganara las elecciones, docenas de palestinos intentaron bloquear los bulldozers de Peres que preparaban el terreno para los edificios planeados en Har Homa. Ben-Eliezer también anunció otros proyectos de construcción aparentemente más importantes, especialmente en el este de Jerusalén (Plan E-1). En efecto, estos desarrollos urbanísticos dividirán Cisjordania en dos cantones cuando Ma'ale Adumim se incorpore a la «Gran Jerusalén», de acuerdo con los planes anunciados y puestos en práctica por los gobiernos de Rabin y Peres después de los acuerdos de Oslo, y que ahora pretende llevar a cabo el sucesor del Likud.

Mientras que la atención se concentraba en las construcciones de Har Homa y Jabal Abu Ghneim, erróneamente atribuidas a iniciativas del Likud, el ministro de defensa Isaac Mordechai anunciaba que el programa E-1 del Partido Laborista iba a ponerse en marcha, con nuevas construcciones de viviendas y carreteras. El miembro del Kneset Michael Kleiner, líder de la expansionista «Tierra del Frente de Israel» («Hazit Eretz Yisrael»), agradecía el anuncio y señalaba que este plan, que «era iniciativa del ex ministro de urbanización Benjamín Ben-Eliezer con la autorización de Isaac Rabin», suponía «la más importante» de las demandas del Frente, más incluso que Har Homa.

«Fuad» Ben-Eliezer también explicó que «Fuad hace todo con calma, con la protección absoluta del primer ministro», utilizando términos como «crecimiento natural» en lugar de «nuevos asentamientos» cuando ponía en práctica las políticas laboristas de expansión de la Gran Jerusalén, que incluirían Ma'ale Adumim, Givat Ze'ev y Beitar como el «primer círculo» de asentamientos que rodean Jerusalén, al que se va a añadir otra «cadena de asentamientos» en un segundo círculo.

De acuerdo con la «paloma» laborista Yossi Beilin, el gobierno de Rabin «aumentó los asentamientos en un 50 por ciento» en «Judea y Samaria» (Cisjordania) después de Oslo, pero «lo hicimos con calma y prudencia», mientras que tú, Netanyahu, «proclamas tus intenciones cada mañana, amedrentas a los palestinos y conviertes el tema de Jerusalén como la capital unificada de Israel — una cuestión en la que están de acuerdo todos los israelíes — en un asunto de debate mundial». La declaración sólo es cierta en parte,

ya que la «calma y la prudencia» se extienden mucho más allá de Jerusalén.

Las diferencias de estilo se atribuyen supuestamente a las circunscripciones electorales de cada una de las coaliciones políticas. Los laboristas, el partido de los profesionales instruidos y de las élites occidentalizadas, están más en sintonía con las normas de Occidente y consideran que debería ofrecerse a los protectores alguna forma «para que no vean» lo que ellos están haciendo. Por el contrario, los métodos descarados y groseros del Likud para alcanzar básicamente los mismos resultados son una vergüenza a ojos de los humanistas occidentales, y a veces provocan conflictos y hastío.

Ni el programa de los laboristas ni el del Likud para establecer una colonización al estilo de los bantustanes sudafricanos incumplen el «proceso de paz», y no se les puede acusar de ello. Oslo I no dice nada relevante, salvo las estipulaciones sobre el «estatus permanente», ya mencionadas, que establecen los principios básicos del plan Peres-Shamir-Baker y el oposicionismo estadounidense-israelí a largo plazo. Oslo II, por el contrario, es bastante claro en muchos temas fundamentales. Ya he revisado los detalles, así que no los repetiré. Para hacer un breve resumen, este acuerdo confiere a Israel el control permanente sobre la mayor parte de los recursos hídricos cruciales, e impone a propósito condiciones humillantes a los palestinos, incluso con respecto a asuntos como el tráfico de la policía palestina por «carreteras palestinas».

Estas abominaciones están pensadas para hacer que la vida de los palestinos sea lo más desgraciada posible, mientras que los israelíes y los turistas conducen a toda velocidad hacia sus destinos sobre «modernas» autopistas de «circunvalación», que les ahorran tener que ver a la población árabe que tiene que arreglárselas para sobrevivir, nadie sabe cómo, aislada de sus familias, lugares de trabajo e instituciones. En cuanto a la tierra, el acuerdo permite a Israel hacer prácticamente todo lo que quiera.

Oslo II establece incluso que los palestinos «deben respetar los derechos legales de los israelíes (incluidas las empresas que son propiedad de hebreos) relacionados con las tierras en las zonas que están bajo la competencia territorial del Consejo [Palestino]» —esto es, la totalidad de los territorios ocupados— especialmente, sus derechos relacionados con las tierras estatales y baldías, una cate-

goría indefinida que se extiende según el capricho de Israel, y ocupa aproximadamente el 70 por ciento de los territorios, de acuerdo con la prensa israelí. Oslo II abroga, pues, la postura del mundo entero, también la de Estados Unidos técnicamente, que afirma que los derechos legales no pueden adquirirse por la conquista, y llega a anular incluso la interpretación estadounidense de la resolución 242 de Naciones Unidas después de 1971.

Los palestinos, y no solo ellos, no hacen más que engañarse a sí mismos y engañar a otros cuando dicen que Israel se comprometió a «retirarse de los territorios palestinos ocupados, también de Jerusalén», de acuerdo con la resolución 242 de la ONU, o algo remotamente parecido; o que acordaron conceder a los palestinos «el control sobre el agua, las telecomunicaciones y el transporte, entre otras cosas»; o que la iniciativa de la Conferencia de Madrid de George Bush «implicaba la aplicación de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU en Palestina» (Farouk Kaddumi, Ministro de exteriores palestino). O que «las condiciones de referencia» para el «proceso de paz» están incluidas en la resolución 242 de la ONU, los Acuerdos de Oslo, y la Conferencia de Madrid, «que consagran el principio de tierra para la paz» (Abdelaleem El-Abayad, diplomático egipcio). Nada de esto es verdad, como dejan claro los documentos y aún más la práctica constante, a menos que interpretemos frases como «tierra para la paz» con el cinismo que habría dado la bienvenida a la política de bantustanes en Sudáfrica.

Puede que las «palomas» israelíes prefieran lo que algunos observadores han llamado un Estado de «abnegación colectiva», evitando los documentos y el contexto histórico que les da significado, o refugiándose en los términos presentados para explicar el hecho de que estos acuerdos son «provisionales», y por tanto, en principio, abiertos al cambio, aunque esto también sería así si se tratara de «acuerdos definitivos», por supuesto. Pueden elegir incluso «no ver» lo que está ocurriendo a pocos kilómetros de donde viven, lo cual —no es necesario decirlo— no es un fenómeno único en Israel. Los que financian y apoyan a Israel desde otros lugares también pueden encontrar la postura conveniente. Pero las realidades no cambian.

Las realidades van más allá de los territorios ocupados, incluyen también a Israel dentro de la Línea Verde, donde las analogías sudafricanas son, una vez más, desafortunadas, pero apropiadas, por no decir exactas. Y fundamentalmente, se extienden a la diáspora palestina, especialmente ahora que Clinton ha roto con la política oficial de Estados Unidos desde 1948, y ha decidido rechazar (solo con Israel) la resolución 194 de la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU, adoptada el día anterior a esta decisión. Puesto que un voto de Estados Unidos en contra es en realidad un veto, el derecho de los palestinos a regresar o a recibir algún tipo de compensación queda abolido formalmente por ese voto.

La aprobación fue hipócrita en todo momento. No hubo ninguna intención de aplicar la resolución 194, ni siquiera el derecho a una compensación, que el ministro de exteriores israelí Moshé Sharet había calculado en mil millones de dólares en 1950 (el 50 por ciento más que las compensaciones de guerra alemanas a Israel), es decir, lo equivalente a seis mil millones de dólares al precio actual del dólar estadounidense, y sin intereses.

Si los planes actuales tienen éxito, las predicciones de los arabistas del gobierno israelí en 1948 podrían cumplirse: los refugiados se adaptarían a otros lugares o «serían oprimidos» y «morirían», mientras que «la mayoría de ellos se convertiría en basura humana y desperdicio de la sociedad, y se uniría a las clases más empobrecidas de los países árabes». Salvo los sectores privilegiados que se adaptaran a la política «neocolonial», a aquellos que se quedaran en los territorios les esperaba el brillante futuro de los haitianos que trabajan arduamente en las plantas de montaje estadounidenses por unos pocos centavos la hora, o el de los trabajadores semiesclavos de las industrias chinas de exportaciones controladas desde el extranjero.

Y los palestinos dentro de Israel podrían vivir como vivirían los judíos o los negros en Norteamérica si Estados Unidos se convirtiera en «el Estado soberano de los Cristianos Blancos» de todo el mundo (parafraseando la ley israelí), no en el Estado de sus ciudadanos.

Estas consecuencias no tienen por qué llegar nunca, pero podrían hacerlo, y si es así, los sectores privilegiados de la sociedad estadounidense, israelí y palestina, tendrán que dar, en mi opinión, muchas explicaciones.

EE.UU.-Israel-Palestina*

Capítulo VII

Hace un año, Baruch Kimmerling, sociólogo de la Hebrew University, apuntaba: «Nuestros temores se han hecho realidad». Judíos y palestinos están «experimentando un retroceso hacia el tribalismo supersticioso... la guerra aparece como un destino inevitable», una «funesta guerra colonial». Tras la invasión este año por parte de Israel de los campos de refugiados, su colega Ze'ev Sternhell escribió: «En la Israel colonial... la vida humana es barata». Los dirigentes «ya no se avergüenzan de hablar de guerra cuando lo que realmente les interesa es el control colonial, lo que recuerda a la época del apartheid en Sudáfrica cuando la policía blanca tomó el control de los barrios pobres de los negros». Ambos ponen de relieve lo evidente: no existe simetría entre los «grupos étnico-nacionales» que retroceden hacia el tribalismo.

El conflicto se focaliza en territorios que han estado sometidos a una dura ocupación militar durante 35 años. El conquistador es una potencia militar superior que actúa con el enorme respaldo militar, económico y diplomático del superpoder global. Sus súbditos están solos e indefensos, muchos apenas sobreviven en campos miserables, donde actualmente sufren un terror aún más brutal que el que se ejercía en las «funestas guerras coloniales» y ahora llevan a cabo por su cuenta terribles atrocidades como venganza.

El «proceso de paz» de Oslo alteró las formas de ocupación, pero no su concepto básico. Poco antes de unirse al gobierno de

* Este último capítulo es la reproducción de un artículo de Noam Chomsky fechado el 9 de abril de 2002 y publicado en *Red Pepper* (may 2002).

Ehud Barak, el historiador Shlomo Ben-Ami escribió: «Los Acuerdos de Oslo se fundamentan en unas bases neo-colonialistas, en una vida de dependencia de uno sobre otro para siempre». Pronto se convirtió en el arquitecto de las propuestas de Israel y EE.UU. que siguieron este precepto en el verano de 2000 en Camp David. Dichas propuestas fueron enormemente elogiadas en el ambiente de Estados Unidos. Los palestinos y su malvado líder fueron culpados de su fracaso y la subsecuente violencia. Pero esto es un absoluto «fraude», tal y como afirmó Kimmerling junto con otros comentaristas serios.

Es cierto que el tándem Clinton-Barak avanzó unos pasos hacia un asentamiento al estilo Bantú. Pero justo antes de Camp David, los palestinos de la ribera oeste fueron confinados a más de doscientas áreas dispersas, y Clinton-Barak propusieron una mejora: la consolidación de tres cantones bajo control israelí, virtualmente separados uno del otro y del cuarto enclave, una pequeña zona de Jerusalem Este, el centro de la vida palestina y de las comunicaciones de la región. En el quinto cantón, Gaza, no hubo una resolución clara, excepto que la población debía permanecer prácticamente encerrada. Resulta por lo tanto comprensible que los medios de Estados Unidos no publicaran ni mapas, ni ninguno de los detalles de las propuestas.

Nadie puede dudar seriamente que el papel de Estados Unidos continuará siendo decisivo. Por ello reviste crucial importancia entender cuál ha sido ese papel, y cómo se percibe internamente. La versión de la clase política fue expuesta por los editores del *N. Y. Times* en su número del 7 de abril, donde se elogiaba «el audaz discurso» del Presidente, así como la «visión emergente» que mostraba.

Su primer elemento es «terminar con el terrorismo palestino» inmediatamente. Poco después propone «paralizar y después hacer retroceder los asentamientos judíos y negociar nuevas fronteras» para poner fin a la ocupación y permitir la creación de un Estado palestino. Si el terrorismo palestino cesa, los israelíes se sentirán animados a «tomarse más en serio la oferta histórica de la Liga Árabe de paz absoluta y reconocimiento a cambio de una retirada israelí». Pero antes los líderes palestinos deben demostrar que son un «socio diplomático legítimo».

El mundo real poco tiene que ver con este retrato interesado, que es prácticamente una copia del de los años 80, cuando EE.UU. e Israel intentaban desesperadamente evadir las ofertas de la OLP de negociación y acuerdo político, mientras mantenían su posición de no negociar con la misma, de que no hubiera «un Estado palestino más...» (Jordania ya era un estado palestino) y pedían «que no haya cambios en el estatus de Judea, Samaria y Gaza, a no ser que cumplan con las directrices básicas del gobierno [israelí]» (Plan de coalición Peres-Shamir de mayo de 1989 refrendado por Bush I en el plan Baker de diciembre de 1989).

La opinión pública de EE.UU. no tuvo acceso a todo esto, como ya había ocurrido antes con regularidad, mientras se sucedían las críticas contra los palestinos por su inquebrantable compromiso con el terror, socavando los esfuerzos humanitarios de los EE.UU. y sus aliados.

En el mundo real, la principal barrera a la «visión emergente» ha sido, y sigue siendo, el rechazo unilateral de EE.UU. Poco hay de nuevo en la «oferta histórica de la Liga Árabe». Reitera los términos básicos de la Resolución del Consejo de Seguridad de enero de 1976, respaldada por prácticamente el mundo entero, incluyendo los Estados árabes más destacados, la O.L.P., Europa, el bloque soviético (en realidad todos los que contaban). Se oponían a ella Israel y fue vetada por Estados Unidos, o lo que es lo mismo, barrida de la historia.

La Resolución exigía un acuerdo político sobre las fronteras internacionalmente reconocidas «con los arreglos apropiados... para garantizar... la soberanía, integridad territorial, independencia política de todos los Estados de la zona y su derecho a vivir en paz dentro de unas fronteras seguras y reconocidas»; en efecto, era una modificación de la Resolución 242 de la ONU (como también lo interpretó Estados Unidos) ampliada para incluir al Estado palestino. Similares iniciativas presentadas por los Estados árabes, la OLP y Europa han sido bloqueadas desde entonces por EE.UU. y la mayoría suprimidas o rechazadas en comentarios públicos.

El rechazo de EE.UU. se remonta cinco años atrás, a febrero de 1971, cuando el presidente Sadat de Egipto ofreció a Israel un tratado de paz absoluta a cambio de la retirada israelí de territorio egipcio, sin hacer mención de los derechos nacionales palestinos, ni

del destino del resto de los territorios ocupados. El gobierno laborista de Israel reconoció que se trataba de una oferta genuina de paz, pero la rechazó, ya que deseaba extender sus asentamientos hacia el noreste del Sinaí; cosa que pronto hizo y con extrema brutalidad, lo que fue causa inmediata de la guerra de 1973. Israel y EE.UU. entendían que la paz era posible en consonancia con la política oficial de EE.UU.

Pero, como el líder del partido laborista (y después presidente) Ezer Weizmann explicó, ese resultado no permitiría a Israel «existir conforme a la escala, espíritu y calidad que actualmente encarna». El comentarista israelí Amos Elon escribió que Sadat causó «pánico» entre la clase política dirigente israelí al anunciar su deseo de «formalizar un acuerdo de paz con Israel, y respetar su independencia y soberanía dentro de unas 'fronteras seguras y reconocidas'».

Kissinger tuvo éxito al bloquear los acuerdos de paz, estableciendo su preferencia por lo que él llamaba «impasse»: nada de negociaciones, sólo la fuerza. Las ofertas de paz de Jordania también fueron desechadas. Desde aquel momento la política oficial de EE.UU. ha secundado el consenso internacional de la retirada (hasta Clinton, quien efectivamente revocó las resoluciones y consideraciones de la ONU para un derecho internacional.) No obstante, en la práctica, la política ha seguido las directrices de Kissinger, aceptando las negociaciones sólo cuando se veían forzados a ello, como le ocurrió al propio Kissinger después del cuasi-desastre de la guerra de 1973, de la que él fue el mayor responsable bajo las condiciones que Ben-Ami articuló.

Los planes para Palestina siguieron las directrices formuladas por Moshe Dayan, uno de los dirigentes laboristas más comprometidos con el calvario palestino. Aconsejó al gabinete que Israel explicara a los refugiados que «no encontramos ninguna solución; deberéis continuar viviendo como perros, y, quien lo desee, puede marcharse, y veremos a dónde nos lleva este proceso». Cuando le plantaban cara, respondía citando a Ben Gurión: «Quienquiera que se enfrente al problema sionista desde un aspecto moral no es un sionista». También podría haber citado a Chaim Weizmann, quien controlaba el destino de «varios cientos de miles de negros» en el hogar nacional judío: «es un asunto sin consecuencias».

No es sorprendente, que el principio que guía la ocupación no haya sido otro que la incesante y degradante humillación, así como la tortura, el terror, la destrucción de la propiedad, el desplazamiento y el asentamiento, la apropiación de recursos básicos, principalmente el agua. Todo ello, por supuesto, ha requerido el apoyo decisivo de EE.UU., que se extendió a lo largo de los años Clinton-Barak. «El gobierno de Barak está dejando al de Sharon un sorprendente legado», informaba la prensa israelí cuando tuvo lugar la transición: «El índice más alto de urbanización que se da en los territorios desde la época en que Ariel Sharon era ministro de construcción y asentamiento en 1992, antes de los Acuerdos de Oslo».

Los fondos para estas obras provenían del contribuyente norteamericano, que se sentía defraudado por la palabrería sobre «visiones» y «magnanimidad» de los líderes de EE.UU., aderezado todo ello por terroristas como Arafat, quien había perdido «nuestra confianza», y quizá también por algunos extremistas israelíes que reaccionaban de forma exagerada ante sus crímenes.

Edward Walker, secretario del Departamento de Estado responsable de la región durante la administración Clinton, explica escuetamente cómo debería actuar Arafat para recuperar nuestra confianza. El zorro Arafat debe anunciar sin ambigüedades que «ponemos nuestro destino y nuestro futuro en manos de EE.UU.», síntesis de una campaña de treinta años para recortar los derechos de los palestinos.

Un comentario más serio reconoció que «la oferta histórica» reiteraba en gran medida el plan Fahd saudí de 1981, socavado, tal y como se comentaba a menudo, por el rechazo árabe a aceptar la existencia de Israel. Pero los hechos son otra vez bastante distintos. El plan de 1981 se debilitó a causa de una reacción por parte de Israel que incluso la prensa oficial calificó de «histórica». Simon Peres advirtió que el plan Fahd «amenazaba la propia existencia de Israel».

El presidente Haim Herzog declaró que el «autor real» del plan Fahd era la OLP, y que era aún más extremista que la resolución del Consejo de Seguridad de enero de 1976, que fue «preparada por» la OLP cuando él era embajador de Israel en la O.N.U. Estos supuestos difícilmente pueden ser ciertos (aunque la OLP apoyó públicamente ambos planes); más bien son un indicativo del profundo

miedo que sienten los dirigentes israelíes de llegar a un acuerdo político, con el constante y decisivo apoyo de EE.UU. El problema básico, tanto entonces como ahora, nos lleva de vuelta a Washington, que persistentemente ha respaldado el rechazo de Israel a alcanzar un acuerdo político dentro del marco de un amplio consenso internacional, reiterado en su esencia en «la oferta histórica de la Liga Árabe».

Las actuales modificaciones del rechazo estadounidense se deben a un movimiento táctico y por lo tanto son nimias. Con sus planes de ataque sobre Irak en peligro, Estados Unidos permitió la publicación de una resolución de la ONU que exigía la «inmediata» (como el Secretario de Estado Colin Powell explicó una vez: «tan pronto como les fuera posible») retirada israelí de los territorios de nueva ocupación.

El terror palestino debe cesar «inmediatamente», pero el terror israelí, mucho más extremo, puede tomarse su tiempo. Israel incrementó su escalada de violencia, llevando a Powell a declarar: «estoy complacido de escuchar que el primer ministro está acelerando sus operaciones». Se sospecha que la llegada de Powell a Israel se está retrasando para que pueda ser «acelerada» más adelante. Una vez más la postura de Estados Unidos podría muy bien cambiar, de nuevo por razones tácticas.

Asimismo EE.UU. permitió que saliera adelante una Resolución de la ONU que pedía la «visión» de un Estado palestino. Este gesto posterior, que fue muy bien recibido, no le situó al nivel de Sudáfrica hace cuarenta años, cuando el régimen del apartheid llevó a cabo su «visión» de estados gestionados por negros que al menos eran tan viables y legítimos como la dependencia neo-colonial que Estados Unidos e Israel han estado planificando para los territorios ocupados.

Mientras tanto, Estados Unidos continúa «incrementando el terror», tomando prestadas las palabras del Presidente, dotando a Israel con medios de terror y destrucción, incluyendo un nuevo envío de los helicópteros más avanzados del arsenal norteamericano (Robert Fisk, *Independent*, 7 de abril). Éstas son las reacciones habituales a las atrocidades cometidas por un régimen cliente. Para citar un ejemplo muy instructivo, en los primeros días de la actual Intifada, Israel utilizó helicópteros estadounidenses para atacar

objetivos civiles, matando a 10 palestinos e hiriendo a 35, lo que difícilmente puede calificarse como «autodefensa».

Clinton respondió con un acuerdo para «la mayor compra de helicópteros militares por parte de las Fuerzas Aéreas israelíes en una década» (Ha'aretz, 3 de octubre de 2001), junto con piezas sueltas de helicópteros de asalto Apache. La prensa colaboró negándose a informar de los hechos. Unas semanas más tarde, Israel empezó también a usar los helicópteros estadounidenses para cometer asesinatos. Una de las primeras acciones de la administración Bush fue enviar helicópteros Apache Longbow, los más mortíferos que existen. Este hecho mereció una pequeña nota secundaria en la sección de economía.

El compromiso de Washington para «incrementar el terror» fue ilustrado una vez más en diciembre, cuando vetaron una Resolución del Consejo de Seguridad que abogaba por la aplicación del plan Mitchell y el envío de observadores internacionales para supervisar la reducción de la violencia, el mecanismo más efectivo para alcanzar estos fines, al que se oponía Israel y era bloqueado regularmente por Washington. El veto tuvo lugar durante un período de calma de 21 días, lo que quiere decir que sólo murió un soldado israelí mientras que 21 palestinos, incluyendo 11 niños, fueron asesinados y se realizaron 16 incursiones israelíes en zonas bajo control Palestino (Graham Usher, *Middle East International*, 25 de enero de 2002).

Diez días antes del veto, Estados Unidos boicoteó, y por tanto desacreditó, la Cuarta Convención de Ginebra, que concluyó que cualquier acto cometido por EE.UU. e Israel dentro de los territorios ocupados se consideraría una «grave violación», un «crimen de guerra» simple y llanamente. La conferencia declaró específicamente que los asentamientos israelíes financiados por EE.UU. eran ilegales y condenó la práctica de «asesinatos indiscriminados, tortura, deportación ilegal, privación premeditada del derecho a un juicio justo y regular, destrucción masiva y apropiación de la propiedad... cometida ilegal y alevosamente». Como gran parte contratante, los Estados Unidos están obligados por tratado solemne a perseguir a los responsables de dichos crímenes. Incluyendo a sus propios líderes. En consecuencia, todo esto permanece silenciado.

Estados Unidos no ha negado oficialmente que la Convención de Ginebra tenga potestad para aplicar sus términos en los territorios ocupados, o su censura de las violaciones de Israel como «fuerza de ocupación» (lo que, por ejemplo, afirmó George Bush I cuando era embajador de la ONU). En octubre de 2000 el Consejo de Seguridad reafirmó el consenso sobre esta cuestión, «exigiendo a Israel, como fuerza de ocupación, que se atenga escrupulosamente a sus obligaciones legales conforme a lo estipulado en la Cuarta Convención de Ginebra».

El resultado de la votación fue de 14-0. Clinton se abstuvo, presumiblemente porque no quería vetar uno de los principios fundamentales del derecho humanitario internacional, particularmente en vista de las circunstancias en que se promulgó: para juzgar formalmente las atrocidades de los nazis. Todo esto también fue rápidamente relegado al abismo de la memoria, una contribución más para «incrementar el terror».

Hasta que estas cuestiones puedan discutirse y sus implicaciones comprenderse, no tiene sentido pedir «que EE.UU. se involucre en el proceso de paz» y las perspectivas para acciones constructivas seguirán ensombrecidas.

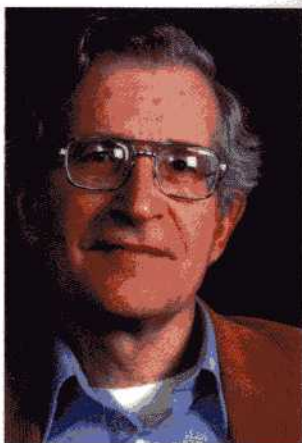
[a la izquierda]

Recogemos las palabras de Edward W. Said en el Prólogo:

El Triángulo Fatal puede que sea el libro más ambicioso sobre el conflicto entre el sionismo y el pueblo palestino desde un punto de vista que involucra de manera crucial a Estados Unidos. Se trata de una contundente exposición de corrupción humana, codicia y deshonestidad intelectual. Asimismo es un magnífico libro de gran importancia y obligada lectura para cualquiera que esté interesado en política exterior.

Chomsky reconoce los hechos que se presentan ante él, aunque nadie los había desarrollado antes tan sistemáticamente. Sus fuentes, principalmente de Israel y Estados Unidos, son asombrosamente completas, y él es capaz de distinguir las contradicciones, distinciones e incongruencias entre ellas.

La principal afirmación de Chomsky es que Israel y Estados Unidos (especial-



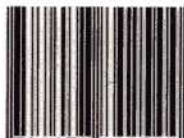
Noam Chomsky

mente este último) se oponen a la paz, mientras que los árabes, incluyendo a la OLP, llevan años intentando acomodarse a la realidad de Israel.

No obstante, Chomsky no es especialmente condescendiente con la OLP, y critica sus «tendencias autodestructivas» y su «carácter suicida». Los regímenes árabes, comenta, no son «decentes», y, bien podría haber añadido, tampoco son populares.

Hay algo profundamente inquietante en un intelectual de la talla de Chomsky que, ni tiene un cargo que mantener, ni un territorio que proteger y consolidar. No hay duda de que a los intelectuales, las posturas de este tipo no les granjearán amigos en puestos importantes ni les concederán honores. Es una condición solitaria, sí, pero siempre será mejor que una tolerancia gregaria en el camino trillado del acomodo.

ISBN 84-7884-254-3



9 788478 842544